

isabel oyarzábal smith

## rescaldos de libertad

guerra civil y exilio en méxico

prólogo de **jordi soler**

traducción de **maría del mar mena pablos**

## **Isabel Oyarzábal Smith**

(Málaga, 1878 – Ciudad de México, 1974) fue periodista, escritora, actriz y diplomática española, destacada defensora de la causa republicana, sufrió el exilio y se instaló en México, desde donde recorrió el mundo dando conferencias intentando desenmascarar la verdadera faz del régimen de Franco.

Es autora, entre otros libros, de *Hambre de libertad* (primera parte de sus memorias, de próxima publicación en Alfama) y *En mi hambre mando yo*.

















editorial  
**alfama**

**Título original:** *Smouldering freedom*

**Primera edición,** 2009

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

© de la traducción de María del Mar Mena Pablos

© Herederos de Isabel Oyarzábal de Palencia

© de esta edición, Editorial Alfama

© del prólogo, de Jordi Soler

**Diseño de cubierta:**

José F. Oyarzábal

**Fotografía de cubierta:**

La autora en su casa de Alhaurín. Archivo familiar

Publicado por Editorial Alfama S.L.

Calle La Feria, 6, 1º

29100 Coín (Málaga)

España

[www.editorialalfama.com](http://www.editorialalfama.com)

ISBN: 978-84-92722-07-5

Depósito legal: MA-994-2009

Impreso en España

## ÍNDICE

<b>Prólogo, por Jordi Soler.....</b>	<b>11</b>
<b>Introducción. Sumario de la guerra.....</b>	<b>17</b>
<b>Capítulo I. Éxodo.....</b>	<b>63</b>
<b>Capítulo II. Francia: un coto de caza .....</b>	<b>73</b>
<b>Capítulo III. ¿Es éste nuestro refugio? .....</b>	<b>85</b>
<b>Capítulo IV. De camino al nuevo mundo .....</b>	<b>97</b>
<b>Capítulo V. El dominio fascista en España .....</b>	<b>107</b>
<b>Capítulo VI. La vida en un campo de concentración francés .....</b>	<b>119</b>
<b>Capítulo VII. Guerra para otros.....</b>	<b>133</b>
<b>Capítulo VIII. Asturias, la valiente.....</b>	<b>143</b>
<b>Capítulo IX. Manos a la obra .....</b>	<b>155</b>
<b>Capítulo X. La derrota de Francia .....</b>	<b>167</b>
<b>Capítulo XI. Mártires de la libertad .....</b>	<b>177</b>
<b>Capítulo XII. Gran Bretaña resiste .....</b>	<b>195</b>
<b>Capítulo XIII. Otras tierras de exilio .....</b>	<b>207</b>
<b>Capítulo XIV. La vida en las prisiones españolas.....</b>	<b>225</b>

<b>Capítulo XV. Desde dentro y desde fuera.....</b>	<b>239</b>
<b>Capítulo XVI. Los guerrilleros españoles .....</b>	<b>251</b>
<b>Capítulo XVII. El hambre acecha España .....</b>	<b>261</b>
<b>Capítulo XVIII. La batalla de Europa .....</b>	<b>271</b>
<b>Capítulo XIX. Los maquis españoles .....</b>	<b>285</b>
<b>Capítulo XX. La lucha por España .....</b>	<b>295</b>
<b>Capítulo XXI. Las Cortes en Ciudad de México .....</b>	<b>309</b>
<b>Capítulo XXII. Aquellos que nunca volverán..</b>	<b>317</b>

# Rescaldos de libertad

---

**Isabel Oyarzábal de Palencia**

Traducción de María del Mar Mena Pablos



A MÉXICO

*Verdadera tierra de Libertad para miles de españoles  
y  
con sincero agradecimiento al  
Comité de Ayuda a España  
y a todos cuya generosidad hizo esta ayuda posible*





«En vista de las  
circunstancias que rodean  
nuestra época, lo único  
que puede mantener en  
nosotros la esperanza  
de tiempos mejores, es  
la heroica lucha de los  
españoles por la libertad y  
la dignidad humana.»

**Albert Einstein**



## Prólogo

Cuando Isabel Oyarzábal zarpaba en el barco que la llevaría a su exilio en México, recibió de un amigo un puño de serpentinas de colores que, según una antigua tradición noruega, debía arrojar desde cubierta, para que todo fuera bien durante el viaje. Isabel Oyarzábal zarpaba de un puerto en Noruega, porque los últimos años, justamente los de la Guerra Civil, había sido embajadora de la República española en Suecia, un cargo que las mujeres no solían tener en 1936 porque España y el mundo estaban configurados de otra forma. Pero Isabel estaba hecha de otra pasta y el aire fresco de la República se ajustaba perfectamente a su proyecto vital. Me parece que a esta mujer la pintaba de cuerpo entero una conmovedora gesta que llevó a cabo ese mismo año, sola y su alma, por un montón de ciudades en Estados Unidos, en las que dictó cuarenta conferencias sobre la turbulencia política que amenazaba entonces a España, con el noble fin de recabar fondos para la República. Antes de esta gesta generosa, Isabel Oyarzábal había fundado en 1908, con su hermana Anita,

una curiosa revista cuyo nombre parecía la síntesis de su propia vida: *La dama y la vida ilustrada*; después, en 1929, había presidido la Liga Femenina Española por la Paz y la Libertad y más tarde había sido ministra plenipotenciaria de la República, en la sede de la Liga de Naciones.

En la personalidad excepcional de Isabel Oyarzábal Smith operaba una afortunada alquimia: su padre era andaluz, su madre escocesa, y ella aprovechó la perspectiva doble, la impagable riqueza que le daba el dominio de dos lenguas, y de dos culturas distintas; antes de sus cargos republicanos fue maestra de español en Sussex, Inglaterra, y después corresponsal en España de un diario inglés. Como puede verse, cuando zarpaba en aquel barco que la llevaría al exilio, Isabel Oyarzábal iba perfectamente preparada para las décadas que le esperaban en México; al tanto de la tradición de los viajeros noruegos, lanzó al aire las serpentinatas de colores que le había dado su amigo, un puño completo del que se le quedaron tres enredadas en los dedos, una morada, una amarilla y una roja, los colores de la República que defendería, a capa y espada, el resto de sus días; a partir de aquella vistosa casualidad, que tenía la envergadura de una premonición, Isabel Oyarzábal comienza ese fructífero exilio en México que dará, entre otras obras, *Rescaldos de Libertad*, este magnífico libro que fue escrito originalmente en inglés (*Smouldering Freedom*, 1945) y que nos ofrece a sus lectores el privilegio de *mirar* desde dentro el exilio de los republicanos en México, un país que además de abrir sus puertas a miles de españoles que habían perdido la guerra, y de prestarse como la sede del Gobierno de la República Española en el exilio, fue el único país del

mundo que nunca, en sus cuatro décadas de dictadura, reconoció el Gobierno del general Franco. La dedicatoria del libro ilustra el agradecimiento que sentía Isabel Oyarzábal por su país de exilio: «A México, verdadera tierra de libertad para miles de españoles», un agradecimiento que tenía su raíz en las observaciones que iba haciendo, en su calidad de embajadora del Gobierno de la República, del oscuro destino que aguardaba a los exiliados españoles en Francia, y de las que va dando cuenta en las primeras páginas, a la vez que va reflexionando, con especial lucidez, sobre esos acontecimientos cuya suma dio origen a la Guerra Civil. Al principio da la impresión de que la historia que empieza a contarnos la hemos leído varias veces, de la pluma de otros autores, pero pronto se cae en la cuenta de que estas páginas son nada más el preámbulo para su testimonio personalísimo, que es la verdadera sustancia de este libro. Cuando nos explica las maniobras que hacía el presidente mexicano Lázaro Cárdenas para rescatar republicanos en Francia y llevarlos a México, Isabel Oyarzábal nombra a un hombre crucial en las historias de México y de España, que durante décadas ha sido ignorado: Luis I. Rodríguez, el embajador mexicano que dedicó su misión diplomática a buscar, registrar, proteger y embarcar a cuanto soldado republicano se le acercaba, porque en aquellos tiempos oscuros de Guerra Mundial y Postguerra Civil, con el trágico añadido de la ocupación alemana, los refugiados españoles, que intentaban sobrevivir en Francia, eran mal vistos por el Gobierno francés y perseguidos por la GESTAPO alemana y por un pelotón de agentes, enviados por el general Franco, que llevaba la ignominiosa encomienda de atraparlos y regresarlos a España

para que purgaran en sus cárceles, o en sus campos de concentración, la desgracia de haber perdido la guerra; a todas estas fuerzas, a la GESTAPO, a los agentes de Franco y a la policía francesa, se enfrentó Luis I. Rodríguez, con el objetivo de salvar y proteger republicanos españoles, en uno de los episodios más emocionantes de la historia de la diplomacia, esa elegante actividad internacional que habitualmente resulta soporífera; la aparición del embajador Rodríguez es la evidencia del conocimiento profundo que Isabel Oyarzábal tenía de los entretelones del exilio. Pero más allá del testimonio histórico, el corazón de este libro es la experiencia y la vivencia del exilio republicano en México, el asombro de esta mujer, mitad española y mitad escocesa, al descubrir aquel país de ultramar que se parece mucho a España y, simultáneamente, no se parece absolutamente nada. Una de las claves es la fecha en que fue publicado este libro en inglés, 1945, una época en que los exiliados españoles todavía pensaban que estaban de paso en México, que el exilio era un paréntesis y que en cuanto se cerrara regresarían a España a rehacer su vida, porque Franco dictaría una amnistía, o porque las democracias del mundo terminarían oponiéndose a su Gobierno golpista, o por otras razones con las que los exiliados fantaseaban porque pensar que Franco podía eternizarse en el poder resultaba, en ese año de 1945, inconcebible. *Rescaldos de Libertad* está escrito en esa época, desde esa perspectiva, las personas que van apareciendo en este testimonio sobrecogedor, Isabel Oyarzábal incluida, no tienen la menor duda de que el exilio terminará pronto, y dicen cosas como «cuando Franco sea derrocado», «España pronto será libre», «la derrota temporal de la República»; no obstante, en una

de las últimas páginas del libro, Oyarzábal comienza a perder el optimismo : «hasta ahora, sin embargo, no hay muchas razones para alegrarse. Franco es todavía el gobernante de España».

Mientras esperaban a que llegara la amnistía del dictador, o a que se retirara del gobierno que había usurpado, los refugiados españoles comenzaban a hacer en México vida normal, se iban asentando cada uno en su gremio, iban teniendo hijos mexicanos, se iban convirtiendo en parte fundamental del país y con el tiempo consolidaron ese afortunado intercambio que hoy sigue dando espléndidos frutos: México puso la casa y España lo mejor de su inteligencia. Isabel Oyarzábal dedicó su vida en el exilio a criar a su familia, a escribir libros y artículos periodísticos, y a dar conferencias en México y Estados Unidos sobre la Guerra Civil y la situación de España, era su forma particular de mantener viva la República: «En 1942 sólo había una cosa que hacer: entablar combate en la tremenda lucha y esperar que el terrible sacrificio no fuera en vano». El exilio temporal de Isabel Oyarzábal Smith, esa estancia que ella pensaba que duraría unos cuantos años, terminó siendo para siempre; murió sin poder regresar a España, a los 96 años, en su casa de la ciudad de México, en el año de 1974, unos cuantos meses antes de que el general Franco, ese tirano que le partió la vida a ella y a cientos de miles de españoles, muriera tranquilamente, y con todos los honores, en su cama.

Jordi Soler  
Barcelona, 2008





## Introducción

### SUMARIO DE LA GUERRA

El dieciocho de julio de 1936, el pueblo español fue repentinamente informado de que el régimen democrático que habían deseado, por el que habían trabajado durante tanto tiempo y que habían disfrutado apenas cinco años, estaba en peligro. Un grupo de oficiales del Ejército, bajo mando de los generales Sanjurjo, Mola, Franco y otros, se había sublevado contra el Gobierno legal y su llamada a las armas había sido obedecida por otros oficiales en la mayoría de las ciudades de todo el país.

Las noticias, aunque no inesperadas, causaron estupefacción. En el corto lapso de vida de la República ya se habían producido dos serios intentos de derrocar el régimen, que en abril de 1931, España había conseguido, no por medio de una revolución, sino mediante el democrático sistema de elecciones. ¿Había alguna razón para estos o futuros intentos? Según cualificados e imparciales observadores, no.

El mundo entero se había maravillado del orden y la dignidad con que el oprimido pueblo español, que

tanto había sufrido, se había comportado en esta anhelada e histórica ocasión.

El cambio de régimen se había logrado sin escándalos o derramamiento de sangre, y los miembros de la Familia Real fueron tratados con gran consideración e incluso se les permitió conservar todos los bienes y efectos personales que quisieran. Tal generosidad no fue correspondida.

Tan pronto como la aristocracia, parte de la jerarquía eclesiástica, los grandes hacendados y una gran proporción de oficiales del Ejército se dio cuenta de que, aunque no se les había maltratado en ningún sentido, debían, necesariamente, renunciar a algunos de los injustos privilegios que su clase había disfrutado durante siglos a expensas de las esperanzas y derechos de sus compatriotas españoles, se unieron y empezaron a preparar el derrocamiento del sistema de gobierno del pueblo.

Fueron totalmente incapaces de entender que había llegado para España el momento de unirse a la categoría de naciones libres y progresistas. Se negaron a ver que gran parte de la tierra no podía permanecer estancada por más tiempo en un estado de subdesarrollo —como había sido durante tanto tiempo— para beneficio de unas pocas familias adineradas, mientras cientos de miles de campesinos vivían en condiciones atroces de miseria, hambre e ignorancia.

En *Searchlight on Spain*, la duquesa de Atholl menciona cómo un americano que visitó Andalucía en 1934 descubrió que la dieta usual de los labradores consistía en lentejas, café y pan, y que pueblos enteros se alimentaban de hierbas hervidas y raíces<sup>1</sup>.

---

1 Louis Fischer, *The war in Spain* (Nueva York: Nation, 1937), p.4.

En su libro *La Guerra empezó en España*, el señor Álvarez del Vayo da una visión tan clara de las condiciones, que no deja lugar a duda acerca de la necesidad de las reformas que debían emprenderse por la nueva República española:

*«Uno de los más difíciles y urgentes problemas era el de la reforma agraria. La concentración de tierra en manos de unos cuantos privilegiados había alcanzado tales proporciones que, de acuerdo con las cifras del Censo de la Propiedad, en diciembre de 1930, 383.062 hectáreas, pertenecían a 14 propietarios. En la región centro-sur, de un total de 15-512.816 hectáreas, 6.388.441 hectáreas eran propiedad de 7.266 grandes propietarios, y el resto se dividía entre un millón de campesinos. Mientras miles de ellos no tenían la suficiente tierra siquiera para cultivar unas cuantas hortalizas, en 1936 el duque de Medinaceli poseía 79.147 hectáreas de tierra, el duque de Peñaranda 51.016, el duque de Alba 34.455, y el marqués de Comillas 23.720. Resumiendo las estadísticas oficiales se llega a la siguiente conclusión: 14.721 propietarios absorbían aproximadamente la mitad del área comprendida en el censo, es decir, 11.197.954 hectáreas, y las restantes, 11.499.121 hectáreas, estaban repartidas entre 1.755.305 personas, la mayor parte de las cuales disponían de menos de 60 hectáreas cada una.*

*¿Cuál era entonces la situación de las dos clases sociales? Un uno por ciento del total de propietarios obtenía una renta media anual de 30.000 pesetas cada uno, mientras el 95 por ciento recibía una tercera parte del total de los ingresos de la tierra, o sea, unas 200 pesetas al año. Y la mayoría de ese 95 por ciento —esto es, 980.850 campesinos— obtenían sólo 24 pesetas al año.»<sup>2</sup>*

---

2 J. Álvarez del Vayo, *La Guerra empezó en España* (México: Séneca, 1940),

La República quería erradicar este terrible problema social, pues, por más que pudieran ser venerables las costumbres ancestrales de la propiedad de la tierra, eran obsoletas y medievales en el siglo XX, y, lo que es más importante, eran absolutamente perjudiciales para la nueva economía nacional. A menudo los grandes propietarios poseían tierra más que suficiente para mantenerse, y, en lugar de tomarse la molestia de hacer producir toda su extensión de acres, era bastante usual dejar vastas extensiones de tierras en barbecho, a pesar de que miles de campesinos vivían en la pobreza a causa de la necesidad de tierra que cultivar –incluso en las condiciones medievales– para poder conseguir una vida decente para ellos y sus familias. En consecuencia, la nueva República se propuso enmendar estas injusticias de una vez.

*«El 29 de abril de 1931, una semana después de la proclamación de la República, el Gobierno provisional publicó un decreto concerniente al arrendamiento de tierra, que establecía un mínimo de protección para los arrendamientos y ponía freno a algunos de los abusos.»<sup>3</sup>*

Para ayudar a los trabajadores del campo a arrendar directamente, la República, mediante un decreto fechado el 12 de junio de 1931, «extendió a los agricultores el beneficio de las leyes respecto a accidentes laborales, pues a pesar de la Convención de Ginebra de 1921, los agricultores españoles no habían obtenido esta mejora legítima de sus condiciones después de

---

3 Edgar Allison Peers, *The Spanish Tragedy, 1930-1936* (Nueva York: Oxford University Press, 1936), p.100.

diez años. Al mismo tiempo, se acordó un equitativo incremento de los salarios; el salario normal y el de la cosecha, que en 1930 era de 2,25 y 4 pesetas respectivamente, aumentaron a 5 y 11 pesetas en 1932».

*«El problema fundamental que debía resolverse –continúa el señor Álvarez del Vayo– era el de la redistribución de la tierra. La República preparó con gran cuidado y detalle un proyecto de Ley de Reforma Agraria. Las múltiples dificultades planteadas por los propietarios de tierra, que resolvieron organizar el levantamiento del 10 de agosto de 1932, bajo el mandato del general Sanjurjo, retrasaron su aprobación hasta el 15 de septiembre del mismo año. El proyecto, tal como se aprobó finalmente, se dirigía sólo a incrementar la producción de la tierra y al fortalecimiento de la posición de los pequeños propietarios. La Reforma Agraria se basó en el principio general de la expropiación indemnizada, salvo en el caso de las propiedades pertenecientes a los grandes latifundistas, ya que fueron responsabilizados del alzamiento en agosto de 1932.»*

El programa de la República, sin embargo, aunque no radical, no era fácil de realizar. Enseguida comenzó una organizada oposición de los conservadores bajo el liderazgo del señor José María Gil Robles. Bien financiado y sin la oposición del débil y desleal presidente Alcalá Zamora, había organizado la CEDA. (Confederación Española de Derechas Autónomas), una consecuencia de la organización política católica romana, Acción Popular. Nada más se pudo hacer hasta que «con el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936, hubo por fin una oportunidad de abordar el asunto seriamente. Fue entonces cuando la

insurrección del 18 de julio estalló, apoyada por los grandes propietarios».

Las medidas presentadas por el Gobierno son descritas por el profesor Peers como un «valiente y hábil intento asentamiento de la tierra».<sup>4</sup>

En un país libre, como España aspiraba a ser, era también deseable que la educación fuera pública y asequible para todo el mundo, y no que estuviera en manos de las órdenes religiosas en las que había permanecido, casi exclusivamente, hasta entonces. Además, la nueva República creía que las iglesias no sólo debían disfrutar del mismo estatus, sino que debían ser sustentadas por sus congregaciones, no por la nación.

El mantenimiento de la jerarquía católica romana, tanto la alta jerarquía como la baja, y de las parroquias de sacerdotes en España, había sido cubierto por el presupuesto público hasta aquel momento, con un coste tremendo. Una deuda de los bienes de la Iglesia confiscada en la primera mitad del siglo XIX bajo la monarquía era la excusa para tal desembolso, pero esa obligación había sido reembolsada ya hacía mucho tiempo por el Estado.

Muchos fervientes y cultos católicos españoles estaban a favor de la separación de la Iglesia y el Estado, creyendo que por esta razón la Iglesia sería más libre para continuar con su misión espiritual, y que sólo hombres con una real y sincera vocación y ninguna ambición material podrían optar al sacerdocio. Otros miembros del clero y sus partidarios no querían abandonar los privilegios que les habían permitido la cons-

---

4 Edgar Allison Peers, *The Spanish Tragedy, 1930-1936* (Nueva York: Oxford University Press, 1936), p.100.

tante intervención en política, y que eran la causa de importantes desavenencias con los partidos liberales, así como de profundos recelos por parte del pueblo.

Era también deseable que el ejército en España estuviera limitado por las necesidades de una pequeña nación y no ofreciera el grotesco espectáculo –como ocurría al comienzo de la República– de un montón de reclutas mal armados, mal alimentados y pobremente vestidos bajo las órdenes de miles –literalmente miles– de oficiales cuyo sostenimiento constituía un terrible esfuerzo para el erario público.

En *La Guerra empezó en España*, el señor Álvarez del Vayo cita cifras que son elocuentemente ilustrativas de este hecho:

*«Durante muchos años la organización militar en España había sufrido los efectos de un régimen de clase. Su objeto no era, como en otros países, proteger y defender el Estado, sino preservar y aumentar el poder del grupo de oficiales. Antes de la caída de la monarquía había en el Ejército español un oficial por cada siete soldados y un general por cada 660 hombres, aparte de un gran número de generales en la reserva. Como no había trabajo en los cuarteles para todos esos galoneados caballeros, la confusión de los oficiales se convirtió en el centro de la conspiración. La palabra “pronunciamiento” tiene ahora un significado universal, al convertirse en sinónimo de alzamiento sangriento o no, de un grupo de oficiales en un intento de hacerse con el poder.*

*Los defectos de la organización militar, que la República sólo remedió parcialmente, se pusieron también de manifiesto durante algún tiempo –de hecho, hasta que la ayuda alemana e italiana comenzó a llegar a gran escala– en territorio rebelde.»*

Aunque el señor Álvarez del Vayo no lo menciona, los expertos alemanes que Hitler envió a Franco ayudaron a poner fin a muchas de estas deficiencias. Los rebeldes por sí solos no hubieran tenido éxito en esa empresa.

A su llegada al poder en 1931, el Gobierno republicano investigó tan absurda y anómala situación. El sistema de reclutamiento fue conservado, pero para reducir el número de oficiales, sin darles la menor causa de animadversión, se les informó de que cualquiera que no se sintiese inclinado a jurar fidelidad al nuevo régimen y servirle podría retirarse con la paga completa. Un grupo del Ejército se aprovechó de esta generosa oferta sólo para intrigar contra la República, otros permanecieron en él y juraron por su honor defenderla, y en la primera ocasión rompieron su palabra.

De los tres líderes más importantes entre los insurgentes ya mencionados –los generales Sanjurjo, Mola y Franco–, los dos primeros no verían el final de la contienda. El viejo general Sanjurjo se encontraba exiliado en Portugal cuando la rebelión estalló. Aunque al principio prestó obediencia a la República, en 1932 lideró el movimiento insurgente. Fue condenado a muerte e indultado, y escapó a Portugal.

En otra época héroe popular a causa de una exitosa campaña en Marruecos, no pudo resistir la tentación de seguir la dirección que muchos de sus colegas habían elegido en el pasado, y se convirtió enseguida en un estorbo para las mentes más despiertas de Mola, Franco, Hitler y Mussolini.<sup>5</sup>

---

5 A. U. Pope en su libro, *Maxim Litvinoff*, menciona el hecho de que en marzo de 1936, el general Sanjurjo estaba ya en Berlín discutiendo con los nazis la posibilidad de una revuelta en España y comprando armas a crédito. El agregado militar español, el mayor Beig-Beder, partidario de Franco, estaba también allí.



Sanjurjo ayudó a asentar los planes de derrocamiento de la República y debía haber liderado la rebelión, pero la muerte se lo impidió. Murió tras estrellarse el avión que le transportaba de Lisboa a España.

El liderazgo del movimiento, que había sido apoyado por los tres grupos autocráticos que habían antepuesto sus privilegios al amor a su país o a su pueblo, y por el entonces poco importante partido falangista, fue asumido por el general Franco. Tenía un formidable rival en el general Mola, mucho más inteligente que él, y podía haber sido destituido de su cargo como dirigente del partido si este último no hubiera perdido la vida también en un accidente de avión.

Mola era, con mucho, el más capaz de los tres líderes insurgentes. Experto militar y organizador, nunca hubiera rechazado la oportunidad de convertirse en un dictador, o más bien en un *gauleiter*, pues, al fin y al cabo, ése iba a ser el destino de quien consiguiera derrotar a la República.

Su ambición era tan cegadora que el 16 de julio de 1936 llegó a jurar «por su honor» a su inmediato superior, el general Batet<sup>6</sup>, que ni él ni su ejército habían considerado ni por un momento la ruptura de su juramento de obediencia al Gobierno constitucional. Dos días después se sublevó, Batet fue encarcelado y ejecutado.

Por supuesto, no fue el único que eligió este repugnante método para conseguir sus objetivos. Era natural que Hitler y Mussolini, que desde algún tiempo atrás habían planeado dominar Europa por medios justos o sucios, recibieran con profunda satisfacción la acep-

---

6 Álvarez del Vayo, *La guerra empezó en España*

tación por parte de Franco de las teorías totalitarias y emprendieran alegremente la tarea de convertir al país en otro satélite del Eje.

Ya durante la dictadura del general Primo de Rivera, antes del establecimiento de la República, se había producido un movimiento para alejar a España de los países democráticos, especialmente de Gran Bretaña y Francia, y unirla a la Italia de Mussolini.

España era un factor de máxima importancia en un conflicto europeo. Sus recursos naturales, así como su posición geográfica, podían capacitarla para inclinar la balanza a favor de cualquier bando al que decidiera unirse. Pero el Eje sabía que el Gobierno de la República nunca se inclinaría por establecer un pacto con los enemigos de la democracia.

Por lo tanto, era esencial destruir la República, y ni Hitler ni Mussolini perdieron ni un momento en llevar a cabo sus planes.

Los fascistas españoles habían albergado grandes esperanzas en relación a las elecciones que iban a tener lugar en febrero de 1936. Se convocaron porque el Gobierno de coalición de derechas, que había sucedido al primer gabinete de Azaña, estaba tan desacreditado que había perdido la confianza de las Cortes. La conocida revuelta de la izquierda en Asturias y Barcelona en 1934, provocada por la entrada al Gabinete del señor Gil Robles, impidió la realización de un plan para imponer el fascismo desde arriba.

La represión que siguió fue tan terrible que despertó la «conciencia pública» hasta el grado de forzar a Gil Robles a abandonar su puesto en la Secretaría de Guerra, pero no sin antes dar todas las claves de las posiciones en el ejército a los generales Franco, Goded,

Fanjul y Mola, proveer a los miembros de su partido y de otros de abundantes suministros de armas de fuego, y llenar las cárceles al máximo de su capacidad con prisioneros políticos, hombres y mujeres acusados de haber tomado parte en la revuelta.

Cuando las Cortes fueron disueltas y se convocaron nuevas elecciones, los simpatizantes totalitarios decidieron hacer un extraordinario esfuerzo para conseguir el poder. Toda la maquinaria del Estado estaba en sus manos y sus arcas estaban repletas para llevar a cabo una campaña propagandística. En el otro lado, los republicanos tenían enormes dificultades económicas, pues había supuesto una gran tarea ayudar y apoyar a los prisioneros y a aquellos que habían conseguido cruzar la frontera.

Una vez ganaron las elecciones, los fascistas intentaron instaurar un régimen totalitario por medio de medidas aparentemente legales. Pero no engañarían al pueblo de la España republicana. Aunque mercados en número como estaban a causa de los masivos arrestos y con escasos medios para su campaña, unieron sus fuerzas, creando el partido del Frente Popular, y ganaron.

La furia de los sectores derechistas no conoció límites. Numerosos testimonios certifican la victoria de los grupos liberales en las elecciones generales del 16 de febrero de 1936.

El señor Portela Valladares, un conservador moderado que era entonces presidente del Gobierno, recibió a los representantes del Partido Socialista, el señor Largo Caballero y el señor Álvarez del Vayo, que le visitaron para protestar contra los asaltos fascistas contra los izquierdistas en las calles de Madrid, con estas

palabras: «Hoy sois los vencedores». Un año después, públicamente anunció que las elecciones celebradas en febrero, que los partidos derechistas de todo el mundo sugerían que habían sido ilegales, eran «la verdadera representación de la voluntad de la nación». También reveló que, a las cuatro de la mañana del día después de las elecciones, había llamado al señor Gil Robles, quien había sugerido que el señor Valladares asumiera poderes dictatoriales con el apoyo de los grupos derrotados en las elecciones.<sup>7</sup> A las siete en punto de esa misma tarde, eso mismo le propuso el propio general Franco.

La victoria liberal fue además confirmada por la otra parte. En *El Diario Vasco*, del 11 de marzo de 1936, José Calvo Sotelo escribió:

*«Los grandes desastres pueden ser útiles si nos enseñan una lección y si sus autores y sus víctimas hacen uso de esta lección. Tal es el caso ahora. Nadie en nuestro bando puede negar este hecho evidente: los acontecimientos del 16 de febrero [las elecciones] son una catástrofe para la derecha española.»*

La reacción de la Iglesia se evidenció en una carta de Isidro Gomá, arzobispo de Toledo y Primado de la Iglesia de España, al cardenal Eugenio Pacelli, Secretario de Estado del Vaticano, fechada el 26 de febrero de 1936:

*«La discrepancia entre los resultados obtenidos en las elecciones generales recientemente celebradas en España y las favorables predicciones que todo el mundo había hecho a*

---

7 Ibid., p.6.

*su favor y, sobre todo, la gravedad de la situación creada por estas elecciones que han resultado ser desfavorables para los partidos conservadores, me obliga a comunicarme una vez más con Su Eminencia para transmitirle mis impresiones personales de un acontecimiento de tanta importancia para la vida religiosa y política de España.»*

Y de nuevo, la preocupación de los conservadores se aprecia en las palabras de Francisco Franco en la *Revue Universelle* en 1937: «La inesperada y formidable victoria del Frente Popular (el 16 de febrero de 1936) ha puesto una vez más las riendas del poder en las manos de Azaña».

Habiendo fallado las posibilidades en el Parlamento, en las que habían confiado, los fascistas españoles no perdieron un momento en preparar su asalto final, precedido de incontables ataques contra los grupos de izquierda y sus líderes.

El malestar, argüido como excusa para la rebelión por los falangistas españoles, fue, en verdad, provocado por ellos. La otra excusa –que España se volvería comunista y sería gobernada por un gobierno comunista– era una descarada mentira.

En la mayoría parlamentaria del Frente Popular había tan sólo quince diputados comunistas de un total de cuatrocientos setenta y cuatro representantes. El primer gobierno formado después de las elecciones y hasta el mes de septiembre estaba compuesto sólo por representantes de los grupos republicanos, sin socialistas ni comunistas.

En el Gobierno nacional multipartidista, formado dos meses antes de la rebelión, había dos ministros comunistas. Más tarde sólo uno. El gobierno bajo la pre-

sidencia del señor Negrín se redujo a doce miembros, de los que cinco representaban a los partidos republicanos, cuatro a los socialistas y uno a los nacionalistas vascos, los comunistas y la Confederación del Trabajo respectivamente.

Cada embajada y delegación que había entonces en la España republicana –y ello representaba cada país con la excepción de Alemania, Italia y Japón– conocía estos hechos, pero los rumores de que Franco estaba llevando a cabo una guerra cristiana contra el comunismo ateo continuaron circulando por todo el mundo sin que nadie lo cuestionara. Otro rumor, que poca gente se tomó la molestia de contradecir, hacía referencia a la muerte del señor Calvo Sotelo como causa de la rebelión.

Calvo Sotelo fue el adversario más fuerte con el que el Gobierno tuvo que enfrentarse. Había colaborado en el gabinete dictatorial del general Primo de Rivera, y era un ardiente defensor de la causa fascista en España. Sin embargo, su asesinato a manos de desconocidos, el 13 de julio de 1936, no estuvo motivado por causas políticas. Fue una represalia por el asesinato el día anterior del conocido oficial republicano de la guardia de asalto, el señor Castillo, a manos de miembros del partido fascista.

El pueblo español se unió en defensa de su libertad, y en cada pueblo y aldea los insurgentes se encontraron con una gran resistencia.

Un constante flujo de hombres, muchachos jóvenes, e incluso mujeres de todas las clases sociales, rodeó la sede del gobierno en Madrid y otras ciudades, pidiendo armas a voces. Profesionales y simples obreros se levantaron unidos, dispuestos a luchar por la

República, con rifles, si se podían conseguir, con viejas armas, cuchillos, y martillos, si era necesario.

La rebelión fue sofocada una y otra vez con total heroísmo. En Madrid, el pueblo atacó con éxito en el Cuartel de la Montaña, el más formidable reducto de los rebeldes y el punto de partida para la dominación de la capital, que era, por supuesto, de máxima importancia para ambos frentes. El pueblo aún tenía pocas armas, pero dos pequeños cañones manejados por los oficiales republicanos prestaban algún apoyo, y lograron la ocupación del Cuartel, aunque a un alto precio. En más de una ocasión, padres e hijos cayeron juntos. En la gran capital de Cataluña, Barcelona, la rebelión fue también sofocada. En Bilbao, Oviedo, Santander, Valencia, Málaga, Almería, Jaén y otras grandes ciudades, los fascistas fueron dominados a los pocos días.

Los republicanos se esforzaron al máximo. Se sentía, no sólo que el destino de la República española, sino también el de la democracia mundial, estaban en juego. La cosa pintaba mal para los rebeldes.

En la primera semana, se formaron batallones de voluntarios nombrados tras los líderes más populares de la República, y se envió una brigada ambulante de médicos y estudiantes al campo de batalla.

El Gobierno y la milicia, por supuesto, jugaban con desventaja, pues, de quince mil oficiales del ejército regular, apenas se podía confiar en quinientos, y con mucho, la mayor proporción de armas de todo tipo estaba en manos de los rebeldes. Es cierto que ellos podían confiar totalmente en los propios soldados, que gozaban de la simpatía del pueblo, pero hay poco que pueda hacer un soldado raso frente a la obediencia debida.

Parte de la Guardia Civil y de las fuerzas de asalto se mantuvo fiel, pero eran pocos en número y los rebeldes tenían todo el apoyo de dos de las más fuertes secciones del Ejército: las fuerzas marroquíes y la Legión Extranjera Africana, que eran espléndidas tropas de choque en comparación con las desentrenadas y mal armadas milicias

Los líderes insurgentes, que habían esperado ser los dueños de la situación en muy poco tiempo, se desanimaron por los reveses sufridos a manos del pueblo, y su ira tomó la forma de una represión atroz dentro de las zonas que dominaban. Es horrible lo que la duquesa de Atholl comenta en su libro, *Searchlight on Spain*: «La captura de Toledo por los insurgentes el 27 de septiembre fue notoria por el asesinato del personal médico y de enfermería y alrededor de cuatrocientos heridos de un hospital,<sup>8</sup> que el comandante republicano no pudo evacuar antes de que la ciudad fuera tomada».

Pero esta brutalidad fue sólo una manifestación de la deliberada política del terror, evidencias sobre la cual se amontonaron a medida que las semanas pasaban. Alrededor del 25 de julio, el conservador *Petit Parisien* había publicado un reportaje de Louis Roubaud, su corresponsal especial en Marruecos, un hombre habituado a las visiones de la barbarie por sus experiencias en el este. Escribió sobre las escenas inconcebibles de agonía que había visto en Melilla; acerca de nueve

---

8 Los miembros de la delegación parlamentaria multipartidista que visitó Madrid en noviembre divulgaron esto como evidencia de una autoridad «no-española». El señor Edmund Taylor, presidente de la Asociación de Prensa Anglo-Americana, en un discurso en París a finales de noviembre de 1936, relató cómo los legionarios extranjeros habían admitido esta masacre. Unos pocos milicianos habían tomado refugio en el hospital, y después de que hubieran sido asesinados, los heridos habían muerto en sus camas.



oficiales tiroteados sin haber sido enjuiciados; acerca de veintiún trabajadores tiroteados, que se habían declarado en huelga como protesta, contra el nuevo régimen fascista; sobre un grupo de mujeres angustiadas a las puertas del cementerio.

Desde el 22 de julio en adelante, refugiados procedentes de La Línea, Sevilla y Granada habían llevado a Málaga noticias de la crueldad, incluso en ciudades y pueblos donde no habían encontrado ninguna oposición.<sup>9</sup> En La Línea y Algeciras, cientos de respetables comerciantes y profesionales habían sido forzados por los requetés a firmar cheques de sus saldos en los bancos de España y Gibraltar y después habían sido asesinados. Y estas víctimas no eran ni comunistas ni anarquistas, sino masones republicanos, los más moderados de los liberales, y conservadores que no iban a misa.<sup>10</sup> Entre aquellos a los que dispararon había muchos niños.

Refugiados, entre ellos británicos, contaban historias de horrores incluso peores en Sevilla. Allí las puertas de las casas de los obreros tenían que dejarse abiertas para que los fascistas investigaran<sup>11</sup> y se llevaron a todos los hombres.<sup>12</sup> Jesús Corrales, un empleado de hotel que escapó de Sevilla a mediados de agosto, manifestó en una declaración jurada que había visto a un grupo de

---

9 Sir Peter Chalmers Mitchell, *My House in Málaga*, (Londres: Faber & Faber, Ltd., 1938), p.110.

10 Declaración de un residente inglés en España, que entrevistó a refugiados en Gibraltar, en octubre de 1936, en *Searchlight on Spain*, de la Duquesa de Atholl, (Londres: Penguin, 1938), p.128.

11 *Spanish Arena*, por Cecil Gerathy y William Foss, citado por la duquesa de Atholl.

12 *Paris Soir*, citado por Arthur Koestler en *Spanish Testament* (Londres: Victor Gollancz, Ltd., 1937), p.87.

ciento cincuenta prisioneros, entre los que había mujeres, tiroteados en la calle, en un barrio obrero de la ciudad, pues el general Queipo de Llano había ordenado que las ejecuciones no tuvieran lugar nunca más, como al principio, en la prisión o en el cementerio, sino en varias zonas obreras, con el propósito expreso de aterrorizar a la población. Y bajo sus órdenes, los cuerpos de las víctimas fueron abandonados durante varios días en las calles después de rociarlos con gasolina. Corrales estimó en cerca de 7.000 las víctimas en Sevilla sólo en los primeros días de agosto. Bien pudo Queipo de Llano jactarse en la radio de que los insurgentes habían «sacado la palabra “pena” de su diccionario».

Una estimación posterior, dada en una declaración del Consejo de Abogados en Madrid y publicada por su presidente, Eduardo Ortega y Gasset, un abogado de reputación internacional, elevó el número de muertes a 9.000. Y François de Pierrefeu, un autor francés con tendencia a la derecha, dio en Radio Luxemburgo una charla el 22 de febrero de 1937 donde relató cómo él había sido uno de los diez o doce mil prisioneros de Sevilla; cómo había visto hombres golpeados hasta sangrar para sacarles información; y cómo docenas de personas inocentes eran arrastrados diariamente hacia la muerte.

El difunto Harold Pemberton, corresponsal del *Daily Express* con los insurgentes, calculó que se habían producido en Sevilla treinta o cuarenta asesinatos al día. Más tarde, ingleses que estaban en Sevilla elevaron la cifra a cincuenta diarios «durante muchas semanas». <sup>13</sup> Pemberton añadió que, después de que

---

13 Declaración realizada a Keeling, M.P., citada por él en un artículo en el *Journal of the Royal United Service Institution*.

Mérida fuera tomada, mil personas fueron degolladas, principalmente a manos de los fascistas, pues escaseaban las municiones.

Los refugiados en Gibraltar procedentes de Granada también relataron cómo miles fueron asesinados allí.<sup>14</sup> Y mientras los insurgentes arrasaban el norte en carros blindados, dejando de forma despiadada a milicianos heridos sin atención en las cunetas, «para que los mordieran los perros»,<sup>15</sup> se sucedieron masacres en Almendralejo y Badajoz. La cifra de los asesinados en Badajoz varía entre 1.500 y 4.000 según las estimaciones.

Pero una rígida censura en la prensa consiguió esconder estos horrores al mundo. De hecho un francés que filmó la masacre de Almendralejo<sup>16</sup> y dos periodistas franceses que informaron sobre la masacre de Badajoz, unos días después, fueron arrestados durante un tiempo.

Harold Pemberton, en efecto, indicó que el 21 de agosto un fotógrafo español fue tiroteado por haber fotografiado cuarenta y un cadáveres apilados, incluyendo los de tres mujeres, a las afueras de Sevilla. Unas semanas después, un corresponsal del *Morning Post* fue expulsado del territorio del general Franco por una fortuita alusión a la «atrocidad de los insurgentes». Muchos periodistas fueron tratados de la misma manera en los meses siguientes.

---

14 Duquesa de Atholl, *Searchlight on Spain*, p. 129.

15 Arnold H. M. Lunn, *Spanish Rehearsal* (Nueva York: Sheed and Ward, 1937), p. 97.

16 M. René Bru. Telegrafió al *Paris Soir* el 15 de septiembre, refiriendo que había visto más de cien cadáveres amontonados cerca del cementerio y mil hombres esperando su turno para ser tiroteados. La masacre de Almendralejo también es mencionada por Bertram de Jouvenel, corresponsal del *Daily Press* con los insurgentes.

La declaración del Colegio de Abogados narra horrores parecidos en el norte de España. Estos testimonios son confirmados por otros.<sup>17</sup> Sefton Delmer, corresponsal del *Daily Press* con el general Mola, escribió después de la caída de Irún y San Sebastián que todos los prisioneros capturados en el campo de batalla habían sido tiroteados «de la manera ordinaria», y que una gran «campana» contra los sospechosos y los «desleales» de todas clases estaba llevándose a cabo por todo el norte de España. «Los periódicos detallaban arrestos y ejecuciones de hombres sospechosos de simpatizar con el Gobierno. Pero miles de personas –añadía–, cuyos nombres no han aparecido, y para los que no ha existido un consejo de guerra, han desaparecido en las dos últimas semanas.»

El 21 de agosto, Pemberton había visto lo suficiente como para declarar su convencimiento de que mientras los «comunistas» podrían estar cometiendo «atrocidades», los rebeldes estaban «asesinando masivamente –matemática y metódicamente– como un recurso militar. Creían que no debía dejarse vivo a nadie que constituyese una amenaza para la retaguardia de sus tropas motorizadas».<sup>18</sup>

Que la destrucción fue premeditada y determinada fue un hecho reconocido por el propio general Franco en la respuesta que dio a un enviado del *News Chronicle* en Tetuán:

---

17 Koestler, en *The Spanish Testament*, pp. 80-94, hace un cuidadoso examen de la evidencia de terrorismo por parte de los insurgentes en los primeros días del levantamiento. En las primeras semanas sólo las ejecuciones se estiman en 50.000.

18 *Daily Express* (Londres), 23 de agosto de 1936. Sin embargo, el señor Jerrold nos contó que no habían existido atrocidades en la zona nacional. (*España: Impressions and Reflections*, junio, 1937, p.17).

–¿Cuánto tiempo va a continuar la masacre, ahora que su golpe ha fallado en sus objetivos? –, preguntó el reportero.

– No puede haber ningún arreglo, ninguna tregua –replicó Franco inmediatamente–. Continuaré preparando mi avance hacia Madrid. Avanzaré, tomaré la capital. Salvaré a España del marxismo a cualquier precio.

A la siguiente pregunta:

–¿Eso significa que tendrá que matar a tiros a media España?–, contestó: –Repito, a cualquier precio.

Era natural que las noticias de estas atrocidades pudieran provocar otras atrocidades también en la parte republicana, pero hay varias cosas que se deben tener en cuenta.

Las ejecuciones sin juicio en la zona republicana nunca se produjeron bajo la orden o con la aprobación de las autoridades republicanas, sino por grupos incontrolados, como aquellos que hacen su aparición en todos los levantamientos sociales. El gobierno republicano tomó medidas para poner freno a todas las actuaciones ilegales en este sentido, y lo consiguió.

En la zona insurgente, por el contrario, las masacres y ejecuciones fueron ordenadas por los líderes del movimiento.

En cuanto a los rumores que circulaban sobre la destrucción de iglesias y monasterios y la matanza de sacerdotes y monjas, es mejor tener en cuenta el testimonio de los extranjeros en lugar de las palabras de los españoles, cuya opinión podría estar influenciada por una de las partes.

En *Searchlight on Spain*, la duquesa de Atholl apunta:

*«Ataques de los fascistas contra la nueva milicia recientemente alistada que patrullaba por Madrid y que registraba, rigurosa pero educadamente, a los transeúntes en busca de armas, provocaron luchas en la calle, y aunque el 19, domingo, los servicios eclesiásticos se celebraron en la mayoría de las iglesias sin disturbios, al día siguiente, mientras la milicia atacaba los acuartelamientos, fue disparada desde las ventanas de la iglesia de Nuestra Señora de Covadonga. Un conocido católico que pudo verlo, el señor Moreno, testimonia que la lucha también tuvo lugar ese día en la catedral, una iglesia y un convento. También fue testigo de las huellas de esto al día siguiente.»<sup>19</sup>*

Como resultado, se incendiaron catorce o quince iglesias en Madrid, pero ninguna, declaró este testigo, fue atacada antes de que se hubiera disparado desde algunas de ellas, y no todas las iglesias tiroteadas fueron destruidas. Algunas fueron ocupadas por la milicia.

De Barcelona hay también testimonios claros de provocación en relación con algunas de las tragedias que sobrevinieron. Desde el 19 de julio al 21, un fascista y un sacerdote, habiendo parapetado las puertas de la iglesia, dispararon a los viandantes que pasaban por la calle debajo del campanario. Después de que muchas vidas se perdieran, la iglesia fue incendiada.<sup>20</sup> En otra iglesia, en Barcelona, fue encontrada una ametralladora escondida detrás del altar.<sup>21</sup>

---

19 Duquesa de Atholl, *Searchlight on Spain*, p. 94.

20 Declaración de H.R. Underhill, líder de un equipo británico de atletismo, que estaba en Barcelona en aquel tiempo. *Daily Telegraph*, el 28 de julio de 1936. También está descrito por un corresponsal de *The Times* (24 de julio de 1936).

21 Declaración a la Duquesa de Atholl de una mujer inglesa que también estaba en Barcelona.

Otras iglesias fueron utilizadas en distintos lugares para la distribución de armas que habían sido ya acumuladas por los insurrectos, y gran parte del clero católico,<sup>22</sup> incluidos casi todos los obispos, adoptó abiertamente su causa. De hecho, muchos sacerdotes hacían acopio de armas en nombre de Franco.

¿No era sorprendente, si no lamentable, que bajo estas circunstancias muchas iglesias en el territorio del gobierno fueran destruidas y que desgraciadamente no se perdonara la vida de los sacerdotes? Un observador americano en Ibiza nos afirmó categóricamente que las iglesias sólo habían sido incendiadas cuando se habían almacenado armas en ellas o en la casa del sacerdote.<sup>23</sup> En Málaga, ninguna iglesia fue incendiada excepto las capillas privadas de uno o dos hombres adinerados que habían huido a Gibraltar antes del alzamiento. Las capillas fueron destruidas «por accidente» más que intencionadamente.<sup>24</sup>

En Barcelona había sido necesaria una dura lucha antes de que el general Goded y las 12.000 tropas de la guarnición rebelde hubieran sido vencidas, y muchas iglesias desafortunadamente fueron incendiadas<sup>25</sup>

---

22 Discurso ofrecido por el señor Ossorio y Gallardo, líder católico, el 10 de octubre de 1936 (reimprimido por el *Comité Internationale de co-ordination et d'information pour l'aide à l'Espagne Républicaine*, 27, rue Jean-Dolent, París). Continúa diciendo que en vista de la acción de ciertos católicos y del clero, se veía «obligado a lamentar, pero a entender, las represalias del pueblo».

23 Elliot Paul, *Life and Death of a Spanish Town* (Nueva York: Random House, 1937), p. 342.

24 Sir Peter Chalmers Mitchell, *My House in Málaga*, p. 99.

25 Se había declarado que todas las iglesias en Barcelona habían sido incendiadas, pero un corresponsal británico ha manifestado a la autora que sabe de seis que todavía estaban en pie, y que indudablemente hay otras, quizá tantas como una docena. Ver *Searchlight on Spain*.

como resultado de una provocación del estilo de las anteriormente descritas. Sin embargo, el 23 de julio, el corresponsal de *The Times* informó de que los guardias de la ciudad, armados hasta los dientes, eran «los más amables y solícitos revolucionarios» que nadie pudiera conocer. Los líderes de todos los partidos políticos y los sindicatos, a riesgo de ser denunciados por los fascistas, habían ofrecido su ayuda a los guardias civiles para restaurar el orden.

Por otra parte, hay razones para creer que el número de sacerdotes asesinados, aunque no caben dudas de que lamentablemente era grande, no era tan elevado como originalmente se manifestó. Algunos tenían noticia por adelantado del levantamiento y habían huido antes de que estallara.<sup>26</sup> Otros pudieron esconderse hasta que los ataques cesaran. El Gobierno catalán salvó las vidas de cientos de ellos, incluidos siete obispos y al menos a algunos de los monjes de Montserrat, enviándolos fuera del país. Algunos meses después, se le pidió que acogiera a un gran número de sacerdotes en instituciones de caridad o bajo arresto, a algunos de ellos por su propia seguridad.

Es probablemente debido a medidas de este tipo que, mientras los obispos españoles originariamente estimaron el número de sacerdotes muertos en 15.000, en una carta posterior, publicada en julio de 1937, no podían comprometerse a afirmar más que «unos 6.000 sacerdotes seglares» habían sido asesinados.

A estos, por supuesto, habría que añadir un cierto número del clero regular. No nos aclararon cómo llega-

---

26 Éste es el caso de Málaga. Declaración formulada por *sir* Peter Chalmers Mitchell.



ron a la cifra de 6.000 y es significativo que la cifra anterior de 15.000 no se repite. Por otra parte, un escritor protestante<sup>27</sup> que colabora regularmente con el periódico de una asociación misionera que trabaja en España, expresa la creencia de que la mayoría de los sacerdotes asesinados murió en el campo de batalla.<sup>28</sup>

Es importante recordar que el clero vasco se mantuvo junto a su gobierno y que no se tomaron represalias en su contra. Y muchos sacerdotes en otras partes de la España republicana permanecieron leales.<sup>29</sup>

Por lo tanto, el Gobierno republicano pudo anunciar en agosto de 1937 que había alrededor de 14.000 sacerdotes y monjas en su territorio, y el príncipe Hubertus zu Lowenstein, invitado a España en septiembre, encontró que se celebraban misas diarias en Madrid, Valencia y Barcelona.<sup>30</sup>

Existe también una razón para creer que se ha exagerado mucho acerca de la estimación de violaciones a monjas. En algunos casos, cuando los conventos se destruyeron, las monjas fueron acogidas en las casas de los vecinos de los pueblos;<sup>31</sup> en otros, fueron enviadas con todo respeto a sus hogares, o se les dio refugio junto a los sacerdotes.<sup>32</sup> El Gobierno catalán envió a al-

---

27 Duquesa de Atholl, *Searchlight on Spain*, p.97.

28 El escritor señala como «una completa falsedad» la declaración en el manifiesto de Los Amigos de la España Nacional, en la que se sostenía que la mayoría de los sacerdotes habían muerto a sangre fría.

29 Moreno.

30 El príncipe Hubertus zu Lowenstein, citado por la Duquesa de Atholl.

31 La inglesa ya mencionada refirió a la autora casos que ella conocía en Cataluña.

32 Corresponsal especial, *Manchester Guardian*, 31 de agosto de 1936. También, sir Peter Chalmers Mitchell, en *My house in Málaga*, pp. 132,284, declara de manera enfática que ninguna monja fue atacada en Málaga.

gunos cientos al extranjero. La carta de respuesta escrita por un grupo de sacerdotes españoles al manifiesto de los obispos llega incluso a decir que «las religiosas habían sido casi unánimemente [*sic*] respetadas». El enviado especial del *Manchester Guardian* se burlaba de la historia de las religiosas siendo conducidas desnudas por Málaga calificándola como la «más grosera invención».<sup>33</sup>

Los generales insurrectos tuvieron que hacer frente a una inesperada resistencia y, después de un mes, tenían en su poder menos de la mitad del país, a pesar de que miles de soldados de Marruecos habían sido traídos desde África con la ayuda de aviones de transporte italianos. Desde el 30 de julio estos aviones habían estado en Ceuta al servicio del coronel Yagüe, uno de los partidarios de Franco. La presencia de tres de esos aviones, que se habían estrellado en Argelia de camino a Marruecos, era el primer signo definitivo de intervención totalitaria. En *La guerra empezó en España*, Álvarez del Vayo menciona que fue el interrogatorio de esos pilotos italianos lo que permitió saber que la expedición había sido preparada antes del comienzo de la rebelión.<sup>34</sup> «No fue –dice– hasta el 15 de noviembre, *cuatro meses después*, que el primer avión ruso entró en acción en el bando republicano.»

En octubre, los insurgentes se habían hecho fuertes en el extremo noroeste de España –Galicia, Castilla, Salamanca–, donde establecieron los primeros cuarteles generales fascistas –León, Zamora, Burgos, Navarra y parte de las provincias vascas, la mitad de Extremadura

---

33 Sir Peter Chalmers Mitchell confirma esto.

34 Álvarez del Vayo, *La guerra comenzó en España*, p.73.

y la sección noroeste de Andalucía—. También dominaban Marruecos, las Islas Canarias, donde Franco se había establecido como Comandante Jefe de las Fuerzas Armadas por el exceso de confianza del Gobierno republicano, y Mallorca, donde los italianos utilizaban los campos de aviación para bombardear al pueblo español. La otra isla balear, Menorca, se mantuvo firme hasta febrero de 1939, cuando cayó en manos de Franco.

El episodio de la rendición de Menorca merece la pena ser apuntado tal como fue narrado por el distinguido escritor, Manuel Benavides, en su libro *La escuadra la mandan los cabos*:

La situación en la isla se había vuelto cada vez más difícil debido al bloqueo británico y francés. Su puerto principal, Mahón, estaba admirablemente fortificado, pero los defensores andaban muy escasos de munición y tenían grandes dificultades para mantener sus comunicaciones con el Gobierno republicano después de la caída de Barcelona.

El 7 de febrero, a bordo de un barco de guerra británico, el *Devonshire*, el conde de San Luís, un emisario de Franco, entró en el puerto y fue a ver al comandante de la base naval con una petición para dialogar. El almirante Luís Ubieta, un oficial naval de carrera de la flota española que yo conocía desde que era joven, cuando, siendo uno de los diez jóvenes miembros de una familia llena de vitalidad, casi despegan el techo de nuestro edificio de apartamentos en Madrid con sus gritos, y que había llegado a la isla unos días antes, aceptó la proposición. Las conversaciones entre el almirante español y el conde de San Luís se iniciaron con la ayuda del inglés señor Cowen, quien, parece ser, había estado activo en la zona rebelde como mediador durante algún tiempo.

Las condiciones de rendición de la isla, que por parte de los españoles eran la obtención de garantías para las tropas republicanas y para los civiles, no se aceptaron. La isla debía rendirse incondicionalmente o doscientos bombarderos serían empleados contra ella.

La reunión se reanudó a la mañana siguiente cuando, en pleno transcurso, setenta bombarderos atacaron Menorca. Tras protestar, al almirante Ubieta le dijeron que a los alemanes e italianos no les importaba si mataban españoles. Cuando preguntó si no habían obedecido las órdenes de Franco, fue informado de que no, que procedieron por su propia cuenta. Demasiado para lo que simplemente ha sido llamada una guerra civil y no una invasión extranjera.

Ubieta finalmente informó a los mediadores de que debía esperar órdenes antes de tomar una decisión, pero el general Miaja ya le había comunicado que no podía enviar suministros de guerra, y los quintacolumnistas de la isla no tardaron mucho en asestar un golpe. El comandante del *Devonshire* había insinuado, como también se dijo, que si la isla no se rendía, Gran Bretaña y Francia permitirían que fuera bloqueada, presumiblemente por la armada nazi-fascista-falangista.

Así, la valiente Menorca, durante mucho tiempo bastión de la democracia en el Mediterráneo, también cayó víctima de la traición de la Quinta Columna, de la traición y de la indiferencia, por no decir complacencia, de las potencias democráticas. Desde julio de 1938 en adelante, la ayuda enviada a Franco por Alemania e Italia aumentaba diariamente.

Según las cifras proporcionadas por el general Pariani, vicesecretario de Guerra italiano, y otras proce-

dentes de fuentes italianas, las fuerzas enviadas por Mussolini a Franco ascendía a la considerable cifra de más de cien mil hombres.

Las fuerzas alemanas, aunque menores en número –aun así, en número superior a cincuenta mil–, fueron mucho más importantes porque comprendían especialistas de todo tipo que se pusieron a prueba en las modernas artes militares. Fueron usadas para adiestrar a los jóvenes batallones de Franco que habían sido formados e instruidos apresuradamente, a menudo por la fuerza, en los métodos totalitarios. «Los alemanes –apunta Álvarez del Vayo– tenían completo control sobre las defensas antiaéreas.» Georges Oudard, uno de los más ardientes simpatizantes de Franco, lo confirma.

Pero el material de guerra suministrado por el Eje para ayudar a vencer a la democracia en España era mucho más importante incluso que el número de hombres en los campos de batalla; esto constituyó una de las verdaderas razones de la victoria de Franco. De hecho, el indómito valor, la fe y la resistencia, primero de la milicia y después del Ejército regular creado por el Gobierno legal, hubieran salvado la situación si la terrible inferioridad en armamento no les hubiera hecho vulnerables a los feroces ataques de las fuerzas conjuntas de Franco y el Eje.

Esa inferioridad se confirma una y otra vez en informes oficiales de fuentes españolas, italianas y alemanas, de acuerdo con las cuales la proporción de republicanos leales podría decirse que había sido de uno contra siete, y de uno contra diez en cuanto a material de guerra: artillería pesada y ligera, aviones, bombas, tanques, rifles y munición.

Los créditos de los gobiernos totalitarios para material de guerra se estimaban en cerca de treinta y siete millones de libras esterlinas, alrededor de 185 millones dólares. Esta cantidad puede parecer pequeña en comparación con los miles de millones que cuesta una guerra mundial, pero abrumadora cuando se piensa que se usa contra una fuerza traicionada y recientemente organizada.

Pero, ¿no había un Comité de No-Intervención constituido por Gran Bretaña y Francia para el aislamiento del conflicto español, para evitar que ningún país concediera ayuda militar a cualquiera de los bandos?

Sí, y después de ocho años los republicanos españoles todavía se preguntan cómo los ciudadanos de los países democráticos, especialmente aquellos más cercanos a España, podían apoyar semejante medida, que no sólo era contraria a la ley internacional, sino que también alentaba la engañosa política de "apaciguamiento" que vino a ser la perdición de Europa y del mundo.

Francia e Inglaterra se esforzaron para que el Comité de No-Intervención fuera aceptado por otros países. Sí, incluso por Alemania e Italia, pues en vez de conceder el reconocimiento oficial a los informes sobre la ayuda militar alemana e italiana, nada se hizo para detener su intervención o para llamar la atención sobre el hecho de que el Gobierno portugués no sólo estaba permitiendo que las municiones fueran descargadas en los puertos portugueses y enviadas a los rebeldes a través de Portugal, sino que estaba entregando a todos los republicanos que intentaban refugiarse en su país a los insurgentes.

¿No envió Rusia aviones para ayudar a los republicanos? Sí lo hizo, cuando el Pacto de No-Intervención se convirtió en una farsa. Después de repetidas violaciones, no sólo del pacto, sino de las resoluciones de la Liga por parte de Alemania e Italia, violaciones de las que Gran Bretaña y Francia estaban enteradas e ignoraban, Rusia se convenció de que las fuerzas armadas totalitarias, aviones y material de guerra, podían seguir entrando a raudales en España. Entonces, y no antes, se consideró libre de toda obligación ante el pacto y lo hizo público.

En *La guerra empezó en España*, Álvarez del Vayo da un definitivo y claro informe de la actitud de Rusia.<sup>35</sup>

*«... La intervención de Italia y Alemania empezó en el mismo inicio de la rebelión, en julio (aviones alemanes empezaron a llegar el 28 de julio). Y la "intervención" rusa llegó cuatro meses después. El hecho de que hubieran transcurrido cuatro meses críticos entre la aparición en los cielos españoles de los primeros aviones nazis y fascistas al servicio del general Franco y la aparición sobre la asediada Madrid de los primeros aviones rusos es a menudo, demasiado a menudo, ignorado por aquellos que persisten en considerar la "intervención" rusa en España de la misma manera que la intervención alemana e italiana.*

*Durante estos meses, el Gobierno soviético había protestado repetidamente sobre las violaciones del acuerdo de No-Intervención por parte de Alemania e Italia. Y fue el Gobierno de Moscú el primer y único gobierno que propuso al Comité de No-Intervención, mucho antes de que un sólo cartucho hubiera sido enviado a España, el establecimiento*

---

35 *Ibid.*, pp.73-75.

*de un sistema de control efectivo sobre los puertos españoles y portugueses. Si esta propuesta hubiera prosperado, el pacto de No-Intervención se hubiera hecho realidad. Pero fue rechazada.*

*Sólo después de que la intervención alemana e italiana hubiera sido repetida e inútilmente denunciada por los rusos, finalmente informó el Gobierno soviético al Comité de No-Intervención de que no podía sentirse atado por más tiempo por el acuerdo "en mayor medida que ninguno de los restantes participantes del acuerdo". Esta declaración fue efectuada en una nota manuscrita a Lord Plymouth por el embajador soviético el 23 de octubre de 1936. Ya que sus términos son importantes, la cito en su totalidad:*

*"En adhesión con otros Estados del Pacto de No-Intervención en el asunto español, el Gobierno de la Unión Soviética suponía que el acuerdo podría ser cumplido por sus participantes, y que como resultado de ello, se reduciría la duración de la guerra civil en España, así como el número de víctimas.*

*El tiempo transcurrido, sin embargo, ha mostrado que el acuerdo está siendo sistemáticamente violado por algunos signatarios del acuerdo, y que el suministro de armas a los rebeldes continúa impune.*

*Uno de los países del acuerdo, Portugal, se ha convertido en la principal base de suministros para los rebeldes, mientras que el legítimo Gobierno de España ha resultado estar, de hecho, bajo boicot, privado de la capacidad de adquirir armas fuera de España para la defensa del pueblo español.*

*Así, como resultado de las violaciones del acuerdo, se ha creado una situación privilegiada para los rebeldes, situación que no estaba en ningún caso dentro del propósito del acuerdo.*



*Como resultado de esta situación anormal, hay una prolongación de la guerra civil en España y un incremento en el número de sus víctimas.*

*Los esfuerzos del representante del Gobierno soviético para poner freno a la práctica de la violación del acuerdo no han encontrado apoyo en el Comité. La última propuesta del representante soviético respecto al control sobre los puertos de Portugal, que es la principal base de suministro para los rebeldes, tampoco ha encontrado apoyo y ni siquiera ha sido considerada hoy en la agenda de la reunión del Comité.*

*Así, el acuerdo ha resultado ser un vacío trozo de papel despedazado. En la práctica ha dejado de existir.*

*No deseando permanecer en la posición de personas que inconscientemente asisten a una causa injusta, el Gobierno de la Unión Soviética sólo ve una salida a la situación creada: devolver al Gobierno español la posibilidad de adquirir armas fuera de España, cuyos derechos y capacidad para ello son disfrutados hoy por los gobiernos del mundo, y otorgar a los participantes del acuerdo el derecho a vender o no vender armas a España.*

*En cualquier caso, el Gobierno soviético, poco dispuesto a cargar por más tiempo con las responsabilidades de una situación claramente injusta creada con respecto al legítimo Gobierno y al pueblo español, se ve obligado ahora a declarar que, conforme con la declaración del 7 de octubre, no puede considerarse obligado por el acuerdo de No-Intervención en mayor medida que ninguno de los restantes participantes del mismo".»*

Y los aviones rusos ayudaron a salvar Madrid en ese crítico mes de noviembre, cuando su caída parecía tan inminente –quizá tan deseada– para parte de la prensa extranjera y presuntamente democrática, cuya

rendición anunciaban como segura, demostrándose luego su falsedad. Pero la ayuda que Rusia podía ofrecer a la República española era, no obstante, exigua, no por culpa suya, sino a causa de las dificultades respecto al envío de suministros.

La flota británica mantenía el litoral de la República española rígidamente bloqueado y la frontera con Francia estaba estrictamente cerrada la mayor parte del tiempo. Era sólo gota a gota que algunos tanques, artillería y algunos aviones desde Rusia y otras tierras se las arreglaban para entrar poco a poco para aliviar la agobiante situación del pueblo español.

Hubo otro país que no abandonó a España: México. No sólo no firmó el Gobierno mexicano ningún pacto contra los intereses de los republicanos españoles, no sólo se puso obstinadamente en pie por España en Ginebra, sino que, después de la guerra, todos los republicanos españoles que pudieron aprovecharse de su invitación, fueron bienvenidos en ese país. Desafortunadamente, el gobierno mexicano no tenía capacidad para ayudar de otra manera, pero lo que tenían lo daban incondicionalmente.

Mientras otros países discutían y perdían oportunidades de oro para ayudar a una causa justa, la España republicana continuaba luchando. La actitud de las naciones cuyo deber era haberla ayudado en esa primera batalla real de la guerra mundial creó una amarga desilusión, pero, pese a todo, el pueblo continuó con su lucha.

De hecho, una gran lucha. Cada ciudad y cada pueblo, río, montaña o bosque en lucha se convirtió en escenario de una resistencia épica por parte de los españoles leales. Raramente se ha visto tal coraje frente a

cualquier posible desventaja y desigualdad de medios. Mientras tanto, en la retaguardia, no sólo las grandes ciudades sino también las más insignificantes aldeas, fueron hechas añicos día tras día, durante los treinta y tres meses que duró la guerra, ciudades y aldeas para las que no hubo ninguna tregua.

¿Qué podía hacer un soldado republicano contra nueve o diez aviones enemigos? ¿Y cómo podía ser protegida la población civil cuando el Comité de No-Intervención impedía la compra de armas de ataque antiaéreo por parte de la España republicana? Puedo dar fe de esto, pues mi petición a Suecia para que vendiera doscientas armas de defensa Bofors para uso exclusivo de las vulnerables ciudades fue implacablemente rechazada en conformidad con las disposiciones del pacto.

La masacre sistemática de la población por parte de la aviación enemiga en Madrid, Guernica, Barcelona, Oviedo, Albacete y muchas otras ciudades, puede ser atribuida tanto al Comité de No-Intervención como a Franco y sus ayudantes, incluso quizá en mayor medida.

Y aún España –la leal, constitucional y republicana España– resistía. Pero entre los merecidos elogios que otras ciudades han cosechado en los últimos años –sobre todo Londres y Stalingrado– raramente se escucha una palabra de admiración por Madrid. Sin embargo, la capital española soportó un largo sitio y ataques más que desiguales a causa de un equipamiento de defensa más pobre.

Desde julio de 1936 hasta marzo de 1939, Madrid fue bombardeada, atacada y asaltada día tras día sin interrupción. Desde el 7 de noviembre hasta abril, fue

cercada y se vio obligada a mantener una continua vigilancia contra la traicionera Quinta Columna, protegida por las embajadas y legaciones extranjeras, muchas de las cuales abusaron tanto del derecho de asilo que permitieron a sus protegidos fascistas que recibieran y se quedaran con armas con las que esperar el momento en que el Ejército rebelde tomara Madrid. De hecho, fue durante el sitio de Madrid cuando se creó el término «Quinta Columna», una vez que el general Mola aludió a la «Quinta Columna» dentro de la ciudad que estaba destinada a ayudar a las cuatro columnas militares bajo su mando que estaban asaltando la capital desde el exterior. Las palabras «Quinta Columna» han adquirido desde entonces un significado siniestro, pues los homólogos de los fascistas españoles en otros países han conducido a casi todas las naciones europeas a la traición, colocándolas en las manos de Hitler.

Fue la gente corriente la responsable de la heroica resistencia de Madrid. En el momento de mayor peligro, se unieron a los voluntarios del primer batallón internacional, y, más tarde, los aviones rusos llegaron en piezas y fueron rápidamente montados. Pero la República no tenía ya tiempo de organizar un nuevo ejército regular. Seguía siendo la milicia mal armada, sin uniformes, los viejos hombres, las mujeres y los niños de Madrid quienes cumplían con su obligación.<sup>36</sup>

La nueva legislación del trabajo, como decían con gracia los trabajadores, quedaba ahora como sigue: «Horas de trabajo: desde la salida del sol hasta el ocaso; salario máximo: ¡la victoria de Madrid!».

---

36 Constancia de la Mora, *In Place of Splendor* (Nueva York: Harcourt, Brace & Co., 1939), pp. 273-275.

En los primeros días de noviembre, el Gobierno se vio forzado a retirarse, primero a Valencia y más tarde a Barcelona, para mantener el contacto con el exterior, pero la capital estaba en buenas manos: las del general Miaja y los propios madrileños.

Y demostraron que podían arreglárselas no sólo con una constante lluvia de bombas y proyectiles y el asalto de tropas de choque de élite reunidas por los fascistas, tropas marroquíes, la Legión Extranjera, los alemanes e italianos, sino también con los enemigos mortales del hombre: el hambre y el frío. ¡La devastadora hambre! Una y otra vez los fascistas anunciaban que Madrid estaba a punto de caer. Una y otra vez, los acontecimientos lo desmentían.

Mientras, poco a poco, al sur y este de la ciudadela, un enemigo abrumadoramente superior estaba haciendo retroceder a las tropas republicanas. Las victorias esporádicas y reveses de las fuerzas de Franco, así como la rotunda derrota de los italianos en Guadalajara, la toma de Teruel, y ese milagro de las tácticas militares que fue el paso del Ebro, sólo sirvieron para aumentar el apoyo totalitario.

A finales de 1937, todo el norte de España, las provincias vascas, Santander y Asturias estaban en manos de Franco. Málaga había caído en febrero de ese año, pero había todavía grandes partes de territorio español e importantes ciudades industriales bajo el control del Gobierno.

Las comunicaciones entre Barcelona y Valencia fueron interrumpidas en abril de 1938, pero los republicanos resistieron hasta enero del año siguiente, cuando un tremendo asalto de tropas combinadas de Franco, alemanas e italianas trajo la caída de Barcelo-

na y de toda la región catalana. El Gobierno de Negrín dio órdenes para evacuar y cientos de miles de refugiados atestaron las rutas hacia Francia en busca de asilo.

Madrid, no obstante, resistía. El Gobierno republicano, encabezado por su presidente, Juan Negrín, dispuso volar a la capital francesa y permanecer allí por unos meses mientras las defensas republicanas eran evacuadas con seguridad.

Para sorpresa de todo el mundo, otro general, Segismundo Casado, se alzó repentinamente contra el Gobierno —se dice que instigado por Gran Bretaña, que estaba deseosa de ver el fin del conflicto español—, y, junto con otros oficiales, tomó sobre sí la tarca de entregar incondicionalmente la capital en manos de Franco. La resistencia en otras ciudades fue fácilmente vencida. El Gobierno de Juan Negrín se vio forzado a volver de Francia, mientras que Casado desapareció de repente en Inglaterra con ayuda británica y el dictador español pudo encarcelar y ejecutar a todos los patriotas españoles que quiso. Así, la guerra que había estado destruyendo España cerca de tres años tocaba a su fin. Pero sólo un final aparente, pues los republicanos españoles, ni siquiera entonces, abandonaron su lucha por la libertad y la democracia.

Antes del final oficial de la guerra, el Gobierno republicano español hizo dos declaraciones de sólido significado. El 1 de mayo de 1938, el Gobierno legal hizo público su último programa oficial, un compendio de los objetivos por los que los republicanos luchaban. Conocido como los «Trece Puntos de Juan Negrín», entonces presidente del Gobierno español, es como sigue:

1. La independencia de España.
2. Liberarla de militares extranjeros invasores.
3. República democrática con un gobierno de plena autoridad.
4. Plebiscito para determinar la estructuración jurídica y social de la República.
5. Libertades regionales sin menoscabo de la unidad española.
6. Plenos derechos sociales y cívicos para todos los españoles, incluida la libertad de religión, culto y conciencia.
7. Protección de la propiedad privada y de las unidades de producción, pero también prevención de la excesiva acumulación de riqueza como consecuencia de la explotación de los ciudadanos.
8. Completas reformas agrarias.
9. Legislación social garantizando los derechos de los trabajadores.
10. Mejora cultural, material y moral de la nación.
11. Un ejército apolítico como instrumento de defensa del pueblo.
12. Renuncia a la guerra como un instrumento de política nacional y fidelidad a la Liga de Naciones.
13. Amnistía para todos los españoles que prueben que desean cooperar en el trabajo de reconstrucción, incluyendo a los soldados rasos del Ejército rebelde.

La segunda declaración importante se formuló en la última sesión de las Cortes llevada a cabo el 1 de febrero de 1939, en el mismo momento en que todo

el frente del este se había venido abajo y medio millón de personas, hombres, mujeres, niños, junto con lo que quedaba del valiente Ejército republicano, estaban siendo despiadadamente bombardeados por los aviones alemanes e italianos en su trayectoria hacia la frontera hispano-francesa.

La sesión se celebró en el sótano del viejo castillo en la ciudad de Figueras, cerca de los Pirineos, a las once y media de la noche, con todo el Gobierno, la coalición multipartidista, con la asistencia también de sesenta y dos miembros de las Cortes, representativos de todos los partidos políticos.

El más sobresaliente episodio de esta sesión fue el discurso del presidente del Gobierno, Juan Negrín. Después de saludar a todos los presentes, el doctor Negrín declaró que la huida de la población civil de las fuerzas falangistas era el mejor plebiscito posible en favor del Gobierno.

El doctor Negrín habló con gran admiración de las operaciones que habían tenido lugar recientemente cerca de la zona del Ebro con objeto de salvar la situación en el este. Dijo que estas operaciones habían mostrado que la República podía contar con un Ejército espléndidamente disciplinado y que los resultados habrían sido trascendentales si se hubiera facilitado el material de guerra que se necesitaba entonces, pero que «ése ha sido el terrible problema al que España ha tenido que hacer frente desde el principio de la guerra».

«Nosotros, el Gobierno legítimo de España –declaró el doctor Negrín– hemos sido forzados a comprar nuestro material clandestinamente y las fuerzas policiales que controlaron y evitaron lo que teníamos que adquirir como contrabando, no fueron sólo nues-



tros enemigos, sino también nuestros amigos quien, conforme al acuerdo de Nyon, han ayudado a bloquear nuestros puertos, impidiendo que los barcos transportaran armas, que eran indispensables para nosotros.

Por razones que el Gobierno no puede explicar hoy, nos es imposible dar un detallado informe de las insuperables dificultades que con frecuencia nos hemos encontrado para alcanzar nuestros objetivos, cada vez que hemos podido aumentar parcialmente nuestro armamento, el enemigo, respaldado por la poderosa industria de Alemania e Italia, ha recibido todo y más de lo que necesitaba...

Nuestro enemigo está llevando a cabo una acción militar y diplomática y necesita tener una serie de éxitos en una fecha fija. El Gobierno español ha mostrado y probado a todo el mundo –y los hombres honestos han tenido que reconocerlo– que a pesar de la propaganda bien administrada que había hecho creer al mundo que éramos bandidos, el Gobierno es legal, constitucionalmente legítimo, y con sus autoridades ha sido capaz de dominar enteramente esos disturbios que en movimientos como el nuestro son la consecuencia de la agitación. El Gobierno ha probado también que tanto en cuestiones internas como externas ha funcionado con absoluta lealtad y que las fábulas urdidas contra la República española han sido desbaratadas...

Esas fábulas eran una de las mayores herramientas con las que nuestros enemigos esperaban ahogarnos, y la herramienta se les está yendo de las manos.

Durante meses, hemos ido mostrando al mundo que somos las víctimas de una agresión...

Al principio, nadie nos creía, y más tarde, cuando era imposible mantener la misma actitud, se esperaba que, ignorando nuestro caso, fuera posible ganar tiempo y mantener la paz en Europa. Pero España no se ha rendido. Continúa luchando no sólo porque sabe que es una cuestión de vida o muerte para ella, sino también porque espera que la convicción, que rápidamente está arraigando incluso entre los políticos menos acertados, de que el problema no sólo es un problema español, crezca diariamente. Estas razones son las que han dado energía a España para luchar.»

Después de referir el episodio del barco español *José Luís Díez* que, tras haber sido atacado en el Mediterráneo por un enemigo superior, fue obligado a tomar refugio en Gibraltar, donde la tripulación fue arrestada y, más tarde, cuando los hombres rechazaron ir a la zona de Franco, fue forzada a embarcar en un buque de guerra británico y a tomar Almería, el doctor Negrín habló de los objetivos perseguidos por los republicanos en la guerra, y dejó muy claro que no estaban tomando parte en una guerra civil provocada por diferencias de ideas o problemas políticos, diciendo: «Estamos luchando por la independencia de nuestro país, que será explotado y esclavizado por los extranjeros si somos derrotados».

Y Negrín insistió en que el problema no se limitaba a España:

«Lo que está en juego en todo el mundo –aseveró– es la hegemonía de un totalitario, brutal y despótico imperialismo de un lado, y la supervivencia de

los países democráticos de otro. Ésta es una disputa entre dos civilizaciones..., la civilización cristiana y una nueva con cierta apariencia de barbarie que ha sido conocida ya en la historia del mundo. En la lucha que estamos manteniendo en España ahora, defendemos no sólo los intereses españoles, sino también los de otros países, que no sólo rechazan ayudarnos como deberían, sino que han sido uno de los principales obstáculos de nuestra lucha. Ha sido la misión del Gobierno español intentar mostrar a esos países neutrales y cordiales cuán equivocados están permitiéndose a sí mismos mirar para otro lado ante las maniobras de nuestros enemigos.»

El doctor Negrín continuó demostrando que, a pesar de que el Gobierno español había obligado a todos los voluntarios extranjeros que estaban ayudando a la República española a abandonar el país bajo el control y la inspección de la Liga de Naciones, los que estaban ayudando a Franco no habían abandonado el territorio español.

«... Se ha reconocido (nadie lo niega ahora, y el primer ministro británico así lo ha dicho en el Parlamento británico) que lo que está ocurriendo en España no es una guerra civil, sino por nuestra parte una guerra contra los poderes que habían intervenido en España, y por tanto, habría sido lógico y natural que nuestros derechos hubieran sido reconocidos y que hubiéramos podido adquirir medios para nuestra defensa. Tenemos también el derecho, conforme a los tratados que hemos firmado y que son una obligación para otros, a recibir una eficaz y auténtica ayuda económica, financiera y material –con hombres, también,

si fuera necesario— pero nada se ha hecho en este sentido por salvaguardar la paz en Europa.

... ¿Durante cuánto tiempo se piensa actuar de este modo para conservar la paz en Europa? Se permitió que Austria fuera devorada para conservar la paz en Europa. Checoslovaquia ha sido cortada en pedazos para conservar la paz en Europa. ¿Qué no se ha hecho para conservar la paz en Europa?... ¿Creen los grandes poderes que si España fuera sacrificada para conservar la paz en Europa estarían en una posición mejor para resistir las demandas italianas?... Toda nuestra conducta ha tendido a demostrar el verdadero significado internacional de nuestra causa. En este momento, aquí cerca de los Pirineos, la orientación que será impuesta en el mundo está siendo definitivamente señalada. El Gobierno español pide tres garantías en el caso de una intervención para eliminar a los invasores extranjeros:

Primero, la independencia de nuestro país y libertad contra toda influencia extranjera.

Segundo, que se permita al pueblo español elegir su propio régimen.

Tercero, que después de la guerra, cesen todas las persecuciones y represalias.»

Negrín terminó su discurso diciendo:

«Son estos principios esenciales, nuestra independencia y libertad, y el final de esta lucha fratricida, sin persecuciones ni represalias, por las que el magnífico pueblo español está luchando y espera ganar».

Después de los discursos de los representantes de todos los partidos políticos, se ofreció al Gobierno de

Negrín un voto de confianza, unánimemente aprobado. Una vez más, todo el pueblo de la España republicana, a través de sus representantes electos, probó su fe en el Gobierno, en su legitimidad y su actuación.

Después de esta última dramática sesión, de la que ninguna nación puede presumir nada parecido, las Cortes españolas no pudieron reunirse de nuevo. Ciento veintisiete diputados de los cuatrocientos setenta y cuatro elegidos en las últimas elecciones de febrero de 1936 están ahora muertos, la gran mayoría de ellos asesinados por orden de Franco. La asamblea de diputados convocada por el señor Martínez Barrios en la Ciudad de México el 10 de enero de 1945 fue realmente una asamblea en memoria de aquellos compañeros miembros que han dado sus vidas en defensa de los principios democráticos.

En cuanto al futuro, es muy posible que el doctor Negrín y su Gobierno, cuya legitimidad es irrefutable, convoque otra sesión en la que se planifique el futuro de España.



## CAPÍTULO I

### ÉXODO

Las noticias que me llegaron en Suecia —donde aún ejercía como embajadora de la República Española— del éxodo de los republicanos españoles desde la zona de Cataluña me afectaron más profundamente quizá que casi ningún otro trágico suceso de la guerra.

Ni siquiera los bombardeos, con sus miles de víctimas inocentes, ni la evacuación de ciudades como la de mi propia ciudad, Málaga, cuando la gente, huyendo por la carretera, había sido ametrallada desde el aire por los bombarderos y bombardeados desde el mar por los buques italianos; ni siquiera las historias del hambre y frío devastadores de Madrid, ni las listas de las jóvenes y valientes vidas segadas por las fuerzas traidoras, ni las fotografías de ciudades y pueblos destruidos, ni los grandes campos de tumbas de los heroicos miembros de las Brigadas Internacionales cuyas cenizas, confundidas con las de las de nuestros patriotas, descansarán para siempre bajo el cielo español, me calaron e hirieron más terriblemente que las noticias

de la huida de mi pueblo derrotado de la tierra que le vio nacer.

El éxodo desde Barcelona había empezado el 23 de enero de 1939, después de que las defensas de la periferia hubieran caído y el enemigo asaltara las partes altas que rodeaban la ciudad. La gente se ha preguntado por qué la capital catalana no opuso resistencia como lo había hecho Madrid, pero es una cuestión de fácil respuesta.

Cuando Madrid fue sitiada, los republicanos apenas estaban comenzando la lucha. No habían sufrido las terribles pérdidas de una lucha prolongada. Dos años y medio de un hambre implacable no les había debilitado todavía, y sobre todo no habían perdido la fe en los países hermanos, en los gobiernos que se llamaban a sí mismos democráticos. Día tras día se esperaba que el mundo demostrara por fin que era antifascista.

Cuando Barcelona fue asediada por tierra y mar, el pueblo español sabía que no había esperanza. La Liga de Naciones había fallado miserablemente y esas naciones que debían haber ayudado lo habían evitado gracias al ilícito pacto del Comité de No-Intervención.

Al principio, los evacuados de Barcelona no pensaron realmente que el final había llegado. Creyeron que estaban simplemente retrocediendo y que la lucha continuaría después de que la segunda línea de defensa fuera establecida al norte.

Pronto entenderían que la evacuación realmente significaba una definitiva huida, huida de todo lo más preciado que tenían, de la tierra que les vio nacer—la preciosa tierra española—, de las casas donde muchos habían vivido toda su vida, de los familiares y los queridos compañeros que estaban siendo dejados



atrás dentro del círculo vicioso trazado por las fuerzas fascistas alrededor de la zona centro sur y de la cual no había salida posible.

Los testigos de ese espantoso éxodo nunca han superado ese horror. No menos de medio millón de hombres, mujeres y niños atestaban las carreteras dirigiéndose a las fronteras francesas.

Pocos iban en coches, muchos en viejos coches de caballo o carros de mulas, la mayoría a pie y todos cargados con bolsas, colchones y paquetes. Tenían que abandonar por pura fatiga la mayoría de sus posesiones cuando marchaban.

Como si esto no fuera suficiente, los planes del enemigo pronto hicieron su aparición. Lanzaron las bombas sobre los pocos trenes que pudieron dejar Barcelona, cargados al máximo con las familias de los empleados del Gobierno y los soldados heridos. Estos últimos, sabiendo que la entrada de las fuerzas de Franco—especialmente los marroquíes— en las ciudades republicanas, estaría marcada por la masacre total de los enfermos del hospital, habían rogado lastimosamente que no les dejaran allí.

Los trenes, en cualquier caso, no pudieron llegar más allá de Gerona, pues los caminos desde esa ciudad estaban incluso más atestados que en otra parte. El avance fue lento y la fuerza aérea enemiga se aprovechó de ello, ametrallando implacablemente a la gente desde el aire.

La información que recibí esos días era confusa. Se iba a organizar una resistencia en una línea intermedia cerca de los Pirineos; las naciones democráticas iban a permitir al fin algunas de las armas que tan trágicamente necesitaban las tropas republicanas, que aún lu-

chaban tras los evacuados. El Gobierno había asentado sus cuarteles generales en Figueras y se iba a llevar a cabo allí una sesión de las Cortes.

Por ese tiempo, la gente que huía dejaba terribles señales de su paso por las últimas millas de su tierra natal. Las carreteras no estaban sólo repletas de coches averiados y bultos, sino de cadáveres humanos.

Algunas personas habían muerto a causa de los aviones enemigos, otros habían sucumbido al frío, el hambre o el agotamiento. Pero nadie se quejaba. En su camino, se preguntaban dónde les dirían que pararan o si estarían caminando directamente hasta Francia, dejando sólo al ejército detrás de ellos.

Los primeros contingentes que atravesaron los pueblos de camino a la frontera pudieron reunir algunas provisiones. Pero pronto ni siquiera hubo un menudrugo de pan que buscar y un hambre voraz se sumó a otros padecimientos. Día y noche, la gente luchaba por seguir.

Mientras tanto, el Gobierno había hecho un llamamiento a los funcionarios de distintos ministerios para que se detuvieran en Figueras, donde habían sido dispuestos los cuarteles generales en un enorme y antiguo castillo con vistas a los Pirineos. Mi marido, del que oí la historia más tarde, estaba allí con el ministro de Asuntos Exteriores. No había comida y la mayoría de los hombres dormían en el suelo. Mientras esperaban instrucciones en Figueras, los refugiados se aglomraban alrededor de los Pirineos y hacia el interior de Francia.

Un amigo nuestro, que estaba cerca de la frontera con un conocido líder socialista intentando ayudar a aquellos que tenían una necesidad más urgente, me

contó una conmovedora escena que él mismo había presenciado. En medio de la gran muchedumbre vio un espacio abierto donde un grupo de personas había rodeado el cuerpo de una mujer que había caído al suelo. Como ocurría cada vez que la muerte aparecía, ellos se apresuraban a ver si podían ser de alguna ayuda. Vieron a la mujer tendida en el suelo. Parecía joven, pero su rostro era delgado y terriblemente pálido; la tierra alrededor de ella estaba empapada en sangre. De repente, reconoció al viejo líder inclinado sobre ella. Sus hundidos ojos se avivaron, los demacrados labios sonrieron y, con un deje triunfante en su voz, dijo apuntando a un diminuto fardo al lado de ella: «Mire, tengo un niño».

Mi amigo y el hombre mayor se apartaron y, después de que hubieron andado algunos pasos, el último murmuró con una voz ahogada: «Cómo la envidio. Ella tiene algo por lo que vivir».

Desde entonces he sentido a menudo que la gran mayoría de los republicanos españoles, incluso aquellos que se han encontrado en grandes apuros, eran como esa mujer. Durante todos los largos meses y años de sufrimiento, han demostrado que tienen algo por lo que vivir: una España libre.

Pero el enemigo pisaba ya los talones de la gente, y muchos dejaron la carretera y ascendieron los nevados Pirineos hasta que, por fin, toda la enorme y desordenada masa alcanzó la entrada de Francia. Francia, la tierra de la libertad, donde años antes el triunfo de la gran revolución había difundido los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad.

¡Francia!, pensaron los infelices refugiados, sus ojos fijos en los postes que mostraban el camino. Fran-

cia abría sus brazos, a pesar del Comité de No-Intervención, para recibir al pueblo derrotado de España.

Para su decepción y sorpresa, la Francia que les estaba esperando no era aquella en la que habían creído. Las tácticas fascistas, imitadas de los alemanes e italianos por el traidor Gobierno de Laval, habían empezado a infiltrarse en cada departamento oficial. En vez de las fraternales y acogedoras ofertas de ayuda que los refugiados esperaban, línea a línea de las tropas senegalesas y de la *Garde Mobile* les hostigaban con las culatas de sus rifles y robaban todo lo que llevaban: relojes y otras joyas, incluso estilográficas, con la excusa de que sus propietarios no habían pagado impuestos por ellos. Luego, separando a los hombres de las mujeres y los niños, les apartaban violentamente en diferentes direcciones.

Por primera vez desde que España había sido dejada atrás, llantos de desesperación desgarraron el frío e intenso aire invernal. Las mujeres se negaron a gritos a dejar que sus familiares –muchos de ellos viejos y enfermos, otros simples niños– les fueran arrebatados.

La confusión aumentó por la llegada del Ejército republicano de la zona evacuada. El 6 de febrero, después de una dura lucha en la retaguardia protegiendo la evacuación, cruzaron la frontera de Francia. Marcharon ordenadamente, dejando sus armas a cargo de los oficiales y soldados franceses. No parecían un ejército derrotado, ciertamente no parecía vencido. La superioridad moral de su causa, su propio valor y resistencia y la heroica fe parecían cubrir a los soldados de grandeza. Pero, para los fascistas –predispuestos por la *Garde Mobile*– estaban vencidos, y pronto se lo hicieron sentir así.

Las mujeres, reunidas a un lado de la carretera francesa, corrieron a encontrarse con sus familiares. Las madres, que no habían esperado ver a sus hijos con vida, se aferraron a los jóvenes cuerpos que vestían el uniforme republicano. Matrimonios, a quienes la guerra había separado durante meses, se aferraban desesperadamente entre sí, pero los soldados senegaleses les separaban sacudiéndoles o golpeándoles. Los heridos que podían estar en pie no recibían ninguna ayuda ni clemencia, sino que eran tratados como el resto de los hombres. De vez en cuando se les concedía el derecho de paso hacia el hospital a nuestras ambulancias llenas de mutilados, de soldados destrozados.

Entretanto, lejos, en Suecia, mi hija Marissa y yo tratábamos vanamente de tener noticias de nuestra familia. Mi yerno Germán y mi hijo Cefe habían estado sirviendo como médicos durante toda la guerra, a veces en los campos de aviación, y otras en el frente. Ceferino, mi marido, había dejado Letonia en octubre. La evacuación le había pillado en Barcelona mientras aguardaba instrucciones del Departamento de Asuntos Exteriores para una misión especial.

Los días pasaban sin traernos noticias de ellos. Por fin, el 5 de febrero, recibimos un cable de Germán. Él y su joven hermano Alejandro, que era un oficial de artillería, habían sido llevados al campo de concentración de Prats de Molló. Alejandro tenía malherido el brazo izquierdo, pero a ninguno se le permitió moverse del espacio electrificado asignado a este grupo de refugiados.

Poco después recibimos un cable de mi marido, a quien, siendo del servicio diplomático, se le había permitido la entrada a Francia y estaba a salvo en Perpi-

ñán. Le telegrafiamos para que buscara a nuestro yerno, y dos días más tarde supimos que estaban los tres juntos. Cómo se las arregló Ceferino, aún lo desconozco. Absoluta perseverancia, supongo, y el pasaporte diplomático.

Pero no había absolutamente ninguna noticia de Cefe. Mi incertidumbre crecía por momentos. Estaba segura de que el chico había sido atrapado en la trampa fascista. Mi marido, igualmente nervioso, se esforzaba por conseguir algún indicio de dónde estaba. Finalmente, después de once días, telefoneó diciendo que por fin había encontrado a nuestro hijo. Cefe estaba cerca de la frontera pasando a Francia bajo su cuidado a los últimos soldados heridos. Más tarde él también fue confinado en un campo de concentración en Argelès-sur-Mer y liberado por algunos amigos de mi marido y el prefecto del lugar, que resultaron ser amables.

Respiré con dificultad durante unos minutos. Mis pensamientos volaron de regreso a las escenas que un amigo sueco, Georg Branting, había descrito. Volvía de la frontera donde el Comité de Ayuda Sueco estaba haciendo lo que podía para ayudar a los refugiados.

—Ni siquiera Dante podría haber imaginado cosas tan terribles como las que yo he presenciado—, decía una y otra vez.

¿Qué podía hacer?, ¿cómo podía ayudar? Podía enviar algunos cheques a aquellos con los que podía contactar, pero nada más.

¿Por qué estaba Francia haciendo esto? Yo sabía, y también nuestro pueblo, que no era *toda* Francia. Muchos, muchos refugiados fueron ocultados, escondidos y cuidados por humildes campesinos y trabajadores. Ellos también eran Francia. Otros, en París, fueron

ayudados por gente de familias acomodadas, que también eran Francia.

¿Y el Gobierno? ¿Para qué preguntar? Dentro del Gabinete, como fuera de los círculos oficiales, había también gente con diferentes opiniones. Había simples gendarmes que demostraron su humanidad. Por todo el país, como en España y en otras naciones, existían verdaderos y honestos demócratas, muchos. Pero también había fascistas, y estos iban a ser los fuertes durante un tiempo. Más de uno de los refugiados españoles me ha contado cómo los miembros de la *Garde Mobile* y de la policía se burlaban de los documentos y salvoconductos firmados por el mismo primer ministro francés.

Los desaires y castigos cometidos en el nombre de Francia a los refugiados sin hogar hirieron profundamente los corazones de los republicanos españoles. Nadie se hubiera sorprendido o lamentado si se hubieran tomado ciertas medidas justificadas, como un internamiento decente. Pero los golpes, las humillaciones y los insultos, incluso por parte de algunos oficiales del Ejército francés, eran difíciles de soportar. Los partidarios de Franco cruzaban la frontera constantemente para recrearse contemplando a sus propios compatriotas derrotados.

En esos duros momentos, las acciones de la propia guardia de oficiales eran difíciles de asumir y se oía murmurar a muchos de sus compatriotas ante la visión de semejantes actos: «Me avergüenzo de ser francés».

Pero ahora, por fin, Francia ha recuperado gloriosamente su buen nombre y estamos preparados para perdonar y olvidar, perdonar lo que estuvo mal, y recordar la generosidad de nuestros amigos y la gloria de nuestra causa común.





## CAPÍTULO II

### FRANCIA: UN COTO DE CAZA

La policía francesa, evidentemente siguiendo órdenes –quizá de procedencia extranjera–, debía acosar a los republicanos españoles hasta el límite, y la *Garde Mobile* era un buen instrumento para semejante plan. No era suficiente que miles de hombres, mujeres y niños, que fueron capturados cuando entraban en el país, fueran encerrados tras las alambradas de los campos de concentración. Aquellos que al principio tuvieron suerte de evitar ir allí, fueron arrastrados desde los trenes y coches, se les dio caza en hoteles y casas privadas, y los llevaron a horribles lugares de segregación sin ni siquiera la oportunidad de hablar.

Ceferino estaba desesperado. Su único deseo era sacar a los tres chicos fuera de Francia y encontrarse conmigo en Suecia, pero el rumor de que el Ejército republicano evacuado iba a ser reorganizado y enviado en aviones de transporte a la zona del sur y centro para ayudar a la resistencia allí circulaba por Perpiñán. Los hombres jóvenes no partirían hasta que, en vista de la

completa imposibilidad de llevar a cabo este plan, se decidiera disolverlo.

Gracias a los amables amigos y más tarde a los fondos que les enviamos, fueron capaces de compensar la terrible pérdida de peso que habían sufrido durante los últimos meses en España. Lentejas cocidas y algo de pan había sido durante meses la dieta habitual para la gente en la zona republicana. Los que estaban en el ejército se habían alimentado mejor, pero los civiles sufrieron enormemente. El propio Ceferino perdió cerca de treinta y dos kilos durante su estancia de tres meses en Barcelona.

En cuanto a la ropa, los chicos no tenían más de lo que llevaban puesto, y Ceferino pudo tan solo salvar una pequeña maleta. Compró algunos artículos de primera necesidad en Perpiñán, y después ideó un plan para sacar a los chicos de Francia.

Para empezar, metieron a Alejandro y Germán en uno de los coches pertenecientes a los ministerios del Gobierno y enviados a París, donde un amigo de su padre les había ofrecido alojamiento temporal. Ceferino y Cefe siguieron más tarde en tren, y se libraron de caer otra vez en manos de la policía por pura suerte y algunas estratagemas.

En París había mucho que hacer. La mayoría de los evacuados carecían de papeles, algunos porque estos les habían sido arrebatados por las autoridades de la frontera, otros porque no habían tenido tiempo de cogerlos en su huida, o simplemente los habían perdido en la horrible confusión del éxodo. Éste era el caso de Germán y Alejandro. Cefe había enviado los suyos y parte de su equipo médico, en una de las ambulancias. Los perdió cuando fue detenido por la policía justo

dentro del hospital francés, donde habían llevado a los últimos de sus hombres heridos, y fue enviado al campo de concentración sin ni siquiera darle tiempo a lavarse. Los tres jóvenes, por lo tanto, necesitaban salvoconductos o pasaportes, y sus billetes para Suecia.

Llevó alrededor de una semana conseguir tener listas incluso las más sencillas cuestiones. El consulado de la República española en París aún mantenía su actividad, por lo que los primeros documentos necesarios se obtuvieron fácilmente, pero para ir a Estocolmo se requerían visados belgas, alemanes o ingleses, y esto resultó más difícil de conseguir de lo que ninguno de ellos había imaginado.

Los dos primeros países se estaban preparando para otorgar el reconocimiento a Franco, y no estaban ansiosos por hacer nada que pudiera parecer una concesión al Gobierno legal. Gran Bretaña demostró ser más flexible y su postura fue consecuentemente razonable, cuando, en vista del hecho de que incluso los servicios de transporte fueron prácticamente prohibidos, se decidió tomar la ruta más larga, pero más segura, vía Inglaterra hacia el puerto de Göteborg.

Sin embargo, varios días hubieron de transcurrir antes de que todo se resolviera, días que fueron como una terrible pesadilla. La policía de París había ordenado a todos los gerentes de hotel y conserjes en casas de apartamentos que denunciaran a los visitantes o huéspedes españoles, una auténtica cacería humana estaba en marcha.

Cefe se vio obligado a dormir cada noche en un hotel diferente, levantándose temprano, antes de que informara sobre su presencia. Alejandro y Germán tuvieron la gran suerte de estar en una casa donde el

conserje era solidario, pero les dijo que no salieran del apartamento, pues los republicanos españoles eran detenidos en las calles.

Incluso llevar una chapela le hacía a alguien objeto de sospecha, y había otras muchas pruebas más difíciles de disimular, como la extrema delgadez, la vestimenta pobre, el aspecto abatido y, por supuesto, el idioma. Los cazadores resultaron tener tanto interés en sus presas, que era verdaderamente peligroso visitar a los amigos, excepto a altas horas, cuando los inquisidores ojos de los conserjes estaban cercanos al sueño.

Ha sido necesario que Francia sufriera ella misma una traición, tal y como ha ocurrido, para que se diera cuenta de por qué los republicanos españoles fueron tratados de aquella manera. Por supuesto, todo el mundo acepta que la repentina entrada de medio millón de refugiados en el territorio francés constituía un gigantesco problema para su Gobierno. Hubiera sido igual para cualquier gobierno, no desde un punto de vista económico, pues se tomaron medidas para impedir que el mantenimiento de los refugiados se convirtiera en un gasto oneroso en los presupuestos públicos de Francia, sino como una mera cuestión de orden. Nadie se hubiera sentido molesto si tal cantidad de gente de otro país hubiera sido sometida a una supervisión especial. No era eso lo que hirió tan profundamente a los republicanos españoles, sino que fueran tratados como criminales.

¿Por qué habían sido tratados de forma violenta? ¿Por qué no tuvieron oportunidad de hablar? ¿Por qué fueron puestos bajo la vigilancia de las tropas casi bárbaras de Senegal y no del Ejército Regular francés? Pero, como se ha insinuado, había una razón. La Quinta Columna francesa estaba preparándose para el mo-

mento que esperaba cercano cuando, con la ayuda de Hitler, pudiera subirse al carro del Eje.

Había, además, otro motivo que no concernía directamente a Francia, pero en el que el dictador español estaba muy interesado. Si se tenía constancia de todos los refugiados que habían podido escaparse de las garras de Franco, sería fácil para el Gobierno francés, cuando llegara el momento, entregar a los fascistas españoles, tras la presentación de una solicitud, a aquellos miembros del Gobierno republicano y de los partidos que hubieran trabajado más activamente contra Franco y sus partidarios. Exacto. Cuando llegó el momento, a los fascistas franceses les resultó fácil elegir a los republicanos españoles más odiados y ofrecérselos a Franco y sus seguidores para que fueran castigados.

Alemania estaba, naturalmente, tan interesada en esto como la propia Quinta Columna francesa, y los amigos de Mussolini dentro de Francia estaban no menos encantados con la posibilidad del asesinato en masa de antifascistas en un futuro cercano.

Italia estaba aún dolida por la derrota sufrida a manos republicanas en Guadalajara. Mussolini era consciente de que eran los garibaldinos italianos de las Brigadas Internacionales quienes, en los círculos antifascistas mundiales, ostentaban la representación real del honor y la hombría italianos; y fue a través de ellos, cuando entraron en contacto con prisioneros italianos que fueron captados de entre las fuerzas de la zona de Franco, que Italia había llegado a conocer la verdadera razón de la presencia de tropas regulares italianas en España. Esos prisioneros informaron a sus compatriotas de la zona republicana de que no sabían que iban a ser enviados a la península. Les habían dicho

que el Gobierno italiano les mandaba a Abisinia, donde les proporcionarían ricas tierras para cultivar. Ellos no querían luchar contra los republicanos, pero eran forzados por sus oficiales, y se alegraban de haber sido hechos prisioneros y de ese modo tener la oportunidad de escapar de la guerra.

No ayudaban a aplacar la ira de Mussolini los mordaces comentarios de toda la prensa, no sólo española, sino también de otros muchos países, dirigidos al dictador fascista en aquella ocasión, en la que su Ejército con corazas de acero había sido aplastado por un puñado de «andrajosos milicianos».

Los lectores recordarán que, en su momento, Mussolini había cruzado África para fortalecer los lazos entre italianos y árabes deslumbrando a los nativos dentro del imperio italiano con noticias sobre el maravilloso desarrollo y poder de la Italia fascista.

Sabiendo lo que había ocurrido en España, volvió a toda prisa a Roma y su prensa oficial divulgó la noticia de que su apresurado regreso había sido motivado por una tempestad de arena o viento que evitó que los planes del *Duce* fueran llevados a cabo. Un inteligente reportero cambió la frase, diciendo que el señor Mussolini había sido obligado a volver a Italia por una repentina tormenta de arena en Guadalajara.

Cefe y los chicos estaban en París cuando la cacería humana estaba en su punto más álgido. Después de unos meses, cuando las listas habían sido cuidadosamente confeccionadas, la situación se relajó un poco, pero para entonces, ellos ya estaban fuera de Francia.

Cuando Marissa y yo recogimos el cable anunciando que habían tomado pasaje a bordo de un vapor rumbo a Göteborg, un gran peso desapareció de

nuestros corazones. Algunos días después sus voces al teléfono desde Göteborg llegaron a nuestros oídos. Pero nunca olvidaré la impresión que me causó ver a mi marido subir lentamente las grandes escaleras de la embajada. Parecía estar a punto de sufrir un colapso total, delgado hasta la lividez y encorvado como un anciano. La tristeza en sus ojos hablaba elocuentemente de lo que la pérdida de la República en España había significado para él. Nuestra primera idea después de la reunión de la familia fue trazar y poner en marcha un plan de futuro. El Gobierno sueco me había informado de que la medida aplicada a los médicos extranjeros que prohibía practicar su profesión en Suecia se levantaría en poco tiempo, y que si mi hijo y mi yerno estaban interesados en quedarse para ejercer allí, serían bienvenidos.

Obviamente sentimos profunda gratitud por la oferta. Pero ambos chicos estaban convencidos de que les sería imposible ejercer su profesión antes de que hubieran dominado completamente la lengua sueca, y esto les llevaría al menos un año. También estaban sumamente preocupados por conseguir un trabajo y ayudar a solucionar los problemas económicos de la familia, pues Franco ya había dado órdenes de confiscar todas las propiedades pertenecientes a los republicanos.

La generosa acogida de México a los refugiados políticos españoles y el permiso para trabajar libremente allí dejaron claro que lo más fácil y práctico que podíamos hacer era pedir que nos admitieran en ese país.

El Comité Sueco de Ayuda a España nunca había cesado de cuidar de las mujeres y niños republicanos,

en una proporción muy generosa teniendo en cuenta el tamaño del país y el número de sus habitantes. Ahora presentaba una oferta para hacer posible ampliar la ayuda a un gran número de refugiados.

El senador Georg Branting, hijo del gran estadista Hjalmar Branting, que era presidente de este Comité, me explicó el interesante proyecto mientras estaba aún en la embajada. Desafortunadamente, la guerra europea impidió al comité llevar a cabo sus planes.

La idea era conseguir la liberación de alrededor de doscientos o trescientos refugiados españoles, principalmente campesinos, de los campos de concentración franceses. En unión con sus familias, bajo la supervisión y cuidado de un grupo de suecos, iban a ser enviados a México, donde se esperaba que el gobierno estuviera dispuesto a conceder algunas tierras cultivables para el desarrollo del sistema cooperativo de agricultura. Los mexicanos con los que hablé del plan a mi llegada estaban entusiasmados con la idea, pero este proyecto, como otros muchos, se vio abocado al fracaso debido al avance de Hitler y Mussolini en Europa.

Finalmente decidimos que la familia saldría de Suecia en el momento en que el Gobierno sueco concediera el reconocimiento a Franco. Sabíamos que era inevitable a causa de la presión de otros países europeos.

Mientras tanto, tuvimos que sacar a mi sobrino, Juan Oyarzábal, un joven oficial naval, de otro campo de concentración. Con el resto de la armada republicana, le habían ordenado tomar el destructor bajo su mando con rumbo a Túnez después del hundimiento de la zona republicana y, como los refugiados que entraban en Francia, había sido detenido y más tarde enviado a un campo de concentración en una mina de-



sierta en las misma frontera del desierto africano.

Había recibido varias cartas suyas, pidiéndome que hiciera todo lo posible para conseguir que lo liberaran. Pude deducir por lo que me escribía que, como todos los demás, estaba consumiéndose con el dolor de la derrota de España y con la desesperación de su forzada inactividad.

–No le temo al futuro –decía–. Soy joven y fuerte y puedo trabajar para vivir. Además, estoy preparado para trabajar en lo que salga, pero quiero hacerlo como un hombre libre.

Ésa era la más mortificante, la peor parte de la situación para todos los hombres en los campos de concentración: eran prisioneros, habían perdido su libertad. El resto, molestias físicas de todas clases –y había muchas de ellas– no eran nada comparado con la falta de libertad.

Puesto que Francia había concedido ya el reconocimiento a la España de Franco, me sentí particularmente agradecida cuando M. Maugras, el embajador francés en Estocolmo en ese momento, me mandó el recado de que había oído de nuestras dificultades para obtener la liberación de Juan en Túnez y que él estaría encantado de ayudar como pudiese. El Departamento Sueco de Asuntos Exteriores hacía ya lo que podía, pero fue M. Maugras quien lo consiguió. El alto comisionado francés en Túnez, Eric Labonne, era un buen amigo de M. Maugras; además tenía una profunda simpatía por la España republicana, había sido embajador de su país para nuestro Gobierno en Barcelona. Respondió inmediatamente a M. Maugras y poco después tuve un cable de Juan diciendo que pronto se reuniría con nosotros en Estocolmo.

Entretanto, todos nuestros pensamientos y energías se dirigían a localizar a nuestros amigos, que pa-

recían haber desaparecido en los primeros días de la evacuación. Tuvimos noticias satisfactorias de algunos que habían sido admitidos en Inglaterra, y al parecer, les iban a permitir vivir en ese país. La propia Suecia estaba preparada para dar hospitalidad a otros, pero muchos de nuestros compatriotas no podían aceptar tan fácilmente esta amable oferta a causa de las dificultades para ganarse la vida, que mi propio hijo y Germán habían padecido.

Una gran preocupación, que todos sentíamos, era el problema de los niños españoles que, durante la guerra, fueron puestos al cuidado de hogares franceses por los comités de ayuda de varias naciones. ¿Ante quién deben esos comités sentirse ahora responsables? A los padres de muchos de esos niños se les había impedido salir de España. En algunos casos, se decidió quedarse con los niños hasta que los padres o familiares los reclamaran. Esto provocó un nuevo problema.

Franco, que quería demostrar al mundo cuánto se preocupaba de la juventud, y quería educar a la nueva generación de españoles de acuerdo con los métodos y doctrinas fascistas, con especial énfasis en el odio que todos los niños españoles debían sentir por los «rojos», se puso en marcha enseguida para hacer regresar a los niños. Naturalmente utilizó canales diplomáticos. Cartas y mensajes alarmantes inundaban los hogares de los angustiados familiares, que veían con horror la idea de que sus niños fueran enviados a su país de origen bajo el gobierno de Franco.

Los niños que habían sido enviados a Rusia fueron bien cuidados y estaban a salvo. El Gobierno soviético, no habiendo otorgado su reconocimiento a Franco —el dictador no lo había pedido, por supuesto— no necesi-

taba entrar en negociaciones sobre el asunto. Lo mismo sucedió con México, pero era difícil saber qué hacer con los otros. Muchos hogares establecidos en Francia por los países escandinavos se mantuvieron activos hasta después de que los alemanes invadieran el territorio francés. Después fueron disueltos.

Los niños vascos, cuidados en Inglaterra con gran interés y afecto, permanecieron en su mayoría donde estaban. Muchos de ellos, ahora casi hombres, están probablemente trabajando hombro a hombro con sus padres de acogida y ayudando a Gran Bretaña en sus horas difíciles. Los primeros meses de su estancia en Gran Bretaña, mientras el recuerdo de los bombardeos en España estaba aún fresco, esos niños corrían y se escondían cada vez que un avión del servicio civil pasaba sobre sus campamentos. Es de esperar que la terrible experiencia desde entonces sufrida por tantos pequeños niños ingleses pueda servir para acercar incluso más a sus compañeros españoles que fueron los primeros en sufrir los efectos de la «guerra moderna». Juntos podrán ayudar a construir un mundo nuevo y pacífico.

Suecia otorgó el reconocimiento a Franco en el mes de abril de 1939, y pocas semanas después todos embarcamos en un barco sueco, dejando atrás una de las más entrañables experiencias de amistad con la que hayamos tenido la suerte de encontrarnos. Amistades que, estoy segura, nunca se debilitarán; más bien se harán más fuertes a medida que el tiempo pase; amistades que atesoramos como una de las grandes compensaciones con las que hemos sido bendecidos en el momento de mayor tensión y más profundo sufrimiento para nosotros.



### CAPÍTULO III

#### ¿ES ÉSTE NUESTRO REFUGIO?

–*Allez-allez-allez!*– La *Garde Mobile* parecía pensar que esta palabra era la única respuesta a las miles de preguntas que los agobiados y famélicos refugiados españoles planteaban mientras subían en oleadas hacia las fronteras de pueblos y ciudades.

–*Allez*. Suban.– No lo decían amable, sino brusca-mente, con la inconmensurable cota de desprecio que los inferiores adoptan en momentos en los que la fuerza derrota a la razón.

–*Allez!* ¡Aquí los hombres, las mujeres con los niños ahí abajo!–

–¿Cómo puedo saber adónde ha llegado tu vieja madre? Por lo que sé debe estar en España.–

–¿Tus otros hijos? ¡Oh!, aparecerán, y si no, bueno, ¿no has tenido tres?

Los torrentes de preguntas siempre conseguían estas respuestas.

–¿Qué hacíais en España? No tenéis nada que hacer aquí.» Esto se dijo de forma violenta a un grupo de

voluntarios, la mayoría de los cuales eran de la América de habla hispana, que se habían apresurado al rescate de la democracia en el viejo país.

—Sigan, ¿quieren? ¿Esto no va a acabar nunca?

Eso era exactamente lo que los refugiados se preguntaban a sí mismos. ¿Nunca iba a acabar? Y si acababa, ¿dónde? Algunos estaban tan cansados que se caían en la calzada. Otros, sobre todo niños, caían sobre un carro cargado de naranjas y devoraban la fruta, con piel y todo.

Los senegaleses secundaron con prontitud los esfuerzos de la *Garde Mobile*. Esto les hizo, además, sentirse maravillosamente superiores al ser peligrosos oficiales de alto rango con rifles.

Los gendarmes resultaron ser más humanos. Todo aquel que pasó por esta terrible experiencia ha dicho lo mismo. Los gendarmes eran generalmente muy amables. Es bueno para Francia pensar que la policía local no había sido corrompida por el fascismo.

—Allez-allez!

—¡Sigan, sigan!

Pero ¿a dónde?

Por fin quedó claro que por el momento los hombres iban a ser enviados a Argelès-sur-Mer. Caminaban penosamente en silencio, con sus ojos fijos en el suelo. Algunos se tapaban los oídos con las manos, para no oír el llanto de sus mujeres.

¿Argelès-sur-Mer? El nombre indicaba que era algún lugar en la costa, cerca del mar, pero no se daban cuenta de lo cerca que puede estar del infierno un lugar al lado del océano.

Mi hijo estaba entre los que fueron llevados allí. «Allí» resultó una extensión de tierra, sin casas, sin ni

siquiera chozas, nada excepto un frío viento cortante y arena –arena que se metía en los ojos, en la piel, en el pelo, en la boca reseca y en la garganta–. «Allí» no se podía conseguir agua fresca, ni comida, ni sillas en las que sentarse, ni mantas, ni medicinas para la mayoría, que estaban enfermos o heridos. Nada excepto viento y arena, y por supuesto los senegaleses.

¿No es asombroso que Francia, el país de sus sueños, al que huyeron, se hubiera convertido en una horrible pesadilla para los refugiados republicanos? De setenta y cinco a cien mil hombres llegaron esa noche sin nada que les protegiera del frío. Por la mañana encontraron a muchos de sus camaradas muertos de frío. Al día siguiente le llegó el turno al sol. Un sol brillante y torturador cayó a plomo sobre los internos del campo como el viento les había golpeado durante la noche. En lugar de hielo, fuego. Si tan solo pudieran conseguir algo de paja en la que tumbarse y pudieran construir alguna clase de toldo. No había nadie a quien preguntar –al menos, no había nadie que pudiera contestar.

Por la mañana les dieron algo de comida; la *Garde Mobile* tiró un montón de pequeños panes a la arena y los refugiados cayeron sobre ellos como lobos hambrientos. Les dijeron que más tarde les darían agua fresca. Les dijeron que habría una ración, que consistiría en una lata de sardinas para quince personas, una vez cada veinticuatro horas.

Los agentes de Franco no perdieron ni un minuto en aparecer en escena. Se dirigieron a los refugiados, repitiendo las palabras como una lección. Especialmente se dirigían a los aviadores. Se les necesitaba en España y nada les ocurriría si entraban de nuevo en su país –eso dijeron los agentes–. Sólo unos pocos refu-

giados aceptaron. La mayoría se negó rotundamente. Dijeron que preferían cualquier cosa antes que servir a Franco y a la Falange.

Mientras el reclutamiento continuaba, algunos *spahis* invadieron el terreno intentando encontrar algo que pudieran quedarse. Negaban el más pequeño permiso, a menos que fuera pagado con un lápiz, una pluma o incluso un pañuelo.

Cefe estaba con un numeroso grupo de refugiados que fue trasladado poco después a Les Haras, otro campo cerca de Perpiñán. Las condiciones allí no eran tan penosas. El lugar era una especie de gimnasio con grandes pasillos cubiertos y había paja en la que tumbarse. Allí se encontró con gente conocida: oficiales del Ejército, entre ellos el general Riquelme, miembros de las Cortes e incluso un ministro del Gobierno. La supervisión era tan estricta como en el otro campo. Nadie, desde luego, podía saltarse las reglas.

Intentar escapar de los campos era inútil. Germán y su hermano intentaron escapar de Prats de Molló dos veces, y en ambas ocasiones fueron capturados.

Mientras, las mujeres y los niños eran conducidos a diferentes pueblos y alojados en graneros y viejos edificios vacíos. Amables aldeanos, la mayoría españoles residentes en Francia, les ofrecieron ayuda, pero eran pobres y su ayuda no podía ser mucha. No obstante, les dieron lo que pudieron en cuanto a comida y ropa. Les dieron paja sobre la que tumbarse, y ladrillos calientes para los cansados y congelados cuerpos.

También había amables almas francesas que hacían llamamientos para conseguir fondos. Un grupo de mineros de cerca de uno de los pueblos organizó una recolecta y, en algunos lugares, les pudieron dar



a las refugiadas ocho francos al día para cada una. No era demasiado para las que tenían hijos, pero lo suficiente para comprar comida decente cuando los fondos de varias de ellas se ponían en común. Las cocinas comunitarias siempre resultan ser el mejor plan en tales casos.

Todavía seguían entrando en Francia largas colas de refugiados bajo una cegadora aguanieve y a través de embarrados campos y carreteras. Más de ciento veinte mil soldados del Ejército regular republicano cruzaron la frontera. Siguieron marchando en perfecto orden después de que hubieran depuesto todo tipo de armas, tanques, transportes y cañones. A esto se puede añadir todos los aviones y la artillería que el Comité de No-Intervención había retenido en la frontera.

Serían bienvenidos en Francia, pensarían los soldados. También la guerra acecha su territorio, y los necesitarían. Representaban una gran suma de dinero, y parcialmente devolverían a los franceses los gastos de mantenimiento de los refugiados.

Es lamentable pensar que este peso económico sobre Francia y otro mucho más grande que iba a tener que soportar más tarde a causa de las condiciones del armisticio alemán, pudieran haberse evitado tan sólo si los estadistas mundiales hubieran actuado con un poco más de perspicacia –podemos decir caridad– y menos miedo. Si la España republicana hubiera sido ayudada y a Alemania e Italia se les hubiera mostrado que había un límite para su desfachatez, que la democracia no podía abandonarse sin más, no habría existido ningún refugiado español de la República en Francia.

¿Pero para qué sirven tales reflexiones ahora? Francia recibió a los refugiados, con una mezcla de

crueledad y amabilidad; no les dio la espalda –como Portugal– ni les puso en manos de sus enemigos.

Esto ocurría en 1939. Algunos meses después, las inmerecidas y vergonzosas crueldades impuestas a los españoles las sufrirían sus propios compatriotas amantes de la democracia por muchos franceses que servían a Francia sólo en teoría.

Un día, mientras esto ocurría, recibí una llamada de un querido amigo finlandés y amigo de España, Laurin Zilliacus. Dentro de su propio país había estado trabajando duramente para conseguir fondos para los españoles. Era un intelectual que, como muchos otros en diferentes partes del mundo, se había obsesionado con la causa española. Gran admirador del pueblo español, había corrido, y estaba corriendo, el riesgo de desagradar a una parte de su propio Gobierno, inclinado hacia el fascismo, dedicando su atención a España.

Vino a verme a la embajada y tuvimos una larga charla. Rara vez he visto a nadie tan terriblemente deprimido. Como miembro de un comité internacional constituido a última hora para tratar de salvar a los patriotas españoles atrapados en su propio país por la capitulación de Madrid a Franco, acababa de volver del último viaje que había podido hacer a España.

–El puerto de Alicante y las costas de Valencia y Cataluña fueron lo último que vi, y que veré, por mucho tiempo de tu maravilloso país–, me dijo. Con lágrimas en los ojos, cogió mis manos. –El indomable coraje y generosidad de tu pueblo en su última hora es un recuerdo que llevaré siempre conmigo.

Después me contó cómo, entusiasmados, él y sus colegas habían presenciado el regreso del presidente del Gobierno español, Juan Negrín, y su ministros a

Madrid, y su decisión de resistir. Resistirían algunos meses o semanas, justo el tiempo necesario para conseguir que miles de personas –que de lo contrario serían ejecutadas por Franco y su partido– salieran de España.

Me aseguró que los barcos podían haber conseguido transportar a tiempo a esas personas a zonas seguras. Pero el general Casado dio un golpe de Estado y la caída de Madrid, naturalmente, impidió que el plan se llevara a cabo.

–Sólo algunos cientos en lugar de varios miles han sido rescatados –dijo–. De la muerte de otros podemos culpar a aquellos que desatendieron Madrid.

La parte más conmovedora de su narración fue aquella en la que habló de sus últimas horas en España, en las que, con los fascistas entrando ya en la ciudad, él y su comité habían celebrado una reunión. Representantes de todos los partidos republicanos y de los sindicatos reunidos para elegir a los hombres que más peligro corrieran y llevarles a una pequeña embarcación a su disposición, que les esperaba junto al embarcadero.

Se encontrarían en un garaje cerca del puerto. Había en las caras de los españoles la misma tensa y nerviosa mirada que él había observado en la gente que había visto en la calle –una expresión tan tensa que le habían hecho sentir como si sus propios músculos y nervios se tensaran hasta el punto de romperse.

Por supuesto, todos sabían que podían tener dos alternativas: morir o escapar. Pero, ¿podrían escapar? ¿Qué les sucedería? Sólo lo podían hacer nadando varias millas por mar. Incluso, suponiendo que fuera

humanamente posible, había muchas posibilidades de ser abatidos mientras nadaban.

El Comité podía salvar a unos pocos, muy pocos, y ellos mismos debían decidir a quién elegir. Poco tiempo después, los nombres de los elegidos fueron leídos en voz alta. La mayoría de ellos eran directivos de los comités de diferentes grupos.

«Está bien», era el único comentario, mientras pasaban de mano en mano. Las únicas veces que se alzaba en protesta una voz era cuando un hombre cuyo nombre era mencionado pensaba que corría menos peligro que otro compañero. Después los que habían sido elegidos estrechaban sus manos con aquellos otros que habían sido abandonados a su suerte y salían levantándolas a modo de saludo.

—¡Adiós, buena suerte! ¡Salud!

Le había parecido como si la última palabra hubiera dejado un sonido detrás de ella, un eco que jamás se borraría.

—Salud, salud.

Durante meses, los miembros del Comité, yendo de aquí para allá por toda España en su intento de salvar a más gente, se habían saludado con esa palabra. Pero ahora no era un mero saludo, era un último adiós. Un adiós de esperanza y vida. Y así resultó ser, pues cada uno de los hombres que quedó atrás fue ejecutado.

Mi amigo me contó que, mientras caminaba una noche, una humilde anciana se puso de rodillas ante él.

—Dios le bendiga —dijo—. Dios le bendiga por salvar a esos hombres, por darles la oportunidad de volver algún día. España les necesita mucho, y España sabrá quién les salvó.

La mujer pertenecía a un sindicato de trabajadores; sus cuatro hijos habían sido asesinados en la guerra, y había dedicado su tiempo a atender a muchos hombres con licencia del frente que necesitaban cuidados. Probablemente hizo frente a un pelotón de fusilamiento más tarde y no le importó morir.

También me contó algunas de las escenas que había presenciado en las calles, cuando, después de que los refugiados embarcaran, volvió a echar el último vistazo a la ciudad.

—Era como vagar en un sueño —dijo—; el silencio era sobrecogedor.

Se había sorprendido al encontrar grupos de personas apresurándose hacia el puerto a través de la oscuridad. Charlaron con otro grupo. De las pocas frases entre dientes que pudo escuchar, y por lo que le dijo un viejo campesino que le había ayudado a distribuir provisiones en hogares de niños, se enteró de que creían que estaban llegando barcos para rescatarles a todos.

—No estamos seguros si son barcos ingleses o franceses —dijo el viejo—, pero lo que es seguro es que llegarán esta noche.

Este hombre se había negado a aceptar la oferta del Comité para embarcarlo, alegando que era demasiado viejo para dejar su país de origen, y su lugar había sido ocupado por un hombre más joven.

Escuchar sus palabras esa noche fue una tortura, pues ningún barco pudo llegar —ninguno llegó a tiempo para rescatar a nadie—. Era demasiado tarde. Los fascistas marchaban ya hacia la capital, y esa gente concentrada en el muelle, como vio más tarde, sería cercada en muy poco tiempo. El simple hecho de haber

sido sorprendidos intentando escapar sería utilizado como evidencia de su culpabilidad.

Laurin se sintió inclinado a correr tras ellos y decirles que estaban cayendo en un terrible error. El único barco que posiblemente zarparía a tiempo era el que él iba a coger, y en ese buque no había espacio disponible para ninguno de ellos. Pero vaciló. Suponiendo que ellos lo sabrían mejor. Suponiendo que tendrían noticias que él ignoraba, y que era verdad que les iban a salvar... El viejo campesino parecía absolutamente seguro de ello.

Finalmente, mi amigo decidió continuar. Sintió que, incluso si lo intentaba, no podría persuadirles de abandonar toda esperanza de huida. En cuanto a ser capturados en el embarcadero, pensándolo bien, sería igual dondequiera que fueran, pues cada casa, cada rincón de España sería registrado.

Continuó diciéndome que, aunque intentó encontrar alivio en estos pensamientos, cuando al amanecer su bote partió, casi rompe su corazón ver a la paciente multitud, de pie, con sus espaldas vueltas contra la ciudad, y sus ojos fijos en el mar, esperando.

Muchos de ellos habían sido expulsados de su barco. Les dijeron que se hundiría si un solo átomo de peso se añadía a lo que ya transportaba. Para calmar a algunas mujeres que insistían en subir a bordo, el capitán les hizo creer que él pensaba también que otros buques llegarían a puerto para recogerles antes de la mañana.

—Nunca olvidaré esa masa de rostros grises que vi bañados con la tenue luz de la mañana mientras zarpábamos—, dijo cubriendo sus ojos con las manos, como

si tratara de borrar la dolorosa visión. Entonces añadió lentamente: –Siento terribles remordimientos.

No sabía qué decirle para reconfortarle, pues entonces, y mucho tiempo después, yo misma me sentí de la misma manera.

Remordimientos, sí, porque nosotros estaríamos a salvo, y ellos...

Aventuré algunas palabras, pero no le reconfortaron. Sacudió su cabeza.

–Eso no me sirve, al fin y al cabo, tú, como española, una republicana española, has participado en la seguridad de la democracia. Nosotros, desde otros países, hemos participado muy poco.

Le recordé que algunos de sus propios compatriotas habían recorrido miles de kilómetros para morir por el mío, y que los finlandeses que habían luchado y salido de España con vida serían exiliados, pues Finlandia había cerrado sus puertas a todos los que voluntariamente se habían unido a las Brigadas Internacionales.

No dijimos nada más y se despidió. Pero fue difícil estar en paz después de nuestra charla. El recuerdo de esas personas esperando, y los fascistas cercándoles mientras el Mediterráneo desplegaba su belleza azul ante sus ojos, se convirtió casi en una obsesión.

Por supuesto, sabía que por entonces el destino de esos desafortunados era cosa del pasado. No había absolutamente nada que se pudiera hacer y, sin embargo, me acosaba el remordimiento.

¿Remordimiento por lo que ni podía haber evitado, ni prevenido? No, no por eso. Lo que motivaba el remordimiento que tantos de nosotros aún sentimos es el hecho de que poseemos lo que otros han perdido. En el caso de los españoles esperando en el muelle, sus

propias vidas, o, en el mejor de los casos, su preciada libertad.

Nosotros y todos los que escapamos vivos y libres hemos tenido que pagar un alto precio. Durante años no se nos ha permitido habitar en nuestra tierra natal. Algunos nunca volverán. Pero el más alto precio es el sentimiento, latente o activo en nuestros corazones, de que abandonamos a España.

Cierto, hubiera sido muy poco útil permanecer en España. Simplemente más gente en la cárcel, más gente conducida ante los pelotones de fusilamiento.



## CAPÍTULO IV DE CAMINO AL NUEVO MUNDO

Los españoles que pudieron bien eludir la supervisión francesa, o bien, después de un gran esfuerzo, salir de los campos de concentración franceses, estuvieron por un tiempo indecisos acerca del camino que debían seguir. Eran reticentes a abandonar Europa. Cuanta más distancia les separara de la península, pensaban, más dificultad para regresar.

Pero había muchas buenas razones para cruzar el océano y esperar en el Nuevo Continente que la situación española se clarificara. Una de ellas era el hecho de que las oportunidades de ganarse la vida serían mucho mayores en las repúblicas de América que en el Viejo Continente. Todo el mundo necesitaba ganarse la vida, y rápido. Con muy pocas excepciones, los refugiados estaban entonces subsistiendo de los beneficios de los comités de ayuda y de los fondos que el Gobierno español había reservado a tal propósito. Otra razón para dejar el continente era el número de obstáculos levantados por las autoridades de Francia y otros países

Europeos cuando se les pidió conceder los permisos de residencia. Aparte de todo ello, muchos de los refugiados tenían niños pequeños y temían exponerles a más bombardeos y al sufrimiento si estallaba una guerra mundial. Para muchos de nosotros parecía inminente. Dejaríamos Europa sin pérdida de tiempo.

La siguiente cuestión era adónde ir. Estaba muy bien decir «iremos a América», pero cuando llegó el momento de partir, resultó, de un lado, que nadie tenía dinero para pagar los gastos de transporte, y por otro, que era necesario conseguir visados para cualquier país que se eligiera. Gracias otra vez a los ya mencionados fondos españoles y a los comités de ayuda, pudo superarse con paciencia el primer obstáculo, pero hubiera sido imposible soslayar el segundo de no ser por México.

México, una vez más, constituye un ejemplo de justa administración de las reglas y leyes internacionales para el mundo democrático. Se había mantenido fiel a esos preceptos a lo largo de la guerra española. Era fiel a la creencia tradicional americana de que a los gobiernos impuestos al pueblo por la fuerza no se les debe conceder reconocimiento. Ahora se demostraba fiel a la tradición americana ofreciendo su generosa hospitalidad a tantos refugiados políticos como se interesaron en ella. El presidente Lázaro Cárdenas dio órdenes para facilitar la entrega de visados y otros documentos necesarios a todos los refugiados políticos españoles que lo solicitaran, libre de gastos. Fue más lejos cuando, por una decisión de su Gobierno, a cualquier refugiado político español que lo deseara le sería otorgada la ciudadanía a su llegada a México. Todo ello sin ningún coste. Ningún país podía ser más generoso, ninguno optó por dar ni la décima parte.

El sistema de cupo de los Estados Unidos fue establecido hace mucho tiempo y sólo permite la admisión de doscientos cincuenta ciudadanos españoles como residentes cada año. El cupo se completó cuando la guerra en España tocaba a su fin.

Era difícil, casi imposible, hacer excepciones, aunque el problema de los refugiados españoles y su causa fueran de excepcional magnitud. Lo que en cualquier caso lo hubiera facilitado era la concesión de visados de turistas y de tránsito para facilitar el paso a México, puesto que había entonces muchas más facilidades de transporte por mar a los Estados Unidos que directamente a México. Pero también en este punto, a menudo los refugiados españoles tuvieron que hacer frente a muchas dificultades. Era conocido que agentes de propaganda de Franco habían predicado contra la República española. No en vano, habían llevado a creer a grandes sectores de la opinión americana que todos los republicanos españoles eran «hordas rojas».

El temor a un inexistente comunismo llevó a las autoridades americanas a mantener una estricta vigilancia de los pequeños grupos de españoles que habían podido asegurar la entrada provisional en el gran país construido en los principios de libertad e igualdad. A la mayoría no se les permitió disfrutar de la libertad y de los lugares turísticos de Nueva York hasta que no estuvieron en la isla de Ellis.

No se puede culpar de su desconfianza a las autoridades que estaban al cargo. Llevaría mucho tiempo que fuera desmentida la «mentira española», como a menudo había sido llamada la desinformación respecto a la República española. Lo vergonzoso era que, mientras nosotros, el pueblo, que había tomado parte

en la primera batalla de la guerra por la democracia, éramos mirados con recelo, los agentes fascistas de Franco podían ir y venir libremente. Utilizaban los Estados Unidos como su punto de partida para propagar su influencia fascista y sus doctrinas antiamericanas, tal y como resumían en su herramienta propagandística «Hispanidad» a lo largo de Hispanoamérica.

Pero es justo añadir que ningún refugiado español se quejó nunca de ser tratado con descortesía o desinterés por parte de las autoridades de inmigración de los Estados Unidos. Estos oficiales fueron siempre amables y atentos; pero tenían que atenerse a las órdenes que recibían, y como se dice en los Estados Unidos: «*That's that*».

Mi familia y yo no tuvimos ninguna dificultad cuando llegamos a Nueva York a bordo del vapor sueco. Mr. Sterling, que era en ese momento embajador de Estados Unidos en Estocolmo, había sido mi colega en el cuerpo diplomático y no había puesto ninguna objeción para concedernos los visados de tránsito en los Estados Unidos. Tampoco tuve ningún problema en posteriores visitas. Evidentemente, el camino de la verdad se está despejando, lento pero seguro, pues otros refugiados políticos españoles han tenido la misma experiencia.

Pero a menudo recuerdo con una sonrisa cómo se sorprendían los funcionarios de inmigración cuando a su pregunta: «¿Es usted comunista?», contestaba: «No, ni fascista tampoco». Me miraban como si mi respuesta no fuera relevante.

Ahora, sin embargo, a las personas deseosas de entrar en los Estados Unidos se les pregunta si están afiliadas a una u otra organización política. El fascismo

al menos está consiguiendo ser conocido como un peligro para todo país democrático.

Las peticiones de admisión de los refugiados españoles en las repúblicas iberoamericanas, con la excepción de México, también encontraron oposición. Argentina fue particularmente reacia a ser hospitalaria con los españoles, a pesar del hecho de que tenía sitio más que suficiente para acoger a los refugiados. Desde las más grandes a las más pequeñas, todas las repúblicas suramericanas estaban recelosas de acoger a los refugiados republicanos españoles.

Ni siquiera la pequeña Costa Rica quería meterse en líos presentándose a favor de los adversarios del dictador español, a quien había reconocido recientemente, salvo en muy especiales ocasiones, que no llamaran la atención.

Brasil tampoco estaba demasiado interesado por la cuestión, puesto que los refugiados no eran portugueses. Pero si lo hubieran sido, es probable que no hubiera querido acoger a un número de personas acusadas de ser «rojas».

En cuanto a la actitud de la Iglesia en Iberoamérica, también estuvo influenciada por la propaganda del dictador español. Una parte de la jerarquía católica española, por miedo a la pesadilla comunista, decidió apoyar a Franco, y adoptó una actitud defensiva contra los republicanos españoles, llevando a creer a muchos círculos influyentes del catolicismo en todas las repúblicas hispanoamericanas que los republicanos españoles habían sido justamente derrocados en una guerra santa. Los fascistas españoles fueron retratados como los defensores de la fe católica, aunque al fin y al cabo, mostraron ser los seguidores de las mismas doc-

trinas totalitarias que fueron condenadas en algunos otros países por la Iglesia.

Tal era la postura oficial de Iberoamérica. Entre los mejores intelectuales iberoamericanos y las clases trabajadoras existía una gran simpatía por nuestra causa y su constante ayuda fue recibida con gratitud. Pero la admisión en un país no es otorgada por esa gente. Tiene que ser concedida por las autoridades, y éstas estaban a menudo poco dispuestas a hacer concesiones, influenciadas como estaban por la eficaz campaña de difamación de Franco.

En Europa, no obstante, la actitud era un tanto diferente, y alrededor de cinco mil refugiados fueron cordialmente recibidos en Rusia y varios cientos en Gran Bretaña.

Ni mi marido ni ninguno de mis hijos habían estado nunca en los Estados Unidos, por lo que decidimos sacar el mayor partido a los pocos días previos a la salida del vapor de la Ward Line que iba a llevarnos a Veracruz. Dejar España y Europa había provocado un terrible dolor. Necesitaban el entretenimiento de recorrer la gran ciudad norteamericana. Enormemente impresionados por el magnífico perfil de Nueva York, los chicos no paraban de ir de un lado al otro del barco, expresando su alegría. Su entusiasmo asombró a los buenos de los suecos, que se caracterizan por su seriedad. Con toda probabilidad no nos habían visto a ninguno de nosotros sonreír durante todo el viaje.

Mi hermana Anita y mi hermano José Luís eran ciudadanos de los Estados Unidos desde hacía muchos años. Estaban esperándonos en el muelle con un grupo de amigos. Las formalidades fueron rápidamente concluidas y fuimos libres para ir con ellos. En los días

siguientes, la familia se dedicó a hacer turismo. Ceferino estaba muy impresionado con el Rockefeller Center. Comentó que era tan importante, desde un punto de vista arquitectónico, como cualquiera de las grandes catedrales europeas, por ejemplo, la de Colonia; y disfrutó de las galerías de arte con sus variadas exposiciones.

Como era verano, la temporada de conciertos había terminado, pero había otras muchas cosas que hacer. Multitud de amables amigos vinieron a vernos. Todos habían seguido la tragedia española con intenso interés y profundo sentimiento.

También había españoles a los que queríamos ver. El señor Álvarez del Vayo y su mujer habían venido con el presidente del Gobierno, Juan Negrín. Estaban a punto de irse de Nueva York en el *Normandía* hacia París, donde un activo grupo español estaba luchando contra los numerosos problemas de los refugiados. Este grupo, el Comité de Cultura Española, estaba intentando localizar a nuestros más distinguidos hombres de ciencia, letras y arte, para facilitar su entrada en las nuevas tierras. También habían trazado un vasto plan para la preservación de la cultura española en el exilio. Sólo habían transcurrido seis meses desde que su causa había sido temporalmente derrotada. Estaban decididos a planificar el futuro, además de cuidar de su pueblo en el exilio en ese momento. Los problemas a los que debían hacer frente eran acuciantes, pero más allá de cualquier otra consideración, estaba la República.

Una de las obligaciones especiales de la comisión que había surgido en tiempo de guerra era la conservación de la inestimable colección de pinturas

del Museo del Prado en Madrid. Para salvarla de los bombardeos,<sup>37</sup> la colección fue trasladada primero al sótano del edificio del Banco de España, después a un viejo castillo en Valencia, después a Barcelona, otra vez a Figueras, y por último había traspasado la frontera de Francia y embarcada a la Liga de Naciones, donde se guardaron los cuadros hasta que Franco las tomó en su poder. Muchas mentiras han circulado respecto a esas obras. Se dijo que el Gobierno republicano le había dado algunas a Rusia y que otras habían sido robadas por políticos republicanos.

Estos rumores eran tan habituales, que un grupo de directores de museos europeos fue invitado a Valencia para que vieran por sí mismos que las pinturas estaban a salvo. Ni siquiera esto despejó la duda sembrada concienzudamente. Pero ahora que Franco había tenido que reconocer una declaración de la Liga de Naciones informando de que todas habían sido restituidas en perfectas condiciones, la mentira sería menos provechosa.

El calor en Nueva York se hizo tan insoportable que todos nos alegramos de coger el vapor a México, por el bien de mi nieto. A Jan, siendo de Estocolmo, no le sentaba bien el calor y era demasiado pequeño como para que todos esos cambios le sentaran bien. Cuando comenzamos la última parte del viaje, me sentí bastante diferente de cómo me había sentido cuando dejé Suecia. En vez de sentirme más lejos de España, me sentí más cerca.

¿Era porque estábamos acercándonos a un rincón

---

37 El Museo del Prado había sido deliberadamente bombardeado y dañado durante el verano de 1936, pero había sido afortunadamente evacuado días antes del primer ataque desde el aire.



del mundo donde España había dejado recuerdos, tradiciones y costumbres con las que estábamos familiarizados? ¿Era, quizá, que el más fuerte de todos los vínculos, el lenguaje, estaba ya tejiendo sus hilos a nuestro alrededor? Así nos pareció cuando desde la cubierta inferior, y de repente, las voces cantaban una vieja canción española.

Pero había otras razones. Ya en Nueva York habíamos hablado con españoles que estaban en contacto con nuestra gente en Francia. Aunque desterrados ahora, afrontando todos los padecimientos de los seres humanos en el exilio, el destello de esperanza que ni siquiera los más oscuros y peligrosos momentos de lucha habían extinguido, estaba todavía vivo y cobraba fuerza, y no debilidad, de la desgracia y la derrota temporal.

Lo más urgente, por supuesto, era establecer contactos entre los diferentes grupos de refugiados. Debía ofrecerse toda la ayuda posible a la gente que estaba en los campos de concentración franceses, que estaba privada de su libertad y, sobre todo, a aquellos que habían sido retenidos en España. No sabíamos de su suerte pero estábamos convencidos de que sería horrible. Ya se habían tomado medidas para contactar con ellos, aunque ningún movimiento podía implicar riesgos mayores.

Las noticias que teníamos eran muy escasas y no siempre fiables. Sabíamos demasiado de los métodos de Franco como para darnos cuenta de que con la ayuda de la Gestapo alemana, que había estado instruyendo a la Falange en el pasado, los republicanos en España estarían sometidos a los más atroces castigos y torturas. Tal convicción actuaba como un poderoso

estimulante para aquellos de nosotros que, por puro azar, habíamos escapado a tiempo.

El primer deber que los refugiados tenían por delante no era desatender sus propias vidas, sino recordar a aquellos otros que no habían tenido la misma suerte. La visión de esos desafortunados sería un recuerdo constante, necesario, para aquellos de nosotros que teníamos la libertad de actuar, pensar y hablar en el Nuevo Mundo por su libertad, la libertad de España.

A muchos otros, esta gran tarea que estaba ante nosotros nos hizo olvidar pequeños problemas y dificultades. Sabíamos que esta tarea debía realizarse en el menor tiempo posible, pues cada hora, cada minuto, los pelotones de fusilamiento en España estarían trabajando, segando vidas humanas. Vidas de familiares, de amigos cercanos, y de otros estrechamente ligados a nosotros por lazos tan próximos como el de ser compatriotas españoles.

Por supuesto, yo me daba cuenta del camino que se extendía ante nosotros. No iba a ser un camino de rosas. Además de los obstáculos que se presentarían, haciendo esfuerzos a menudo inútiles por salvar vidas de republicanos, también tendríamos que luchar contra la amargura, las decepciones, incluso las ambiciones que parecen desarrollarse inevitablemente entre los exiliados. Sabíamos, también, que cada individuo, cada uno de nosotros, debía luchar contra la confusión dentro de su propio corazón, pero una cosa era cierta: la primera consideración era y debía ser la libertad de España.

## CAPÍTULO V

### EL DOMINIO FASCISTA EN ESPAÑA

Veracruz nos hizo sentir como si estuviéramos soñando. El azul mar que baña sus costas, el español hablado en tono alto y rápido, que tan característico es del sur de España, me recordaban a Málaga. Los oscuros y expresivos ojos y los gestos de la gente también me llevaban a casa, pero las mujeres vestían *rebozos* en vez de mantones y calzaban *guarachas* o caminaban con los pies descalzos en vez de llevar alpargatas.

En la misma Ciudad de México, la impresión de que estábamos de vuelta en España era incluso más intensa y duradera. El contingente de refugiados era muy grande, y en él había mucha gente que nosotros conocíamos bien. De hecho, algunas mañanas nos parábamos a saludar en la calle Madero o en la avenida Juárez, incluso con mayor frecuencia de la que lo hubiéramos hecho en Madrid.

Nos establecimos en un precioso apartamento con dos terrazas, una de ellas casi para uso exclusivo de Jan. Tenía una magnífica vista de las colinas y de dos

gigantescos volcanes que rodean la ciudad. Toda la familia salió en busca de trabajo. No era fácil encontrar empleo, aunque todos animaban a los refugiados.

En México nos había precedido un grupo de intelectuales. Antes del fin de la guerra, habían sido invitados por el gobierno mexicano para formar un grupo bajo el nombre de «Casa de España», cuyo objeto era principalmente extender la cultura española. La Casa de España estaba dirigida por dos distinguidos mexicanos, el conocido escritor Alfonso Reyes, y el señor Cosío Villegas. Los primeros gastos fueron cubiertos por las donaciones del Gobierno mexicano y los fondos de la embajada española en México.

El Gobierno republicano había aceptado la petición con celeridad. El grupo estaba formado por distinguidos científicos y eruditos que habían estado en peligro de perder sus vidas diariamente en un bombardeo. Entre ellos estaba el famoso psiquiatra, Gonzalo Labora; el escritor don Enrique Díez Canedo; el compositor musical y escritor, Adolfo Salazar; el profesor de filosofía, señor Gaos; y el crítico de arte, Juan de la Encina. Todos ellos podían ser, por el momento, mucho más útiles aquí, para nuestra casa en el extranjero, que en los centros culturales de Barcelona bombardeados y destruidos.

La presencia de estos intelectuales era ahora un gran consuelo y ayuda para nosotros. Estos invitados del Gobierno mexicano se convirtieron más tarde en los nuevos miembros del Colegio de México, una fuerte organización intelectual cuya publicación, el *Fondo de Cultura*, está convirtiéndose en el instrumento cultural más importante de Iberoamérica.

Sin embargo, pronto las noticias que llegaron desde España deslucieron la felicidad surgida por el reen-

cuentro. En las palabras: «¿Has oído?», instintivamente nos preguntábamos: «¿Quién? ¿Quién había tenido que enfrentarse a un pelotón de fusilamiento?». Nunca se le ocurría a nadie que la pregunta «¿Has oído?» pudiera significar otra cosa que ejecuciones.

Las noticias, aunque llegaban lentamente, eran fiables. Lejos de mantener oculta su represión, Franco la utilizaba como un instrumento de terror. Los periódicos españoles publicaban lista tras lista con los nombres de sus víctimas. Nunca se hacía mención a las torturas sufridas, ni a los juicios. Todos eran condenados en esa época por lo que se denominó «crímenes comunes». Y, por supuesto, las listas no incluían los nombres de miles de personas que no parecían ser importantes para los altos cargos de Franco, o que habían sido discretamente eliminadas por los miembros de la Falange, a la que nunca se le negó su capacidad de registrar las casas, arrestar o asesinar.

La misma represión había sido llevada a cabo durante la guerra en las zonas bajo el control de Franco o capturadas por él, pero su ira contra la resistencia republicana le hizo más implacable en los sectores donde durante casi tres años sus fuerzas habían estado acorraladas. ¿No había declarado él mismo que al menos cien mil personas tenían que ser ejecutadas sólo en Madrid?

Para acelerar la eliminación de las facciones anti-franquistas, se animó a la gente a denunciar a los sospechosos. Algunos lo hicieron con el deseo de evitar la lista negra de Falange, otros por pura venganza, y muchos más por ocupar el puesto de los muertos. Entre los últimos había ciertos doctores que pensaron que sería un buen modo de conseguir una consulta segura.

Por supuesto, la maniobra no tuvo éxito. Había una gran escasez de buenos médicos desde que casi todos los mejores habían sido asesinados o estaban en el exilio, pero ningún médico joven e inexperto podía ser súbitamente aclamado como un científico distinguido, no importaba lo grave que fuera la escasez de mejores hombres. Todo lo que tales medidas lograban era retener a los hombres, cuyo trabajo era urgente en cárceles y campos de concentración.

La mayoría de los más distinguidos profesores de España, que también habían sido leales al Gobierno legal de la República, pagaron las consecuencias. Muchos, aparte de ser sencillamente liberales, nunca habían tomado partido en política. Simplemente habían pensado que era un error tomar parte por un general rebelde y, sobre todo, tolerar la dominación alemana e italiana en su país.

Uno de los primeros intelectuales que fueron ejecutados fue el señor don Leopoldo Alas, el rector de la vieja Universidad de Oviedo, que cayó en manos rebeldes en el 1937. Profesores de todos los países del mundo habían hecho lo posible para salvarle. Pero había sido acusado de asistir a una reunión en la que Azaña habló y, esto era considerado suficiente para condenarlo a muerte. No se requería —no se requiere ni siquiera ahora— un gran esfuerzo para encontrar alguna excusa lo suficientemente válida para que la Falange arreste y asesine a la gente.

Las obras del gran y queridísimo poeta Federico García Lorca nacen de las profundas fuentes del sentimiento popular. Están creadas con la especial calidad que puede hacer inmortal a la poesía. Con todo, ese poeta, cuyos renglones son conocidos de memoria por

todo el país, fue arrestado en su ciudad natal de Granada en septiembre de 1936. Lo acribillaron en la calle sin haber sido sometido a juicio. Su muerte ha sido una pérdida irreparable para la cultura española, pues se habría convertido indudablemente en el más grande autor dramático de nuestro tiempo en España.

Como Lope de Vega, ese gran autor de nuestro Siglo de Oro, García Lorca estaba especialmente capacitado para entender e interpretar las características de su país y su gente. Lo que había vivido, al igual que sus obras, habría sido una rica fuente para recoger la esencia y el alimento de las generaciones venideras. Pero García Lorca no podrá inspirar nunca más a la literatura española; el drama y la vida españoles no conocerán más expresiones de su genio.

La envidia que le profesaban escritores menores está en la raíz de su denuncia, pues no había cometido ninguna otra ofensa que la de ser inconsciente de su grandeza. Dotado de un talento desinhibido, había cometido lo que los fascistas consideran el imperdonable pecado de vivir independientemente. Es una marca de superioridad que los hombres como Franco, Hitler y sus seguidores nunca perdonan. Sin embargo, aunque ellos nunca puedan perdonarle su grandeza, incluso los fanáticos miembros de la Falange se han dado cuenta ahora de que la muerte de García Lorca fue uno de sus grandes errores.

Como los más grandes artistas, García Lorca era en el fondo un niño. Tenía la espontaneidad y los generosos impulsos de la juventud, pero nunca figuró en ningún movimiento político, ni ocupó un puesto oficial. Nunca olvidaré la prontitud con la que firmó una protesta contra el ataque de Italia a Abisinia cuando le

pedí su firma. Una de sus obras había sido representada y estaba en el camerino de Margarita Xirgú, la gran actriz española, que era la protagonista. Ella había señalado su simpatía por la República, incluso durante la dictadura de Primo de Rivera.

—No puedo entender por qué los italianos hacen esto, Isabel—, dijo con una mirada de perplejidad en sus ojos. Poco podía suponer lo que eran capaces de hacer, lo que eran capaces de hacernos. Esa mirada suya me dejó un especial y perdurable recuerdo. Debió haber vuelto a sus ojos cuando hombres de su propia raza le asesinaron a tiros...

En una pequeña calle de México hay un busto de García Lorca. Se colocó con ocasión de la visita del poeta a la ciudad antes de la guerra, y es un conmovedor ejemplo del cariño y la admiración que su sola presencia podía despertar en el corazón de la gente.

El número de intelectuales ejecutados —se podía decir asesinados, pues muchos murieron sin ser sometidos a juicio, y otros fueron condenados por las más nimias infracciones— es una prueba del resentimiento de la Falange hacia la superioridad intelectual. El destino de Miguel de Unamuno es un ejemplo en este sentido, pues aunque moderado —casi comprensivo— en su actitud hacia Franco al principio de la rebelión, terminó sus días bajo la estricta y recelosa vigilancia de la fanática y envidiosa Falange. Al principio de la guerra vivía en Salamanca, donde se había mantenido al margen de cualquier actividad política durante algún tiempo, lo que erróneamente le llevó a entender y casi justificar el alzamiento fascista, aunque en el fondo era un convencido antimilitarista. Era su peculiar hábito de contradecir las convicciones de sus mejores amigos



—sólo por discutir—, y esto, indudablemente, contribuyó a que tomara una posición que consternó a los liberales españoles. Sin embargo, pensó que debía hacer un llamamiento para defender vivamente a las vascas y catalanas<sup>38</sup>, e indudablemente, su posterior persecución fue debida a este hecho en particular, tanto como a su poderoso intelecto en general, que los mediocres líderes del movimiento fascista sentían como un insulto personal.

—Muera la inteligencia—, la respuesta del general Millán Astray a las palabras de Unamuno era una expresión espontánea de un sentimiento común para la gran mayoría de los fascistas españoles.

Aunque los últimos días de Unamuno están velados por una intencionada confusión, se piensa que fue privado de su cátedra en la Universidad y mantenido bajo estricta supervisión hasta su muerte por causas desconocidas. Sin embargo, se conoce lo necesario para probar que Unamuno estaba incondicionalmente en contra de Franco al final, y no es poco razonable suponer que su cambio de actitud contribuyera a su fin.

No fueron sólo los más destacables cerebros españoles los que sufrieron a manos de Franco. El objetivo perseguido por los fascistas era destruir la cultura llegando a las mismas raíces. En cada pueblo y ciudad la proporción de profesores perseguidos, no sólo en las secciones superiores de la enseñanza, sino también en las más pequeñas escuelas rurales, es asombrosa. En algunos lugares el sesenta o setenta por ciento de los profesores fueron encarcelados, la mayoría ejecutados.

---

38 Duquesa de Atholl, *Searchlight on Spain*, p. 271.

Naturalmente, esto puso fin a los grandes planes culturales trazados y en marcha durante la República. En sus primeros años (1931-1933) doce mil quinientos nuevos colegios se habían abierto para combatir el reconocido secular analfabetismo del pueblo español. En el lado de Franco, el objetivo deseado era la ignorancia común.

El Boletín del Estado en Burgos, entonces la capital de la zona rebelde, publicó un decreto para la clausura de veintiuna escuelas primarias y cincuenta y dos escuelas secundarias en esa zona. Esto era moderado en comparación con lo que ocurría en otros pueblos y ciudades.

Los médicos fueron objeto de particular persecución, especialmente en los distritos rurales. Ésta es una medida de difícil justificación, considerando el daño causado y su desfavorable influencia para la salud pública.

La caída de Madrid, Barcelona y Valencia era la señal para los arrestos y encarcelaciones en masa. Cualquier gran edificio aprovechable era convertido en cárcel. Hubo un momento en el que cerca de un millón de personas, hombres, mujeres y niños estaban en prisión. Esta cantidad se redujo debido a las sentencias de muerte y a los pelotones de trabajos forzados.

Sin embargo, según las noticias, hay todavía ocho cárceles para prisioneras políticas sólo en Madrid. En 1940, uno de los periódicos de la Falange describió una «conmovedora ceremonia» que tuvo lugar en una de estas prisiones en la que doscientos ochenta niños, nacidos en la cárcel, fueron bautizados.

Se estima que el número de prisioneros políticos actualmente alcanza más de medio millón, y ¡la guerra

ha terminado hace casi más de seis años! En 1943 se redujo la cantidad inicial por la «libertad condicional» concedida por Franco a prisioneros políticos, tanto hombres como mujeres, ¡a más de setenta!

Entre las muchas desconcertantes injusticias observadas en casi todo el país cuando se juzga la conducta de los republicanos y fascistas, ninguna es tan sorprendente como la «justificada indignación» que los asesinatos de sacerdotes y el incendio de iglesias en la zona republicana provocaron en todo el mundo y el silencio con el que se admitió la ejecución de sacerdotes y la persecución y encarcelamiento de dignatarios de la Iglesia por el bando fascista.

*Anayak*, una revista publicada por el clero católico español en el exilio, da cuenta constantemente de tales actos de vandalismo y listas de sacerdotes que están aún en la cárcel y en campos de concentración por toda España. Entre los miembros de la jerarquía católica española que negaron su lealtad a Franco estaban hombres tan distinguidos como el obispo Múgica y el arzobispo Vidal y Barraquer, que recientemente ha fallecido en el exilio en Zúrci.

Las persecuciones a monjas tampoco son mencionadas. Éstas eran miembros de diferentes órdenes religiosas que se negaron a dar falsas evidencias en relación al tratamiento recibido por los republicanos, tratamiento que declararon haber sido considerado y amable.

La terrible represión a la que el pueblo español está sometido ha alejado de Franco a muchos de sus antiguos simpatizantes. Pero pocos se atreven a protestar. Se dice que un viejo obispo, que había considerado al Generalísimo un cruzado, fue arrestado por protestar

en su iglesia contra el terrible abuso de autoridad. Lo mismo me contaron sobre un párroco de una de las iglesias de Madrid, que fue acusado de «incitar» a los fieles a pedir que cesara tal espantosa crueldad.

Sólo la Quinta Columna especial de Franco en Madrid pudo regocijarse cuando el Caudillo hizo su entrada formal en la capital que, con tan limitados recursos, había resistido tanto tiempo. Incluso aquellos a los que la represión no les afectó personalmente fueron heridos profundamente en su orgullo nacional por la aparición del vencedor y sus «fuerzas triunfantes».

Todo el mundo sabe que la escolta personal de Franco es africana, y el caudillo de España nunca aparece en público a menos que esté rodeado por su espléndido grupo de jinetes.<sup>39</sup> Los españoles han sido educados en la creencia de que los moros son sus enemigos ancestrales. Al fin y al cabo, una cruzada contra la invasión árabe de no menos de ocho siglos de duración y las luchas por defender el protectorado español en el norte de África, pagados con torrentes de sangre y millones de pesetas, no conduce a sentimientos amigables. Pero bajo el mando de Franco los moros son considerados parientes y aliados y un objeto de atención preferente que irrita al Ejército regular.

A pesar del peligro que el más leve signo de descontento conllevaba, los republicanos españoles se negaron a someterse a los ridículos actos de lealtad decretados, según el modelo italiano.

El «*Duce, Duce, Duce*» de Mussolini fue imitado con «Franco, Franco, Franco», precedido por el grito

---

39 Thomas J. Hamilton, *Appeasement's Child* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1943), p. 115.

de guerra de reminiscencias medievales de la Falange, «Arriba España». Todas las cartas escritas y todos los sobres mandados por todo el país, todas las noticias de la radio, charlas y discursos incluían esas palabras. Los saludos militares, los saludos entre amigos, las llamadas telefónicas, los trabajos oficiales, todo movimiento llevado a cabo por individuos públicos o privados, debían ir anunciados por esas pomposas frases y el alzamiento del brazo derecho en el saludo fascista.

Los españoles estaban horrorizados. Si hay algo que detestan es esta clase de obligada y adolorada idolatría. Exigido esto por un hombre mofletado, mediocre y pequeño como Franco, que imitaba métodos extranjeros, era imposible de aceptar incluso para las mentes de la aristocracia. Franco perdió su favor repentinamente atreviéndose a utilizar la sala del trono de los reyes españoles para sus recepciones. Era un «insufrible nuevo rico», un advenedizo. Era absurdo siquiera que lo intentara.

También se ordenó que, cuando se tocara uno de los himnos o canciones de la Falange, cuando se bajara la vieja bandera monárquica, que ahora es la enseña de la Falange, o cuando la imagen del caudillo apareciera en las pantallas de cine al final de una película, los hombres, las mujeres y los niños permanecieran firmes e hicieran el saludo fascista.

En los dos años que estas normas estuvieron en vigor, muchos intentaron evitarlas con gran imaginación. Obviamente los métodos violentos fueron tan inútiles como arriesgados.

Los ingeniosos españoles cubrían estos vanidosos excesos fascistas con burla. En un país como España ésta es la mejor arma. La orden de invocar el nombre

del Generalísimo tres veces era ridiculizada repitiendo tres veces los pedidos de leche, café o pan en los cafés.

«Café, café, café» o «Pan, pan, pan», gritaba la gente. El camarero podía contestar «voy, voy, voy». Ni su presteza ni sus cuidadosamente veladas ocurrencias podían ser consideradas ofensivas. El pueblo era reprendido severa pero inútilmente por el Ministerio del Interior.

Al mismo tiempo, apenas había un día en el que carteles con alusiones a la República no aparecieran en las paredes. A menudo un «Viva la República», escrito con nitrato de plata en los edificios gubernamentales, alegraba los corazones de los republicanos.

Un día en el que Franco ofreció pan blanco al pueblo —un ofrecimiento que, por cierto, aún no se ha cumplido— el pueblo de Madrid se despertó con las paredes cubiertas de pasquines en los que se leía:

Francó, Franco, Franco,  
no queremos tu pan blanco.  
Preferimos el serrín  
que nos puede dar Negrín.

Junto al crudo humor de estos chistes, los republicanos estaban ocupados con otros planes. Aunque la caída de la zona republicana fue un terrible choque y la horrible crueldad que le siguió hubiera sido suficiente para destruir su espíritu por mucho tiempo, no requirió sino unas pocas semanas que reaparecieran los primeros signos de rebelión contra la tiranía. Divulgar todas las evidencias de que una España libre está aún viva nos llevaría varios libros. Basta con decir que había bastantes.

## CAPÍTULO VI

### LA VIDA EN UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN FRANCÉS

Los refugiados españoles habían sido internados en el sur de Francia. Al principio la idea era mantener a los hombres separados de las mujeres y los niños, que eran en su mayoría enviados a los pueblos cercanos. No podían comunicarse con sus familiares varones, incluso si eran lo bastante afortunados como para saber dónde estaban.

Es justo decir que el trato a esas mujeres y niños, alrededor de ciento cuarenta mil, no conllevó al principio crítica alguna. La visión de tanta gente desafortunada, sin hogar, la salud de muchos, delicados por la privación, despertó la simpatía de una parte de la población francesa para remediar y satisfacer sus necesidades. Más a menudo se hallaban aquellos con muy poco que compartir que eran realmente generosos. El veneno del fascismo había penetrado muy profundamente en extensos segmentos de la clase media francesa, y eran los más enérgicos en sus protestas contra la entrada de tal

contingente de lo que ellos habían estado encantados de llamar la España «roja» o «comunista».

En los campos de los hombres la situación era mucho peor. Muchos de ellos eran miembros del Ejército republicano derrotado. Para mayor escarnio, habían sido insultados y ridiculizados por soldados e incluso oficiales del Ejército francés. Algunos meses después esos mismos hombres sufrieron una derrota más humillante.

Los soldados españoles habían luchado valiente y heroicamente contra un enemigo superior y con todo en contra. Durante cerca de tres años habían aguantado, habían esperado contra toda esperanza que su tenaz resistencia proporcionara a los demás países democráticos el tiempo suficiente para entrar en razón. No era culpa del Ejército republicano español que Inglaterra y Francia no hubieran estado dispuestas cuando llegó el momento.

Los soldados del Ejército republicano español sentían que al menos debían haber sido tratados con la consideración dispensada a otros ejércitos derrotados. Merecían algún reconocimiento. Pero les fue negado en todas partes, incluso la Cruz Roja, en el caso de la España republicana, faltó a su deber y negó su ayuda.

Los principales campos de concentración en Francia eran Sept Fonds, Prats de Molló, Barcares, St. Cyprien y Gurs. Aquí, los miembros de las valientes Brigadas Internacionales fueron internados en atroces condiciones. Después de algunos meses, las mujeres y los niños también fueron internados en Argelès-sur-Mer. La tasa de mortalidad en Argelès era tan alta, que treinta y cinco niños murieron en un solo día: ¡era Navidad!



Los campos más pequeños fueron absorbidos en pocas semanas por gigantescos recintos como el de Barcares. Grupos de ochenta mil seres humanos fueron llevados en manada, como si fueran animales hasta que, habiéndoles proporcionado los materiales necesarios, los mismos refugiados construyeron graneros, cabañas, establos, todo lo que podía ofrecerles refugio.

En Argelès-sur-Mer, la ración de comida era apenas suficiente para vivir. La arena seca y el viento producían dolorosas llagas en la piel e inflamación de ojos y garganta. Durante mucho tiempo, los hombres hubieron de dormir en agujeros cubiertos con ramas excavados en la arena, sin otra protección contra el frío cortante.

La disentería, la neumonía y la gripe eran los grandes males. Pero la preocupación más grave de los médicos españoles, que también habían sido internados, sin medios para aliviar el sufrimiento a su alrededor, eran los casos mentales y neuróticos. El encarcelamiento, la inactividad forzosa, la comida insuficiente, la desesperación por el destino de España y la inquietud por sus familias, hicieron que incrementaran en número. El doctor Joaquín d'Harcourt, coronel médico del Ejército republicano, que estaba intentando aportar algo de ayuda y orden en el campo, me habló de ello.

La grave situación de los mutilados y heridos era lamentable, hasta que por fin se previó un lugar donde aquellos que estuvieran en peores condiciones pudieran ser tratados. Lo que hizo todo más intolerable fue la negativa de las autoridades francesas a dejar que los médicos españoles refugiados, de los que había varios cientos, cuidaran de sus compatriotas en los campos de concentración. Aquellos a los que se

les permitió permanecer fuera, por ejemplo, el propio doctor D'Hancourt, se vieron obligados a utilizar toda clase de métodos indirectos para ir en auxilio de los enfermos y heridos. Por tanto, se dejó a la mayoría sin atender.

Tal actitud era un claro y absoluto asesinato. Muchos franceses esperaban que, haciendo que los españoles se sintieran incómodos, conseguirían forzarles a volver a España. Por supuesto, esta posibilidad no estaba basada en ideas humanitarias, pues todo el mundo sabía que la vuelta a España sólo podía significar para ellos la implacable dominación de Franco. La muerte, la prisión, y en el mejor de los casos, la persecución y el hambre les esperaban.

La escasez de medicinas y de equipo médico hacía que cualquier ayuda fuera más difícil. Pero los demócratas del mundo estaban empezando a entender por fin. Empezaron a llegar ofrecimientos de ayuda, ninguna de ellas oficial.

Los comités americanos, noruegos y británicos de Ayuda a España, La Sociedad de Amigos, el Comité de la Junta Nacional, la Organización Suiza de Ayuda a los Refugiados, la Comisión Internacional de Ayuda a los Niños Refugiados Españoles, así como las organizaciones benéficas privadas, coordinaron sus esfuerzos. La gente había empezado a darse cuenta de que este éxodo, el resultado de los ataques fascistas, era una de esas grandes tragedias, y de ningún modo la más pequeña de las que haya sufrido el mundo.

Mientras tanto, los departamentos del Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles en París consiguieron los fondos que el Gobierno de España todavía tenía a su disposición. Enviaron todos los sumi-

nistros médicos posibles y dispusieron la evacuación a América de todos los refugiados que pudieron liberar de los campos de concentración.

No se alcanza a entender la actitud negativa de las autoridades francesas. Por una parte, se quejaban de la carga para Francia por el enorme coste que suponía; por otra, con frecuencia, y de manera arbitraria, se negaban a que la gente se marchara de los campos.

Debe de haber habido alguna razón poderosa detrás de todo ello. Todo refugiado que solicitaba su liberación tenía que estar provisto de documentos y medios necesarios para abandonar el país. Se rumoreaba que Francia pretendía utilizar los restos del Ejército republicano español contra los alemanes, pero era una oportunidad de mostrar que, lejos de desear esto, las autoridades levantarían todo tipo de obstáculos al plan de evacuación.

Gracias a la ayuda ofrecida a la Liga de Mutilados, fue finalmente posible comprar un viejo castillo en Pressigny y otros dos en Courcivan y Soustous. Se hicieron arreglos para recibir y reeducar a algunas de las víctimas de guerra que tenían necesidades más urgentes. Pero la movilización francesa en 1939 obligó al departamento médico español a evacuar esos centros y a buscar otros refugios para su legión de ciegos y mutilados.

Muchos de ellos habían sufrido la amputación en Francia porque los médicos no habían acertado a entender los nuevos métodos de medicina de guerra para evitar la infección. Estos métodos fueron descubiertos en España y están siendo utilizados ahora en todos los campos de batalla. La visión de los heridos cubiertos con escayolas de yeso horrorizaba a algunos miembros

de la profesión médica francesa, que se apresuraban a curar con cirugía lo que creían que eran terribles infecciones.

El campo más conmovedor era el de Bram, donde muchos intelectuales españoles fueron internados y cerca del cual un pequeño cementerio había surgido en muy poco tiempo. En las sencillas cruces de madera blanca están escritos los nombres de los hombres que una vez fueron alabados en arte, literatura y ciencia. La mayoría de ellos sólo tuvieron una manta que descansaba sobre ramas secas en la que morir.

Hablando con uno de ellos que estaba herido en ese momento, un corresponsal de la revista inglesa *Picture Post* escribió en el ejemplar de abril de 1939:

*«Él es profesor de Derecho Internacional. Es un anciano y no tomó parte en política. Pero escribió artículos sobre la justicia y los derechos de las naciones para una revista extranjera, y no hay lugar para él en la España de Franco. Permanece enfermo en el campo de Bram, como tantos miles.»*

El mismo corresponsal habla de las dificultades de los refugiados para mantener correspondencia. Había pocas posibilidades de conseguir papel y lápiz dentro, así que a menudo se rogaba a los visitantes que garabatearan algunas palabras que los refugiados firmaban. Él quería decir a su gente y al Servicio Español de Evacuación que estaba todavía vivo y darle sus señas para que algún día alguien hiciera algo por él. Sobre todo, quería tener noticias de su mujer, su madre y sus hijos. Estaba rodeado de miles de personas, pero estaba solo. Solo, ése era el lamento más oído de los hombres en los campos.

Los bombardeos, que durante meses habían derribado sus hogares, habían cesado. Los proyectiles, que habían asesinado a algunos de sus seres más cercanos y más queridos, ya no existían. El estruendo de las armas del enemigo se había calmado. Pero eran prisioneros bajo la vigilancia de la guardia montada de *spahis* árabes, patrullando incesantemente, que a menudo se comportaban de una manera brutal. Éste era el trato concedido a los soldados que habían luchado con coraje y honor.

Nunca olvidarán nuestros refugiados el horror y la desesperación de aquellas primeras semanas en los campos de concentración franceses. Estaban indignados con una foto en la revista francesa *Match* tomada antes del final de la guerra. Mostraba a los delegados internacionales del Comité de No-Intervención jugando al *bridge* en Vernet-les-Bains, en la frontera franco-española. ¡Qué despreocupados y satisfechos parecían, sentados allí, mientras hombres valientes estaban muriendo! En esta foto aparecían un coronel del Ejército finlandés, un comandante belga, un jefe de policía danés y un escritor del mismo país. Ahora, después de lo que sus países han soportado, ¿se arrepentirán alguna vez del papel que jugaron entonces?

Una de las privaciones que muchos de los refugiados encontraban más difícil de soportar era la falta de libros. Rogaban, imploraban a los amigos que estaban fuera que les enviaran libros; la mayoría quería libros para estudiar. Especialmente los profesionales y jóvenes estudiantes necesitaban algo que mantuviera sus mentes lejos de la trágica situación.

Las revistas y periódicos, aclamados al principio con júbilo, fueron rechazados después con ira y pro-

funda repugnancia. Algunos escritores parecían no estar satisfechos con la derrota de la democracia en España. Ni siquiera podían respetar la vieja costumbre de no golpear a un hombre cuando está en el suelo. Por el contrario, el odio concentrado de los antidemócratas y de los amigos del totalitarismo de todo el mundo continuó atacando a la República española a través de la prensa.

Podemos darnos cuenta de la magnitud de la resistencia de los republicanos españoles cuando vemos qué precio estuvieron los fascistas dispuestos a pagar en su aniquilación total. Y como fue frecuente durante la guerra, su odio y hostilidad encontraron herramientas útiles y dispuestas en la gente que nunca había podido descubrir la verdad de la guerra. Los de mente relajada, los que no estaban instruidos en problemas internacionales, los asustadizos, los débiles, fueron fácilmente influenciados por la falsa propaganda. Tomemos el caso de un increíble artículo publicado por la *Revista de la Asociación Médica Americana*, en el número del 8 de julio de 1939, que recientemente ha llegado a mi conocimiento. En él su «corresponsal en Madrid», que debía haberse informado mejor, declaraba entre otras cosas que:

*«Durante la última guerra civil española todos los puestos oficiales y privados en Madrid estaban monopolizados por miembros del Gobierno. De acuerdo con el procedimiento ruso, un puesto de "responsabilidad" era creado para una persona a cargo de un departamento determinado. Los nombramientos de la mayoría de los departamentos eran absurdos. En el Hospital General de Madrid, que es uno de los mejores hospitales de Europa, la persona nom-*

*brada como “responsable” era el señor Manolo, que había sido cerrajero del hospital. Denunció a varios empleados y doctores –cinco o seis fueron asesinados–. También dio órdenes a todos los médicos y miembros de la plantilla del hospital de acudir a una conferencia semanal donde todo el mundo debía hacer el saludo comunista.»*

En otro hospital, San Juan de Dios, la persona responsable de su dirección era, dice el artículo, un doctor de Oporto, que hablaba poco español.

*«El Gobierno comunista-anarquista [éste es de hecho una mezcla] cambió la junta de directores del Colegio de Médicos», y señala a un dermatólogo como el «dictador rojo de los médicos de Madrid». Este hombre ordenó a todos los doctores llevar pulseras o brazaletes, con el fin de identificarlos. «Los brazaletes entregados a los médicos del partido político rojo –dice el corresponsal de AMA.– tenían sellos que identificaban a los que los llevaban como miembros del partido, mientras aquellos entregados a los médicos independientes no los tenían y los médicos que los llevaban fueron varias veces considerados y tratados como enemigos.»*

El artículo dice que uno de los doctores fue asesinado cuando se descubrió que no era comunista, y todos aquellos que no pudieron probar que eran sinceramente comunistas fueron «eliminados» del Hospital General de Madrid y San Juan de Dios. La revista incluso llega a decir que un doctor fue enterrado vivo después de haberle cortado los pies y las manos. El médico de una mujer que murió después de dar a luz fue asesinado con su hijo por el grupo político al que su marido pertenecía. El escritor también habla del

doctor Gómez Ulla, que tuvo que operar a parte de la milicia bajo la amenaza de una pistola y fue maltratado en la cárcel durante un año. El artículo termina con un largo galimatías sobre la falta de comida y de suministros médicos, de la pelagra y otras epidemias. ¡Uno se queda estupefacto al pensar que una revista seria se permitiese ser un arma de propaganda de ese calibre!

Hay personas en Madrid que hubieran podido informar al escritor mejor de lo que evidentemente lo habían hecho los ciegos fanáticos a quienes él debía la información. En cualquier caso, alguien de la plantilla de la *Revista* podía haberse tomado la molestia de comprobar alguno de los puntos, no sólo a través de ciertos distinguidos doctores españoles en el exilio, por carta, sino a través de los honorables norteamericanos que fueron a España y que podían haberle dado informes fiables de primera mano sobre el tema.

Yo he hecho algunas comprobaciones por mí misma de fuentes de incuestionable reputación y he hallado que:

Cuando la rebelión fascista tuvo lugar en Madrid y se declaró el estado de guerra en toda la zona republicana, el Hospital General de Madrid fue puesto a cargo de un comité multipartidista formado por doctores, representantes de enfermeras, y demás personal. Los miembros del comité se reunían una vez a la semana, no para escuchar una charla pronunciada por un cerrajero, sino para estudiar medidas para la apropiada organización del hospital, el equipamiento, la comida, etc. El director del hospital era un conocido cirujano, el doctor Díaz Gómez. El pintoresco «Manolo» nunca existió.

El famoso cirujano, el doctor Olivares (a quien conozco personalmente), que era de confesadas tenden-



cias fascistas, continuó su práctica, debidamente protegido contra posibles ataques de republicanos irritados. En el Hospital Clínico, otro conocido cirujano, el doctor Cardenal, también sospechoso de ser de ideas fascistas, el decano y el secretario de la Facultad de Medicina, a todos, se les pidió que permanecieran en sus puestos, y nunca fueron perseguidos o molestados. Sólo al diez por ciento de los profesores se les pidió que dimitieran a causa de su declarado antagonismo a la causa republicana. Ningún miembro de la universidad fue asesinado, al contrario, continuaron en sus puestos.

El Colegio de Médicos renovó su junta directiva durante la guerra. El presidente electo fue el famoso doctor Julio Bejarano, el gran dermatólogo, que ayudó y cuidó de todo el mundo, aunque se probó que algunos eran traidores. El doctor Bejarano, que está ahora en el exilio en México, ha sido nombrado por el Gobierno mexicano director de una nueva leprosería en Ciudad de México, y hace poco fue elegido presidente de la Academia Mexicana de Dermatología.

Dos conocidos miembros del cuerpo de médicos español, el doctor Jiménez Díaz, que siguió practicando durante la guerra, y el doctor Marañón, están aún en Madrid. Son raros ejemplos de la ciencia española que encuentran conveniente permanecer en Madrid bajo el fascismo. La mayoría de los más afamados representantes españoles de esta rama del conocimiento están o han estado en prisión, como el cardiólogo, el doctor Luis Calandre, y el doctor Manuel Bastos, traumatólogo. Entre los que se hallan en el exilio están el doctor Manuel Márquez (oculista), decano de la Facultad de Medicina de Madrid; el doctor Alejandro Otero, ginecólogo de la Facultad de Granada; el doctor José Puche, rector de la Universidad de Valencia; el doctor

Gonzalo Labora y el doctor Mira, famosos psiquiatras; el doctor Costero, ahora al frente de la sección de anatomía patológica en el nuevo Instituto de Cardiología de Ciudad de México; el doctor Víctor Acosta, otorrinolaringólogo de Madrid; tantos famosos cirujanos, como el doctor Joaquín d'Harcourt, cuyas experiencias tratando heridos de guerra han sido utilizadas en la guerra actual y ha sido elogiado en la *Revista Médica Británica* y en *Lancet*; el doctor Luís Jerez, un joven y brillante cirujano que también obtuvo fructíferas experiencias de la guerra española; el doctor Río Ortega, que ocupó la cátedra de Histología de la Facultad de Medicina en Madrid, y muchos otros. Sólo en Ciudad de México se encuentran alrededor de trescientos doctores en Medicina, españoles bien preparados, casi cincuenta de ellos son decanos o miembros de las Facultades de Medicina de Madrid, Barcelona, Valencia o Granada.

El autor del artículo publicado por la *Revista de la Asociación Médica Americana* mencionaba un Gobierno anarquista-comunista. Estoy devanándome los sesos para descubrir cómo se las ha arreglado para hacer una combinación de tal género, cuando todo el mundo sabe que las dos ideologías son radicalmente incompatibles. Mientras el Gobierno estuvo en Madrid, y antes de la formación del gabinete multipartidista, no hubo, como ya se ha dicho, ni socialistas, ni comunistas, ni anarquistas en el Gobierno; sólo había republicanos.

El resto del artículo se dedica a decir lo poco que tenía la gente para comer, pero este hecho no consigue del autor ninguna palabra de admiración ni pesar por la gente que prefería el hambre a la esclavitud. En cualquier caso, el Gobierno no tenía la culpa de ello. Al fin y al cabo, el pueblo sabe que fue Franco y sus fuerzas

quienes asediaron Madrid y llevaron a los madrileños a la muerte, la prisión, el hambre o la esclavitud.

En cuanto a las condiciones sanitarias durante la guerra, los miembros del Comité de la Liga de Naciones a cargo de tales asuntos, se asombraron de la manera en que las autoridades sanitarias habían cuidado del nivel de salud en la zona republicana. Se elaboró un informe antes de la Liga en 1938 sobre este tema, que la *Revista de la Asociación Médica Americana* quizá pudiera estar interesada en publicar. Fue en Ginebra, donde fui presentada como delegada española y testigo del profundo interés y admiración que causó. Artículos como éste de la *Revista de la Asociación Médica Americana* constituyen una constante fuente de sufrimiento para la gente en los campos de concentración. Leer estas cosas y al mismo tiempo ver el dolor que les rodea, hace preguntarse si alguna vez se hará justicia a la España republicana.

Ciertamente, llegaban pruebas de admiración de todas partes. Tengo delante de mí mientras escribo una copia de una carta enviada por Franz Jaeggy, un gran doctor suizo, a uno de sus colegas españoles, cerca de los campos de concentración. Después de expresarle su tristeza por la suerte del valiente pueblo español, habla de la vergüenza que siente de ser incapaz de evitar «que los oportunistas dentro del Gobierno francés maltrataran a los heroicos refugiados», añadiendo que cuando, durante la guerra franco-prusiana de 1870, el Ejército francés de Borbaki en el Jura tuvo que refugiarse en Suiza, los soldados habían sido desarmados y tratados con la mayor cortesía.

—Lo que he visto de la gente —escribe— es suficiente para convencerme de la magnífica energía e indestructible fe en la superioridad moral de su causa, y hace que

me sienta seguro de que finalmente triunfará. Esa esperanza me lleva a creer que también los dictadores europeos caerán algún día, arrastrando a Franco con ellos.

Había cientos de pruebas como éstas, pero el sufrimiento en los campos era tan profundo, el trato tan atroz, que era difícil encontrar consuelo en lo que sólo una parte del mundo pensaba.

Los campos de castigo eran una pesadilla. Dos eran especialmente espantosos, el de Château près Collioure y el de Vernet d'Ariège. Allí, la menor excusa era suficiente para que un hombre fuera condenado al castigo y la tortura.

Un amigo me habló de un joven en este campo al que oyeron canturreando la *Internacional*. Fue enviado a un lugar conocido como El Hipódromo, donde los prisioneros eran forzados a andar, dando vueltas como caballos. Cuando el chico volvió al campo, los demás notaron desde el principio algo anormal. Pronto observaron que interrumpía en mitad de una conversación y se quedaba de pie con rigidez, negándose a bajar su brazo hasta que un guardia le ordenase hacerlo.

Una noche, evidentemente bajo el delirio de creer que cumplía con su deber –más tarde se supo que en El Hipódromo había sido obligado seguir una guardia de veinticuatro horas– fue visto por soldados senegaleses acercándose mucho a la alambrada que circundaba del campo. Fue abatido por los centinelas franceses. Mi amigo me contó cómo el reflector que examinaba el cielo cada noche le bañó con una etérea refulgencia mientras yacía tranquilamente, en paz al fin, en el suelo francés que cuando dejó España pensó que iba a ser una «tierra de liberación» para él y para otros.

## CAPÍTULO VII GUERRA PARA OTROS

Llevábamos en México dos meses cuando Hitler atacó Polonia. Nunca olvidaré la noche en la que, sentados al lado de la radio, en la sala de nuestro apartamento en la avenida México, oímos: «El alcalde de Varsovia acaba de pronunciar un discurso al pueblo asegurándoles que su ciudad será un segundo Madrid.» Levanté la vista hacia Ceferino y susurré: «Por fin Madrid va a ser reivindicado, pero espero –¡oh, cómo espero!– que no se les abandone como a España».

No, no iban a ser abandonados. El «león británico» finalmente estaba sacudiendo su melena. Cayó la advertencia de Inglaterra a Hitler, y cayó la poderosa fuerza del Reich alemán en los desafortunados polacos.

Los días siguientes fueron angustiosos. Cada hora encendíamos la radio para escuchar lo que estaba pasando en Europa. Me gustaba sentarme hasta altas horas de la noche –por la mañana temprano en Europa– para escuchar al locutor inglés. Mi corazón sentía sim-

patía hacia Inglaterra. A pesar de todo lo que le había hecho a España, no sentía ningún rencor. Sólo esperaba que el pueblo no sufriera tanto en este momento de aflicción.

No teníamos tiempo de discutir los sucesos, excepto por la noche. Cefe, Germán y Marissa estaban todo el día ocupados en el laboratorio clínico y en la consulta que habíamos puesto en marcha en un diminuto apartamento debajo del nuestro. Los pacientes empezaban a llegar. Germán había trabajado varios años en el laboratorio de la Facultad de Medicina de Madrid, y estaba muy preparado para su cometido, y Marissa se había prestado voluntaria para ser su asistente. En cuanto a Cefe, sólo deseaba ardientemente volver a su trabajo.

El equipo que habíamos podido permitirnos era escaso, pero creo que se compensaba con la energía y fervor que ponían en su tarea.

Ceferino estaba empezando a pintar otra vez, los dos chicos estaban también muy ocupados, y a mí me habían hablado en la editorial Longmans Green de Nueva York, de la posibilidad de pensar en un libro para niños. Estaba trabajando en él mientras esperaba el comienzo de una gira de conferencias. William B. Feakins estaba organizando una en Estados Unidos, de la que no hablábamos mucho en casa, ya que la familia ahora tenía pavor a las separaciones. Decidimos que aceptaríamos cualquier cosa que pudiéramos asumir; éramos ocho personas que vestir y alimentar. Todo lo que teníamos en España había sido confiscado.

Franco había determinado que nunca reclamáramos nada que hubiésemos dejado atrás. ¡Como si fuéramos a dignarnos a pedirle algo! Además de la pena

decretada por los tribunales militares, el otro tribunal, llamado Tribunal de Responsabilidades Civiles, había condenado a Ceferino a la pérdida de la nacionalidad, al exilio durante quince años –cómo asocien esto con la pérdida de nacionalidad no lo sabemos–, y al pago de una multa de diez millones de pesetas, con la confiscación de todos los bienes y propiedades para cubrir esa suma. ¡La cantidad de la multa nos hizo reír al principio! ¡Diez millones! ¡Nosotros que nunca habíamos tenido uno, como todos sabían!

Pensándolo mejor, nos dimos cuenta de la maliciosa intención. Precizando qué teníamos que pagar tal suma, la gente pensaría: «¡Piensa lo que esa gente, que son republicanos, han debido robar si pueden pagar esas multas!». Por supuesto, ninguno de los refugiados condenados a pagar grandes o pequeñas multas darían –suponiendo que pudieran– un solo céntimo a Franco. ¡Como si fuéramos nosotros, y no él, los que estaban equivocados!

A medida que llegaba el invierno, nos dimos cuenta de lo afortunados que habíamos sido al escoger Ciudad de México como nuestro hogar y al habernos permitido que viniéramos. El tiempo en esta parte del país a lo largo de diciembre y enero es ideal. No se necesitan chimeneas ni ropa de abrigo especial. Pero era más que eso. Cuando la Navidad se acercaba, muchas de las costumbres y ceremonias mexicanas eran exactamente como las que teníamos en España. Incluso en los momentos en los que nuestros recuerdos de casa eran más intensos, no nos podíamos sentir extraños en nuestra recién adoptada tierra.

Hay una costumbre especialmente típica y hermosa: las *posadas*. Desafortunadamente se está convirtien-

do en una mera función social, pero pudimos ver las *posadas* ese año en todo su primitivo y valioso encanto. Nos recordó nuestras fiestas populares españolas en Navidad.

La palabra *posada*, o albergue, se le da a la casa donde la ceremonia se lleva a cabo. Recrea el episodio bíblico en el que la Virgen y su esposo, san José, buscan la noche de Navidad una posada para pasar la noche. Prohibida la entrada en todas, se vieron obligados a buscar refugio en un humilde establo. Con unos simples versos, esta escena es representada otra vez en algunos hogares de un modo conmovedor. Pero la entrada les es concedida, no negada, a los que representan la parte de María y José, y más tarde el anfitrión y la anfitriona con sus invitados cantan bellos villancicos navideños que probablemente trajeron los españoles a México.

Las *posadas* se celebran durante nueve días entre el 16 y el 24 de diciembre, después de los cuales los mexicanos, como los españoles, se dedican a celebrar la Nochebuena, la buena noche de la víspera de Navidad.

En casa decidimos que no nos dominarían los recuerdos de otras Nochebuenas en nuestra querida España; en su lugar consideramos las primeras navidades en el exilio como el punto de partida de nuestro regreso. ¡Constituiría el paso inicial hacia la reconquista de España!

A principios de diciembre, Ceferino había comprado papel dorado y pegamento, musgo y arena para la preparación de la Navidad. Con esto, hizo las montañas, a cuyos pies talló el establo y el pesebre donde la Sagrada Familia, la mula y el buey debían ser instalados.



Jan era demasiado pequeño ese año para hacer otra cosa que gatear alrededor de la habitación buscando algo que agarrar. Los tesoros en el árbol de Navidad eran un deleite para él. No podía aún apreciar el ingenuo encanto de los pastores y pastoras vestidos con los trajes mexicanos –los que teníamos en España estaban vestidos como los campesinos españoles– ni la solemnidad con la que las figuras de arcilla representando a los Reyes Magos de Oriente y su comitiva montaban sus caballos y camellos bajando la ladera de la montaña de papel; pero le encantaba cuando Marissa, Germán y Cefe rompían a cantar una canción y todos nuestros amigos les acompañaban.

Después de una cena que fue tan tradicionalmente española como se pudo, pasamos el resto de la noche cantando las canciones de las regiones de donde era cada uno. Éstas eran canciones que durante generaciones se han cantado por toda España; canciones que en esa misma noche, probablemente, también se cantarían en las prisiones y en los campos de concentración de nuestro hermoso país.

Ceferino y yo agrupamos alrededor de nuestra sencilla pero amplia mesa a todos los miembros de nuestra familia, y a varios amigos, algunos de los cuales, también exiliados, no habían podido aún establecerse. Un norteamericano, Harry Block, que es hoy el director de una importante editorial, y su encantadora esposa mexicana, Malu Cabrera, formaban parte de la fiesta. Constancia de la Mora y el general Hidalgo de Cisneros estaban con nosotros y contribuyeron totalmente a nuestros esfuerzos por estar tan alegres como fuera posible.

El doctor Carlos Martínez, un distinguido cardiólogo que había estado trabajando en el mismo hospital

que Cefe durante la guerra, había llegado a ser en poco tiempo como un hijo para Ceferino y para mí. Había nacido en Asturias y había vivido la mayor parte de su vida allí, así que nos deleitó con canciones asturianas. Ceferino, Cefe, Marissa, Germán y Alejandro habían nacido en Madrid, pero hicieron los coros para los otros. Juan y yo no sabíamos cantar, así que nos echaron una mano cuando llegó el turno de Andalucía. El doctor Jorge Pares es catalán y había también dos vascos, un gallego y dos chicas de Valencia que no podían permitir que olvidáramos sus regiones.

Antes de terminar la fiesta, después de medianoche, intercambiamos buenos deseos, y después nos pusimos en pie para cantar el himno republicano español. No resultó ser una interpretación perfecta. Estuvo muy lejos de ser un canto tan perfecto como lo habían sido las otras canciones. No por falta de práctica o pérdida de memoria. Sino porque más de una voz se quebró o se volvió ronca como si estuviera a punto de sollozar. Sin embargo, pudimos cantarlo entero y terminar con tres entusiastas vivas a la República que se debieron oír por toda la casa.

Cuando Ceferino y yo habíamos inspeccionado cuidadosamente los árboles y el nacimiento en el Belén de miniatura para asegurarnos de que las pequeñas velas se podían apagar sin peligro, abrí la ventana del salón de par en par y eché un vistazo a la gran plaza de la avenida México. Ceferino se había ido a su habitación. Así pues, estaba sola. Sola y casi capaz de tocar las puntas de los altos y frondosos árboles y de las cimbreantes palmeras que había delante de la casa. Parecían extrañas después de haber visto las ramas de los árboles en Madrid, sin hojas por el frío en esa época del

año, o de las ramas cubiertas de nieve de Suecia. Pero podían compararse a las de Belén y a las de mi ciudad natal, Málaga, en el extremo sur de España.

Las canciones y vivas de la noche parecían llenar aún el espacio en el que estaba. Como ocurre a menudo cuando la sensibilidad de alguien ha sido puesta a prueba al máximo, mis pensamientos tomaron forma, los recuerdos se convirtieron casi en visiones.

Podía verme a mí misma siendo niña, emocionadísima con lo que la Nochebuena pudiera traerme; y siendo joven en Madrid con mi madre, mi hermana Anita y Ceferino pasando la noche con nosotros; luego era una joven esposa y madre en el hogar construido por Ceferino y por mí. Otra vez estaba ante las cosas españolas en Succia, y ahora, exiliada...

El círculo familiar de mi niñez se había dispersado hacía mucho tiempo. Mi padre, mi madre, Ricardo y los padres de Ceferino podían salir del pasado ocasionalmente, pero pertenecían al pasado, y no ya a nosotros. Anita y José Luís en los Estados Unidos, como mis hermanas, María e Inés, en el convento en Bélgica, parecían estar muy lejos; más lejos incluso que nuestros queridos amigos en España.

La distancia no es tanto una cuestión de espacio, como de situación. Podemos recorrer las tres mil millas o más desde México a Nueva York o Boston con cierto esfuerzo económico. Pero no la distancia a Europa, sumergida en una guerra; creo que, incluso si pudiéramos permitirnos un viaje tan caro y quisiéramos asumir los riesgos de una guerra submarina, sería difícil obtener los necesarios visados y permisos para cruzar el océano.

El cielo estaba increíblemente hermoso esa noche. La plaza estaba en silencio. ¿Era realmente cierto que

había una guerra? ¿Era cierto que los hombres se mataban unos a otros? ¿Era cierto que Hitler, Mussolini y Franco habían desatado las fuerzas del mal en el mundo sin que los países más grandes y fuertes intentaran pararles? ¿Era cierto que la gente estaba siendo torturada y que corrían torrentes de sangre humana y lágrimas? ¿Podía ser cierto –como lo era– el mandamiento pronunciado hace tanto tiempo, según el cual los hombres debían amarse los unos a los otros? Sí, todo era cierto, y la promesa y la oferta de paz también, pero habían sido pronunciadas con una condición: «A los hombres de buena voluntad». ¿Entonces, no había ninguno?

Había algunos, pero no los suficientes. Una y otra vez grupos de seres humanos, hombres y mujeres de buena voluntad, habían intentado traer la razón al mundo a través del amor y la fraternidad y una y otra vez habían sido perseguidos y destruidos por aquellos que usaban la fuerza en vez del amor, los golpes en vez de la razón.

Entonces, ¿qué debemos pedir? Intenté meditarlo esa hermosa noche: nuestra Nochebuena en México. Si no se nos puede conceder la paz salvo que haya «hombres de buena voluntad», y estos siempre han sido demasiado pocos, ¿por qué pedir lo que nunca será nuestro?

¿Nunca? Entonces la guerra, los prisioneros, las torturas y el derramamiento de sangre y lágrimas continuarán por siempre...

Cuando volvía de la ventana, mis ojos tropezaron con el nacimiento, con su Belén y sus pastores, su pequeño y divertido rebaño de ovejas de arcilla, los Reyes Magos con sus caballos y camellos, las montañas, todo nacido de la buena voluntad de Ceferino para hacer que su familia fuera feliz esa noche.

De repente, un pensamiento me consoló. Todos habíamos empezado por el final equivocado. Habíamos estado pidiendo paz, en vez de pedir hombres de buena voluntad, y decidí que lo pediría en el futuro.



## CAPÍTULO VIII ASTURIAS, LA VALIENTE

Casi todas las regiones de España han sido en algún momento la escena de luchas mortales entre el pueblo, que quería ser libre, y los poderes de la opresión y la tiranía. Pero Asturias es quizá la que más se ha sublevado contra los enemigos de su libertad y su independencia.

Antes del comienzo de la era cristiana, cuando el Imperio romano había extendido sus tentáculos sobre la faz de Europa y el norte de África, prácticamente toda España había caído, tal como lo habían hecho otros países. Todos cayeron excepto Asturias.

Las altas montañas que defienden el acceso a esa pequeña provincia al noroeste de la Península Ibérica fueron un poderoso baluarte contra el que oleadas de legiones romanas lanzaban en vano ataque tras ataque. Los montañeros asturianos lanzaban sus primitivas armas contra los curtidos y bien equipados guerreros romanos. No se rendirían y finalmente Roma se vio forzada a retirarse, dejando a la pequeña provincia en paz.

Algunos siglos después, una nueva invasión desde el sur colocó a España a los pies de los sultanes árabes que hicieron de la bella ciudad andaluza de Granada su residencia favorita, establecieron uno de sus principales centros de estudio en Córdoba, y sembraron las semillas de su cultura por todo el país, excepto en Asturias otra vez. Allí fueron acorralados, allí fue planeada la reconquista de España y allí se produjo la primera victoria sobre los invasores, en la batalla de Covadonga.

Otras regiones ayudaron en ese intento de liberación. Se puede decir que no hay ningún rincón de la península donde no se hiciera la guerra contra los árabes. Pasaron ocho siglos de cruzada por la cristiandad y la libertad, antes de que los últimos turbantes de los últimos guerreros árabes desaparecieran en África.

Muchas leyendas y romances, transmitidos de generación en generación, narran los sacrificios del pueblo por su libertad. El Cid Campeador y su caballo Babieca ha inspirado poemas en casi todas las lenguas, pero de la libre Asturias proviene el primer esfuerzo para alejar a los enemigos de España.

Con el paso de los siglos hasta nuestro tiempo, Asturias ha sido un símbolo de independencia, y sus habitantes, famosos por su resistencia, su valor y la sólida defensa de las libertades de su pueblo. Es un pueblo bien dotado de cualidades intelectuales. Algunos de los más grandes escritores y poetas españoles son asturianos.

El País Vasco, también bañado por las aguas del golfo de Vizcaya y del océano Atlántico, ha luchado como Asturias por la democracia, la independencia y la libertad a lo largo de su historia. El cobarde ataque



de la fuerza aérea alemana contra Guernica, una ciudad tradicionalmente sagrada para los vascos, no se olvidará fácilmente.

Franco incrementó el odio de los vascos hacia él, cuando permitió que las tropas italianas tomaran Bilbao. La ciudad cayó después de una magnífica pero agotadora defensa contra un enemigo cien veces superior. Ha sufrido la persecución de la Falange desde entonces.

Los vascos son considerados devotos católicos. Su entusiasta apoyo al Gobierno republicano en la guerra contra el fascismo es un rotundo desmentido a la declaración de Franco de que estaba librando una batalla del catolicismo *contra* el comunismo. «Quizá es providencial —dice el presidente vasco, el doctor José Antonio de Aguirre<sup>40</sup>, que ahora vive en el exilio en Nueva York—, que un pueblo tan devotamente religioso como el vasco haya estado en este lado, y de este modo enseñar a todos los que están recelosos y equivocados, que la libertad y la fe unidas tienen cabida en sus corazones.»<sup>41</sup>

También los vascos, según los observadores imparciales, lucharon hasta el final.<sup>42</sup> Muchos fueron asesinados en la batalla, muchos fueron llevados a otras tierras. La unidad en el propósito, la fe en su país y

---

40 El doctor José Antonio de Aguirre fue investido presidente del País Vasco cuando, en octubre de 1936, las Cortes españolas republicanas le otorgaron completa autonomía. Tomó juramento de lealtad bajo el tradicional Árbol de Guernica, con estas palabras: «Humildemente ante Dios, con mis pies sobre nuestra tierra natal, con el recuerdo de nuestros antepasados en mi mente, bajo el Árbol de Guernica, juro satisfacer fielmente la confianza puesta en mí».

41 José Antonio de Aguirre: *De Guernica a Nueva York*, p. 39;

42 *Ibid.*, p. 53.

su raza les convirtieron en héroes durante los oscuros días de la guerra. Los vascos continúan la lucha en defensa de los principios que siempre han sostenido.

En Asturias, dos años antes de la rebelión de Franco, se dieron signos de la tragedia que España iba a sufrir. Las ricas minas de carbón que se encuentran en lo profundo de su corazón han sido desde siempre trabajadas por una gran parte de población de algunas zonas. Como en cualquier otro país, los mineros han sido famosos por la tenacidad con la que luchan por la mejora de sus condiciones de vida y por su lealtad a las organizaciones internacionales de trabajadores. Estos lucharon por la liberación de los trabajadores de todo el mundo y por el mantenimiento de la democracia y la libertad.

Tal cantidad de hombres de aguda conciencia política y responsabilidad era, naturalmente, extremadamente influyente en las decisiones adoptadas por la Unión General de Trabajadores, cuya sede central estaba en Madrid, y por la asociación rival de ésta, la Confederación de Trabajadores, principalmente representada por los catalanes. Durante muchos años el Sindicato de Obreros Mineros de Asturias, bajo la acertada dirección de su líder, Manuel Llaneza, jugaron un papel importante en la lucha por leyes de protección y aumento de sueldo de los trabajadores.

Pero la actividad de los colectivos en ese rincón de España no se limitó a estos asuntos. Esto es lo que pasó en 1934: había sido un año repleto de descarados ataques y amenazas contra la República por los partidos de extrema derecha, especialmente el liderado por el señor Gil Robles. Era un hombre joven de recursos independientes e ilimitada ambición, que disfrutaba

del total apoyo de la jerarquía eclesiástica y cuyo grupo parlamentario no había dado su lealtad al régimen republicano. Una remodelación propicia del gabinete, maquinada por el viejo y astuto político, doctor Alejandro Lerroux, condujo al acuerdo por el que dos carteras ministeriales serían depositadas en las manos de Gil Robles, que se nombró a sí mismo nada menos que Secretario de Guerra. Algunos meses antes, los sindicatos de trabajadores de España habían seguido los acontecimientos lo suficientemente atentos como para darse cuenta de que un movimiento así constituía un terrible peligro para sus libertades.

Gil Robles y su partido eran fascistas de la misma clase que Oliveira Salazar en Portugal. Se sabía lo suficiente sobre sus movimientos como para temer un repentino golpe de Estado para el establecimiento de un régimen totalitario con el apoyo de los Gobiernos alemanes e italianos.

Las asociaciones de trabajadores y los partidos republicanos de izquierda decidieron rebelarse si el destino de la nación recaía sobre secretarios de Estado no republicanos. El grupo minoritario socialista en el Congreso advirtió a Alejandro Lerroux de que el pueblo se levantaría si la extrema derecha insistía en socavar el régimen legal en el país. El señor Alcalá Zamora, entonces presidente de la República española, estaba, desafortunadamente, demasiado preocupado por convencer a los conservadores del país de que él daba su consentimiento; quizá incluso informó de la participación de Gil Robles en un nuevo gobierno.

Los mineros y trabajadores asturianos tomaron la iniciativa en el movimiento contra tal medida. El resto de España, especialmente Cataluña, que sabía que Gil

Robles era un implacable enemigo de su recientemente adquirida autonomía, prometió ayudar en la rebelión.

Fue planificada cuidadosamente una huelga general de trabajadores capaz de paralizar toda actividad de la nación. Se esperaba que esta acción llamara la atención del presidente sobre lo desaconsejable de la adopción de una medida que introduciría a los enemigos de la República en el mismo reducto de la seguridad. Se pensó que no se necesitaría nada más, pero los organizadores de la huelga estaban equivocados. Evidentemente, no lo previeron todo.

A pesar de todas las advertencias, Gil Robles fue nombrado Secretario de Guerra y una mañana nos despertamos con todos los servicios del país vueltos del revés. Pronto las noticias empezaron a llegar a Madrid desde todas partes de España. Yo entonces era corresponsal en Madrid del *Daily Herald* de Londres y tenía, por supuesto, muchas fuentes de las cuales conseguir información fiable. Pronto el Gobierno derechista impidió que cualquier noticia saliera del país. Fue impuesta la ley marcial, una estricta censura aplicada a todas las comunicaciones dentro y fuera del país, ordenados arrestos en masa y las tropas preparadas para una emergencia. La idea era sofocar el movimiento con cualquier medio, conseguir todos los puestos clave por parte de los antirrepublicanos e instalar una dictadura.

Siguieron horas de espera llenas de nerviosismo, que yo pasé en vano, intentando transmitir a Londres desde el edificio de comunicaciones de Madrid. Sin embargo, no llevó mucho tiempo darse cuenta de que la huelga había fracasado. Una huelga general no puede tener éxito si no es, en realidad, general; y a causa de la falta de una apropiada preparación, muchos esla-

bones fallaron esa vez. Fue aplicada una fuerza brutal para reprimir los esfuerzos de los republicanos y muy pronto, para nuestra consternación, oímos que solo Asturias y Cataluña estaban resistiendo. En Madrid mismo los servicios públicos fueron suspendidos durante tres días y hubo tiroteos intermitentes con algunas bajas entre los trabajadores. Pero Asturias y Cataluña se convirtieron en el principal objetivo de la represión.

El señor Lluís Companys, presidente de la Generalitat catalana, temiendo la pérdida de su nueva autonomía, apeló a su pueblo para luchar por sus vidas contra el inminente peligro totalitario. Los catalanes entraron en combate con entusiasmo, pero en el enfrentamiento con el Ejército, sufrieron tremendas pérdidas. Al final fueron derrotados, el señor Companys y otros miembros de su Gobierno fueron arrestados.

El señor Manuel Azaña, una de las principales figuras del régimen democrático, que sería elegido presidente de la República un año y medio después, también fue hecho prisionero. Se encontraba ese día en Barcelona por pura casualidad. No había tomado parte en el movimiento; de hecho, era un hombre que aborrecía la violencia y había desaprobado totalmente la huelga. Pero él también fue arrestado y detenido a bordo de un buque de guerra durante meses. Más tarde fue juzgado y absuelto.

Mientras tanto, la pequeña y valiente Asturias seguía la lucha. Esto agradó sobremanera a los derechistas, que creían que podían solucionar fácilmente el problema aislando esa región y encontraron en la revuelta una excusa admirable para gobernar con mano de hierro y probablemente preparar el cambio de régimen de manera encubierta. Se comportaron de un modo tan

sospechoso, que la gente está ahora convencida de que ésa era su intención.

Fue Asturias la que los paró, pues los mineros acorralaron a las fuerzas regulares, aunque el general Franco —el futuro traidor—, entonces jefe del Estado Mayor, trajo a la península y mandó a Asturias las suficientes tropas marroquíes para amenazar a los mineros con aniquilarlos a todos.

Por primera vez en la historia de España, un hombre llamándose a sí mismo español, y un jefe militar además, confrontaba a su propio pueblo con sus enemigos ancestrales, un enemigo respaldado por él y autorizado por los mandos responsables del país a verter libremente, contra los republicanos, su odio secular por la dominación española en el norte de África.

La historia de la represión de 1934-1935 en Asturias horrorizó a España. La crueldad de los contingentes marroquíes, acostumbrados en sus ataques colonizadores contra las tribus bereberes a matar, robar, saquear y violar, está llena de ejemplos horribles. Aumentó la indignación general.

El comportamiento de algunos oficiales de la Guardia Civil fue igual de grave. Unas semanas después de la revuelta, oímos que cientos de hombres y mujeres habían sido torturados y ejecutados, que alrededor de treinta mil estaban en la cárcel «por ofensas políticas» y que miles de personas sin hogar y niños aterrorizados vagaban por las montañas sin saber dónde ir.

El Gobierno derechista debía sentirse orgulloso de haber reprimido la revuelta asturiana contra sus ambiciosos planes, pero Gil Robles y sus seguidores no se atrevían por el momento a afrontar otra sublevación.

La prensa liberal de todo el mundo gritó «vergüenza» por aquellos que ordenaron esa represión. ¡Es lamentable que, con algunas notables excepciones, ha resultado menos enérgica con las atrocidades de los fascistas, que incluso ahora, cinco años después de la guerra, cuando están empapando toda España de sangre!

Durante alrededor de un año, los comités multipartidistas trabajaron incesantemente por buscar hogares temporales para los niños asturianos y para cuidar de los prisioneros. Al principio fueron forzados a reunirse en secreto a causa de las duras penas impuestas contra cualquiera que les ayudara. Grandes sumas de dinero fueron enviadas por las organizaciones de trabajadores desde el extranjero, y los españoles de todo el país ofrecían sus hogares para los más pequeños, muchos de los cuales fueron enviados a Valencia, Alicante y Andalucía para que se recuperaran de sus sufrimientos y conmoción.

Fue entonces, organizando una de esas expediciones, cuando me topé personalmente con la fuerza bruta, a causa de un golpe de un gigantesco miembro de la guardia de asalto, cuyo puño cerrado cayó en mi hombro como un martillo. Como para entonces la ayuda para los niños estaba autorizada, no había ninguna razón para tal ataque, excepto el mal humor. Un hombre del servicio secreto, que estaba cerca, intentó explicarme y mitigar el incidente, diciendo que el hombre no sabía quién era yo. Sentí la observación como un insulto, primero porque establecía diferencias inaceptables y, segundo, porque implicaba que yo era una *persona grata* para personas con las que no quería tener la más mínima conexión.

En contra de los pronósticos, la revuelta asturiana para mantener la legalidad, no solo impidió el golpe de Estado de Gil Robles en 1934 sino que hizo ganar las elecciones de 1936 a los liberales y los republicanos de izquierda. Ni siquiera el hecho de que treinta mil electores estuvieran en prisión e impidieran que votaran pudo obstaculizar la victoria. La propia represión de la revuelta la había asegurado, enfervorizando y unificando al pueblo.

Cuando en 1936 los fascistas, furiosos por el resultado de las elecciones, se levantaron contra la República, Asturias estuvo una vez más en el meollo de la batalla. Aislada junto al País Vasco del resto de la zona republicana, sin armas ni equipamiento, luchó hasta el final contra las fuerzas marroquíes y las fuerzas del general Aranda, uno de los más capaces generales que Franco tenía de su parte. Hasta el último momento, este caballero había fingido, como comandante militar de Asturias, ser leal a su juramento.

Aranda fue capaz de hacer creer a sus superiores que había ganado, pero no lo había hecho. Algunos meses después de nuestra llegada a México recibimos noticias fidedignas. Asturias estaba luchando, ¡está luchando aún!

Las ciudades como Oviedo, la capital, Gijón y casi todas las demás ciudades pequeñas están en manos de los fascistas. Miles de asturianos han sido ejecutados –literalmente miles–, por sus sentimientos anti-fascistas, pero algunos miles siguen vivos, cada uno de los cuales es un héroe. Tres años de dura guerra y cinco años de cruel represión, 1936-1944, no les han desmoralizado. Escondidos en las minas o aferrados a sus reductos montañosos, donde nadie se atrevería a seguir,



continúan haciendo ondear la bandera de la República española.

Franco tuvo que desviar grandes contingentes de tropas regulares marroquíes y miles de guardias civiles para intentar reducir a Asturias. Todavía no ha triunfado. Nunca lo hará, pues no hay armas lo suficientemente poderosas en este mundo para aniquilar a un pueblo que pone la libertad en tan alto nivel.

Hechos más llamativos y valientes que aquellos que se narran en las viejas leyendas heroicas ocurren diariamente en Asturias. Pasan de boca en boca y de pueblo en pueblo hasta que toda España las ha oído. Las mujeres, quienes durante cinco largos años habían pasado sus días trabajando para alimentar a sus hijos, por la noche subían las altas cimas de la sierra asturiana para llevar comida y municiones a sus soldados. Se llevaron a cabo arriesgadas expediciones individuales bajo los propios ojos de las tropas de Franco para pegar un pasquín con las palabras *Viva la República* en la puerta de la casa del alcalde fascista de un pueblo o para llevar una orden a otros camaradas.

Todos los días tenían lugar razias en busca de armas o alimento, aunque significara luchas mortales cuerpo a cuerpo con los destacamentos del Ejército. Los trenes eran detenidos para usurpar el mando del Ejército regular. Una vez, un largo convoy que llevaba comida, armas y una gran cantidad de dinero para las fuerzas marroquíes fue detenido por los mineros. Los guardias civiles que iban en él fueron hechos prisioneros y desvestidos, después, los asaltantes se apoderaron de todas las provisiones y se retiraron, no sin antes liberar a los guardias, pero quedándose con sus uniformes.

Con salidas y excursiones de este tipo los asturianos han conseguido acumular una importante colección de uniformes de todas clases –incluidos los marroquíes–, que vestían cuando bajaban de las montañas en parejas para conseguir información. Nada de esto pudo llevarse a término sin grandes pérdidas de vidas, pero los lugareños y los mineros consideraban que sus esfuerzos no eran vanos.

Gracias a la resistencia asturiana después de la guerra civil y de la inspiración que otras regiones han encontrado en ella, el desafío al poder militar de Franco nunca acabará.

## CAPÍTULO IX

### MANOS A LA OBRA

Los republicanos españoles estaban poniéndose a trabajar animosamente en sus nuevos países. Tenían que superar grandes privaciones y dificultades pero no titubeaban. La mayor parte de los fondos que el Gobierno de Negrín había salvado del desastre fue enviada a México bajo la protección de la SERE, una continuación de la Sociedad de París para la Evacuación de los Refugiados Españoles. Dirigida por el doctor José Puche, rector de la Universidad de Valencia, distribuía el dinero lo más equitativamente posible.

Había ya cerca de doce mil refugiados en México, la mayoría de los cuales no tenía un céntimo, estaban enfermos y carecían de lo necesario para vivir. Debían ser alimentados, vestidos, alojados y encontrar un trabajo para ellos.

Creo que todo aquel que pidió ayuda la tuvo. También creo que hubo algunos abusos –era natural que esto ocurriera– de parte de algunos que no estaban en auténtica necesidad. Como un miembro de la Sociedad

Americana de Amigos me decía: «Es mejor que unos pocos que no necesitan ayuda la consigan a que una sola de las personas necesitadas pase sin ella». Tenía razón, y no solo los amigos, sino otros que trabajaban con gente de diferentes nacionalidades me han asegurado repetidamente que nunca habían conocido hombres y mujeres tan animados y resignados que nuestros refugiados. Incluso los primeros días, llenos de dificultad, se hicieron soportables con un poco de humor.

Reía hasta llorar por la manera en que Ramón Iglesias, el brillante historiador, que después se convirtió en miembro del Colegio de México y está ahora en Estados Unidos con una beca Guggenheim, describía su prueba de selección en un restaurante barato. Su adorable y joven esposa se pasaba la mayor parte del tiempo pelando patatas en la cocina del restaurante y solo conseguían sus comidas a cambio.

Un día, un distinguido oficial del Ejército republicano español, una autoridad en la lengua y literatura árabes, quería saber si yo estaba interesada en comprar medias de seda. Desafortunadamente, no podía permitirme gastar dinero en lujos. Otro oficial vendía aceite de oliva en uno de los mercados más pobres. El coronel Patricio Azcárate, hermano del embajador republicano en Londres, hacía traducciones. Los generales, cuyos nombres aparecían durante la guerra en las primeras páginas de los periódicos de todo el mundo, han tenido que abordar temas tan lejanos al campo de batalla, como las condiciones de la cosecha o la subida del precio de la avena. El general Ignacio Hidalgo de Cisneros, mariscal de las Fuerzas Aéreas Españolas, el líder más popular en el Ejército republicano, se convirtió en capataz de una granja colectiva en Chihuahua,

financiada por la SERE Un gran número de refugiados está trabajando allí ahora.

Muchos médicos republicanos consiguieron hacer carrera enseguida. Varios gozaron de fama mundial y pacientes de todas partes del país no tardaron en pedir su consejo. Pero ellos también tuvieron dificultades al principio, a causa de la falta de equipamiento médico. Los cirujanos y médicos más jóvenes han tenido que dejar Ciudad de México y están ahora trabajando en otras ciudades.

Las nuevas editoriales en Ciudad de México, dirigidas por refugiados, están continuamente publicando nuevos e interesantes libros. Entre ellas está Séneca, cuyo editor jefe es José Bergamín, un conocido escritor católico español y militante republicano. Xochitl es la difícil pero satisfactoria empresa de otro escritor, Eduardo Ontañón y su mujer. Sin ningún capital han empezado una colección de «Vidas mexicanas» y están haciendo un buen trabajo. También está Atlante, especializada en libros científicos, cuyas publicaciones están cubriendo una verdadera necesidad en toda Iberoamérica. Otras editoriales españolas, como Leyenda, están presentando no sólo ediciones tradicionales, sino también ediciones baratas de libros de conocidos autores que están ahora descatalogados. Todas estas empresas contribuyeron en alto grado a interesar a México en la celebración de la Feria del Libro, que se produjo por primera vez eficazmente en 1942, y que ahora se celebra cada año. Todos los Estados de México presentaron valiosos manuscritos antiguos para fomentar el interés por la historia del país.

Los actores españoles, de quienes un buen número son también refugiados, están tomando parte en las

nuevas películas que se están realizando en México, mientras un importante grupo de pintores españoles, también refugiados, mantiene la tradición de su país en este campo. Las obras de artistas como Roberto Fernández Balbuena, Arturo Souto, Enrique Climent, Ramón Gaya, José Renal, Salvador Bartolozzi, Germán Horacio, Miguel Prieto, Rodríguez Luna y José Moreno Villa son exhibidas de vez en cuando, y el gran amigo de Picasso, el escultor Mateo Fernández de Soto, también ha encontrado en México nuevas fuentes de inspiración para su arte.

Desde el principio se quiso que esta nueva migración de españoles devolviera algo de la hospitalidad ofrecida. Esperábamos compartir con los hombres de ciencia y conocimiento de México todos los descubrimientos que un grupo tan numeroso e intelectual de refugiados podían desarrollar.

Se coordinó un plan para un Comité Técnico de Ayuda a los Españoles en México. Consistía en encontrar puestos para hombres de especial preparación científica, establecer contactos con distinguidos intelectuales exiliados en otros países, proveerles de libros y otros materiales, así como estimular la colaboración con sus colegas en las repúblicas de América. Desafortunadamente, no había suficiente dinero para financiar este interesante proyecto, pero el SERE continuó con algunos programas menos ambiciosos, aunque excelentes.

Un gran número de profesores españoles emigrados fueron inscritos para dar cursos de graduado y post-graduado en las universidades y escuelas universitarias. Entre ellos, hombres tan distinguidos como el doctor Demófilo de Buen, profesor de Derecho Civil

en la Universidad de Sevilla; el doctor Enrique Rioja, profesor de Biología en la Universidad de Madrid y el Museo Nacional de Ciencias Naturales; el doctor Agustín Millares, profesor de Paleografía en la Universidad de Madrid; el doctor Antonio Sacristán, profesor de Derecho Mercantil en la Universidad de Santiago; el doctor Laureano Sánchez Gallego, profesor de Derecho Romano en Salamanca; el doctor Sánchez Román, uno de los mejores abogados de España, profesor de Derecho Civil en la Universidad de Madrid, y una legión de profesores de escuelas de primaria y secundaria. Trabajaron hombro con hombro con sus colegas mexicanos a lo largo y ancho del país.

El Comité Técnico no tardó mucho tiempo en fundar sus propios institutos. El Centro Educativo Luís Vives, para niños mexicanos y españoles, comprendía jardín de infancia, escuelas primaria y secundaria, y escuela de administración de empresas y mercantil. Su presidente es don Pedro Carrasco, en tiempos miembro más antiguo de la Facultad de Ciencias de Madrid y director del Observatorio de Astronomía de España. Otros miembros son el doctor Joaquín Girau, miembro más antiguo de la Facultad de Letras y profesor de Filosofía de la Universidad de Barcelona, y don Rubén Landa, un conocido pedagogo de la Institución Libre de Enseñanza.

El Comité también fundó una Academia Hispano-Mexicana que ha sido incorporada al Departamento de Educación Pública de México, regulada por una junta de administradores mexicanos y españoles. También ha abierto escuelas e institutos en Tampico, Veracruz y Jalapa. Todos están afiliados al Grupo Educativo Cervantes, por el que son regulados, con

profesores mexicanos y españoles, trabajando unidos en las escuelas.

Mientras la «España Peregrina», como habitualmente se le llama, estaba aportando su contribución, campesinos y granjeros intentaban introducir los métodos agrícolas españoles en México y fomentar el cultivo de importantes productos como el aceite de oliva y el vino. Trabajadores especializados se unieron a los trabajadores mexicanos e hicieron uso de su conocimiento y experiencia en la fabricación de cerámica, tejidos, dulces típicos españoles y conservas.

Los que pudieron conseguir máquinas de coser aumentaron el presupuesto casero con la costura, en la que las mujeres españolas son tan expertas. También encontraron puestos en distintas empresas.

Los doctores Fernando de Buen y Cándido Bolívar, ambos antiguos profesores de Entomología de la Universidad de Madrid, han llevado a cabo interesantes actividades científicas. Cándido es el hijo del doctor Ignacio Bolívar, un entomólogo de renombre mundial, que fue director del Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Él también había estado en el exilio y ha fallecido recientemente en México.

El doctor de Buen, acompañado por cuatro jóvenes estudiantes mexicanos, estuvo durante meses ocupado en el lago de Patzcuaro y ríos contiguos, haciendo trabajos de investigación que prometían situar a México en primera fila de los descubrimientos biológicos en el centro y el sur de América. Su colega, el doctor Cándido Bolívar, registró el campo y los bosques en busca de maravillosas especies nuevas que sumar a las colecciones de mariposas y escarabajos del museo de México, y el doctor Pedro Bosch Guimpera, profesor de Prehis-



toria y rector de la Universidad de Barcelona y director del Museo Arqueológico de Cataluña, encabezaba a grupos entusiastas por todo el país, estudiando los restos del glorioso pasado arquitectónico de México.

Don José Giral, profesor de Bioquímica en la Universidad de Santiago (España), puso en marcha un laboratorio de productos químicos. Están siendo planificadas otras instituciones similares para productos farmacéuticos y vacunas. Una está ya funcionando bajo la dirección del doctor Banjul, profesor de Parasitología de la Universidad de Madrid, el doctor Jesús Jiménez, y el doctor Blas Cabrera, joven profesor agregado de Fisiología en Madrid. Este último es hijo del mundialmente conocido profesor de Electricidad y magnetismo de la Universidad de Madrid, también emigrado, que es actualmente un distinguido miembro del Instituto de Física en México.

Con todos estos hombres de magnífica iniciativa y talento trabajando, no sorprende que los lazos entre México y los inmigrantes españoles sean fuertes. Explorar juntos nuevos campos, compartir y disfrutar del conocimiento, contribuye a la amistad.

Nuestros propios chicos pronto se pusieron a ello también. Juan y Alejandro trabajaban como delineantes para dos empresas de ingeniería, y los otros tres se mantenían muy activos en sus respectivas tareas.

Ceferino fue el que tuvo más dificultades al principio para establecerse. No tenía una ocupación fija y sus primeros intentos de pintar no fueron, en su opinión, satisfactorios. En vez de dejarse llevar por la nueva atmósfera y encontrar inspiración renovada en los paisajes y tipos de México, parecía incapaz de concentrarse en nada que no fuera España, y trataba de

pintar de memoria, hasta que desesperado, destrozaba lo que había hecho. «Pensar en España te está absorbiendo, consumiendo», le dije un día. «Sí», me contestó, mirándome con una mirada tan triste que lamenté haberle criticado. «Pero ése no es el modo de ayudarla –insistí–. Nuestro principal deber es hacer cosas, estar activos todo el tiempo, para hacer a España conocida y amada a través de nuestro trabajo.» «Eso es lo que estoy intentando hacer», respondió humildemente.

Intenté persuadirle de que su arte, su escritura, podían en sí mismas y a través de su talento para la belleza, ayudar a España, y que nuestra interpretación de la vida mexicana era un modo de pagar al menos una parte de nuestra deuda a ese país. No respondió. Aquellos días estaba terriblemente deprimido. Habíamos recibido una carta de dos de nuestras más queridas sirvientas en Madrid, María y Asunción, que no ocultaban su anhelo de vernos a nosotros y a nuestros hijos.

–Hemos comprado una participación de un boleto de lotería –decían–. Si conseguimos el premio, con gusto utilizaremos el dinero para veros a todos otra vez.– Su leal interés y cariño durante todos estos años nunca nos ha fallado y su carta nos ha traído muchos recuerdos de nuestra casa en España. Y sin embargo es un gran consuelo hacer un nuevo nido, entregarse al trabajo creativo, incluso del tipo más humilde.

Una amiga que a menudo había estado en nuestra casa de Madrid pasó por casa para vernos un día que Ceferino, Cefe y yo estábamos ocupados cortando las patas de algunas de nuestras sillas y mesas –sencillos muebles de cocina– para introducir algo de variedad en su reforma. Me miró con tristeza y me dijo:

–Oh, querida, ¿no echas de menos la belleza de los viejos muebles que todos admirábamos tanto en tu casa en Madrid? –. Levanté la vista y la respuesta vino fácil: –Bueno, no habría podido cortar las patas de las sillas de palisandro.

Lo dije casi inconscientemente, no porque no quisiera esos preciosos muebles antiguos, que me traían dulces recuerdos de mi infancia, pero el placer de crear algo, de hacerlo yo misma, había dominado cualquier otro pensamiento.

Ciertamente he sido más que afortunada al adecuarme a mi nueva vida y trabajo enseguida. Primero, al haber podido retomar la escritura otra vez; hay muchos que se hubieran contentado con cualquier tipo de empleo, incluso el más desagradable. Terminé un librito para niños para Longman's Green, *Saint Anthony's Pig*, una historia basada alrededor de una divertida costumbre española. Convencí a Ceferino de que hiciera las ilustraciones, por lo que pudimos dedicarnos a esta primera empresa conjunta para Jan. Este pequeño libro fue seguido por otro libro para niños, *Son of Fisherman*, después de lo cual Longman's Green me encargó escribir mi autobiografía, *Hambre de libertad*.

El otoño de 1939 y la primavera de 1940 me vieron apresurarme a Estados Unidos en dos sucesivas giras de conferencias. Estaba contenta de ir, y sobre todo, de ver y charlar con tiempo con muchos viejos amigos que habían sido firmes y generosos partidarios de la causa de la España republicana durante toda la guerra. Me alegré de ver que, aunque la propaganda nazi-fascista había tenido éxito en algunos círculos, había un gran número de americanos que no se habían dejado engañar.

Fue un poco decepcionante que al principio, en la mayoría de los lugares donde tenía que dar las conferencias, preferían asuntos que nada tenían que ver con nuestra causa, aunque «La Verdad sobre España» figuraba de manera prominente en la lista ofrecida. Los temas favoritos en ambas ocasiones fueron «Las mujeres en la diplomacia», «El mundo hoy», y «Mujeres de nuestro tiempo, sus esperanzas y problemas»; y en todo momento yo ardía en deseos de hacer entender a la gente que la guerra de España acababa de terminar y de advertirles que estuvieran preparados. Conocíamos las señales que preceden al inicio de la tormenta y me asustaba cuando me topaba con personas que estaban «absolutamente seguras» de que la guerra se limitaría a Europa y que en nada afectaría a América.

Volví a casa físicamente descansada, a pesar de la tensión del constante viaje, pero enormemente preocupada por el futuro.

Sin embargo, significó mucho pasar algunos días con Anita en su pacífico retiro en el Wellesley Collage, y haber podido cambiar impresiones con personas agradables como Bertha Gunterman, Berta y Elmer Hader, Bessie Beatty y Bill Sauter, y Jean May y su marido.

Cuando llegué a casa después de mi segundo viaje, encontré a todos muy bien instalados, excepto Cefe, que estaba encontrando dificultades para ejercer; por lo que, después de darle muchas vueltas, decidimos abrir una pequeña farmacia que Cefe y Juan pudieran gestionar entre los dos. Todo el mundo dijo que era la inversión más segura que pudiéramos imaginar para los pocos cientos de dólares que había ahorrado de mis conferencias y libros.

Desafortunadamente, nadie en la familia parece estar dotado de una mente práctica, o quizá era imposible sostenerla sin capital detrás. Muy pronto los negocios empezaron a ir mal y más tarde fracasaron por completo. Había constituido tal preocupación, cuando había tantas otras importantes cuestiones ante nosotros, que me sentí realmente aliviada cuando cerramos la tienda, una familia más triste y más sabia. Yo al menos estoy segura de que nunca me dedicaré de nuevo a los negocios.

Juan volvió a su trabajo, y a Cefe, afortunadamente, le llamaron para trabajar en el Departamento de Investigación Médica de México. Está dirigido por uno de los más distinguidos hombres de ciencia de México, el doctor Ruiz Castañeda. Fue antiguo profesor agregado en Harvard, y junto al conocido bacteriólogo doctor Mooser y con el doctor Zinsser de los Estados Unidos, trabajaron para encontrar una vacuna eficiente contra el tifus. En 1936 volvió a México y modificó la vacuna del tifus de acuerdo con su nuevo descubrimiento y los resultados de su experiencia personal.

Ahora, por primera vez desde la guerra, Cefe parecía estar realmente asentado. Su admiración y respeto por el doctor Castañeda crecían cada día, y la señora Castañeda, que también trabaja en el departamento, ha sido la mejor de las amigas y una verdadera ayuda para él.

Todas las preocupaciones y problemas, e incluso las alegrías de nuestra vida diaria, no obstante, parecían muy pequeñas, mientras día a día las noticias desde Europa empeoraban. Polonia, Noruega y Dinamarca habían sido ocupadas en abril, acercando peligrosamente a los nazis a Gran Bretaña, y en mayo parecía

como si la aplastante guerra estuviera preparada para caer sobre los Países Bajos, dejando expuesta la parte más débil de Francia.

Seguimos los sucesos con mucha ansiedad. Cada día me sentía más aliviada de haber abandonado Suecia a tiempo. Incluso suponiendo que el país no fuera arrastrado a la guerra –y su permanencia al margen sería casi un milagro–, la Gestapo merodearía por el país buscando antifascistas que devorar.

Nuestra preocupación por los miles de españoles en Francia crecía rápidamente. ¿Dónde irían si los alemanes invadían ese país también? Por supuesto, ni siquiera los más pesimistas hubieran soñado que Francia sería totalmente dominada, pero nuestro temor aumentó cuando en mayo los Países Bajos cayeron ante el ataque de los alemanes. El vuelo de la reina de Holanda y su Gobierno a Inglaterra y la rendición del rey de los belgas después de una corta, aunque violenta, lucha nos dejó horrorizados.

¿Podría ser realmente posible que Hitler pudiera ocupar todo el oeste de Europa y cogerse de la mano con los fascistas españoles? Franco había expresado abierta y repetidamente su esperanza en una victoria alemana y estaba dejando morir al pueblo español de hambre para alimentar al Reich. Entonces, ¿qué sería de España? ¿Qué sería de nuestro pueblo? Por primera vez desde nuestra llegada, algunos de nuestros amigos estaban desesperados. Francia permanecía aún intacta pero la idea suponía poco consuelo. Nosotros, los republicanos españoles habíamos visto mucho de lo que estaba ocurriendo detrás del escenario como para que nos quedara demasiada fe en lo que el pueblo francés pudiera hacer.

## CAPÍTULO X LA DERROTA DE FRANCIA

¡Francia se ha rendido! ¡París está en manos de Hitler! Francia, de todos los países, ¡Francia! En ese fatal junio de 1940 apenas se hablaba de otra cosa.

El pueblo mexicano, que a pesar de las intrigas de Napoleón III en su país, aún veía a Francia como la viva encarnación de la libertad, estaba conmocionado. No habían estado en contacto directo con la Francia de los últimos años. No conocían la Francia de las doscientas familias, la Francia de la traición a Checoslovaquia, la Francia de Laval, la Francia corroída por el fascismo, la Francia que había dado la espalda a su hermana, España. ¿Cómo pudo Pétain, el héroe de la última guerra, firmar un armisticio que entregaría a su país, el país de la caballeridad y del intenso ardor y fortaleza, a Hitler?

Pero la Francia que habían conocido los mexicanos se había hundido, abrumada por la corrupta ambición de unos pocos que eran lo suficientemente inteligentes para manipular los naturales deseos de paz del pueblo hasta encadenarlo.

Los españoles en México no se sorprendieron, pero su abatimiento aumentó cien veces. ¿Qué iba a ser de los españoles que vivían en Francia, especialmente de los miles que vivían en los campos de concentración? Estos eran prisioneros y Pétain había dado el Gobierno de la región no ocupada, de todo su pueblo, al fascista francés, Pierre Laval.

Inglaterra estaba ahora sola, sola entre la espada y la pared, luchando por su vida. Los españoles en el país estaban también en peligro. Cada día nos traía más noticias tristes. Pero, ocasionalmente, había algunos destellos de esperanza.

Al estallar la guerra, los españoles que eran libres en Francia, se habían concentrado incondicionalmente para acudir en su ayuda. Doctores, ingenieros, oficiales del Ejército, hombres que habían servido en el Ejército republicano español ofrecieron sus servicios al Gobierno francés. En la mayoría de los casos, fueron rechazados. Finalmente, a los soldados se les permitió formar una legión de combatientes españoles e ir al frente.

Fueron a un frente desmoralizado y retraído donde, sin embargo, los españoles se mantuvieron firmes. En Dunkerque consiguieron tal gloria que fueron mencionados en los comunicados británicos, ¡pero no han recibido ningún elogio del pueblo al que estaban ayudando! Aún no.

Cuando Weygand dio su famosa orden de que nadie diera un solo paso atrás, la legión española estuvo a punto de ser aniquilada. Los que estaban en la retaguardia pudieron escapar, preparados para tomar parte en futuras batallas donde la causa de la democracia debiera enfrentarse.



Mientras tanto, al otro lado del océano, nuestra cansada e impotente espera continuaba. Y había algunos amigos en Francia por los que nos sentíamos especialmente preocupados. Se sabía que el presidente Manuel Azaña, su mujer y su hermana estaban en Montauban, en el sureste, una zona no ocupada de Francia, pero el hermano de la señora de Azaña, el talentoso escritor Cipriano Rivas Cherif, que había sido cónsul general español en Ginebra durante la guerra, y su mujer Carmen, a quien conocíamos desde la infancia, se habían establecido, con sus cuatro niños pequeños, cerca de Burdeos. Toda esa región estaba en manos de los alemanes. Era el mismo caso del gran historiador y miembro del Tribunal de La Haya, Rafael Altamira.

Otra gran amiga, la conocida abogada Victoria Kent, había insistido en permanecer en París, igual que la señora Adelaida Segovia, esposa del famoso guitarrista. También Picasso, cuyo extraordinario trabajo, *Guernica*, considerada la más grandiosa pintura sobre la guerra jamás pintada y que constituye una aplastante acusación de la intervención alemana en España, difícilmente sería una persona grata para el invasor.

En varios lugares en el sureste de Francia se encontraban otros importantes españoles. El señor Portela Valladares, republicano de derechas, había sido jefe del Gobierno durante las elecciones de 1936. No solo había reconocido públicamente la legalidad de la victoria de la izquierda entonces, sino que había resistido todos los intentos por establecer una dictadura. El señor Lluís Companys había sido presidente de la Generalitat de Cataluña. Después estaban el general Sarabia; Largo Caballero, ministro de Trabajo; el violonchelista Pablo Casals, cuya devoción por la causa republicana le hizo

objeto de un profundo odio por parte de los fascistas. Había, en esa peligrosa zona de Francia, miles de valientes españoles más que podría mencionar aquí.

El presidente del Gobierno vasco, el señor José Antonio de Aguirre, se había visto atrapado en Bélgica con su familia. En su libro, *De Guernica a Nueva York*, narra la asombrosa y excitante historia de su escapada de Bélgica a los Estados Unidos, ¡vía –nada más y nada menos– Berlín!

Los contradictorios rumores que circulaban por México, y me atrevería a decir que en cualquier sitio donde se pudieran encontrar contingentes de republicanos españoles, casi nos volvieron locos debido a la incertidumbre. Después de poco tiempo supimos de los cambios que se habían producido en los campos de concentración de Francia. Se decía, y el hecho fue confirmado después por personas que habían sufrido la terrible experiencia, que varios cientos de nuestros hombres –los más jóvenes y fuertes– habían sido retenidos en el campo de Bram y alquilados para trabajar para los granjeros y otros. Fueron examinados como animales. Los más fuertes gozaban, naturalmente, de mayor aceptación y, sin más, eran despachados sin protegerles de la avaricia de sus «amos». De sus salarios de quince céntimos por día se les restaba dinero para la miserable comida que se les daba.

Francia –la zona no ocupada de Francia– estaba ahora enteramente gobernada por Laval al abrigo del mariscal Pétain, por lo que México tuvo una vez más que ofrecerse a ayudar a los republicanos españoles. Gracias al acuerdo alcanzado por el señor Luís Rodríguez, embajador mexicano en Vichy, se decidió que todos los refugiados políticos españoles en esa zona

fueran considerados bajo la protección de la bandera mexicana.

En México respiramos un poco más libres. Al fin, nuestro pueblo en el territorio no ocupado francés estaba, por el momento, a salvo. Los tentáculos de Franco no les alcanzarían. Pero, ¿qué sería de los otros? Varios barcos fletados por el Comité Británico y otras organizaciones habían ya traído a miles de refugiados a México. Otros emigrados en pequeños grupos o individualmente habían llegado a Cuba, Santo Domingo, Colombia y Chile. En el momento en que Francia fue ocupada ya había doce mil republicanos españoles solo en México.

Los fondos del SERE en ese momento eran poco cuantiosos, pero una suma mucho más grande de los fondos en posesión del Gobierno republicano español había sido enviada a México y tomada por una organización conocida como la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles). Estaba bajo la dirección de hombres que habían ocupado importantes posiciones en la vida pública española, entre otros, don José Giral, en su momento, presidente del Gobierno; don Indalecio Prieto, que había sido Secretario de la Marina y don Álvaro de Albornoz, quien fue presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales.

Este comité organizó un centro médico, prestó ayuda a los más necesitados, asignó pequeñas pensiones para las viudas de guerra y los ancianos e inauguró un nuevo colegio de enseñanza primaria —el colegio Madrid— para un gran número de niños. También ayudó a refugiados angustiados por ir a otras ciudades para encontrar trabajo y concedió becas a los estudiantes cuyos padres no pudieran permitirse pagar las tasas

de matriculación. Pero, por supuesto, esta ayuda, que parece grande cuando se anota en un papel, era una simple gota en el océano.

Es cierto que pronto ningún refugiado español carecía de la suficiente comida para sustentarse ni de un techo sobre su cabeza, pero hay otras muchas cosas que se necesitan con urgencia y, generalmente, los salarios son bajos en México. Libros para los estudiantes, ropas, el más simple mueble de casa, todo ello era difícil de conseguir. Muchos tenían que dormir en el suelo. La ayuda vino del extranjero, especialmente de los Estados Unidos, donde los comités de ayuda a los refugiados europeos trabajan sin descanso.

Un día, alrededor de finales de octubre, unos amigos me trajeron las últimas noticias de Francia. Estaban pálidos, con los ojos dilatados por el horror. Un tren en el suroeste de Francia había sido cargado con mujeres y niños españoles por orden de los agentes falangistas en el territorio ocupado para ser enviados de vuelta a la España de Franco. Tan pronto como muchas mujeres descubrieron adónde eran conducidas, se suicidaron tirándose con sus niños por las ventanas del tren, que iba a toda velocidad.

Las noticias eran más y más alarmantes. Los alemanes habían dado rienda suelta a los agentes falangistas a lo largo de toda la frontera suroeste. Poco después supimos que Cipriano Rivas Cherif, su esposa y sus cuatro hijos y dos diplomáticos españoles, los señores Miguel Salvador y Carlos Montilla, habían sido arrestados en la casa de Rivas Cherif. Los oficiales alemanes que acompañaban a los agentes de Franco se habían comportado con mayor cortesía que los fascistas españoles.

Carmen Rivas Cherif me ha contado cómo ella y sus hijos, la más pequeña una niña de tres años, fueron separados de los otros y permanecieron durante cuarenta y ocho horas en los cuarteles de la policía alemana, después de lo cual fueron conducidos de vuelta a su casa y confinados en ella, hasta que varios meses después se les permitió abandonar Francia. Se llevaron el dinero que tenían, así como todos sus documentos y efectos personales, y fue informada al poco tiempo de que su marido y sus dos amigos habían sido trasladados a España.

Es difícil para alguien que no haya sufrido una experiencia similar, darse cuenta de la agonía que la incertidumbre de tal situación supone.

Ninguno de los tres hombres fue acusado de nada. Habían servido al gobierno legal de su país con lealtad. Pero esto, a ojos de Franco y de la Falange, era un crimen y en el caso de Cipriano Rivas Cherif, la situación era peor por el hecho de que su cuñado era el presidente Azaña.

Si una de las hermanas de la señora Rivas Cherif, Dolores, aun siendo una pariente más lejana y más indirectamente relacionada con el presidente, había enviudado con cuatro hijos al principio de la guerra porque otro partidario de Franco, el general Queipo de Llano, en ese momento comandante en jefe en Sevilla, había ordenado la ejecución de su marido por ninguna otra razón aparente sino esta relación, ¿qué se podía esperar? Y nadie podía ni siquiera intentar esconder el hecho de que los republicanos en España estaban siendo aniquilados en masa.

La preocupación y tristeza de la señora Rivas Cherif aumentaba con las noticias de su cuñado, el mismo

presidente, moribundo en Montauban. Nadie que conociera a don Manuel Azaña podía dudar de que la tragedia de España pudiera matarle. Se había sentido tremendamente defraudado y amargado por la actitud de los representantes de la democracia mundial. El repentino desmoronamiento de Francia ante el enemigo debe haber destruido su último asidero a la vida.

Tenía una naturaleza tan sensible que su excepcional mente preclara no podía dejar de percibir el alcance total de la tragedia en su país. El presidente Azaña era un gran escritor, comparable de alguna manera con nuestro famoso autor clásico Quevedo, un ferviente patriota y un orador de incomparable elocuencia y profundidad de ideas.

Yo lo conocí mucho, y sabía cómo sufría al ver a la República por la que él había trabajado tanto tiempo totalmente destruida. Pero España se levantaría otra vez como siempre ha hecho, esto no lo dudaba. Tuvo frecuentes visitas: un obispo católico francés y una Hermanita de la Caridad, así como representantes de todos los grupos políticos de España.

Cuando finalmente su fuerza le abandonó, rápidamente las autoridades francesas tomaron medidas para impedir que los españoles asistieran a su funeral o que utilizaran la bandera republicana española para cubrir el ataúd donde reposaba.

Pero México estaba allí. La viuda de Azaña fue escoltada al cementerio por el embajador de México y los restos del último presidente de la República Española fueron enterrados en Francia, cubiertos por los pliegues de la bandera mexicana.

Después de grandes dificultades, la viuda de Azaña y su hermana se volvieron a reunir. Más tarde

cruzaron el océano en un trasatlántico fletado para el transporte de los refugiados europeos.

La señora Azaña compartía camarote con otras ocho mujeres y niños. Comenté algo sobre la impresión que le podía haber causado el viaje. Con mirada triste, dijo: «¿Qué importa nada ahora?». La pérdida de su marido ha sido un terrible golpe para esta rubia mujer de ojos azules, a quien el presidente envolvía con el más tierno cuidado y amor.





## CAPÍTULO XI

### MÁRTIRES DE LA LIBERTAD

—¡Lluís Companys ha sido ejecutado en Barcelona!

Estábamos almorzando cuando Ceferino, al que habían llamado por teléfono, entró en la habitación. Su cara palideció mientras repetía las palabras: «¡Lluís Companys ha sido ejecutado!».

Habíamos oído algunas semanas antes que el presidente de la Generalitat de Cataluña había sido detenido en la Francia ocupada y entregado a los agentes de la Falange. El silencio había cubierto los acontecimientos posteriores y pensamos que la suerte de este valiente defensor de la República española y de la libertad catalana estaba aún por resolver.

Lluís Companys, cuyo padre era un rico y distinguido caballero catalán y cuya madre era baronesa por derecho propio, había dedicado, desde su más temprana juventud, su fortuna, sus energías y su talento a la defensa de la democracia. Abogado de profesión, no importaba qué forma de injusta dominación llegara a su conocimiento, él estaba preparado para actuar.

Durante los años que precedieron al establecimiento de la República, España sufrió el arbitrario reinado de un rey, cuyos ancestros, los Borbones, habían privado a Cataluña de sus libertades y privilegios durante siglos. Lluís Companys estaba dispuesto, incluso entonces, a liderar movimientos para la emancipación de los trabajadores, especialmente de los de la tierra, del yugo de la servidumbre bajo el que aún vivían. Era gracias a él que la Unió de Rabassaires se había fortalecido. Estos trabajadores habían sido llamados desde 1486 «hombres libres», pero, en realidad, las condiciones bajo las que trabajaban la tierra en el siglo XX eran trágicas.

La tierra de Cataluña era arrendada por ricos terratenientes a los campesinos en pequeñas parcelas para el cultivo de viñedos. Ésta era una de las fuentes más importantes de riqueza de Cataluña. Las condiciones correspondientes al arrendamiento estipulaban que la tierra podía ser trabajada por el campesino mientras las viñas plantadas por él y su familia fueran productivas. A cambio, estaba obligado a pagar por el uso de la tierra con una gran parte de su cosecha. Gracias a estos trabajadores –alrededor de doscientas mil familias se habían establecido de esta manera– Cataluña se convirtió en un centro de producción vinícola de fama mundial. Cada pulgada de tierra, que había sido durante mucho tiempo estéril, se convirtió en una fuente de belleza y riqueza para el país. Pero un arrendamiento de vid vitalicio generalmente se extiende sólo a tres generaciones. Al final de ese periodo los campesinos encontraban que, de acuerdo con la ley, los terratenientes podían echarles de sus parcelas y perder todo lo que habían construido. El ahora rico y fructífero suelo

pasaba otra vez a manos de los ricos, que podían arrendarlo a un precio incluso más alto que antes, mientras que los que lo habían redimido de la esterilidad original se encontraban sin hogar. A menudo las vides que enfermaban o se secaban por otras causas eran sustituidas por otras nuevas, pero esto se consideraba que no satisfacía los términos del arriendo.

La Unió de Rabassaires encabezada por Lluís Companys luchó en vano durante mucho tiempo para mejorar estas condiciones. Ni siquiera se logró durante los primeros años de la República; no se alcanzó una solución decente hasta el 21 de septiembre de 1934. Entonces, después de la muerte de Macià, el primer presidente de la Generalitat de Cataluña, Companys fue elegido presidente de la autonomía catalana.

La Ley de Cultivos fue aprobada, después de la terrible oposición de una parte de los derechistas, aunque no era de ninguna manera una medida revolucionaria. Como dijo el líder católico y abogado, señor Ángel Ossorio y Gallardo, era realmente una medida conservadora.<sup>43</sup> Lo que fue considerada una ley terrible, inquietante y revolucionaria era simplemente lo que los sociólogos católicos han mantenido siempre. Los principales puntos eran:

«Que el arrendamiento pueda ser renovado por consentimiento tácito de año en año de acuerdo con los intereses del agricultor.» (Esto implica estabilidad en la posición del trabajador: una teoría conservadora.)

---

43 Ángel Ossorio Gallardo, *Vida y Sacrificio de Companys* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1943), p.118.

«El arrendador no podrá echar al trabajador excepto por dos razones: la falta de pago o el cultivo indebido.» (Esta cláusula demuestra respeto a la propiedad privada.)

«El arrendador está también autorizado a encargarse de la tierra cuando quisiera cultivarla él mismo o cualquier miembro de su familia.» (Otro artículo que salvaguarda el derecho a la propiedad.)

«El contrato tenía que ser mantenido si la propiedad cambiaba de manos.» (Éste se dirigía a defender la justicia esencial.)

«Se llevaría a cabo una periódica revisión de los precios de la renta cuando alguna de las dos partes lo deseara.» (Este supone una modificación normal teniendo en cuenta la realidad económica.)

«Derecho del arrendatario a comprar la tierra después de trabajar en ella durante dieciocho años.» (Éste está en consonancia con el precepto de Su Santidad el Papa León XIII que quería que la tierra perteneciera a «muchos propietarios».)

Sin embargo, no llevó mucho tiempo a los terratenientes acabar con esta ley.

En octubre de 1934, en la formación de un gobierno de coalición, el señor Gil Robles y otros miembros de su partido, que se habían negado a otorgar su lealtad a la Constitución de la República, fueron admitidos en los más altos puestos del Gobierno de la República. Esto suponía tal amenaza a la autonomía catalana y la posibilidad de una dictadura, que Lluís Companys, sus consejeros y la gran mayoría del pueblo catalán se levantaron con el resto de España para defender a la República. Cataluña y Astu-

rias fueron las dos regiones donde fue más intensa la lucha.

Cuando las fuerzas reaccionarias vencieron a los catalanes debido a la traición de parte de la derecha y el uso de tropas por el Gobierno central, Lluís Companys y sus consejeros fueron arrestados y llevados a juicio.

Ángel Ossorio y Gallardo y otros tres distinguidos juristas, Augusto Barcia, Luís Jiménez de Asúa y Mariano Ruiz Funes, todos ellos en el exilio ahora, asumieron la defensa de los líderes catalanes. El señor Ossorio y Gallardo no ocultó su temor a que el destino de los prisioneros fuera un castigo drástico.

«Debéis estar preparados para oír que el Fiscal General demande para vosotros la pena de muerte», le dijo a Companys unos días antes del juicio.

«Me sorprendería que no lo hiciera», fue la rápida respuesta de Companys.

Debían ser juzgados en Madrid y fueron trasladados a la capital y retenidos en la gran prisión donde Largo Caballero y otros participantes en el alzamiento de octubre también esperaban juicio.

Por aquel tiempo yo era una visitante frecuente de la cárcel, pues el Comité de Ayuda a los Prisioneros Políticos había confiado en mí la tarea de elaborar una lista con los más necesitados de ropa de abrigo. Vi a Lluís Companys y charlé con él varias veces.

Al final, el tribunal no se atrevió a aplicar la pena de muerte, pero el presidente catalán y sus consejeros fueron sentenciados a cadena perpetua y enviados a una cárcel en Andalucía.

Ésta no era de ninguna manera la primera vez que Companys era tratado como un simple criminal. Cada

vez que el Gobierno monárquico reaccionario había impuesto alguna medida arbitraria e ilegal, se había sublevado contra ella y había sido encarcelado. Y como antes, su espléndida presencia, su irresistible sonrisa, su indomable espíritu y la valentía con la que respaldaba la causa de la justicia, hicieron de él un objeto de adoración para sus compañeros en prisión. En verdad, era venerado por todos los liberales del país.

El triunfo del Frente Popular en las elecciones de 1936 fue inmediatamente seguido por una amnistía general de todos los prisioneros políticos. Vi otra vez a Lluís Companys en Madrid, donde hizo un alto por un día en su camino a Barcelona. Parecía muy enfermo y su cabeza rasurada –la cabeza de un convicto– le hacía parecer incluso más delgado, pero estaba más apasionado y entusiasmado que nunca. Poco tiempo después, la Generalitat fue restituida con Companys como presidente.

El señor Ángel Ossorio y Gallardo escribió un interesante relato de su visita a Barcelona aquellos días.<sup>44</sup> Pasó a ver a Companys en el Palacio de la Generalitat y encontró el sitio plagado de rosas. Era el día de San Jorge, el 23 de abril. Desde tiempos inmemoriales, el pueblo de Barcelona había llevado las primeras flores de la temporada a una pequeña capilla, dedicada a San Jorge, cerca del Palacio.

Ossorio y Gallardo, un poco sorprendido por la visión de cientos de fieles dentro y alrededor del lugar sagrado, le dijo medio riéndose al presidente: «Esta escena no parece encajar en la idea de que eres un terrible librepensador».

---

44 *Ibid.*, pp. 154-155.

A lo que Companys respondió con seriedad: «He sido investido con poderes transitorios y no tengo ningún derecho de imponer mis opiniones personales a nadie. Estas gentes son descendientes de otros que durante siglos han venido a rezar en un día como éste... Estoy aquí para defender los derechos de todos los hombres. Mientras permanezca en este puesto nadie podrá permitir que se viole la libertad de los católicos». Éste era el hombre, añade Ossorio y Gallardo, que fue ejecutado por los católicos.

Tres meses después, Franco y sus seguidores desencadenaron la guerra en España. Companys permaneció en su puesto hasta que Cataluña cayó; después él, como medio millón de españoles, se refugió en Francia. Primero en Neuilly, después, avanzado el verano, en La Boule, cerca de Saint Nazaires, en la casa de uno de sus amigos.

Estaba allí cuando los alemanes invadieron Francia. No hay duda de que podía haber escapado de no haber sido detenido, esperando a su único hijo, víctima de una enfermedad mental. Este chico fue internado en una clínica cerca de París, y el hermano de Companys, Camilo, tenía que llevarle a La Boule. La invasión fue la causa de tal desorden que Camilo no pudo encontrar a su sobrino y, desesperado, se suicidó.

La Boule llevaba ocupada alrededor de tres semanas por los alemanes cuando, una noche, varios miembros de la Gestapo y un policía falangista del consulado de Franco en París irrumpieron en la residencia de Companys. Confiscaron alrededor de veinte mil francos –los recursos de los que el presidente disponía– y le condujeron a una cárcel instalada en la capital francesa

cerca de la prisión de La Santé. Allí Companys fue objeto de innumerables ataques y humillaciones.

A principios de septiembre, siguiendo a una visita del cuñado de Franco, Serrano Suñer, a París, Companys fue trasladado a Madrid vía Irún. Indudablemente presionó a las autoridades alemanas y francesas para que el presidente catalán fuera entregado a los fascistas españoles. Distinguidos juristas internacionales han estado estudiando la responsabilidad en la que incurrió el mariscal Pétain, pues la extradición de un prisionero político no es costumbre de ningún país civilizado.

En Madrid, Companys fue recluso en un oscuro calabozo en el sótano del antiguo Ministerio del Interior. Franco lo había convertido en el cuartel general de la policía de la capital. Información fidedigna, puesto que procedía de España, revela que Companys fue brutalmente golpeado y torturado durante su encarcelación en Madrid. Llegó a Barcelona con la espalda y las piernas cubiertas de heridas y las muñecas sangrando por el roce de las cuerdas con las que había sido atado.

El juicio ante un tribunal militar tuvo lugar a principios de octubre. Su hermano Manuel y su hermana Ramona –una Hermana de la Caridad– fueron autorizados a verle después de muchas súplicas.

En la cárcel del Castillo de Montjuic, donde Companys había sido procesado, Ramona escuchó muchos comentarios sobre la serenidad y coraje mostrados por «el prisionero», a quien le permitieron ver la noche del 14 de octubre. Más tarde contó cómo el bienestar de su hijo era la mayor preocupación de Companys. Su



hermana trató de convencerle de que el chico estaría a salvo, pero no lo consiguió.

A las seis y media de la mañana siguiente, Companys fue ejecutado. Ante el pelotón de fusilamiento que haría el trabajo, Companys preguntó si podía quitarse los zapatos y los calcetines. «Quiero –dijo– morir con mis pies desnudos sobre la tierra a la que he amado tanto.»

Varias semanas después, su hija María, que estaba en México con su marido y su hijo, recibieron una carta de su tía dando detalles de la muerte de su padre. Companys había rehusado tener los ojos vendados y estaba más sereno que cualquiera de los otros. Dirigiéndose al pelotón dijo: «Vais a asesinar a un hombre inocente».

Y mientras disparaban, gritó: «¡Larga vida a Cataluña!».

«Ha sido vergonzosamente asesinado en el día de la gran santa española, Teresa de Ávila», escribió Ramona Companys a su sobrina. «De pie ante su tumba, ofrecí mi vida en sacrificio, si es necesario, para que todos los hombres honestos que han sido forzados a vivir en el exilio o se están pudriendo en la cárcel puedan volver a su amado país. Recé a nuestra gran santa para que salve a nuestra tierra y nos libere de los extranjeros, y luego dije a los que están cerca de mí: “Que Dios os perdone, porque no sabéis lo que habéis hecho”.»<sup>45</sup>

No nos habíamos recuperado de la conmoción producida por la noticia del asesinato de Companys, cuando la prensa informó de que Cipriano Rivas Cherif, Carlos Montilla, Miguel Salvador y dos miembros

---

45 *Ibid.* pp. 270-271.

de la Cortes españolas, Francisco Cruz Salido y Julián Zugazagoitia, también arrestados en Francia por orden de la Falange, habían sido enviados a Madrid.

La señora de Rivas Cherif me contó después que en el traslado de su marido a la capital los guardias civiles le habían amenazado varias veces con matarle si no les decía dónde había llevado el presidente Azaña las reservas del Gobierno. Como el señor Azaña no se había llevado ninguna reserva, Rivas Cherif no podía satisfacer a los guardias, aunque, de momento, le dejaron con vida.

Una vez en Madrid, los hombres arrestados fueron encerrados en calabozos separados en el mismo edificio donde Companys había sido retenido. La única luz venía de una bombilla que colgaba del techo del pasillo, y los prisioneros se mantenían estrictamente incomunicados. Durante los ciento cinco días de su estancia en ese oscuro agujero, Rivas Cherif compuso y aprendió de memoria varias largas piezas poéticas y un drama en tres actos en verso, todo lo cual ha sido después escrito.

A principios de noviembre los cinco prisioneros fueron llevados juntos a juicio. Fueron acusados –como casi todos los republicanos– de «rebelión militar»! ¡La población civil, leal al régimen constitucional, era acusada de rebelión militar por oficiales insurgentes que en realidad habían encabezado un alzamiento militar contra la República! ¿Hay algo más cruelmente irónico? Por supuesto, cuando un tribunal sólo es requerido para repartir sentencias de muerte sin preocuparse de las evidencias, la acusación no importa, pero Franco y la Falange podían haber encontrado una excusa menos anómala que proponer.

Fuentes fiables nos dijeron que los prisioneros se habían comportado con el mayor y más animado coraje a lo largo del juicio. Rivas Cherif, Salvador y Montilla solo se vinieron abajo cuando fueron informados de que habían sido sentenciados a cadena perpetua, mientras Cruz Salido y Zugazagoitia iban a ser ejecutados. No soportaron que hubiera un trato diferente con ellos.

Julián Zugazagoitia había sido miembro del Gobierno de Negrín. Natural del País Vasco, siempre había dado muestras de las magníficas cualidades de su raza. Como escritor y especialmente como periodista, pocos pueden ser comparados con él en lucidez y elevados propósitos.

Francisco Ruiz Salido era de un temperamento enteramente diferente. También escritor, pocos maestros de la pluma pueden igualar el magnífico filo de su sátira y su extraordinario talento para la observación. Les había visto juntos durante mi visita a Barcelona en 1938 y poco me imaginé que tal terrible suerte les aguardara.

Nos contaron más tarde que, como todos los republicanos que eran ejecutados, murieron valientemente gritando: «¡Viva la República!». Una carta, escrita justo antes de la ejecución por Francisco Cruz Salido a su mujer e hijos, que habían venido a México y estaban esperando que él se uniera a ellos, es un magnífico ejemplo de la generosidad de alma y de la serenidad física y espiritual de un hombre que se enfrentaba con la muerte.

La carta está en mi mesa mientras mecanografía. Está escrita a mano en una simple hoja de papel. Ni la escritura ni la firma denotan signo alguno de nerviosismo:

Madrid, 9 de noviembre de 1944

Queridos todos:

Antes pensaba que no escribiría esta carta. El hecho de que solo sirviera para aumentar vuestro dolor era una tortura para mí. Sin embargo, sabiendo que ahora solo me quedan unas horas de vida, os dedico unas líneas y me despido de vosotros.

Me gustaría recomendaros que rompáis la carta después de que la hayáis leído. No quiero que vosotros, niños, cuando os hagáis mayores, alentéis los sentimientos de rencor y odio, ni quiero ser un recuerdo constante de dolor para ti, María. También quiero que todos vosotros olvidéis, que olvidéis la horrible impresión que mi muerte haya dejado. Después, cuando el horror haya desaparecido y cuando podáis pensar serenamente, podréis recordarme sin tanta tristeza.

Id a ver a don Alberto<sup>46</sup> y enseñadle esta carta, con mi petición de que os ayude y os cuide. Sé que lo hará, y me reconforta pensar que la única causa de tristeza para vosotros será mi pérdida.

Hasta el momento presente –y el camino que se extiende ante mí ahora es muy corto– he estado perfectamente sereno. Estoy seguro de que continuaré así hasta el final. Esta serenidad atestigua la paz que hay en mí. No puedo ser acusado de nada, no necesito arrepentirme de nada.

Os beso una y otra vez y me gustaría teneros cerca por última vez.

Paco

---

46 Éste es el nombre usado para comunicarse con alguien en el exterior.

Muchas cartas semejantes escribieron los cientos de hombres y mujeres valientes, cuyas libertades habían sido cercenadas por generales rebeldes sin otra razón que su duradera y expresa lealtad a su Gobierno legal. Ni uno de ellos mostró nunca un signo de desánimo o temor, y nunca pronunciaron una palabra que pudiera entristecer a la gente con quienes trataban. Antes bien, muchos expresaban molestias de poca importancia a sus familias, y no pocos daban la clase de sabio y familiar consejo que brota de una profunda y serena filosofía, nacida de la soledad, la meditación, y la firme adhesión a un ideal.

Así es la siguiente, enviada desde prisión por Cipriano Rivas Cherif a su hija de siete años:

Mi querida niña:

No puedes imaginarte qué feliz me ha hecho recibir una carta escrita por tu propia mano, llena de noticias de todo lo que haces. Tengo entendido que te estás bañando en una piscina o al menos que has mojado los pies en ella, pues también he sabido por otras fuentes que tienes miedo al agua. No me importa que tengas miedo, porque yo también lo tengo, a veces, cuando oigo que tus hermanos no tienen suficiente cuidado.

Pero te contaré un secreto. Es una tontería tener miedo, porque realmente no se puede saber dónde reside el miedo. Acerca de lo que dices sobre aprender a bailar, ¡me alegra mucho! En primer lugar porque es uno de los más nobles ejercicios, tanto para el cuerpo como para la mente, y en segundo lugar y principalmente, porque si estás verdaderamente dotada y empiezas ahora que eres tan pequeña, puedes llegar a ser

una Pavlova o una Lopokova (y casarte con un gran economista británico) o como la Argentinita, y ganar mucho dinero en Nueva York.

Lo que no me gusta es que llores tan a menudo como me han dicho, e insisto en que deberías ver a un doctor. Tu hermano siempre fue un llorón hasta que un médico lo examinó y encontró que algo le pasaba a su hígado. Fue tratado apropiadamente y nunca ha vuelto a llorar desde entonces... excepto cuando lo necesita porque siente algo intensamente. Tu tía Natalia solía decir, repitiendo las palabras de tu bisabuelo, que «las lágrimas son la sangre de un corazón herido», y hay veces que para salvar el corazón, se necesita que sangre. Eres muy pequeña para recordar algunas cosas, pero te diré en confianza, que los ojos de tu papá a veces se llenan de lágrimas –como en este momento– pensando en ti.

Papá

Y de la gente en prisión, dice en otra carta:

Querido X:

Es cierto que se ha promulgado un decreto para la inmediata revisión de sentencias, pero esto se supo en octubre y estamos ahora en mayo sin nuevas noticias. Pero no pierdas la esperanza, y recuerda a nuestro amigo chino y su historia: «¿Cuánto tiempo llevas?», preguntaron a un hombre. «El tiempo no cuenta», contestó.

Estás sorprendido de que tantos que eran tan buenos amigos permanezcan ahora en silencio. Esto te demuestra lo joven que eres todavía, insistiendo en dar importancia a cosas que no la tienen. Sé que dirás

que entiendo el cariño de modo diferente a ti. Quizá esto es por mi carácter temperamental. No puedo esperar que la gente me corresponda. Quiero a la gente sin razón, sin esperar nunca a preguntarme si los otros han cambiado.

No me gusta contar los días, sino que espero estar ocupado todo el tiempo durante el recorrido. Es la única manera de asegurarme de que el tiempo pasa y de que estoy pasando con él.

Otra, de Gabriel González, un vecino de Madrid, que fue condenado, por los rebeldes por haber apoyado al legítimo Gobierno de la República, muestra la preocupación característica de un padre por la felicidad de su hija de dieciocho años, a quien escribe la carta, y mira hacia el futuro con la esperanza de todos los republicanos, o mejor, de todos los amantes de la democracia:

Mi querida niña:

Siento que no recibas más postales de papá<sup>47</sup>, pero estaré más cerca de ti que antes, incluso si mi vida termina, como parece, dentro de pocas horas.

Cariño, debes estar segura de que mi único remordimiento en este momento es que sufras cuando sepas la trágica noticia. Me apoyo en la convicción de que moriré con dignidad, pues no tengo nada que reprocharme. Quiero que esta carta me conserve en tu memoria con la seguridad de que tu padre murió por un ideal.

Debes entender, mi pequeña, que aunque físicamente estoy absolutamente tranquilo, mis sentidos no

---

47 Desde su arresto en 1939, había estado enviando cartas a su hija.

están suficientemente controlados como para permitirme hablar más extensamente y con mayor claridad de lo que ha sido el final de mi vida. Por tanto, interrumpo mi carta, rogándote que quieras a tu madre muchísimo, y que sumes tu vida a la mía en mi afán por atenderla. Mi única ilusión era pasar algún día contigo.

No puedo decir más. Piensa en tu padre como un hombre honrado que no siente ningún rencor por nadie, ni ningún deseo de venganza, y cuya verdadera esperanza es que el mundo recobre el sentido y un día todos los hombres sean como hermanos.

Dale a mamá el beso que me gustaría darle y otro, el último, para ti.

Papá

La carta ha sido conservada por la madre de la niña hasta que sea lo suficientemente mayor como para saber la verdadera razón de la muerte de su padre. Unas cuantas líneas escritas por el hermano de este hombre cuenta que murió con absoluta serenidad. La carta a su hija fue entregada a la familia por un sacerdote que había estado con el prisionero hasta el último momento.

¡Ejecuciones en medio de ejecuciones!

¡Asesinatos en medio de cientos de miles más!

Y con cada uno, una nueva llama de decisión surge en los corazones de los que se quedaron atrás para liberar a España a cualquier precio.

Franco puede aumentar el número de mártires de la causa republicana; puede asesinar, encarcelar, perseguir y enviar al exilio aún a cientos de miles de españoles; ¡pero no conseguirá *nada*!



La República española será reinstaurada una vez más –por tercera vez– por la voluntad del pueblo. Nunca, ni siquiera en los felices días de abril de 1931, cuando pensábamos que España se liberaría al fin del dominio autocrático estuvo esto tan fuera de duda como ahora.

No son necesarias elecciones, pues nunca el voto del pueblo ha sido expresado por tantos como en los últimos años. En las cárceles, en tierra extranjera, ante los pelotones de fusilamiento, el grito es unánime:

¡Viva la República...!

¿No es esto una votación?



## CAPÍTULO XII GRAN BRETAÑA RESISTE

La caída de Francia no fue sino un anuncio de la completa desesperación que aguardaba a los europeos mientras la asfixiante oscuridad se dirigía hacia Inglaterra. La victoria de Franco sobre la República española, la ocupación de Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega, Francia y Luxemburgo, y la complaciente actitud fascista de Portugal dejaba a todo el oeste de Europa a los pies de Hitler y Mussolini, con esta única excepción: Gran Bretaña.

En México seguimos los sucesos con intenso nerviosismo. El restablecimiento de nuestra república parecía alejarse. Si las islas británicas caían también, si Hitler se las arrebataba para invadir las islas y forzar a la familia real y al Gobierno a huir a Canadá o algún otro territorio, llevaría mucho, mucho tiempo restituir la democracia en Europa; y el poder de Franco crecería.

El dictador español hacía por entonces espectáculo de su simpatía por la causa totalitaria. No dejaba escapar la oportunidad de expresar su devota admiración

por Hitler y la solidaridad de su régimen con la Alemania nazi. Estos principios eran enunciados o en sus propios discursos o en los de su partido, o a través de la prensa, ahora tan controlada por el Gobierno que cada palabra que publicaba podía ser considerada una proclama oficial.

Al embajador alemán en España, el barón Von Stohrer, se le reservó lugar de honor en todas las ceremonias. Mientras el pueblo español estaba condenado al hambre y la pobreza, su alimento y materias primas eran enviados a Alemania para devolver la ayuda proporcionada a Franco por Hitler. Españoles decentes, liberales, eran entregados a sus verdugos o condenados a la esclavitud. Miles de alemanes llegaban con profusión al país, en el mejor de los casos para velar por los intereses de su *Führer*. Si era necesario, utilizaban el suelo español como trampolín contra las democracias en África y el Mediterráneo.

Que durante meses la España de Franco constituyó una amenaza para los Aliados ha sido admitido por todos los observadores sinceros, entre los que se encuentra Thomas J. Hamilton. No vacila en decir que, desde diciembre de 1939, los británicos estimaron que había ochenta mil alemanes en España y que el número crecía.<sup>48</sup>

El papel de Franco en el drama nazi no se limitaba a esas relativamente simples pruebas de gratitud y admiración. Había otros modos, incluso más eficientes, por los cuales podía ofrecer ayuda al hombre de quien se había convertido en satélite. Desde el mismo comienzo de la guerra en Europa, submarinos alema-

---

48 Hamilton, *Appeasement's Child*, pp. 244-246.

nes podían repostar con facilidad en los puertos españoles del Atlántico, especialmente en Vigo, donde, como pongo de manifiesto en un artículo escrito para los periódicos de Estados Unidos, un depósito de petróleo se llenaba constantemente para beneficio de los submarinos alemanes envueltos en una lucha a muerte contra la flota británica y americana.

Al principio de la actual guerra mundial tres petroleros, que se refugiaron en el puerto de Vigo, fueron atracados con su valioso cargamento. No se han movido de sus amarres. El peso del cargamento es exactamente como era en un principio pero... ¿es el mismo petróleo que había sido transportado? Sabemos que de vez en cuando los submarinos alemanes que operan en el Atlántico entran en ese mismo puerto de Vigo, al abrigo de los petroleros, donde llenan los depósitos. Cuando se han ido, la compañía petrolera española CAMPSA facilita a los petroleros la cantidad de petróleo que los submarinos se llevan, fingiendo que la ley internacional es obedientemente observada. Desafortunadamente, a las tripulaciones de los submarinos alemanes les gustaba desembarcar para cortejar a muchachas guapas y beber más de lo que la discreción aconseja. Desafortunadamente para este y otros secretos...

Uno se pregunta cuántos valientes marineros americanos –y británicos– deben sus muertes al dictador español... ¿No hubiera sido conveniente también que el representante de los Estados Unidos en Madrid nos hubiese visitado en Vigo? Seguramente su personal admiración por Franco no sería un obstáculo para tan simple viaje.

Además del gran número de alemanes e italianos que ya están disfrutando de España, la prensa española

anuncia la inauguración de una escuela de verano en Sevilla a la que asistirá un gran número de estudiantes alemanes, italianos y japoneses. Es más que probable que estos admiradores de la lengua de Cervantes vengan a perfeccionar su conocimiento del español a las repúblicas iberoamericanas.

Sabiendo hasta dónde podía llevar a Franco su traición y cuál era el límite de su compromiso con Hitler y Mussolini, los republicanos españoles pasaron por una agonía de incertidumbre en los días posteriores a la caída de Francia. No era la menor de sus preocupaciones la complaciente deferencia que aún mostraban hacia Franco los países democráticos. ¡El apaciguamiento ha resultado ser fatal para el bienestar del mundo!

¡Pero un rayo de esperanza se abrió paso entre las nubes!

Gran Bretaña estaba resistiendo. Se estaba enfrentando, con épica valentía, al más terrible y feroz ataque. Su pueblo, hombres y mujeres, se comportó con una ejemplar y magnífica fortaleza.

Y tenía al mando al hombre del momento, pues se piense lo que se piense de su política más reciente, y con el convencimiento, no obstante, de que no es el hombre para un mundo de posguerra, nadie que quiera juzgarle con justicia puede negar que posiblemente Winston Churchill, en 1940 y 1941, salvó no sólo a su propio país, sino al mundo entero del nazismo.

Es cierto que sin las cualidades mostradas por la gente corriente de Inglaterra, tales como su obstinada valentía y su resistencia, sin el heroísmo de sus marinos, el primer ministro británico no hubiera podido conseguir lo que llevó a cabo. Pero un barco, aunque bien construido, necesita una mano fuerte al timón, y

en esos años fue Winston Churchill quien se convirtió en un verdadero y estimulante capitán. Sería, en verdad, una lástima si la gloria que ha rodeado su nombre se decayera justo después de haber llevado su barco a puerto, sano y salvo.

Ese verano de 1941 acepté la invitación de Hubert Herring para participar, por segunda vez, en su congreso en México. Había gente agradable y el viaje a Morelia fue un deleite. Había pasado mucho tiempo desde que había disfrutado de algo parecido a unas vacaciones. Mientras nuestra hilera de coches se retorció de un lado a otro de las curvas del Desierto de los Leones, donde hay montañas y abetos –pero ningún desierto, y, ciertamente, ningún león–, tomé una bocanada de aire puro con un sentimiento de satisfacción y paz perdido desde hacía mucho tiempo.

La carretera a Morelia es hermosa. Tenía la cualidad –desafortunadamente muy rara hoy en día en las carreteras amplias y grandiosas– de no estar atestada todo el tiempo. Las colinas son resplandecientes, con árboles de rico follaje todo el año y el espíritu se eleva a insospechadas cimas cuando la curva de la carretera coloca ante el viajero el más maravilloso de los paisajes, el mirador de Mil Cumbres. Se le da este nombre, en realidad, por las miles, quizá más, de grandes cumbres que se muestran a los pies del caminante con arrolladora majestuosidad.

Morelia, llamada así por el famoso sacerdote patriota, José María Morelos y Pavón, es sin duda una de las más hermosas ciudades coloniales de México. Su gran catedral del siglo XVII, su universidad, su seminario, la han dotado de dignidad. Desafortunadamente, muchas de las hermosas casas antiguas, que recuerdan a las ca-

sas de España, están ahora abandonadas. Las reformas agrarias en México, que han sido tan beneficiosas para la gran mayoría, han reducido a los grandes propietarios a una vida de mediocre respetabilidad, relegando el esplendor en el que habían vivido.

Nuestro grupo se alojó en el hotel Virrey Mendoza, pero pasamos la mayor parte de nuestro tiempo al aire libre. Gocé con las humildes casas encaladas, con la serena quietud de las iglesias, con el dulce tono con que los habitantes del Estado de Michoacán pronuncian el español, con el canto de los miles de pájaros; apenas se oye a los pájaros en Ciudad de México, donde quizá sienten la altitud y se van.

Por supuesto, dedicamos un día completo a la visita de Patzcuaro –el más hermoso de los lagos– y la isla de Janitzio en el centro, que mira hacia los pescadores. Trabajan con «redes de mariposa» y llevan su deliciosa captura a casa para freírla y enviarla a otras ciudades.

El estrecho de Janitzio, las calles empedradas, sus tejados, me devolvieron gratos recuerdos de España. La gente era cortés y amable, como son siempre los mexicanos. Sentada en una mesa cerca de la entrada de una de las casas, de repente, me fijé en un niño que me recordaba tanto a un niño andaluz que no pude contenerme; le pregunté: «¿Eres español?».

Cerca de mí, una mujer de dulce cara y cubierta con un rebozo, me contestó con una sonrisa: «Sí, es un refugiado». Me explicó que algunos amigos suyos en Ciudad de México habían adoptado al chico a la muerte de su madre, y se lo había llevado a Janitzio para «un cambio de aires». El cambio realmente le convenía, pues sus redondos mofletes y sus brillantes ojos mostraban una perfecta salud.



Bajé la mirada al lago que se extendía a nuestros pies. El suave chapaleteo del agua y los lentos movimientos de los barcos me hicieron pensar en Galilea y sus pescadores. Estos habían sido enviados a predicar el Evangelio de hermandad al mundo; un evangelio contrario a la fuerza y la opresión, pero que es conservado vivo en muchos humildes corazones, como los de los padres de acogida y amigos de los niños españoles.

Mientras subíamos al pueblo me paré otra vez a echar un vistazo a una primorosa casita con brillantes platos de cobre y coloridas cortinas y flores. Resultó ser la casa de la comadrona del pueblo, que estaba al servicio del Gobierno y cuyo deber era cuidar de la salud de los vecinos del pueblo, a quienes servía como médico y farmacéutica.

Un poco más lejos nos encontramos con la escuela del pueblo. Una joven estaba dirigiendo el coro de niños cantando en tarasco, la lengua nativa de esa parte del país, con el acompañamiento de un piano tocado por un anciano. Ambos, directora y pianista, eran profesores, obviamente dedicados a cumplir con su deber. Tenían la paciencia y tenacidad tan característica de la legión de agentes apostólicos de cultura de México, cuyo objetivo es satisfacer el hambre de conocimiento del pueblo.

Cerca de la escuela se hallaba la iglesia del pueblo. También estaba llena de niños y niñas, que eran preparados para su Primera Comunión por un sacerdote de ascendencia india.

Antes de irnos a Ciudad de México hicimos una visita relámpago al precioso pueblo de Uruapán, y volvimos a casa con bandejas esmaltadas de Patzcuaro,

telas de Uruapán y cestas de Toluca, donde se celebra un mercado semanal.

Fue agradable ser recibida por los numerosos miembros de la familia. El más escandaloso de todos fue Roy, el perro que Santa Claus le había traído a Jan las navidades anteriores, pero había encariñado conmigo.

La batalla de Bretaña estaba en su punto álgido. Las cartas de mis tías y primos escoceses que acababa de recibir eran, no obstante, alentadoras. No había ni un solo signo de desaliento en ellas, aunque un ala de Moore Park, la preciosa casa de dos de mis parientes, Sylvia y Eunice Murria, había sido destruida durante un terrible bombardeo aéreo sobre River Clyde. «¡Pero todavía nos quedan habitaciones para diecinueve personas que se han quedado sin casa!», me escribieron.

El pequeño pueblo de Cardross, al que había ido con frecuencia durante mis visitas anuales a mis primos, había sido casi completamente devastado. La casa de campo de mis tías, cerca de Gareloch, afortunadamente no había sido tocada.

La pobre Inés, una de mis hermanas que había estado en el convento cerca de Ramsgate cuando la guerra estalló, había sido evacuada con las otras hermanas a un lugar en Sidmouth, donde el colegio seguía funcionando «como siempre».

La admiración por Londres y su pueblo que todas las cartas revelaban, me recordaba lo que habíamos sentido por Madrid durante nuestra guerra. Todos los jóvenes miembros de la familia estaban fuera de sus casas: los chicos en el Ejército, las chicas ocupadas con algún trabajo especial para la guerra. ¡Y pensar que toda esta miseria podía haber sido evitada o al menos

aliviada si tan solo los gobernantes del mundo hubieran sido capaces de prever los acontecimientos a su debido tiempo!

Nuestro círculo de interesantes amigos mexicanos había crecido mucho en ese entonces. Entre ellos se encontraban Miguel Covarrubias, el conocido escritor y pintor, y Rosa, su esposa, también una artista verdaderamente destacada. Diego Rivera se dejaba caer para almorzar con su esposa Frida y compartir uno de nuestros complicados platos españoles. Nuestra cocinera mexicana, Antonia, se había convertido en una experta.

También nos visitaba frecuentemente Alfredo Gómez de la Vega. Es un estupendo actor y director, autor de un interesante libro sobre el drama y la puesta en escena rusas, a quien habíamos conocido en Madrid. También lo hacían Artemio del Valle Arizpe, una autoridad en la hermosa arquitectura de México, leyendas y arte y otro bien conocido artista, Roberto Montenegro, que fue director del Departamento de Artesanía Popular mexicana.

Los jueves por la tarde iba a casa de la señora Sofía Labastida, donde se ofrecían pequeñas conferencias por parte de algún escritor mexicano o de un español, o más frecuentemente de miembros del cuerpo diplomático iberoamericano. Nos mostraban interesantes aspectos de sus países, su historia y su cultura.

Además estaba Carlos Obregón Santacilia, cuya esposa había estado trabajando mucho tiempo para la prevención de la ceguera y recientemente había fundado la Universidad Femenina, una escuela universitaria para mujeres. Fue en su hermoso hogar cerca de Ciudad de México donde oímos a una maravillosa cantan-

te mexicana, Lucha Reyes, que desafortunadamente ya no vive. Frecuentemente me reunía con la representante de la sección mexicana de la Unión Panamericana, la señora Amalia de Castillo Ledón.

Pero Ceferino y yo nos quedábamos en casa la mayor parte del tiempo. Yo estaba ocupada con mi autobiografía y él estaba pintando, ¡pintando de verdad en un pequeño estudio cerca de casa! Estaba inspirado con algunas de las encantadoras figuras de paja y barro que expresan tan bien el gusto, el talento y el sentimiento del pueblo mexicano.

Una vez al año –a veces dos– visitaba los Estados Unidos para mis giras de conferencias. Me sentía más y más deseosa de éstos viajes, cuando veía que la opinión pública sobre la cuestión española cambiaba. Fuera de mi lista de temas, la petición del titulado «La verdad sobre España» era entonces casi unánime. Era reconfortante ver cómo en Los Ángeles y San Francisco, Minneapolis y San Pablo, Milwaukee y Chicago, Kansas City y Detroit, Boston, Washington y Nueva York, la gente decía: «¡Oh, cuánto me alegro de saber al fin la verdad!». Eso, y encontrarme con amigos a los que quería, como Bertha Gunterman, Mildred Adams, Helen Irwin Rosenfels, los Haders, Margaret Cuthbert y otros cientos, son cosas por las que vale la pena vivir.

Mantener el contacto con otra gente que había estado en la vorágine de la guerra era también importante. Estados Unidos se unió a las legiones de combatientes hacia finales de 1941; arrastrados, no por su propia voluntad y elección, sino como una medida de defensa contra otro acto de agresión por parte de un país totalitario.

Seguramente, también en este país hubo hombres que carecieron de previsión e inteligencia; de haberlos, pertenecen al pasado. En 1942 solo había una cosa que hacer: entablar combate en la tremenda lucha y esperar que el terrible sacrificio no fuera en vano.

No podía serlo, no *debía* serlo.



### CAPÍTULO XIII

#### OTRAS TIERRAS DE EXILIO

Afortunadamente, la ausencia de los estragos de la guerra en este hemisferio hace que la comunicación con los españoles que se habían instalado en otros países americanos sea más sencilla que con nuestros amigos en Europa. No pasó mucho tiempo antes de que supiéramos que un importante contingente de refugiados se había instalado en Argentina, donde don Ángel Osorio y Gallardo, el distinguido abogado y líder católico, embajador en la República Argentina durante el último año de la guerra, era el centro de un grupo de intelectuales. Habían resuelto sus problemas económicos bastante bien y estaban manteniendo vivo el espíritu de la España republicana en ese país. Entre ellos estaba Luís Jiménez de Asúa, quien fue embajador en Checoslovaquia; el escritor Ricardo Baeza y su esposa María, mi querida amiga de los viejos tiempos de Madrid; don Augusto Barcia; el inteligente escritor Paco Madrid; el dramaturgo señor Gorbea y su esposa, que ha escrito varios libros para niños bajo el seudóni-

mo de Elena Fortún y que ha ganado enorme popularidad en todas las repúblicas de habla hispana. El doctor Mira, el famoso psiquiatra, estuvo allí también hasta que se marchó, poco tiempo después, a Uruguay.

A pesar de las actividades de la Quinta Columna española en la favorable «guardería» oficial argentina, los republicanos españoles encontraron un gran apoyo en el pueblo argentino y en los trabajadores de la colonia española. El Club Republicano Español pudo funcionar sin problemas hasta que las tendencias totalitarias de la actual dictadura impidieron sus actividades. Entonces, a visitantes españoles tan distinguidos como don Álvaro de Albornoz, que estaba realizando una gira de conferencias por varias repúblicas iberoamericanas, les fue negada la entrada.

También en Chile un grupo de españoles había estado ayudando a la gente en España y manteniendo contactos para el futuro. El embajador republicano, el señor Rodríguez Soriano, un viejo e implacable enemigo de la monarquía en los románticos noventa, fue forzado, por supuesto, a dejar la embajada en manos del enviado de Franco. Él es aún considerado el representante de España para el pueblo, pero no para el Gobierno de Chile. Su personal encanto y su entusiasmo por la causa han ayudado enormemente a otros refugiados a mantener su coraje en su nuevo entorno.

En Santa Fe de Bogotá, Colombia, el profesor Luís de Zulueta y su hija Inés, una compañera de colegio de Marissa, están trabajando duro. Don Luís es un conocido profesor de Derecho e Inés está interesada en las ciencias naturales. Y el doctor Trías encuentra que hay una gran demanda para sus servicios médicos, incluso de parte de los representantes de Franco.



Herschel Brickell, que había sido agregado cultural en la embajada de los Estados Unidos en Bogotá, me dio noticias de estos amigos en común y del señor Urena, que fue vicesecretario de Asuntos Exteriores en la España republicana, y el profesor José de Benito y su esposa, que se han establecido recientemente en México, nos han dado información sobre todos ellos. El señor de Benito es corresponsal para el periódico colombiano *El Tiempo* y es presidente de la Asociación de Corresponsales en México. Entre otros, Venezuela ha ofrecido su hospitalidad al señor Amos Salvador, que fue miembro del Gobierno republicano español.

Hay también en Cuba un importante contingente de refugiados y una gran actividad. La gran colonia de residentes españoles es mayoritariamente favorable a la República, a pesar de que la Falange de Franco ha estado activa por toda la isla. Los contenidos del documentado libro de Allan Chase<sup>49</sup> en relación a Cuba han sido confirmados a través de representantes oficiales del Gobierno del presidente Batista.

Otra tierra de exilio para los refugiados españoles, en menor escala, ha sido Estados Unidos, donde profesores como Navarro Tomás, Pedro Salinas y Jorge Guillén –todos inspirados poetas–; Concha de Albornoz, hija de don Álvaro, que fue presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales; el doctor José Antonio de Aguirre, presidente del Gobierno vasco; don Fernando de los Ríos, que fue embajador republicano en los Estados Unidos, su esposa y su hija Laura, quien es ahora esposa de otro antiguo diplomático republicano, Francisco García Lorca, hermano del

---

49 Allan Chase, *Falange* (Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 1943).

gran escritor; y don Enrique Ramos, están contribuyendo al conocimiento en diferentes universidades y escuelas.

Otros refugiados están ganándose la vida a su manera. Entre ellos, el gran poeta Juan Ramón Jiménez; los artistas, Texidor y Sert –sobrino del conocido pintor español de murales–; los compositores, Gustavo Pittaluga y Gustavo Durán; el famoso pintor, José Mezquita; el general Asensio; don Luís Zulueta, hijo del profesor en Columbia, y don Demetrio de Torres, ambos están trabajando en el Museo de Arte Moderno en Nueva York; y el periodista en activo, Antonio de la Villa. La esposa e hijos del doctor Juan Negrín están también en Nueva York, así como el señor Álvarez del Vayo, quien fue ministro de Asuntos Exteriores en la España republicana, y el excelente sacerdote católico, el padre Lobo.

A menudo se reciben noticias directamente desde España a través de las tripulaciones de los transatlánticos españoles que llegan a La Habana; estos marineros corren grave riesgo transmitiendo noticias estrictamente censuradas.

Uno de los grandes errores cometido por Franco fue la constante persecución de intelectuales, muchos de los cuales no habían tomado parte en política. Siendo librepensadores, habían simpatizado naturalmente con el desarrollo cultural llevado a cabo por la República, y eran leales al régimen legalmente constituido.

Es debido al hecho de que España hoy está necesitada de hombres de ciencias y letras, de artistas, y por encima de todo, de directores pedagógicos, que la cultura del país se encuentra en un nivel más bajo incluso que en tiempos de la monarquía.

El Generalísimo era, no obstante, lo suficientemente inteligente para darse cuenta de que la emigración de España de tantos distinguidos hombres y su establecimiento en Iberoamérica sería un serio obstáculo a sus planes de supuesta supremacía espiritual o moral entre los pueblos hispanohablantes de este continente. Estos planes estaban basados en la creencia ampliamente extendida, pero completamente inaceptable y totalmente infundada, de que la cultura de estas repúblicas estaba atrasada.

Para contrarrestar la buena impresión que los intelectuales refugiados habían causado en Iberoamérica, Franco creó esa absurda institución conocida como *Hispanidad*. Ha hecho –y está haciendo– lo que puede para forzarla sobre las antiguas colonias. Es obvio que la Falange espera que vuelvan a la sumisión hacia España. A menudo me han preguntado en los Estados Unidos qué es realmente la *Hispanidad* de Franco. Solo puedo remitir a mis lectores a mi artículo publicado a principios de 1944 en la revista de Washington, *Inter-American*. «Hispanidad» no es más que un eufemismo para Falange Exterior.

«Según un decreto publicado en España el 7 de noviembre de 1940 –dije entonces–, la Junta de *Hispanidad* fue formada para estimular el espíritu español en lo que Franco llama “el Mundo Hispano”. La Junta fue puesta bajo el mando del ministro de Asuntos Exteriores, cuyo trabajo consiste en promover la Falange en países extranjeros. El decreto establece que la Junta será responsable de todas las actividades tendentes a unificar la cultura española y también de los intereses económicos y del “poder” relacionado con el mundo hispano, o el Antiguo Imperio. Solo un hombre del ca-

libre de Franco y un partido como la Falange podría, en estos días, pensar en España y actuar por ella como un "país imperial".»

Con una Europa derrotada y Gran Bretaña limitada a sus dominios allende los mares –un sueño dulce pero agotado– se pensaba que Estados Unidos no tardaría en aceptar el «Nuevo Orden» que la Falange ya había establecido para toda Latinoamérica. Los planes fueron minuciosamente explicados a la Falange Exterior, el servicio extranjero de Falange. El meticuloso cuidado y los métodos dispuestos en los planes revelan el origen alemán.

La Falange Exterior ha encontrado las condiciones ideales para su trabajo en las repúblicas iberoamericanas. Sus principales herramientas son los grupos económicamente poderosos de los antiguos residentes españoles en todos estos países. Algunos aún suspiran por el antiguo esplendor de sus antepasados y, habiendo vivido lejos de España, no tienen ni idea del estado real de los asuntos en la tierra de sus padres. También son útiles aquellos que se marcharon de España como pobres y hambrientos emigrantes pero les gustaría sentir que su tierra natal es más poderosa que la que les ha dado nuevas oportunidades. Muchos otros se han unido al movimiento fascista porque temen que su negativa pueda conllevar represalias contra sus familiares o sus propiedades recién adquiridas en España.

El hecho de que la Falange estuviera formada por ciudadanos españoles que hablaban la lengua de la mayor parte de Latinoamérica hizo más sencillo sembrar las semillas del totalitarismo. Era simple ofrecer la protección de la «España Imperial» a los ciudadanos de las repúblicas hispanohablantes. La posibilidad de

libertad de la dominación de los muy temidos Estados Unidos era también acentuada sutil y eficazmente.

Cuando Estados Unidos declaró la guerra a Alemania, Italia y Japón, la Falange Exterior cambió sus tácticas. De glorificar el pasado giró a otras vías más discretas.

La explotación del miedo que las pequeñas naciones sienten hacia un vecino poderoso es un excelente método para propagar el odio. Los países totalitarios utilizaron estos métodos para alentar los grupos de la Quinta Columna. La idea era presentar a los líderes de los Aliados, y especialmente de Estados Unidos, como defensores del bolchevismo ruso, y a los liberales norteamericanos como servidores de los judíos y la masonería. Estados Unidos eran retratado como un «emperador económico» ante el cual todas las naciones debían inclinarse a menos –oh, esperanzadoras palabras– que Hitler se convirtiera en el amo.

La situación en todos los frentes de la guerra ha frustrado el ardor y los sueños imperialistas de la Falange, pero sería peligrosamente inocente creer que éste o cualquier otro partidario nazi-fascista vaya a rendirse. No se debe olvidar que las semillas de las ideas antidemocráticas se sembraron tan extensamente que hay muchas que aún prevalecerán durante mucho tiempo. Las pérdidas militares aumentaban los deseos de los partidarios del totalitarismo de conservar alguna influencia en el destino del mundo.

Si los triunfos militares de los Aliados han destruido la ambición original, existe aún la esperanza de mantener la lucha alrededor del tapete de la paz. Es aquí donde la Falange Exterior seguramente espera jugar un importante papel. El hecho de que España

ha sido neutral será una buena carta en el juego de la posguerra.

Otras manifestaciones del fascismo nazi serán más difícilmente convincentes. Pero la España de Franco puede, eso cree, hacer un buen trabajo para el fascismo bajo la tapadera de *Hispanidad*, allanando el camino para la paz que ellos ahora desean en segundo lugar. El resto de la Falange asumirá la tarea con entusiasmo en Iberoamérica. «Es ahora trabajo de la Falange –escribe Rafael Sánchez Mazas, que fue jefe de la Falange Exterior– unir los deseos de millones de españoles que están lejos de su madre patria, pero sienten en sus almas el orgullo de nuestra antigua gloria, y gritan... al mundo que nuestra jurisprudencia, nuestra industria, y nuestra influencia espiritual tiene el derecho de hegemonía sobre la tercera parte de la tierra... En cada rincón una bandera con el yugo y las flechas... habla de la misión imperial de España.»

De lo que hablan «el yugo y las flechas» –emblemas de la Falange– es de la propaganda totalitaria por toda América. En cada embajada y legación que representa a la España de Franco, como en todas las embajadas y legaciones de Hitler, los miembros de los partidos fascistas han conservado a los representantes oficiales bajo estricta supervisión. Han establecido vínculos con gente de diferentes países para la conservación y apoyo de la Quinta Columna. ¡A través de agentes de Franco, un torrente de propaganda totalitaria sigue entrando a raudales en el Nuevo Mundo! En México la tarea fue más dura para Franco, debido a que nunca se le había reconocido, pero sus agentes han estado igualmente activos.

Algunos creen que el principal centro del espionaje nazi y del desarrollo de futuros planes para América

es Argentina, con la España franquista como principal colaborador en esta importante tarea.

El doctor Félix Cernuschi, antiguo profesor de la Universidad de Tucumán, Argentina, que ahora vive en el extranjero, ha expresado públicamente su opinión de que Hitler ha estado enviando expertos, maquinaria y grandes sumas de dinero a Argentina por medio de submarinos y transatlánticos españoles. «Hay suficientes evidencias –dice– de que la dictadura argentina es un agente directo del nazismo alemán. Y –añade– Hitler está tratando de evitar el desastre completo con la ayuda de España y Argentina.»

Esto confirma la convicción de los republicanos españoles de que, a menos que se tomen precauciones, el nazismo después de la guerra se desarrollará desde dentro del hemisferio occidental. Mientras tanto, estos agentes continuarán trabajando en Europa, donde las condiciones sean favorables para sus propósitos, por ejemplo en una España bajo el dominio de Franco o alguien como él.

En las repúblicas soviéticas hay también un importante grupo de refugiados españoles. Allí, durante la guerra española, se ofreció hospitalidad oficial a un gran número de niños, evacuados de las ciudades bombardeadas de España. Las diferencias en la lengua y las costumbres hicieron aconsejable que los profesores españoles acompañaran a los niños a Rusia. El Gobierno soviético, a pesar del gran sufrimiento de su propia población debido a la invasión alemana, continuó cuidando de la manera más generosa a los niños exiliados. Les facilitaron escuelas y velaron por ellos en todos los aspectos y, cuando se hizo necesario, fueron evacuados otra vez a un territorio seguro. Muchos

de esos niños son ahora jóvenes hombres y mujeres, pero aún se les trata como invitados especiales. Con algunos otros jóvenes que huyeron a Rusia después de la victoria fascista en España, están accediendo a la universidad en alguna de las nuevas instituciones que han sido construidas en el interior y lejos de los campos de batalla. Otros que habían luchado en España, entre ellos algunos aviadores, han tomado parte en la guerra del lado de Rusia, pero el Gobierno, lejos de alentarles a unirse al Ejército, ha hecho todo lo posible para mantenerlos alejados, considerando que la juventud española ya ha pagado un alto precio en su lucha por la libertad.

Sin embargo, las noticias recientes anuncian que un joven amigo de Cefe y Marissa, Fernando Soler, que solía frecuentar nuestra casa antes de la guerra, ha destacado en las fuerzas aéreas rusas y ha sido condecorado varias veces por sus servicios. De hecho, parece que ha habido muchos casos como éste. Un distinguido ruso me dijo hace varios meses: «Es conmovedor ver nombres como González, García y Hernández al lado de nombres rusos en las listas de los que han sido condecorados por su lealtad y valentía».

Las organizaciones de trabajadores españoles en Estados Unidos han contribuido con la mayor de las generosidades a la causa republicana a través de las Sociedades Confederadas Españolas. Éstas han proporcionado ayuda continua, recaudando fondos en diferentes países para los refugiados y los prisioneros políticos de España.

En Londres hay un importante grupo de exiliados españoles; entre ellos el doctor Juan Negrín, la cabeza del Gobierno español durante el último año de guerra.



Muchos le consideran el representante legal de la República española en el exilio. Casares Quiroga y Méndez Aspe, que han sido miembros de Gobiernos republicanos, están allí, como don Manuel Irujo, cabeza de la delegación vasca, don Luís Araquistáin, quien fue embajador en París, y don Pablo Azcárate, que ocupó el mismo puesto en Londres, y varios médicos y escritores más.

Un motivo de preocupación para los republicanos españoles fue lo que el destino pudiera haberle deparado a don Francisco Largo Caballero, el líder obrero más querido y en su momento presidente del Gobierno republicano español. Para estar cerca de España se había negado a abandonar Francia. Había sido trasladado de un sitio a otro por las autoridades francesas hasta la ocupación del país por parte de los alemanes. Entonces fue arrestado y se rumoreó que fue abandonado a la sensible piedad de Franco. Las organizaciones de trabajadores de todo el mundo alzaron sus voces en protesta. Largo Caballero es indudablemente uno de los más respetados, así como uno de los primeros defensores de los trabajadores, no solo en su propio país sino también internacionalmente.

Obviamente los fascistas no se atrevían a agraviar a la opinión pública hasta el punto de entregar a este indomable e incorruptible luchador de setenta y cuatro años en manos de sus enemigos. Muchos de nosotros creemos que el propio Franco se dio cuenta en el último momento del serio problema que ello supondría.

Según los habituales procedimientos fascistas, Largo Caballero sería sentenciado a muerte y tal medida causaría repercusiones difíciles de medir. Por ello, finalmente se decidió internarle en Alemania, proba-

blemente con la diabólica esperanza de que no fuera capaz de sobrevivir a las privaciones a las que estaba destinado.

Uno de los últimos grupos de refugiados del que se tienen noticias y sobre el que ha existido quizá un mayor alboroto en la prensa extranjera fue el grupo de republicanos españoles que consiguió escapar en botes o por otros medios, capaces de atravesar el Mediterráneo y llegar a diferentes puertos de las posesiones francesas en el norte de África.

El gran contingente pudo dejar Alicante en un vapor que ordenó zarpar el señor Pérez Salas, comandante de la base naval de la ciudad. Él mismo se quedó atrás para contener a los fascistas en la bahía, donde fue rápidamente abatido, no sin antes formular una fuerte acusación contra los traidores que habían entregado España a los poderes totalitarios.

De vez en cuando se publicaban espeluznantes informes, según los cuales un gran número de estos refugiados eran internados y condenados a trabajar en condiciones inhumanas. Fueron obligados a trabajar en el ferrocarril que cruzaba el Sahara que los franceses deseaban utilizar sin dilación.

Cuando las fuerzas de Estados Unidos llegaron a África, todo el mundo estaba seguro de que los refugiados españoles serían liberados enseguida. Pero las semanas pasaban y nada se hacía.

Un día, hace algún tiempo, un amigo vino a vernos para pedirnos ayuda con uno de los numerosos actos organizados para obtener fondos para la España republicana. Estaba acompañado por don Eduardo Cortés, magistrado y miembro de Izquierda Republicana.

«Estaréis interesados en oír algo de lo que él estaba haciendo en África antes de escapar –dijo nuestro amigo. Y añadió–: Ha trabajado en el famoso ferrocarril transahariano.»

Me chocó cuando, al darle la mano, la sentí fuerte como la de un campesino o la de un minero. Nos sentamos y charlamos durante dos horas. Oí por primera vez la dramática historia del transahariano de alguien que realmente lo conocía y que era imparcial y justo, y no obsesionado por el rencor, como fácilmente podía haber sido.

Eduardo Cortés nos contó que había podido marcharse de Madrid el día que Franco tomó la capital española. Alcanzó el puerto meridional con otros amigos, fue embarcado en un pequeño barco con más gente, cuyos nombres no podemos mencionar, y enviado a Orán. Allí fue internado inmediatamente en un campo de concentración en la avenida de Túnez y salvó la vida gracias a la comida enviada por los comités de ayuda.

Mientras aún estaba allí, y por mediación de una mujer francesa –concejala municipal– le concedieron un permiso de residencia por tres años, durante los cuales podría vivir en Orán como un hombre libre y trabajar en lo que encontrara. Entonces pudo abandonar este campo, pero pocos días después –el 20 de marzo de 1940– recibió una orden para presentarse en los diez días siguientes en un edificio antiguamente utilizado como la prisión de mujeres de la ciudad.

Aún confiado completamente con lo que le aguardaba, Cortés obedeció la orden y el 30 de marzo, junto con cerca de seiscientos españoles más, fue internado en el campo de Belizane, bajo la «protección» de los

guardias senegaleses. Permaneció en este campo hasta el 14 de agosto de 1940, fecha en la que vio treinta o cuarenta aviones que huían con aviadores franceses leales hacia Gibraltar para unirse al general de Gaulle. El calor en Belizane era atroz, pero lo peor estaba por venir. Fueron trasladados en tren a Bou Alfa, en el interior de Marruecos, a cuatrocientos kilómetros al sur de Uza. El tren se componía de coches habitualmente utilizados para transportar ganado, y el viaje duró tres días con sus noches.

Por fin, en medio de una terrible tormenta, llegaron a un campo a cinco kilómetros de la aldea marroquí más cercana. Como tenían solo tiendas de campaña de lona para protegerles, y éstas se habían hundido bajo la tormenta, fueron forzados a echarse en la tierra mojada.

Cortés me contó que su propio grupo, junto con otros ya instalados en campos cercanos, todos republicanos españoles, hacían un total de cerca de cuatro mil hombres. Fueron empleados en trabajos forzados en el ferrocarril del Mediterráneo-Níger, comúnmente conocido como el ferrocarril transahariano, en la construcción de una sección de más de doscientos kilómetros entre Bou Alfa y Colon Bechar, dentro del distrito de Argel. Y los españoles también lo terminaron; pero había más trabajo a la vista.

El programa impuesto a los españoles era estricto. Se levantaban a las seis y eran forzados a andar hasta su trabajo, a menudo con los pies desnudos, cuando no había zapatos. Se les obligaba a vestir con lo que los legionarios desechaban porque ya no les era útil. Esta caminata duraba de una hora y media a dos horas, y naturalmente no se contabilizaba dentro

de la jornada de ocho horas. Después de un tiempo, les obligaron a hacer una cierta cantidad, cada ocho horas. La tarea habitual incluía hacer pedazos tres o cuatro metros cúbicos de piedra y llevarla en sus espaldas desde la cantera hasta el ferrocarril. Si este trabajo llevaba más de ocho horas, mucho peor para los trabajadores.

La comida que recibían era muy pobre, principalmente guisantes y alubias secos cocidos, y ocasionalmente algo de carne de camello. Pero lo más terrible que debían soportar era la variación de temperatura: de  $-1^{\circ}\text{C}$  a las cinco de la mañana, a alrededor de  $50^{\circ}\text{C}$  al mediodía. También había escasez de agua fría, aunque después de un tiempo los españoles descubrieron un pozo natural que podían usar.

«¿Cuánto ganabais por todo este trabajo?», pregunté a mi invitado.

«¿Ganar? Se suponía que no nos iban a pagar nada. Un mes, durante el cual superamos incluso sus más ambiciosos planes de trabajo, me obsequiaron con un franco y cuarenta y tres céntimos. Cuando la noticia en la prensa provocó un movimiento a nuestro favor, nos pagaron cinco francos por ocho horas de trabajo.»

«¿Solo había españoles trabajando en el ferrocarril?», pregunté.

«Oh, no, había nativos bien pagados, y algunos legionarios franceses que ocasionalmente se ponían en huelga.»

«¿Qué tipo de hombres eran los españoles empleados en el ferrocarril?»

«La mayoría de los hombres pertenecían a profesiones civiles: doctores, abogados, profesores, maestros y empleados de bancos y otras empresas.»

«¿Por qué elegían a hombres que no estaban acostumbrados al duro trabajo manual para semejante tarea?»

Cortés sonrió y se encogió de hombros. Evidentemente las autoridades francesas tenían las mismas tendencias fascistas que un capitán que había sido reclutado recientemente en el Ejército francés. En tiempos de paz, era un profesor de latín en un Liceo francés y, habiéndosele preguntado por esto mismo, contestó: "Oh, será muy bueno para ellos". Después solicitó que se mencionara en "el orden del día" que una profesión no es incompatible con ese tipo de trabajo. Por el contrario, el ingeniero jefe –también francés–, era tan amable como podía con los españoles, cuyo excelente trabajo y conducta había aprendido a apreciar; pero todos sus intentos por hacer su vida un poco más fácil se veían frustrados por los mandamases. Una vez intentó emplear a Cortés, que sabía hablar bien francés, y a algunos otros en su oficina y una orden enviada por el mariscal Pétain hizo que volvieran a su trabajo.

«¿Hubo algún castigo infligido a nuestra gente?», pregunté.

Rara vez he visto una mirada más triste en la cara de nadie. Cortés estuvo callado por un momento, y después murmuró: «Espero poder olvidarlo».

Preocupado por entretener su mente, mi hijo intentó desviar la conversación, pero nuestro invitado insistió en seguir su narración porque «el mundo debe saber; para que estas cosas no vuelvan a suceder otra vez».

Había un terrible campo de castigo, Nerija, del cual los hombres nunca regresaban cuerdos. La más leve protesta era considerada una buena razón para

enviar a un hombre allí. Muy a menudo las protestas surgían después de una continua e intensa provocación, como las observaciones irónicas sobre su derrota, que conducían a los patriotas republicanos al delirio. Cortés citó a un joven aviador al que sacaron de quicio con despreciativas referencias al valor del Ejército republicano.

Uno de los castigos consistía en atar la pierna de un hombre a un caballo al que se le hacía galopar, tirando de la víctima. Después de un rato, el hombre estaba tan cansado que se caía, y su cuerpo se arrastraba por la tierra, llena de baches, hasta que alguien decidía parar el caballo y liberar el mutilado cuerpo de la víctima. Otro castigo era mantener a un hombre durante dos días bajo el achicharrante sol con poca comida y nada de agua. También existía lo que se llamaba «Malabo pequeño». Hacían a un hombre tumbarse de espaldas y le cubrían con un ajustado trozo de lona para que no pudiera moverse y pudiera apenas respirar. A veces este castigo duraba tres días seguidos sin comida ni agua.

«¿Nadie podía escapar?»

«Era muy difícil abrirse paso entre la guardia marroquí, y ¿dónde se podía ir sin zapatos, dinero, ni comida?»

Comentó que en una ocasión el cónsul de Franco había aparecido en escena y les había instado a volver a España, pero esta propuesta se había encontrado con una firme negativa.

«A menos que podamos volver a una España republicana libre, nos negamos a marcharnos», habían dicho, y por supuesto, las autoridades francesas se alegraron de que siguieran trabajando en el ferrocarril.

Sin embargo, después de que Estados Unidos llegara a África las autoridades francesas relajaron su vigilancia y, poco a poco, los españoles escaparon y se unieron a los maquis.

Afortunadamente para Cortés, él y otros trescientos fueron reclamados por algunas personalidades influyentes dos años después de haber estado trabajando en la línea y les permitieron ir a México.

«¿Se mantuvo alta la moral de los hombres todo el tiempo?», preguntamos.

«Estupendamente. Se olvidó toda diferencia política, y solo tenían un objetivo a la vista: ¡la libertad de España!»



## CAPÍTULO XIV

### LA VIDA EN LAS PRISIONES ESPAÑOLAS

«Madre –Cefe telefoncó un día–, voy a llevar a alguien a comer.» La voz de mi hijo sonaba nerviosa.

«¿Quién es?»

«Un amigo mío que acaba de llegar tras escapar de España.»

«¡Tráelo!»

¡Cómo hablamos toda esa tarde! Debo llamar al joven, «X», ya que usar su verdadero nombre podría traer problemas a su padre, un distinguido abogado, aún en prisión, y al resto de su familia, que está soportando más privaciones de las soportables. Apenas le dio tiempo a contestar las innumerables preguntas de toda nuestra familia.

X había estado luchando como oficial del Ejército republicano en un rincón aislado de la zona oeste de Extremadura. Cuando repentinamente el jefe de su destacamento dio la orden de suspender las hostilidades, los hombres se preguntaron qué pasaba. Nadie se movió de su puesto pero, algunas horas después,

un batallón del Ejército de Franco entró en el pequeño puesto donde tenían sus cuarteles generales y tomó el mando.

«Esto supuso una gran decepción para nosotros –dijo X con seriedad–. Hubiéramos preferido seguir luchando, pero ¿cómo íbamos a saber que habían dado la orden por alguna otra razón?»

El oficial de mayor rango en el batallón enemigo ordenó que formaran en la plaza del pueblo y, después de desarmarlos a todos, les arengó con palabras de elogio por el valor que habían demostrado, «como verdaderos españoles», había dicho. Después ordenó su traslado a Madrid, ya en manos de Franco, donde debían dar parte en los cuarteles generales del Ejército y después podrían irse a casa.

X hizo lo que le habían dicho y se le preguntó por su dirección. Cuatro días después él y su padre fueron arrestados por la policía y encerrados en una de las cárceles de Madrid.

Sería largo de contar todas sus experiencias desde ese momento hasta que abandonaron la prisión. Esta narración se limitará a lo que era en ese momento la vida en prisión bajo el mando de Franco. Las noticias que nos han llegado desde entonces demuestran que en algunas cárceles era incluso peor.

A X le comunicaron que él y su padre estaban bajo arresto por «rebelión militar», y serían juzgados más tarde. Fueron separados poco después. El padre fue enviado a una cárcel en una de las provincias y X fue encerrado en una celda que, como todas las de la prisión y de las innumerables cárceles improvisadas del país, estaba tan terriblemente atestada, que los presos apenas se podían mover. Informes confirmados decla-

ran que en una prisión de Madrid, con una capacidad para seiscientos prisioneros, eran retenidos seis mil hombres. No todos los prisioneros podían sentarse, mucho menos tumbarse en sus mantas; no había camas, por supuesto.

«Las noches eran una tortura –dijo–. La mitad de nosotros permanecía de pie sobre la pared, mientras la otra mitad se tumbaba de lado para dejar más espacio.»

Después de algunas horas se cambiaban los puestos.

Pero esto no era todo. Una noche de cada doce, falangistas armados abrían la puerta de cada celda y leían dos o tres nombres de una lista que llevaban. Aquellos cuyos nombres eran leídos eran transportados en camiones al cementerio y fusilados, a veces habiéndoles hecho cavar previamente sus propias tumbas. Solo en esa prisión, según el capellán, dos mil personas fueron sacadas y fusiladas durante los primeros meses del gobierno fascista. Muchos de estos hombres nunca fueron juzgados. Los falangistas preparaban la lista y actuaban siguiendo órdenes del partido, sin que nadie más tuviera una palabra que decir. Los espacios vacíos dejados por las víctimas eran invariablemente ocupados por nuevas llegadas a la mañana siguiente.

«Esas horas, justo antes y después de medianoche, eran las peores –dijo X–. Primero preguntándote a quién se llevarían, después viendo a un compañero conducido a la muerte. Y sin embargo –su cara se iluminó– nunca he sentido tal exaltación como viendo cómo todo el mundo quería ser *el elegido* y así, quizá, salvar vidas más importantes, y oyendo las maravillosas palabras de aquellas últimas despedidas. Nunca

olvidaré a un joven vasco que había mostrado un increíble valor a pesar de las torturas que había tenido que soportar por negarse a revelar el paradero de alguno de sus amigos. Casi puedo verle apoyado contra el marco de la puerta mientras los falangistas le ataban las manos a la espalda, y gritando: “¡No os rindáis... Al final ganaremos! ¡Viva la República!”. El eco de esas últimas palabras volvía hacia nosotros mientras se lo llevaban por el pasillo.»

Una noche, todos recibimos un tremendo golpe. Uno de los prisioneros, un chico joven que había aguantado bien, pero que cada noche estaba más nervioso, se había echado a dormir con el primer grupo de hombres. Cuando llegó el turno de los otros para descansar, no se movió. Le llamaron, pero no contestaba. Cuando bajaron la manta con la que había cubierto incluso su cabeza, vieron que estaba empapado en sangre. ¡Se había cortado las venas con una cuchilla Gillette! Nadie pudo saber nunca cómo se las había arreglado para meterla en la cárcel.

«Los falangistas –dijo X– estaban dentro de la prisión todo el tiempo, intentando provocar protestas, humillando y acusando a los prisioneros de los más terribles crímenes. Les hacían ponerse firmes en los patios e intentaban forzarles a cantar los himnos fascistas. Se rendían cuando, incluso a costa de que fuera fusilada más gente, los prisioneros se negaban a cantar o usaban palabras de alabanza a la República y contra Franco.»

Después de unos meses, el director de la prisión de X fue obligado a dimitir y las condiciones mejoraron algo. El nuevo nombramiento pertenecía a las fuerzas

requetés.<sup>50</sup> Como la mayoría de sus compañeros, este hombre era un católico fanático, pero no falangista. Era diferente a los gánsteres que habían dirigido la prisión. Y en esa prisión, desde ese momento, se prohibió que nadie fuera trasladado sin órdenes escritas de autoridades superiores.

Una tarde, X fue inesperadamente llamado a la oficina del director e informado de que había órdenes para su excarcelación. Naturalmente estaba tan entusiasmado y nervioso que no hizo mucho caso de las instrucciones que le habían dado y de las que había sido informado, que debían ser estrictamente observadas o sería arrestado de nuevo.

Le dijeron que sería conducido a mediodía a una de las principales calles de la ciudad –Gran Vía– y que desde allí debía bajar lentamente por ciertas calles hacia un café, donde los intelectuales acostumbraban a reunirse. Allí almorzaría, después de lo cual sería libre para irse a casa.

Algo del dinero que le habían quitado en el momento de su arresto le fue devuelto y al día siguiente fue conducido al lugar señalado. X caminó calle abajo feliz de estar al aire libre otra vez, aunque había sido desgarrador dejar a tantos amigos atrás, algunos de los cuales sabía que no volvería a ver.

En el camino al café lo saludaron con prisa viejos amigos que, sin embargo, no se pararon a hablar con él. Una vez se volvió para llamar a alguien a quien conocía; en ese mismo momento su amigo fue rodeado por

---

50 Una especie de ejército de Navarra, descendientes de los antiguos ejércitos carlistas y defensores de una monarquía absoluta, a quien Franco captó por medio de promesas de allanarles el camino para sus aspiraciones.

falangistas pidiéndole los papeles. Preocupado, pero aún sin darse cuenta de por qué todo el mundo parecía tenerle miedo, entró en el café. Otro amigo –republicano– estaba sentado en una mesa cercana. X corrió hacia él y estaba a punto de abrazarlo cuando cuatro falangistas cayeron sobre el hombre y le arrastraron fuera. Sólo entonces X se dio cuenta de la verdad: ¡había sido liberado para ser utilizado como cebo! X se fue corriendo a casa. Su hermana, que estaba tan encantada como sorprendida de verle, confirmó sus temores.

«A veces hacen que un hombre se siente en un coche particular en un lugar céntrico durante horas y, cuando un amigo confiado le saluda, es llevado a la fuerza. Los métodos de la Gestapo –dijo. Y añadió–: Himmler ha estado en Madrid durante un tiempo.»

X estaba avergonzado y temeroso por ser causa de más problemas para sus amigos. Se decidió que no saldría de la casa a menos que se encontrara una forma para irse del país, por miedo a que otros fueran arrestados o él mismo fuera encarcelado otra vez.

Una semana después se escapó como vendedor, bajo un nombre falso. Algunos amigos le arreglaron los papeles a tal efecto, y después de gran cantidad de estrategias, pudo cruzar la frontera con Portugal, donde fue arrestado como sospechoso. Sin embargo, fue pronto rescatado por alguien que fingía ser del bando de Franco pero que en realidad era un simpatizante republicano.

Algunos miembros de la jerarquía eclesiástica habían sido terriblemente desilusionados por la horrosa crueldad de los falangistas. La prueba es la liberación de varios prisioneros por su intercesión, como fue el caso de un joven republicano que vino a nuestra casa

poco después de la visita del señor X. Él también nos dio interesante información sobre la vida en prisión en España, pues acababa de escapar de su país después de pasar cuatro años en la prisión de Ocaña.

Este joven –al que llamaremos Alberto– y su madre pertenecen a una distinguida familia asturiana que dio abundantes pruebas de su firme lealtad a la República durante toda la guerra. Ambos fueron condenados a cadena perpetua y finalmente rescatados por la intercesión de su tía, la madre superiora de una orden religiosa, que también ayudó al chico a salir del país.

Como sucede con todos los que han escapado de España por Portugal, Alberto corrió enormes riesgos.

«Bien se puede decir que la línea divisoria entre España y Portugal está empapada de sangre –dijo–. Los fugitivos han sido fusilados a centenares por los carabineros portugueses o los guardias de Franco.»

El propio Alberto fue afortunado al escapar.

La descripción que dio de la prisión de Ocaña era parecida a la historia contada por X. La misma falta de espacio, la misma pobre comida y ropa. La única diferencia en Ocaña era que todos los prisioneros habían pasado por una especie de consejo de guerra o juicio. Aquellos que fueron condenados a muerte nunca supieron cuándo iba a cumplirse su sentencia. Noche tras noche sufrían la tortura emocional de oír que la ejecución tendría lugar por la mañana.

Incluso aquellos que tenían cadena perpetua no estaban seguros, pues había casos en los que los falangistas, ambicionando una condena más grave, habían puesto en libertad a los prisioneros para arrestarlos otra vez bajo una nueva acusación. Ésta fue la razón por la que se sacó a Alberto del país tan pronto como fue posible.

Confirmó la historia contada por X sobre los métodos empleados por parte del clero para «convertir a los rojos» y forzarles a asistir a los cultos.

«Ellos y los falangistas nos hablaban como si fuéramos criminales que merecían castigo, y eso hacía enfurecer a los prisioneros», dijo Alberto.

Poco tiempo después, me contó lo mismo un sacerdote católico francés que huyó a España después de la ocupación de Francia. Fue confinado en un campo de concentración en Miranda de Ebro, acusado, como todos, de ser comunista. Contó que los falangistas golpeaban a los españoles si no iban a misa, pero que ellos mismos blasfemaban todo el tiempo, y cuando se les reprochaba por ello, contestaban que no eran creyentes.

A propósito de los cargos imputados a ese sacerdote, me proporcionaron un informe para que lo leyera en Estados Unidos, elaborado por algunos miembros de la confesión protestante anglosajona. Habían visitado algunos de los campos de prisioneros españoles y algunas cárceles en las que se decía que los franceses, que habían huido a España y eran sospechosos de ser degaullistas eran detenidos y acusados de pertenecer al Partido Comunista. En el informe se llamaba la atención sobre el hecho de que entre los arrestados había a menudo sacerdotes, e –irónicamente– incluso en una ocasión un buen obispo católico.

Alberto llegó a México con muy mala salud y la preocupación por su madre no ayudaba a su restablecimiento. Sin embargo, después de un tiempo supo que ella también había sido excarcelada, gracias a su hermana, la madre superiora, y que estaba viviendo en la clandestinidad en España.



«¿Qué hay de la moral de los prisioneros?», preguntó mi hijo a Alberto.

«¡Espléndida, simplemente espléndida! Aquellos que habían sido ejecutados lo hicieron gritando: “Viva la República”. Otros no pensaban en otra cosa que salvar a España del nazismo. Se hacían las más peligrosas cosas todos los días para mantener el contacto con el movimiento clandestino fuera de las cárceles. La clandestinidad está funcionando muy bien. Se escriben artículos en las cárceles para varios periódicos secretos y para los grupos en el exilio y son puestos en circulación allí antes de sacarlos a escondidas.»

Nos contó los métodos empleados para ello, pero la Falange no debe conocerlos, así que nada puede decirse aquí. Lo principal, por supuesto, es que el trabajo se realice.

«¿Piensa la gente en España que Franco será derrocado?» «Nunca lo han dudado.»

El informe del comité americano, antes mencionado, confirmaba todo esto y más. En cuanto a las condiciones en los campos de concentración y en las cárceles, decía que en algunas eran un poco mejores, pero en la mayoría eran «indescriptiblemente inhumanas». Todas las noticias que nos llegaban desde España y de fuentes absolutamente fidedignas confirman esto.

Las torturas a las que los prisioneros –hombres y mujeres– son sometidos son demasiado espeluznantes para ser descritas. La muerte sin un juicio, de la que existen miles de casos, es aplicada mediante el fusilamiento, las palizas o por medio del humillante *garrote* que había sido suprimido, junto con la pena de muerte, por la República.

Un caso especialmente espeluznante fue el de una mujer de sesenta años de Jaén, en Andalucía, cuyos hijos habían sido miembros de un partido republicano moderado. Ahora viven en México. La madre, una ferviente católica y una mujer de carácter retraído, se había quedado en España pensando que, como nunca había tomado parte en política, nada le podría suceder. Solo hace unos meses los hijos fueron informados, y las noticias han sido confirmadas desde entonces, de que su madre había sido sacada de su casa por la Falange. Le afeitaron la cabeza y la obligaron a fregar los escaparates de las tiendas de la principal calle de la ciudad, donde todo el mundo pudiera verla. Algunos días después fue ejecutada en la horca.

¡Es fácil imaginar el estado anímico de sus hijos!

Un pariente nuestro pasó cuatro años en una prisión de Franco. Ahora que ha sido liberado, como todos los que están en su mismo caso, ha rechazado trabajar para empresas españolas. Afortunadamente, él es inteligente y un trabajador voluntarioso, por lo que encontró trabajo después en una empresa extranjera de ingeniería.

Otra de las prisiones sobre las que nos llegan noticias con frecuencia es Santoña, en el norte de España. La información al respecto nos ha sido proporcionada por la señora Rivas Cherif, cuyo marido estaba internado allí. Fue sentenciado a cadena perpetua. Los primeros meses los pasó en otra cárcel, donde fue enviado junto a los señores Montilla y Salvador, dos diplomáticos, que fueron arrestados en su casa.

Las condiciones allí no eran tan terribles como en otras prisiones. Al señor Salvador, que es un estupendo músico, le permitían a veces tocar el piano que perte-

necía a uno de los oficiales de la prisión. Las primeras navidades como presos, amigos desde el exterior, indudablemente ayudados por alguien de dentro, pasaron a escondidas un coche lleno de comida y bebida para tomar en la cárcel. Todos los prisioneros pudieron así disfrutar de una animada cena de Navidad. Las autoridades, no obstante, debieron enterarse de esto, pues poco después los tres amigos fueron repentinamente instalados en celdas separadas y más tarde trasladados de esa cárcel a otras en diferentes partes del país.

El propio Cipriano Rivas Cherif fue puesto bajo supervisión especial. Pero siendo un hombre con una extraordinaria facultad para mantenerse ocupado, y un especial talento para todo lo relacionado con el arte dramático –antes de la guerra era director del Teatro Municipal de Madrid, donde había introducido muchas interesantes reformas–, no le llevó mucho tiempo urdir un plan. Mientras entretenía su mente en otras cosas, serviría para hacer algo bueno por sus compañeros prisioneros. Su plan, al principio, no contó con la aprobación de las autoridades, pero poco a poco logró hacerles ver que era mejor para todas las partes interesadas que los hombres tuvieran alguna ocupación interesante, y hoy la compañía teatral dentro de la prisión de Santoña es, quizá, y a pesar de las inevitables limitaciones, la mejor de España.

Cipriano ha descubierto verdaderos talentos entre algunos de los miembros de su improvisado reparto, y ha producido ya varias obras del gran autor clásico Calderón de la Barca, como *El gran teatro del mundo*, *El alcalde de Zalamea*, y *La vida es sueño*. El último trabajo se representó la pasada primavera, después de que Cipriano fuera informado de que iba a ser amnistiado

en abril y de que hubiera solicitado al director de la prisión no salir de prisión antes de que la representación hubiera tenido lugar. No hay caso: no ha existido tal amnistía. Esta oferta era una de las numerosas promesas de Franco para calmar las protestas. Otras representaciones incluyen *Hamlet*, de Shakespeare, y una obra de Eugene O'Neill, otra de Cervantes, y dos del conocido autor moderno Jacinto Benavente. Una de las últimas obras fue traducida y representada en Estados Unidos hace algún tiempo: *Los intereses creados*.

Hace algunos meses a Rivas Cherif le fue concedido el permiso para dar una función a beneficio de los huérfanos de la guerra. Se permitió que un gran número de personas de la ciudad viera la obra, y el obispo católico, que también estaba presente, dio trescientas pesetas cuando se recogió la colecta.

El señor Rivas Cherif no sólo ha sido capaz de reunir un excelente reparto; también, después de grandes y continuados esfuerzos, ha conseguido organizar lo que, en lenguaje teatral, es conocido como la «cúpula Fortuny». Este invento, del sobrino del famoso pintor español Fortuny, es posible mediante una especial distribución de la luz para obtener el efecto de los techos abovedados o cúpulas, que son una parte indispensable en algunas obras clásicas.

Todo lo necesario para el «teatro de la prisión» se hace dentro de sus límites, y todo el que tiene algún talento artístico puede llevarlo a una obra. Aquellos que tienen buenas voces se han entrenado en un estupendo coro, se acude a los pintores para que hagan los decorados, a los carpinteros para construir el *atrezzo*. Todo el lugar bulle de actividad.

La mayor conquista de Cipriano ha sido conseguir

las simpatías de las hermanas a cargo de ciertos departamentos de la prisión. Las monjas también colaboran en la gran tarea de hacer de la prisión una contribución a la cultura. La ayuda de las hermanas ha sido indispensable para la confección del vestuario para el reparto y me han dicho que sus esfuerzos en la elaboración de los trajes para la representación de *Hamlet* fueron entusiastamente elogiados.

Realmente es maravilloso ver cómo el arte puede unir a los seres humanos, incluso a aquellos que, por el prejuicio y la intolerancia, han sido separados de los otros. Es maravilloso también cómo a través de la belleza algo de luz puede atravesar las más densas nubes de oscuridad y pesimismo.

Los presos de las cárceles bajo el mando de Franco pueden ser tratados como criminales, pero son en realidad mártires. La lealtad a una gran causa ha sido su armadura, la fe en el futuro, su antorcha. No es extraño que con tales herramientas haya sido posible propagar una luz incluso en los más oscuros calabozos.



## CAPÍTULO XV DESDE DENTRO Y DESDE FUERA

«¡Nuestro laboratorio ha desaparecido!» Estas palabras, dichas por Marissa con voz temblorosa, nos pillaron a los pies de la mesa donde habíamos estado entretenidos después de la cena. Una lluvia de preguntas las siguió.

«¿Desaparecido? ¿Dónde? ¿Qué? ¿Por qué?»

«Lo han forzado», dijo Germán, apareciendo detrás de la lustrosa cabecita de Marissa. Cefe, Alejandro y Juan se levantaron hacia ellos.

La puerta del pequeño apartamento bajo el nuestro, donde habían establecido su taller, había sido abierta y el lugar desvalijado. La máquina de escribir, el valioso microscopio, la delicada balanza de precisión, y los tubos, y un millar de cosas más: ¡todo había desaparecido! Al ladrón sólo le había llevado media hora destruir, mientras cenábamos, lo que habíamos adquirido con mucho esfuerzo.

El lugar estaba muy desordenado, los cajones estaban abiertos y el suelo sembrado de papeles de los archivos cuidadosamente recopilados. Yo estaba ho-

rrorizada, pero pronto me tranquilicé con la actitud de los jóvenes.

«Bien, sencillamente empezaremos otra vez», dijo uno. Y después: «¡Claro, por supuesto! ¡Por supuesto!», dijeron todos.

Esto me hizo pensar en otro español, Justo Somonte, que antiguamente había tenido la cómoda vida que proporciona una gran riqueza. Se había puesto a trabajar a su llegada a México y, con sus propias manos, ayudó a construir una pequeña fábrica para crear algo de su invención, en lo que tenía grandes esperanzas.

Justo antes de su conclusión, la fábrica se incendió. Somonte y su esposa –la señora Somonte es la hija del historiador don Rafael Altamira, que ha sido trasladado recientemente desde Francia por la Fundación Carnegie para dar algunas importantes conferencias–dijo exactamente las mismas palabras: «Sencillamente, empezaremos otra vez».

La convicción de que merece la pena volver a empezar ha prendido de nuevo en los corazones de los republicanos, algo lógico tras la humillación temporal que sufrieron. Se sienten así por la causa republicana.

«Empezaremos otra vez», y eso es lo que se está haciendo, en todo el mundo, donde quiera que haya un republicano español.

Nuestros jóvenes empezaron otra vez con dificultades, pero también con tal tenacidad que, en el momento en el que nos trasladamos a nuestra casa actual en la plaza Jorge Washington, su nuevo laboratorio estaba en buen estado. Nos trasladamos para estar más cerca del centro de la ciudad. Alquilé el ático que tenía una minúscula terraza y Marissa alquiló dos apartamentos debajo del nuestro, uno para el laboratorio y otro en



la misma planta para vivir. Este arreglo nos permitió estar mucho más cerca unos de otros, y al mismo tiempo sentirnos independientes. Cefe vivió con nosotros durante un tiempo, hasta que se fue a Michoacán.

Sin embargo, no estaríamos mucho tiempo en nuestro nuevo alojamiento antes de mi terrible accidente. Yo estaba utilizando gasolina en el baño para quitar unas manchas de mi traje de noche, cuando de repente, escuché una terrible explosión y me vi cubierta en llamas. Hasta este día he sido incapaz de descubrir qué causó la explosión. Afortunadamente el recipiente de gasolina estaba solo medio lleno, pero sufrí graves quemaduras y conservé la vida solo gracias a lo que parece un milagro.

Doce de nuestros médicos refugiados me cuidaron con una ternura y atención que jamás olvidaré y, después de ocho días en los que no se sabía si sobreviviría, con la ayuda de la providencia, estaba fuera de peligro.

Estas noticias fueron sin duda las más gratificantes para mi devota familia, pero para mí, completamente consciente, tan solo significaba una mayor conciencia de mi sufrimiento. Mi cara y cuello solo se habían quemado levemente, pero el resto de mi cuerpo era una enorme ampolla; el dolor, insoportable. Lo peor de todo era que nada o muy poco se podía hacer para aliviar el dolor a causa del débil estado de mi corazón.

Mientras yacía en una cama de hospital que Germán había colocado en mi habitación y desde la cual, sin levantar mi cabeza, podía ver el precioso volcán Iztaccihuatl cubierto de nieve, los recuerdos del pasado y los planes para el futuro seguían llenando mis pensamientos. Estaba obsesionada con los muchachos

que día tras día eran ejecutados, sus entusiastas planes yéndose a pique en el océano o en una tierra enemiga. Eran jóvenes con muchos y fructíferos años por delante, y pensar que estarían padeciendo quemaduras como las mías...

Si al menos mi propio dolor hubiera sustituido el suyo..., pero era inútil. Bueno, no es eso, pues cuanto mayor soy, más convencida estoy de que el sufrimiento nunca es en vano, sino que enriquece el espíritu. Indudablemente el mío tenía un significado, quizá dotarme de más paciencia, más comprensión, más compasión, más resistencia y valor, y sobre todo un deseo todavía mayor de paz, paz para evitar futuras guerras, paz para evitar en el futuro la angustiosa multiplicación de estas terribles «muertes por el fuego».

Los chicos habían alquilado una pequeña casa para mí en la preciosa capital del estado de Morelos y encontré más fácil querer seguir viviendo con el suave aire primaveral, con las buganvillas causando una gran sensación de color en el jardín, los pájaros cantando dulcemente y saltando alegremente de árbol en árbol, y la gente viniendo a verme para comprobar si necesitaba algo para hacerme sentir más cómoda o expresando su preocupación como habían hecho en Ciudad de México o en Estados Unidos. Sí puedo hablar, desde la plenitud de mi corazón, de la amabilidad con que he sido colmada durante toda esta horrible experiencia. Una estancia de cerca de tres meses en la encantadora Cuernavaca me permitió recuperar mis fuerzas y aprender a usar otra vez mis extremidades. En octubre, estaba preparada para otra gira de conferencias en Estados Unidos.

Y eso no fue todo. Siempre en mi mente estaba el pensamiento de la guerra y la esperanza de la victoria.

Una amiga me dijo que cuando estaba aún muy enferma le permitieron pasar a mi habitación un momento. La había reconocido y le había dicho con voz débil:

«¿Por qué me mantienen con vida?»

«Para que veas la Victoria», había contestado. Entonces levanté la cabeza de la almohada y contesté convencida:

«¡Bueno, merece la pena!»

Sí, merece la pena si la victoria significa el fin de la muerte y la opresión, como fervientemente esperamos que sea. Sin embargo, hay momentos en los que la ambición, la avaricia, y un desco de poder proyectan desagradables sombras en la escena, y los derechos de las naciones más débiles parecen ignorarse, a pesar de que muchos de ellos –España, Grecia, Noruega, Bélgica– han luchado, sufrido y muerto por los principios que las potencias sostienen que deben defenderse. Una confederación u otra similar combinación capaz de dar apoyo a todos los pueblos sería bienvenida, pero por supuesto sería indeseable un plan que redujera a los países más pequeños a la posición de peones en manos de un jugador poderoso.

Hay muchos ejemplos en la composición mundial hoy que dan pruebas satisfactorias de los buenos resultados que se pueden obtener a través de la cooperación. Los Estados Unidos de América, la Commonwealth de naciones británicas, y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas están formados por pequeños y numerosos grupos que trabajan juntos sin fricción. ¿Por qué, entonces, se habla de esferas de influencia hoy cuando se planifica el futuro?

Durante ese verano se incrementó nuestro círculo íntimo con la llegada de amigos de España. Entre

ellos, la más interesante fue la señora Con y su hija, Guilli, las dos de Asturias. Nos trajeron noticias directas e interesantes sobre la decepción de muchos de los partidarios de Franco, bien intencionados pero absolutamente ciegos, que se habían unido a él creyendo que iba a liberarles a ellos y a la Iglesia de serios peligros.

«Todos aquellos que una vez le llamaron el salvador de España, entre ellos varios miembros de mi propia familia –dijo la señora Con–, ahora se ríen de él o, peor, le tienen auténtica aversión. En cuanto a la Falange...»

Su cara revelaba tal tristeza que no pude insistirle en que continuara. Su joven hija, una preciosa niña de pelo rubio, me había contado que su hijo mayor, de quince años cuando estalló la guerra, que había estado ayudando a recoger a los heridos en el campo de batalla, había sido ejecutado por la Falange.

La señora Con –suegra del historiador Ramón Iglesias, que ha sido mencionado en otro capítulo– es una devota católica y nunca ha tenido nada que ver con la política. Pero el hecho de que ella y su último marido proporcionaran comida y ropa a algunos de los mineros de Asturias cuando fueron maltratados por las tropas tras la rebelión de 1934, había hecho que los falangistas de su ciudad la miraran con recelo.

«Cualquier persona con sentimientos cristianos les hubiera dado comida a esos hombres –dijo–, y nunca me he arrepentido de ello. Habían sido golpeados casi hasta la muerte y en la prisión nunca tenían comida decente, así que hicimos lo que pudimos por ellos. Después, cuando llegaron las elecciones, nuestro párroco me aconsejó que votara al partido de Gil Robles, y lo hice. Ahora sé que no debí hacerlo –añadió triste.»

Su hijo, Pepín, podía haber escapado en el último barco que se marchó del puerto de Gijón, después de la caída de Asturias, pero solo había sitio para uno más y, puesto que rechazó salvarse a sí mismo y abandonar a los heridos que tenía a su cargo, le dejaron atrás. Algunos días después fue arrestado y encerrado en la plaza de toros donde había sido despiadadamente golpeado. Allí había cientos de hombres y mujeres que sufrieron en la misma medida.

Después lo llevaron a la cárcel y, tras un apresurado juicio, condenado a muerte. A una hermana casada que vivía cerca le denegaron el permiso para verle, pero a la esposa de un médico, amigo de su familia, le permitieron entrar en la prisión la noche antes de la ejecución de un grupo de cien prisioneros, entre los que se encontraba su propio marido. Ella pudo despedirse de todos ellos.

Conocía a Pepín de toda la vida y contó a la familia cómo había pasado sus últimas horas. Rechazó algo de comida que intentó que comiera y ocupó su tiempo escribiendo a su madre. Después, antes de que la mujer se marchara, le pidió que atara su pañuelo en una de sus muñecas para que su familia le identificara si intentaban encontrar su cuerpo después de la ejecución.

«Cuando hay muchos condenados a muerte —explicó—, se les ametralla, no se les dispara uno a uno, y a menudo acaban terriblemente desfigurados.»

Dos días después el cuñado de Pepín encontró el cuerpo del chico entre otros cien. Aún tenía el pañuelo atado en la muñeca; su cuerpo estaba acribillado a balazos pero su cara estaba intacta.

En la carta que el sacerdote de la prisión le dio a su hermana, este chico de diecisiete años escribió:

«Madre, no te preocupes de cuál va a ser mi destino. Quiero que vayas por la vida con la cabeza alta, pues tu hijo no ha hecho nada de lo que deba avergonzarse. Me has educado como un buen cristiano y he sido fiel a los principios que tú me has enseñado.

Voy a morir por mis ideales y estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo en que eso es mejor que vivir traicionándolos.»

La señora Con está de acuerdo, pero a menudo parece desconsolada. Guilli, su hija, también pasó por algunas experiencias desagradables para salir de España. Al estallar la guerra estaba terminando sus estudios en un colegio de monjas en Francia. Después de algunos meses, preocupada con la suerte de su familia, escribió a su madre diciéndole que iba a casa. Cuando llegó a Santander, sin embargo, era demasiado tarde. Asturias había caído y parte de la familia se había marchado en uno de los barcos de salvamento. Atestado de mujeres y niños y protegidos por los buques de guerra británicos de los inhumanos ataques de los destructores de Franco, había navegado desde España a Francia.

Guilli no podía saber que el primer acto de su madre al alcanzar el suelo francés era salir a encontrar a su hija, sin saber que ella se había marchado de Francia.

En Santander, Guilli quedó con una tía que era conocida por su ferviente simpatía por los republicanos.<sup>51</sup> Un día, cuando estaban discutiendo lo que debían hacer, se encontraron rodeadas por un grupo de falangistas, que les pedían los papeles y los salvoconductos firmados por los insurgentes. Sus órdenes

---

51 La madre del Alberto mencionado en el capítulo anterior.

fueron acompañadas del grito «¡Viva Franco!» y de las manos alzadas.

Guilli estaba aterrorizada. Lejos, en su colegio, había escuchado algo de lo que estaba sucediendo en España, pero no tenía ni idea del peligro que podía correr alguien que no fuera conocido por la Falange. En vista de que su tía no solo no presentaba ningún documento «adecuado», sino que abiertamente reconocía que era republicana, fueron conducidas a un camión por seis falangistas armados y metidas en la cárcel de la ciudad. Allí las encerraron en un calabozo inundado de agua. Guilli y su tía no habían comido durante horas y, por fin, les pasaron algo de pan y un plato de garbanzos cocidos. Pidieron a uno de los guardas algo de agua, pero les dijo que no podía dejar su puesto.

«Deben esperar o lamer algo del agua de la pared, si quieren», dijo. Una tubería de agua que atravesaba una de las paredes había reventado y pequeños riachuelos corrían hacia el suelo ya empapado. Guilli estaba tan sedienta que, a pesar de las protestas de su tía, posó los labios en la superficie húmeda. Si fue esta agua sucia o gérmenes adquiridos previamente los que causaron la fiebre tifoidea y su colapso algunos días después, es imposible de decir. La llevaron a la enfermería de la prisión y un día, aún convaleciente, la sacaron de la cama, en camisón y zapatillas, con el pelo en dos trenzas, y la condujeron ante un tribunal militar con otros ciento cincuenta hombres y mujeres entre los que estaban su tía, gente distinguida de Bilbao y varios sacerdotes. Un sacerdote muy anciano, junto con la mayoría de los acusados, fue sentenciado a muerte.

«¿Qué hiciste? ¿Qué sentiste?», pregunté.

«Me comporté como un gallina y no hice otra cosa que llorar como una niña –contestó–. Verás, no sabía de qué iba todo aquello.»

Cuando gritaron su nombre, se levantó y fue informada de que el cargo contra ella incluía, entre otras ofensas menores, organizar una reunión comunista en Bilbao. ¿Organizar una reunión? Pobre Guilli, que ni siquiera había estado nunca en una. En cuanto al comunismo, uno se puede imaginar lo que podía haber oído sobre él en el colegio de monjas.

Guilli fue sentenciada a seis años de prisión, y su tía a cadena perpetua. Después del juicio la llevaron de vuelta a la enfermería y cuando se hubo recuperado, la enviaron a una celda abarrotada de mujeres.

A través de la influencia de algunos derechistas decentes que conocían a su familia, fue liberada después de unos meses y se le permitió ir a Madrid y reunirse con su madre, que había vuelto a España en su busca. El recuerdo de su viaje a la capital es como una pesadilla. Como los únicos papeles que tenía indicaban que había estado en prisión, los falangistas le bajaron del tren varias veces y le hicieron presentarse ante las autoridades. Por fin llegó a la capital. Después de innumerables dificultades pudo obtener un permiso para reunirse con su madre e ir a México, donde se ha convertido en un miembro más de nuestra familia.

En España, incluso cuando la guerra estaba terminando, se establecieron comunicaciones secretas. Era posible descubrir adónde se enviaban a las personas arrestadas. Se podía obtener ayuda para ellos y sus familias desde fuera. Esta requería a veces increíbles proezas, arriesgadas y agotadoras. Y dicha ayuda aún continúa.



La caída de Francia fue un terrible golpe para ulteriores planes, y temporalmente se rompieron las conexiones con otros países. Sin embargo, nuevos voluntarios se ofrecieron a atravesar la gran cadena montañosa de los Pirineos para sustituir a aquellos que habían caído en la Francia de Vichy o en la ocupación alemana. Cada día el movimiento clandestino español ganaba nuevo ímpetu. Los prisioneros ahora engloban a miembros de muchos partidos, alguno de los cuales había simpatizado al principio con Franco. Estos incluían a monárquicos, católicos que habían sido engañados, y el propio partido de Gil Robles, ahora en el exilio en Portugal. Las palabras «nos hemos hecho más rojos que los más rojos de los rojos» estaban en boca de los partidarios de la extrema derecha que se habían negado a obedecer o aceptar a la Falange.

Los combates en las calles entre los militantes del partido de Franco y los requetés suceden a menudo. Como ya se ha mostrado, los últimos, aunque fanáticos y crueles de acuerdo con una mentalidad liberal, no son gánsteres.

La comunicación entre la gente en prisión y los que están fuera ha sido mucho más fácil por este cambio de los, hasta ahora, implacables antagonistas. La necesidad para España de liberarse de Franco y la Falange ha ayudado a unir a españoles que nunca antes se hubieran tolerado.

Mientras, en México y en otros países donde los refugiados habían encontrado asilo, algunos grupos han estado ocupados intentando recolectar fondos para la gente en prisión. El ingenio en ambas partes del océano para conseguir el dinero es asombroso. Muy a menudo es entregado en América a algún alma

fiable que tiene una familia y recursos en España y se planea el envío.

Los grupos que han sido más activos dentro de esta actitud humanitaria son la Federación de Organizaciones de Ayuda a los Refugiados Españoles, que han recaudado fondos no sólo para los republicanos perseguidos en España, sino también para aquellos que están en campos de concentración franceses; la Unión de Mujeres Antifascistas, una organización multipartidista, con su grupo afiliado «Mariana Pineda», ha enviado ropa y dinero a las prisiones; y lo mismo han hecho los Jóvenes Patriotas, el Sindicato de Empleados del Servicio Público y otros.

La mayoría de estas organizaciones tiene una doble misión: asistir a los republicanos españoles en España y Francia, y hacer que el conflicto español sea cabalmente entendido. Trabajan a través de diarios como *República Española*, *El Socialista*, *Izquierda Republicana*, *España Popular*, *Independencia*, *España Peregrina*, *España al Día*, todos publicados en México, *Nuestra España*, publicada en Cuba, y otros en la República Argentina.

## CAPÍTULO XVI

### LOS GUERRILLEROS ESPAÑOLES

Los republicanos españoles en el exilio han pasado momentos difíciles durante 1941 y 1942 intentando seguir los acontecimientos del mundo. El pacto germano-ruso en agosto de 1939 había causado perplejidad y profunda preocupación entre muchos de nuestros amigos. Aquellos de nosotros que habíamos tenido puestos diplomáticos hasta el final de la guerra, y por tanto habíamos podido seguir los acontecimientos en el noreste de Europa de cerca, no estábamos en absoluto sorprendidos. Habíamos esperado algo así durante un año.

Gran Bretaña incurrió en una gran equivocación al no concluir la alianza propuesta con la Rusia soviética, trato que había permanecido en suspenso durante mucho tiempo. En días tan traicioneros y peligrosos para la paz, no sorprendió que Rusia pudiera desconfiar de las interminables conversaciones en Moscú. En estas conversaciones con el Gobierno soviético, a los representantes británicos nunca se les confirió la suficiente

autoridad para tomar una decisión. Había demasiados rumores de que lo que Gran Bretaña realmente quería era ver a Alemania y Rusia ocupadas en una lucha a muerte. Ahora, con Francia debilitándose tan rápidamente, era lógico que la URSS se sintiera tan amenazada.

Había visto al señor Maisky, el embajador soviético en Londres, varias veces de camino a Moscú y de vuelta a Londres, y había obtenido una impresión muy clara de la impaciencia y la sorpresa de su Gobierno ante la actitud de Inglaterra. Recuerdo mi asombro cuando unos amigos suecos que me llamaron a la legación en Estocolmo, en otoño de 1938, me comentaron que si Gran Bretaña continuaba con su actual política, empujarían a Rusia al lado alemán.

Y ocurrió...

Rusia sabía perfectamente que estaba destinada a ser el objetivo final de Hitler, quien después de lo que había ocurrido en el oeste, debía primero destruir a Inglaterra. El Gobierno soviético decidió que su única esperanza era mantenerse al margen de otros conflictos y prepararse para una agresión a largo plazo que esperaba del Reich.

Cuando, de la habitual manera traicionera, comenzó el ataque al territorio soviético, la gente empezó por fin a entender. Esos meses de avance alemán hacia el mismo corazón de Rusia mantuvieron a todos en ascuas. Se sabía, por supuesto, que la URSS nunca sería totalmente derrotada por el enemigo. Nunca lo ha sido. Como me dijo el embajador chino en Suecia durante mi estancia en Estocolmo, cuando China había estado luchando durante tres años con todo en contra, «hay grandes ventajas en la guerra para una nación

que puede contar con ilimitados soldados y con un espacio imposible de medir». Las repúblicas soviéticas no pueden ser totalmente derrotadas, pero sus ejércitos pueden sufrir tremendas pérdidas, de las cuales no podrán recuperarse en años.

Mientras tanto, recibíamos esperanzadoras noticias de nuestro propio pueblo. ¡Eran noticias sorprendentes de tropas derrotadas y sin gloria! El mundo no les dio ningún reconocimiento. Oímos que los españoles que no estaban en campos de concentración en el momento de la ocupación de Francia por los nazis habían formado una legión extranjera. En Dunkerque se cubrieron de gloria. «Son indomables», escribió un oficial francés a un general republicano español.

Después del desastre de Dunkerque perdimos de vista a nuestros valientes compatriotas hasta la publicación de las memorias de Florence Jaffray Harriman.<sup>52</sup> Según F.J. Harriman, una unidad de voluntarios españoles –mil doscientos hombres– llegó a Narvik con las fuerzas francesas e inglesas enviadas para ayudar al pequeño y noble país escandinavo. De las mil bajas en esa acción, ochocientas eran españolas.

Se puede pensar que, después de sufrir cerca de tres años la agonía de la guerra y meses de miseria, persecución y arrestos en una Francia regida por fascistas, los soldados republicanos españoles ya habrían tenido suficiente. Pero evidentemente no fue así, pues no luchaban por deporte, ni por volcar su odio en sus enemigos, sino para la realización de un gran propósito, y fueron derechos a la lucha por ese ideal –la de-

---

52 Florence Jaffray Harriman, *Mision to the North* (Philadelphia: J. B. Lippincott, 1941). Fue embajadora de los Estados Unidos en Noruega en el momento de la caída de Noruega.

mocracia— en los helados campos de Noruega. Pronto tuvimos noticias de que otros se habían unido al Ejército británico en Egipto, permaneciendo a su lado en la épica lucha en África, donde Gran Bretaña otra vez tuvo que sobreponerse a gigantescas dificultades.

Los españoles estuvieron en casi toda esa histórica campaña —Sidi Barrani, El Aghelia, Tobruk, Mersa Matruh, El Alamein—, donde la balanza del destino oscilando del éxito al fracaso y afortunadamente de nuevo al éxito mantuvo al mundo en suspense sobre el resultado de la siguiente batalla. En los campos de África se combatió en lo que en verdad se convirtió en un duelo a muerte entre las fuerzas de los Aliados, bajo el mando del general Montgomery, y las fuerzas alemanas bajo el general Rommel.

Los españoles que habían pertenecido al Ejército republicano llegaron a diferentes puntos justo hasta la caída de Túnez.<sup>53</sup> Entre los primeros soldados en cruzar el río Volturno estaban dos españoles, de nombres José Villanova y Fernando Estévez.

Ya he dicho en otra parte de este libro que, después de la ocupación de Francia, los hombres que trabajaban en «Hades» —como llamaban al ferrocarril transahariano— pudieron escapar. Casi sin excepción se unieron al Ejército de Liberación Francés, en la Legión Extranjera o en otras unidades. Una de las primeras tropas —algunos dicen que la primera— que entró en Bizerte estaba encabezada por un español llamado Buiza, al que habían nombrado capitán en la Legión Extranjera del Ejército de Liberación Francés.

---

53 Joseph Barnes, en el *Herald Tribune* de Nueva York, 27 de octubre de 1944.

En México, nuestros refugiados también habían hecho lo posible por participar en la guerra mundial, a la que veían como la continuación de su propia lucha por la democracia, pero fue en vano. Los médicos españoles, los ingenieros y, sobre todo, los oficiales del Ejército habían ofrecido sus servicios. Eran todos hombres con experiencia en los últimos métodos de las modernas artes militares, pero «No, imposible» era la invariable respuesta.

Juan Oyarzábal, mi sobrino, había sido oficial de carrera en la Marina española y comandante de un destructor durante nuestra guerra. Intentó de todas las formas posibles unirse a la causa en el servicio que mejor conocía. En vista de que ninguno de los Aliados podía o quería llevarle en su flota, solicitó un puesto como marino mercante que también le fue denegado.

Cefe, nuestro hijo, en su último intento, se ofreció a ir a China como médico y allí fabricar la tan necesitada vacuna contra el tifus de la que sabía todo. Su petición fue estudiada con gran interés en la embajada china en México, donde le dijeron que escribiera al Comité de Ayuda Chino en Nueva York. Lo hizo y aún está esperando la respuesta. Es evidente que los republicanos españoles son aún boicoteados.

Boicoteados, sí, pero no eliminados. No eliminados, ni siquiera en España, donde la lucha por la República no ha cesado nunca. Los ejércitos regulares en ambos lados han abandonado el campo de batalla, algunos por los cuarteles, otros por la prisión, campos de concentración o el exilio. Los requetés y los miembros de la Falange han peleado dondequiera que hayan podido situar sus respectivas ambiciones políticas, pero en las montañas de Asturias, León, Sierra Morena y

Huelva, la lucha mortal por la libertad continúa gracias a los *guerrilleros* republicanos.

La palabra *guerrilla*, que ahora es universalmente conocida y empleada, es el diminutivo de la palabra *guerra*, y se usa para denominar a las guerras llevadas a cabo por los pueblos en defensa propia.

El gran novelista español, don Benito Pérez Galdós, ha descrito la lucha de la guerrilla de una manera magistral en uno de sus *Episodios Nacionales*. En él escribió sobre otra épica lucha de España contra la dominación extranjera durante la guerra napoleónica.

«En la lucha de la guerrilla –dice–, nunca hay batallas reales. Es decir, no hay acciones preparadas y premeditadas entre ejércitos en un campo de batalla previamente elegido. Las guerrillas utilizan la sorpresa como su principal táctica.

La base de su estrategia es el arte de la unión y la dispersión repentinas. Se reúnen y caen sobre el enemigo como la lluvia de las nubes, después desaparecen, por lo que los esfuerzos de los ejércitos intentando exterminarles son tan inútiles como lo serían exterminando nubes. Sus principales armas no son los fusiles o los rifles sino la misma tierra, la tierra que, gracias a la prodigiosa habilidad y conocimiento de los *guerrilleros*, parecen modificar su contorno de acuerdo a las necesidades de los hombres.

La misma tierra parece levantarse contra la invasión. Sus colinas, sus ríos y arroyos, los desfiladeros de las montañas y rocas son armas letales que las tropas regulares tienen que toparse y por los cuales son a menudo ahogados, aplastados y destruidos. Las montañas que piensan haber dejado atrás, de repente, apa-



recen de nuevo, los precipicios multiplican el peligro, las inaccesibles cumbres descargan balas, un río cuya orilla izquierda ha sido conquistada repentinamente, a un paso, presenta otros obstáculos. En un lado de una montaña los *guerrilleros* parecen haber sido destruidos y en la otra bajan como una avalancha para caer sobre sus adversarios, mientras marchan con seguridad. La guerra de guerrillas es el país en armas, es el territorio, la geografía misma, luchando.»

A causa de su excepcional posición estratégica en Europa, España ha sido invadida tan frecuentemente que ha tenido que inventar modos especiales para su defensa; entre otras, la guerra de guerrillas. Por ella ha podido mantener y terminar con éxito las dilatadas guerras de invasión dirigida por hombres como Viriato en la lucha por la independencia contra Roma, Pelayo y otros en la larga lucha contra los árabes, y Juan Martín el Empecinado y sus compañeros contra Napoleón.

Del último caso, Pérez Galdós dice:

«Napoleón llegó y despertó a nuestro pueblo. Esa frase castellana, según la cual *todo el mundo se echó a la calle*, puede ser aplicada con absoluta idoneidad a ese momento; pues, de hecho, toda España se lanzó al exterior para luchar, hasta que Napoleón –cansado y aburrido de la lucha– se fue del país, llevándose las manos a la frente por la desesperación.»

Ésa es la guerrilla española luchando, como los republicanos continúan haciéndolo ahora contra Franco, que bien podría desesperarse por someterles, teniendo en cuenta que no es Napoleón.

Según la información recibida desde España, el principal centro de la actividad de los *guerrilleros* es Asturias, en cuyas fortalezas montañosas nunca ha habido un momento de calma en la lucha desde julio de 1936. Pronto Galicia siguió el ejemplo de Asturias, su vecina. Galicia, que cayó rápidamente bajo la dominación de Franco al comienzo de la guerra, juega ahora un papel importante en la lucha por la libertad.

Los puertos de esta parte del país –Vigo, La Coruña y Ferrol especialmente– han sido la principal salida para la ayuda enviada a Hitler y Mussolini y el refugio de los submarinos alemanes. El conocimiento de ello, junto con las atroces persecuciones sufridas por la gente de ideas liberales a manos de la Falange, ha conducido a la mayoría de los hombres jóvenes a las montañas. Muchos estaban también preocupados por eludir el servicio militar para el ejército que Franco estaba preparando para enviar a Rusia. Los gallegos han marchado para encontrarse con sus camaradas sobre los famosos Picos de Europa, el último refugio del conocido espécimen del mundo animal, que pertenece a la familia de las cabras, conocido con el nombre de cabra hispánica.

Una de las expediciones de los gallegos cerca del pueblo de Verín ocurrió como sigue. Una noche, cuando todo el mundo estaba dormido, bajaron de las colinas, sometieron a los centinelas de los cuarteles de los guardias civiles, y los encerraron con sus compañeros. Entonces, dejando a un grupo para que los vigilaran, visitaron a los falangistas acaudalados del lugar y les exigieron sumas de dinero como un «impuesto de guerra». Después distribuyeron el dinero entre las familias que habían sido privadas de todo lo que poseían por

la Falange, y desaparecieron tan sólo llevando comida consigo.

Cada visita de los *guerrilleros* a los diferentes pueblos es seguida no sólo por una esperanza renovada de liberación en gran parte de los habitantes, sino también por la incorporación de nuevos soldados que dejan sus hogares para unirse a las guerrillas.

La crueldad de la Falange, la visión de la gente que había sido asesinada, flotando noche tras noche bajo las aguas de la vieja ciudad de Astorga, ha indignado a la gente de las montañas de la región de León hasta tal punto que las guerrillas ahora luchan sin descanso.

Las altas montañas de Málaga, Ronda, Córdoba y Huelva también son refugio de miles de guerrilleros, que se las arreglan para mantenerse informados entre ellos acerca de los planes de las tropas regulares.

Es igual en Extremadura. Como en los románticos días, las guerrillas están en contacto con la mayoría de los habitantes de los pueblos que hacen todo lo que pueden para enviarles comida y ropa, a menudo con riesgo de sus propias vidas. Las armas y municiones, así como uniformes, se obtienen mediante razias en campos del ejército y en cuarteles.

Cuando alguien se pone enfermo, se envía un médico, pero al dejar el pueblo —excepto cuando la persona es de total confianza— generalmente se le venda los ojos. Los guerrilleros, me dijo un médico, son mayoritariamente educados e intentan que las cuevas en las que viven sean todo lo cómodas que puedan.

En más de un lugar la guardia civil de Franco, cansada de la lucha, ha llegado a acuerdos con las guerrillas y han permitido que la comida les fuera facilitada sin interferencias. Éste es un signo claro del derrumbe

de un régimen que el pueblo odia y está determinado a erradicar.

En el terreno político parece que no hay ninguna división entre los guerrilleros, alguno de los cuales son republicanos, otros socialistas, comunistas o anarquistas en estrecha relación, con una, solo una, aspiración: liberar España.

«Más tarde –han dicho–, cuando llegue el momento para otras contiendas, cada uno de nosotros se unirá a las filas de su partido y a la lucha de nuestros respectivos programas. Ahora no tenemos sino un objetivo: la reconquista de España para la República, para la libertad y la democracia.»

Ése es su mensaje a aquellos de nosotros que estamos en el exilio.

## CAPÍTULO XVII EL HAMBRE ACECHA ESPAÑA

En el relato de los hechos anteriores, he seguido los pasos y la arriesgada vida de los guerrilleros, olvidando por un momento que todo no es tan excitante como su excepcional lucha.

La imaginación de cualquiera puede dispararse fácilmente y su corazón edificarse por las heroicas acciones como las que los guerrilleros están llevando a cabo, y la admiración crece dentro de nuestros corazones por aquellos que han perdido sus vidas en defensa de sus ideales o se están pudriendo en las cárceles y en los campos de concentración día tras día con estoica aceptación de su destino. Pero la vida en España para otros republicanos tiene un lado trágico y sórdido que no debería ser ignorado u olvidado, un lado sórdido que está construido no por el odio, sino por la maldad, no por la ira o la envidia o cualquiera de los pecados capitales que al menos tienen la virtud de ser grandes, sino por el rencor, la malicia y la imperdonable y desdenable mezquindad del corazón.

El primer juicio que todo el pueblo de España, no sólo los empleados del Gobierno o los miembros de Falange, ha tenido y aún tiene que soportar es el hambre, un hambre muy diferente de la que se ha sufrido en otros países, comparable solo con la que se ha padecido en Grecia, con una distinción, pues como Thomas J. Hamilton dice en su libro, *Appeasement's Child*: «En Grecia hay un poco de comida para todo el mundo; en España, a pesar de los errores del régimen de Franco, la miseria habría sido soportable si todos hubieran sido obligados a compartirla equitativamente.»<sup>54</sup>

Un español conservador, que se fue de Barcelona a finales de 1942 y a quien conocí en casa de unos amigos comunes, el señor y la señora Vidarte –el señor Vidarte era secretario de la Ejecutiva del Partido Socialista y uno de los secretarios parlamentarios de las Cortes–, me contó que había viajado en coche desde Portugal, adonde había ido por negocios, a Andalucía y el recuerdo de ese viaje se había convertido en una pesadilla.

«A la salida de nuestro hotel en Málaga, el *Príncipe de Asturias* –dijo–, vi a sesenta u ochenta hombres, mujeres y niños en el suelo, incapaces de mantenerse en pie. Se estaban muriendo de hambre y vimos a más de uno ya muerto.»

«¿Nadie podía darles comida?», pregunté.

«Solo la Falange tenía algo que dar –contestó–, y decían que esos que estaban tirados en la calle eran rojos.»

Continué diciéndome que, cuando salió de Portugal, había guardado algo de comida en su coche: galle-

---

54 Hamilton, *Appeasement's Child*, capítulo IX.

tas, carne en conserva y azúcar, anticipándose a la falta de comida sobre la que habían sido advertidos. Cuando pararon el coche en un pueblo, personas famélicas se acercaron, esperando ver si podían ofrecerles algo que comer. Un día su mujer, hurgando en su maleta, encontró una bolsa de azúcar que había en ella estaba rota, así que la sacó para envolverla con más cuidado, cuando el contenido se derramó sobre su vestido. Bajó de un salto del coche y empezó a limpiarse el azúcar. Antes de que se diera cuenta, estaba rodeada por personas que se arrodillaron y empezaron a dar lengüetazos al azúcar esparcida.

«¡Fue terrible, terrible!», añadió ella.

Una polaca, la esposa de un empleado del servicio exterior de los Estados Unidos, me contó que las colas alrededor de las puertas de la cocina del hotel aguantaban durante horas esperando por unas cuantas migajas del menú del hotel, que los camareros distribuían tan equitativamente como podían. Pero, ¡tenían tan, tan poco! También me contó que la pelagra se estaba desarrollando de un modo espantoso por todo el país, pero especialmente en el sur.

«Es desgarrador –dijo–, ver a niños demacrados, con ojos suplicantes, trepando a los lados de los trenes, pidiendo pan.»

«¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!»

Ésa fue la única palabra española que se ha grabado indeleblemente en su mente.

«¡Y qué pan!»

Thomas J. Hamilton habla de ello en su libro:<sup>55</sup> «La máxima proporción de harina de trigo –dice– se fijó en

---

55 *Ibid.*, p.182.

el treinta por ciento.» Pero, como explica, estaba tan adulterada –incluso con serrín– que no tenía prácticamente ningún valor nutricional. La leche era pobre, e incluso la más barata era tan escasa que la mitad de los niños de Madrid no tenía ni una gota. En otros lugares era peor. Por supuesto, a estas descripciones le siguieron nuestras ansiosas preguntas. ¿Qué hace Franco? ¿Está dejando que la gente se muera de hambre?

La prensa falangista está llena de largos informes sobre el magnífico trabajo llevado a cabo por dos de sus organizaciones: Auxilio Social y su filial, la Sección Femenina. Estos dos grupos, sin embargo, no sólo luchan entre ellos sino también con el partido de Falange propiamente dicho al que deben sumisión y que a menudo les lleva a la desesperación, debido a las mezquinas cuitas de los líderes.

Aunque estas instituciones pueden haber intentado remediar la situación, son tan obstaculizadas por las interferencias políticas, por la escasez de comida, y por su deseo de buenas oficinas, que se hace muy poco. Una vez se pagan el mobiliario y los coches de gran potencia, poco dinero queda para lo necesario.

En cualquier caso, las cantidades asignadas oficialmente por cada una, normalmente en cartillas de racionamiento imposibles de conseguir, son insuficientes para la salud de la gente, que había sido ya sometida a serias privaciones durante la guerra. En mayo de 1941, la cantidad media de comida por mes y persona era: 100 gramos de azúcar, 25 centilitros de aceite de oliva, 100 gramos de carne, 100 gramos de bacalao seco, y 200 gramos de verduras secas. No ocurría mucho, pero lo peor era que no todo el mundo podía conseguir siquiera esto, pues los trenes y camiones de buena



comida y aceite españoles y succulenta fruta salían del país para ir a Alemania e Italia en ayuda de los países totalitarios, con el fin de seguir la guerra contra la democracia.

Muchos de esos trenes y camiones fueron destruidos por una muchedumbre furiosa, pero Franco hubiera preferido morir antes que permitir que el mundo supiera de tales acciones contra su régimen, el régimen que había venido a «salvar» España. Los autores de esos ataques eran, por supuesto, arrestados y ejecutados.

Como realmente no había suficiente comida para todos, ni siquiera para los privilegiados, prosperaron mercados negros por todo el país bajo el nombre específico del estraperlo, un nombre creado antes de la guerra civil para un artefacto de apuestas que un grupo de crupieres intentó instalar en el Casino de San Sebastián. Para obtener la necesaria concesión, personalidades cercanas al Gobierno de Lerroux, incluyendo, se dijo, a un familiar del astuto político, fueron generosamente sobornadas.

No obstante, las Cortes se enteraron de ello y el asunto se cortó de raíz, pero el nombre permaneció para describir cualquier tipo de fraude. Desde la guerra pocos fraudes son lucrativos como el del mercado negro.

El estraperlo se ha hecho tan popular y las autoridades han sido tan incompetentes para enfrentarse a ello, que la gente de aspecto distinguido no vacila en contar cómo gracias a él —a precios desorbitados, por supuesto— han sido afortunados al conseguir la mayoría de las cosas que necesitan, desde carbón y patatas, a abrigos de piel.

Por supuesto, los precios de tales productos aumentan más cada día y sólo se los pueden permitir los que son muy ricos o los que están empleados en departamentos del Gobierno. Una señora de origen mexicano, Carmen Icaza, por ejemplo, ganaba sesenta mil pesetas al año por trabajar como censor teatral.

Es cierto que con la inflación oscilante el dinero solo sirve para gastarlo. A causa de ello, una interminable corriente de pesetas se movía desde la hacienda pública a la gente y, al revés, en forma de enormes impuestos.

Como es habitual en tales casos, la España que los viajeros ocasionales a veces se encuentran no es en absoluto la verdadera España. Mujeres perfectamente engalanadas con exquisitos vestidos, envueltas en ricas pieles y con joyas resplandecientes pueden verse cada noche en los nuevos clubes nocturnos que han surgido como champiñones en las grandes ciudades.

Los restaurantes caros, donde una comida puede costar desde cien a mil pesetas, están llenos. Supimos de una cena dada a un escritor, que había preferido el totalitarismo al exilio, donde cada persona tenía que pagar ochocientas pesetas por una sencilla cena de dos platos.

Pero a nadie que tiene dinero parece importarle. Al contrario, evidentemente previendo que está cerca el día en que el dinero de Franco no valga nada, el único afán es gastar lo que se tiene lo antes posible. A todo el mundo, por supuesto, le gustaría invertir en algo sólido —casas o tierras— pero la demanda ha subido los precios de los inmuebles más allá de lo razonable. Tras eso, se prefiere invertir en antigüedades, piedras preciosas y pintura.

El pequeño grupo de artistas que permaneció en España nos ha escrito contando que está realizando exposiciones de sus trabajos y vende todos los cuadros, al precio de su talento e inspiración, por supuesto.

Los empresarios, no obstante, están desesperados. Los impuestos son enormes y están siendo estafados por lo que ellos habían esperado que fuera su fuente de ingresos en el futuro: la moneda extranjera. Franco y Falange no están «chupándose el dedo», como reza el dicho.

Las importantes empresas mineras de mercurio de Almadén, Huelva, con su cobre, Asturias con su carbón, y Bilbao con su hierro y acero están enviando a los británicos toneladas de ricos productos por los que Inglaterra paga altos precios en libras esterlinas que nunca llegan al bolsillo del exportador.

De hecho, Franco, que necesita divisas desesperadamente, conserva los marcos, las libras y los dólares para Hacienda y pasa el equivalente en pesetas españolas a los empresarios. Cuando Franco sea derrocado descubrirán que no han conseguido ningún beneficio de la guerra.

Algo positivo. Si nadie se aprovechara de ella, probablemente no habría más guerras.

Se rumorea que, por supuesto, Franco y su Gobierno y algunos de los miembros mejor situados de la Falange están atesorando un depósito de divisas para su propio uso para cuando lleguen tiempos peores. No tenemos pruebas de ello, pero siento curiosidad, como el resto del mundo, por el paradero de las grandes sumas de dinero –bonos y valores– que se dice han salido de Alemania hacia España y Argentina. Tal tesoro, si

no es descubierto y confiscado, ayudará a los nazis y a la propaganda falangista en América después de la guerra.

A simples ciudadanos –siempre de avanzada edad– que pudieron conseguir un permiso para salir de España no se les permitió llevar un céntimo consigo. Pagan por su pasaje y antes de salir del puerto se les permite comprar cartillas de racionamiento para los extras que puedan ser considerados necesarios a bordo. Éstas, si no se usan, son después recogidas por el comisario, que no devuelve su importe.

Incluso ahora, como España no puede exportar más alimento a Alemania –incluso el trigo es ocasionalmente importado de Argentina–, los precios son prohibitivos. Solo personas muy privilegiadas pueden comprar comida suficiente para estar bien nutridos. Los últimos datos de los precios en España muestran que, mientras los alimentos han subido un trescientos por cien sobre los precios normales, los salarios han subido solo de un cuarenta a un cincuenta por ciento.

En cuanto a los propios republicanos –los que no están en la cárcel– no se les proporcionan cartillas de racionamiento si alguna vez han sido arrestados. Ni se les permite trabajar si han cumplido un periodo de tiempo en la cárcel por razones políticas. Esto hace que las mujeres sean las que mantienen a la familia, ayudadas, cuando es posible, por los hombres mediante pequeños trabajos que les dan unos céntimos. Aunque, mal alimentados como están y con las fuerzas menguadas por las privaciones y la enfermedad, no pierden su coraje.

Los hombres que están fuera son responsables del cumplimiento de las órdenes que los prisioneros trans-

miten oralmente a través de las mujeres que visitan a sus familiares en la cárcel. Esas órdenes son comunicadas, también verbalmente, por todo el país a los centros industriales, los trabajadores de la tierra, los guerrilleros en las montañas, y a los patriotas en Francia y otros países.

Por supuesto, el efecto de esta falta de comida adecuada en las nuevas generaciones perdurará y será difícil de superar; pero como ellos dicen: «¡Mientras tengamos la República!».

Nosotros, no obstante, no podemos resignarnos a eso. Viviendo en la abundancia comparados con los republicanos en España, nosotros, los refugiados, estamos a menudo llenos de remordimientos cuando miramos nuestros sencillos pero abundantes platos de comida y pensamos en aquellos que tienen tan poco que comer y tan pocas ropas para protegerse del frío.

A veces uno siente como si las pequeñas tortillas rellenas de delicioso guacamole, los tamales de pollo y otras exquisiteces, características de la cocina mexicana, se vuelven cenizas en la boca pensando en los hombres y mujeres que pasan hambre, nuestros propios hermanos y hermanas, y flacos y hambrientos niños, el eco de cuyos gritos parece llegar a nosotros a miles de millas de tierra y océano.

«¡Pan! ¡Por amor de Dios, un poco de pan!»

El impulso de actuar, de «hacer», se hace entonces imperativo. Pero, ¿qué? ¿cómo? Sólo mediante la total libertad de todos podrá saciarse su hambre de comida y la nuestra de satisfacerla. A menudo cruzan el mar kilos de comida solo para caer en manos de aquellos que ya tienen lo suficiente y más.

¿Y qué soluciona?

Aunque los cargamentos fueran enviados, no sería suficiente, pues la hambruna de España tiene sus raíces en un régimen basado en la fuerza bruta, y la fuerza bruta siempre deja injusticia y privaciones de todas clases en su camino. ¿No hemos oído también los gritos de hambre de otro pueblo aplastado por la bota del totalitarismo?

Lo único, pues, es levantar la bota que aplasta al mundo.

## CAPÍTULO XVIII

### LA BATALLA DE EUROPA

Parecía la realización de un sueño largamente abrigado cuando Ceferino, que había estado trabajando con entusiasmo en sus nuevos lienzos, entró en mi habitación un día a la hora del té y dijo: «Ha llegado. Voy a exponer en junio. La señorita Inés Amor, directora de las Galerías de Arte Mexicano, la más selecta y exclusiva galería de Ciudad de México, ha estado en el estudio admirando las pinturas y quiere hacer la exposición el próximo mes».

Yo estaba contentísima; México, nuestro querido México, nos había dado otro regalo. Había inspirado a Ceferino. Con su maravilloso arte indígena le había llamado de nuevo al ámbito del que otros deberes le habían mantenido alejado durante cinco o seis años, de hecho, mientras la República había necesitado sus servicios. Era especialmente interesante pensar que era la mágica influencia del arte popular lo que le había inspirado.

Todos los que han hecho incluso una corta visita a México han sentido el ingenuo pero profundamen-

te expresivo encanto de los juguetes fabricados por el pueblo. Ceferino no sólo había recopilado una magnífica colección, sino que los había agrupado como modelos, no en miniatura como están hechos, sino a tamaño natural. Eran hombres y mujeres dotados de sentimientos: tristes, enigmáticos, irónicos y fanfarrones, sobresaliendo –un derroche de color y expresión– de los planos convencionales. Produjeron una tremenda sensación en la galería, pues ningún pintor, mexicano o no, había pensado nunca reproducir estas expresiones genuinas del arte en la manera en la que lo había hecho Ceferino.

El día de la inauguración, y de hecho, todo el tiempo que duró la exposición, una gran multitud se reunía ante los cuadros. Aparecieron en la prensa espléndidas reseñas, a pesar de estar poco interesada en las exposiciones individuales. La venta de varios lienzos devolvió la confianza a Ceferino. A él, al igual que a otros refugiados, le había resultado difícil encontrar trabajo, y temía no tener nada que hacer de nuevo que valiera la pena.

A este primer éxito le siguieron varias peticiones para exponer sus obras en Estados Unidos. Se programó una exposición bajo los auspicios de la Unión Panamericana y del embajador de México en Washington, el señor Castillo Nájera, para el otoño de 1943 en el Museo Nacional de esta bella ciudad.

Ceferino, aunque enormemente satisfecho por su éxito, sentía remordimientos por haber dedicado de manera egoísta su tiempo a su arte mientras España estaba destruida. Y sin embargo, hacer conocida y querida a España a través de los canales del arte y las letras era también nuestra misión, aunque quizá no tan efectiva como nos hubiese gustado.



Hacia el final del verano me sentía muy cansada y todo el mundo me recomendó un cambio. De hecho, no había tenido unas verdaderas vacaciones –donde el único propósito fuera el recreo y el descanso– desde el verano de 1934. Entonces mis dos hermanas, Anita e Inés, mi hija Marissa y yo nos pasamos todo un mes soñando con las horas y los días en la granja de pollos de Ricardo en Benajárfate, cerca de Málaga.

Ricardo había comprado para nuestra distracción un viejo bote que varaba en la orilla cada noche y que sólo se utilizaba como trampolín desde el que zambullirse en las profundas aguas del azul Mediterráneo. Realmente no servía para nada más. Pasado el verano, se lo regaló a un grupo de jóvenes pescadores. Poco podía soñar que pocos meses después, durante la sublevación de Cataluña y Asturias provocada por Gil Robles, este acto natural y atento sería considerado sospechoso por los guardias civiles, que resultaron ser fascistas, por supuesto. Esto costó a mi hermano algunas semanas en la cárcel por «supuesta colaboración en actividades subversivas» hasta que se probó su inocencia. Otro acto, supuestamente subversivo, consistió en haber ofrecido una taza de café o un paquete de cigarrillos a los trabajadores que aprovechaban el derecho de paso por su pequeña propiedad; este acto amistoso fue también interpretado como subversivo por los guardias civiles, ya que estos trabajadores, como los pescadores, tomaron más tarde parte en la huelga general.

Mirando atrás, qué poco nos damos cuenta de lo que esos primeros brotes de fascismo iban a traer a España, a la gente trabajadora de ese pequeño pueblo, ¡y a todos nosotros! Los días en Benajárfate habían pasado

volando. Antes de que nos diéramos cuenta, nuestras vacaciones habían terminado y todos nos habíamos separado.

Después de nueve largos años, la idea de tener unas verdaderas vacaciones en Oaxaca sonaba muy tentador. Lo acepté entusiasmada. Había trabajado mucho desde nuestra llegada a México. Publiqué dos libros para niños y mi autobiografía, había traducido tres libros del inglés al español, y escrito varios artículos. Había ido siete veces a Estados Unidos para dar conferencias. Con todo esto, más el cuidado de la casa y de los problemas familiares, sentí que me merecía un descanso.

Una amiga y yo salimos de Ciudad de México una mañana temprano hacia Puebla, donde íbamos a pasar la noche. Por el camino paramos en Cholula para disfrutar de la vista de la ciudad con sus más de trescientas iglesias. Una de ellas es aún llamada la Capilla Real. La pirámide de Cholula está coronada por una iglesia católica dedicada a la Virgen de los Remedios, uno de los objetos favoritos de veneración de los españoles.

Rara vez he visto nada más hermoso que Popocatepetl e Iztaccihualt, los famosos volcanes cubiertos de nieve, como los vimos esa noche desde Puebla. Bajo su sombra se extiende la ciudad, en sí misma uno de los más bellos ejemplos de la arquitectura colonial española en México.

Pasamos la mañana siguiente visitando iglesias como si hubiéramos estado en nuestras Ávila, Segovia o Toledo natales. Como buenas turistas, nos unimos a la multitud en el convento de Santa Mónica. Éste era uno de los tres descubiertos hace algunos años por oficiales del Gobierno después de que estas instituciones

fueran suprimidas. Las monjas, que habían estado viviendo allí escondidas, les dijeron que se marcharan; el convento se ha convertido desde entonces en una de las principales atracciones de Puebla. La gente siente curiosidad por ver lugares de retiro donde generalmente solo los miembros de una comunidad religiosa pueden entrar. Santa Mónica tiene pasadizos secretos y trampillas. Una de ellas es tan baja que uno tiene que arrastrarse por ella. El mausoleo del convento da evidencia de la longevidad de las monjas. La mayoría de las que están enterradas allí habían muerto cuando bien sobrepasaban los noventa años. Lo que más me interesó, sin embargo, fue la vieja cocina con sus estufas alicatadas y curiosas cazuelas y sartenes y el hermoso patio silencioso que hay fuera. Toda Santa Mónica es fascinante.

Como no teníamos a nadie que nos dijera lo que debíamos hacer, dedicamos la tarde a pasear. Nos paramos a ver a algunos tejedores que estaban trabajando, y compramos muestras de la alfarería de Puebla. Fueron los misioneros españoles los que enseñaron al pueblo a hacer esta alfarería, una reproducción de nuestra Talavera.

Pensábamos salir de Puebla hacia Oaxaca temprano esa noche, pero nuestro tren iba con retraso. Eran cerca de las dos de la mañana cuando nos encontramos en las literas de coche cama más duras en las que nunca he tenido la suerte de tumbarme. El viaje, sin embargo, mereció la pena a pesar de la incomodidad.

Adoro Oaxaca. La excavación de los antiquísimos edificios de Monte Alban resultó interesante, así como las ruinas de Mitla. Su nombre, «Lugar de descanso de las almas», fue lo que yo encontré más conmovedor. Pero lo que me tocó la fibra sensible fue la ciudad mis-

ma, con sus edificios de precioso mármol verde claro; su plaza mayor donde chicas de ojos negros iban a encontrarse con sus novios; el mercado con su abundancia de frutas perfectamente ordenadas, sus tejidos y sus curiosos productos de cuero, acero o simple arcilla.

Ceferino y yo habíamos sido los orgullosos dueños de la mejor colección privada de cerámica popular en España. Es probable que nuestro tesoro ya no exista. Un tercio de la colección que el Departamento de Bellas Artes del Gobierno republicano envió a París para la Feria de 1938 era nuestro, enviado con nuestro permiso, por supuesto. Se pensó mandarla más tarde a Nueva York para la Feria Mundial. Pero nuestra guerra terminó antes de que la colección fuera enviada. Lo último que escuchamos fue que nuestra cerámica estaba depositada en París junto con otras. Lo que le sucedió desde la ocupación alemana no lo sabemos.

En cuanto al resto de la colección, después de la guerra civil nuestra casa en Madrid fue ocupada por un oficial de Franco del Cuerpo de Aviación, que vivía en ella con su mujer ¡y ocho niños! Por lo que dudamos que quede algo de lo que nos llevó años y años coleccionar.

Cuando volví a Ciudad de México, encontré que todos se sentían optimistas. El Ejército Rojo ruso, después de dramáticos reveses, se había recobrado estoicamente. Bien armado y equipado, estaba liberando su propio territorio, y estaba atacando también en otras naciones ocupadas. Alexandra Kollontay, mi colega rusa en Suecia, me envió por esa época tan buenas noticias, que nuestros corazones se alegraron.

Por su parte, los Ejércitos de Estados Unidos y Gran Bretaña no sólo habían terminado la campaña

africana en su momento, sino que también habían desembarcado en Italia.

Me preocupé mucho cuando las fuerzas norteamericanas desembarcaron en África. Franco, empujado por Alemania, podría apuñalar a los norteamericanos desde el Marruecos español. Peligroso, y en la larga carrera de desastres que afectaron a España, esto podría haber dado a Alemania un tiempo de respiro. Podía haber distraído al pueblo alemán, actuado como contrapeso del avance soviético.

No obstante, una vez que el norte de África francés estuvo controlado por los Aliados, era demasiado tarde para que Franco actuase. Éste fue su segundo fracaso. Podía haber intentado arrebatar Gibraltar a los británicos y paralizar la acción en el Mediterráneo. Pero también en eso fue un cobarde. España estaba desesperada. No se atrevió a dar un paso.

Arrebatar Gibraltar a los británicos había sido una de las principales aspiraciones de la Falange. Aunque la «Roca» había sido durante mucho tiempo una fuente de recelos para España, ningún otro partido o grupo se habría aprovechado de las dificultades por las que atravesaba Inglaterra. La lucha por la victoria librada en todos los campos de batalla y por todas las naciones democráticas debe influir pronto, pensamos, en el destino de España.

Pero había y hay una gran tarea ante nosotros. El mundo democrático oficial está aún favoreciendo a Franco. Los embajadores británicos y estadounidenses en la «corte» del pequeño general están apoyando con típico egoísmo sus insolentes arrebatos. La opinión pública, sin embargo, se ha puesto a nuestro favor casi unánimemente. Lo puedo ver en mis conferencias. En

cada ocasión y en cada ciudad donde se ha previsto que hable últimamente, la elección ha sido «La verdad sobre España». Ésa ha sido la petición también en los discursos de sobremesa.

La señorita Irita van Doren, cuando me pidió por segunda vez que fuera la conferenciante en los almuerzos de «El libro y su autor» del *Herald Tribune* de Nueva York, me dijo: «España es de lo que quieren oír hablar».

Por supuesto, acepté encantada.

Una de las cosas de las que más disfruté durante mi penúltimo viaje a Estados Unidos fue una charla mano a mano con Jay Allen en el Ayuntamiento. Lo que teníamos que decir pareció complacer a la gran audiencia.

Jay y Ruth han sido amigos leales y entusiastas de España, de principio a fin. De hecho, si me preguntaran quién pienso que es la persona mejor informada en Norteamérica sobre el conflicto español, sin vacilar respondería: «Jay Allen».

España tiene otros muchos distinguidos amigos que son también amigos personales. Mi querido Sherwood Anderson, que no estaría mucho más tiempo entre nosotros, pero siempre será «uno de los nuestros», Freda Kirchwey, Vincent Sheean, Elliot Paul, Raymond Gram Swing, Allan Chase son algunos de ellos. Pero nadie ha recopilado la historia de la guerra española o ha tenido la paciencia de acumular los archivos como lo ha hecho Jay Allen.

Otra razón para la satisfacción —esta vez puramente personal— fue el éxito que Ceferino alcanzó con la exposición de sus pinturas, primero en Washington y después en el Brooklyn Museum y en la Biblioteca

Pública de Nueva York. Las pinturas fueron muy bien valoradas, e hizo significativas ventas. Lo más importante de todo es que está animado con el deseo de pintar, y en su vuelta a España tendrá mucho que mostrar. Y un español estará mostrando México a España con gratitud.

Los años 1943 y 1944 fueron más constructivos para los grupos de refugiados que los anteriores. Todo el mundo estaba trabajando sin parar. Habían surgido nuevas editoriales españolas y librerías en México. El número de nuevos volúmenes de verdadera importancia sobre temas científicos, filosóficos, históricos y artísticos, así como de ficción, era alentador. Mientras esperaban volver a su país, nuestros intelectuales estaban preocupados en seguir al frente de la cultura española. Sus actividades han provocado en nuestros adversarios fascistas más que una demanda de mayor actividad cultural dentro de España. «¿Por qué nosotros –se pregunta un joven miembro de la Falange, ansioso por ser llamado intelectual– tenemos tan poco que mostrar, mientras la «España Peregrina» [nombre adoptado para los refugiados] está dando tan importantes ejemplos de su trabajo en todos los campos?»

La respuesta no es difícil. La «España Peregrina» está formada por la mayoría de líderes de todos los campos del conocimiento de España.

*Faute de mieux*<sup>56</sup>, como dirían los franceses. Teniendo nada o muy poco que ofrecer, los fascistas españoles han recurrido a la «publicación pirata». Por ejemplo, el tercer volumen de la Historia de España publicado en Madrid fue antiguamente editado por

---

56 A falta de algo mejor.

don Ramón Menéndez Pidal. Ciertos párrafos del trabajo, especialmente el capítulo «Escritura y libros en España durante la dominación visigótica», fueron redactados hace algún tiempo por don Agustín Millares, que fue catedrático de Paleografía y Latín medieval en la Universidad de Madrid y es una autoridad reconocida mundialmente en estas materias. Su trabajo había sido completado y las galeradas –una de las pruebas está en México– estaban aún en revisión cuando, para sorpresa de todos, el mismo capítulo apareció en una versión española del volumen III en 1940. Pretendía estar escrito por una casi desconocida joven, la señorita Matilde López Serrano, que nunca ha realizado un trabajo de estas características. El señor Millares, un exiliado en México, está naturalmente más sorprendido que nadie. Siendo de carácter benevolente, se ha contentado hasta ahora con sonreír. Otro ejemplo de su implacable bandolerismo es la versión española del excelente libro de E. Step, *The Marvels of Insect Life*. Éste fue concienzudamente traducido por don Cándido Bolívar, catedrático de Entomología en el Museo de Historia Natural de Madrid. Ahora aparece en una nueva edición, sin mención del traductor o el nombre del autor de su hermoso prólogo, el conocido entomólogo, don Ignacio Bolívar. Ambos, don Cándido y don Ignacio son demócratas y, por lo tanto, exiliados.

Lo mismo ha ocurrido con numerosos libros originales o traducidos que se estudian en España. Franco resuelve sus problemas intelectuales y económicos omitiendo los nombres de los autores liberales a los que ha condenado. Se prohíbe que los libros y revistas escritos por estos hombres y otros científicos españoles



de la lista negra de la Falange entren en el país hasta que nuevas «ediciones piratas» salgan a la luz.

La excelente revista *Ciencia* fue publicada por refugiados en México. Los primeros números fueron aclamados con deleite en España, pero nunca más podrán ser enviados. Las autoridades postales españolas han informado a las mexicanas que si los reciben los devolverán o destruirán.

Poco a poco, la «España Peregrina» está preparando sus batallones de paz para la acción. Las mezquinas maniobras de Falange no importan. Los médicos exiliados han fundado una asociación bajo el nombre del gran Ramón y Cajal. Organizan conferencias, toman nota de las actividades de sus colegas y recolectan fondos para enviar medicinas y ayudar a los necesitados médicos en Francia y España.

El Ejército y la Marina en el exilio tienen también una organización, la Asociación de Oficiales Leales a la España Republicana. Conferencias y el boletín regular les mantienen informados en los nuevos métodos de guerra. La ayuda a los españoles en prisión está minuciosamente organizada. El presidente de la asociación es el coronel Patricio Azcárate. Él declara en su reglamento su determinación de defender la República y de ser neutral en cuestiones políticas entre los diversos grupos ahora en el exilio. Se han fundado sucursales en diferentes estados de los Estados Unidos de México, en otros países de este continente y en Europa.

Muchos nombres conocidos están en su lista: los generales Miaja, el popular defensor de Madrid, y Martz; Hidalgo de Cisneros, mariscal republicano del Aire; y Rojo, comandante en jefe del Ejército republicano; el almirante Ubieta y otros.

Al general Miaja, cuya popularidad nunca ha disminuido, lo vemos a menudo. Nunca aparecen en sus palabras el recelo o se ensombrece la expresión de buen humor de sus ojos.

«Todo irá bien», dice cada vez que le vemos. Está seguro de ello.

Quizá uno de los mayores grupos de refugiados está formado por catedráticos de las diferentes universidades españolas. Personas distinguidas que han visitado España y los propios falangistas admiten que las universidades españolas están vacías de todo conocimiento y cultura verdaderos.

La organización formada por los catedráticos en el exilio celebró una importante reunión en La Habana el año pasado. Después de reiterar su determinación de trabajar por los principios de libertad y democracia, constituyeron comisiones para estudiar los nuevos programas. Cuando España sea otra vez un país libre, formarán parte del sistema educativo.

Los jóvenes no se quedan atrás. Asociaciones juveniles, como la Unión de Jóvenes Patriotas Españoles, la Federación de Estudiantes Españoles en México y las Juventudes Catalanas y Vascas, están trabajando incesantemente creando programas, recolectando fondos, dando conferencias y representaciones de aficionados con una sola idea: unidad en el exilio y triunfo en España. Muchas de estas asociaciones se mantienen con gran sacrificio y esfuerzo, pero todas están estimuladas por un maravilloso espíritu.

Me gustaría ver un espíritu similar en lo que queda de los viejos partidos políticos. Como veremos después, están desafortunadamente divididos en facciones, y excepto algunos hombres bien intencionados,

entusiastas, y leales, piensan más en sus pequeñas rivalidades personales que en el restablecimiento de España. Las personas responsables deberían apartar sus insignificantes diferencias y trabajar por la unión todos los partidos que eran fieles a la República legalmente constituida.



## CAPÍTULO XIX LOS MAQUIS ESPAÑOLES

En junio de 1944 se abrió un segundo frente largamente esperado. Con una rapidez que nunca nos hubiéramos adivinado, las fuerzas aliadas ocuparon el norte francés y empezó la liberación de ese gran país.

Todo el mundo recordará por mucho tiempo la incertidumbre de esas primeras semanas cuando las tropas británicas y estadounidenses llegaban a los nuevos campos de batalla, donde se encontraron con mayores dificultades que nunca.

Empezamos a tener noticias de los españoles que habían permanecido activos en la clandestinidad desde el principio. Había un tal Manuel, con el que habíamos estado en contacto desde su desaparición en Londres meses antes. Solo podemos esperar que, habiendo escapado de los alemanes y los colaboracionistas, sobreviviera y tomara parte en la liberación de Francia.

Hasta que las tropas del general de Gaulle entraron en París, fue imposible conseguir noticias fiables

de nuestra gente, pero poco tiempo después empezaron a llegar.

Casi nunca en la historia, con toda certeza nunca antes en la época moderna, ha desaparecido un peso tan grande del corazón de la gente como cuando se dio a conocer la liberación de la capital francesa.

«¡París! ¡París es libre!», nos gritábamos en la calle o por teléfono.

Las noticias llegaron, pero no fueron totalmente confirmadas hasta después de cuatro días. ¿Qué importaba? *Madame* Garreau Dombasle, la encantadora esposa del embajador francés en Ciudad de México, reunió a sus amigos una tarde para celebrar el gran acontecimiento.

«España pronto será libre», dijo *madame* Dombasle mientras me abrazaba.

México entero se alegró de la liberación de París, y no me sorprendió. La gran capital de Francia representa algo tan hermoso que todos sentimos que pertenece, no sólo a Francia, sino al mundo.

Las primeras retransmisiones narrando los logros de las Fuerzas del Interior deleitaron a todos amantes de la democracia. Los franceses estaban librando sus propias batallas a través de su propia resistencia bien organizada. Pronto, mezclados con los nombres de *Maquisards* que se habían distinguido, aparecían los nombres españoles.

La prensa confirmó nuestras esperanzas. Un batallón de tanques, enarbolando la bandera republicana española y portando los nombres de los lugares famosos de nuestra guerra –Brunete, Guadalajara, Teruel– había hecho su entrada en París, bajo las órdenes del general Leclerc. También nos informaron de que los

representantes de Franco habían protestado en vano.

Por primera vez en ocho años, esos españoles, amigos y compañeros de los maquis franceses, se encontraban en el lado ganador. No llevó mucho tiempo a los guerrilleros en suelo francés ocupar sus posiciones. Mientras continuaba la lucha contra Alemania, después de años de persecución y clandestinidad, podían abiertamente expresar su lealtad a la España republicana. Sus nombres empezaban a aparecer en la prensa de la resistencia y pronto se sintió su presencia. La delegación vasca en París tenía sus ventanas abiertas a la luz una vez más, mientras los sirvientes de la sede de la Falange corrían a esconderse.

En el sur de Francia, los guerrilleros estaban más activos incluso que los que estaban en la liberación de París. Hombro a hombro con las Fuerzas del Interior francesas, ayudaron a echar a los alemanes del territorio francés. Marsella, Burdeos, Perpiñán, Toulouse, fueron liberadas. Se dijo que Toulouse fue recuperada completamente por las fuerzas españolas, a las que el general de Gaulle dio las gracias personalmente durante su visita al sur de Francia. En muchas otras ciudades fronterizas que liberaron, los españoles enseguida desalojaron a los representantes de Franco del consulado español. ¡Pudieron de nuevo izar la bandera roja, amarilla y morada de la República española!

Uno puede imaginar con qué mezcla de sentimientos de orgullo y anhelo han debido entrar esos hombres en las ciudades liberadas.

«Los españoles –me dijo un francés– han sido realmente generosos. Olvidando la humillación y el sufrimiento que han soportado en nuestra tierra, han luchado heroicamente por sus hermanos en Francia.»

Los guerrilleros españoles saben que no fue el pueblo de Francia quien les hizo sufrir. Los *vichyites* y los fascistas no son Francia, como Franco y la Falange no son España.

Oímos que alrededor de cuarenta mil españoles, muchos de ellos recién liberados de las prisiones de Vichy y los campos de concentración, aunque pobremente armados y equipados, se unieron a las filas de los maquis enseguida para luchar por la liberación de Francia. El número de bajas se cree que fue muy alto, pero la libertad merece la pena a cualquier precio. Para ellos éste es el principio del camino de vuelta. Fue estupendo oír el sonido de los rotundos nombres españoles unidos a las cortas sílabas francesas, mientras los dos pueblos se unían en la lucha contra el fascismo y por la libertad.

Qué grato nos resulta cuando, tras tantos años reprimiendo en Francia cualquier gesto de amistad, oímos en México que un tal Hernández, Rovira, García o González ¡ha sido abiertamente alabado por su valor! Otros, cuyo escondite en París, que nosotros nunca nos habíamos atrevido a revelar, han sido mencionados abiertamente por haber firmado un documento para la liberación de España o han comprometido su ayuda en programas políticos para nuestro futuro. Pablo Picasso, Pablo Casals, Victoria Kent, el general Herrera, el general Sarabia –por cuya suerte hemos temido a menudo–, el general Riquelme, Julio Hernández y el catedrático Llopis eran algunos, y había muchos, muchos otros. Entre ellos, María Victoria Casares, la hija de don Santiago Casares, quien fue presidente del Gobierno republicano español en agosto de 1936. Hemos oído que ahora es primera actriz del Théâtre Maturin



en París, después de haber sido galardonada con el premio de la Comedia Francesa por su excepcional talento dramático.

María Victoria Casares hizo su debut como actriz en algunas funciones teatrales privadas celebradas en nuestra casa en Madrid, en enero de 1936, y todos nos llevamos una sorpresa por su brillante talento. Solo tenía trece años en esa época, así que apenas debe tener veinte años ahora. Durante la ocupación alemana de Francia, María Casares se negó obstinadamente a actuar o tomar parte en las películas dirigidas por los nazis.

La prensa francesa es enérgica en sus alabanzas hacia su nueva estrella y los españoles están muy orgullosos, no solo por su talento, sino por su lealtad a la democracia.

Nosotros volvimos a emocionarnos con las noticias que decían que los guerrilleros españoles, no contentos con luchar en cada frente de batalla por la democracia, habían hecho incursiones dentro de España.

Se propagaron rumores de todas clases en los países donde los refugiados españoles estaban esperando. En México, los hombres querían volver enseguida para ayudar. Algunos incluso cerraron sus negocios y vendieron sus muebles, haciendo caso omiso a los visados, a las prioridades y a los permisos de entrada. Los nombres de Puigcerdá y otros lugares, abandonados a la desesperación hace cinco años, llamaron a los más impacientes.

«En el valle de Arán, cerca de la república autónoma de Andorra, el invierno se acerca, y los accesos están bloqueados por la nieve –dijo alguien–. ¡Podemos establecer la sede de la República e incluso llevar a cabo reuniones de las Cortes en territorio español!»

Continuaron llegando noticias contradictorias en cuanto a la importancia de las incursiones llevadas a cabo por los guerrilleros desde el sur de Francia. De algunas supimos que miles de republicanos armados estaban entrando en España; de otras que sólo unos cuantos grupos aislados habían tenido éxito en entrar en los pueblos fronterizos. Todas ellas reconocían que muchos guerrilleros habían sido derribados por las tropas de Franco. Dentro de España, la represión estaba superando los peores días de terror franquista, cuando los fascistas daban caza a personas sospechosas de conspirar con los republicanos del exterior.

Era el momento de mostrar la noticia menos esperanzadora por ser la verdadera. Probablemente, una vez que las tropas alemanas fueron forzadas a retirarse de sus posiciones en los Pirineos, y el gobierno de Vichy estaba en plena huida, los guerrilleros españoles, deseando ver su país y establecer nuevos contactos con sus camaradas en España, organizaron grupos con la misión de operar en ciertos pueblos, como habían hecho desde el principio los guerrilleros en Asturias y otras partes de España.

Tengo evidencias de ello a través de una carta que recibí hace poco de alguien que está en prisión. Con cautela, pero en términos perfectamente inteligibles para nosotros, dice que el número de compañeros en su prisión se ha incrementado con prisioneros de fuera del país. «Posada» u «hotel» en vez de cárcel, «turistas» en vez de prisioneros, y la palabra «esquiador» se utiliza repetidamente para hacernos entender que las personas arrestadas lo fueron en la nieve de la zona española de los Pirineos.

En verdad, las cartas que recibimos desde España y especialmente de las prisiones no serían de utilidad histórica si no fueran acompañadas cada una de ellas de una interpretación. El siguiente extracto es un buen ejemplo. Trata de la precaria situación en la que se encuentra Franco:

«Estaréis interesados en saber que el caballero, su mujer y su hija, que viven en el apartamento número cuatro de la casa donde la tía Luisa vivió y donde solíamos pasar tan buenos ratos cuando éramos pequeños [hace referencia a una familia de nombre Franco que vivían en la casa de este familiar] pretende mudarse de la casa [España]. Se dice, no estamos seguros si dejarán la casa todos, o solo la oficina donde el caballero trabaja, dejando a alguien de su mismo rango en su lugar. [Hay indicios de que Franco está considerando la posibilidad real de marcharse, pero que le gustaría dejar a otro general en su lugar.]»

A pesar de la estricta censura, todo lo que ocurre en el mundo es sabido dentro de las prisiones. La guerra se sigue con la mayor de las preocupaciones, y los principales protagonistas de la política mundial –no sólo Franco– son juzgados con un rigor del que se asombrarían.

Volviendo a las actividades de los guerrilleros en los Pirineos, nuestros informantes se encuentran con que las noticias exageradas parten no de los republicanos ¡sino de los círculos de la Falange!

Según las explicaciones de la prensa española e incluso de los informes oficiales, grandes grupos de hombres armados entraron en España con el propósito de

provocar una revuelta dentro del país. Esto permitió a Franco, sin levantar sospechas, movilizar a soldados y tropas de transporte –se suponen doscientos mil hombres– en la frontera francesa después de que sus amigos alemanes hubieran sido obligados a abandonar sus posiciones. Esto le ofreció una excusa para poner en juego otra vez sus métodos terroristas, diciendo que los innumerables españoles que está ejecutando son hombres implicados en la acción de los guerrilleros. Pues el hecho es que ahora está asesinando en masa.

De la movilización tenemos pruebas de sobra. En cuanto a las fuerzas enviadas a la frontera franco-española, su número ha sido mencionado oficialmente en la prensa española. Se dijo que veinte divisiones acabaron con los guerrilleros venidos de Francia.

Una carta que recibimos hace poco, fechada el 10 de septiembre de 1944 –antes de que los republicanos españoles hubieran hecho ninguna incursión, pero después de que los alemanes se hubieran retirado del suroeste de Francia– dice: «Mi hijo mayor (de 29 años) ha sido movilizado otra vez y está en este momento con el Ejército en los Pirineos.»

La oferta de Franco de ayudar al general de Gaulle para reducir a los guerrilleros españoles fue tan despreciable que no merece la más leve consideración.

El general de Gaulle ha estado agradecido y acertado en su actitud hacia los republicanos españoles que le ayudaron a liberar su país. La buena conducta observada por los guerrilleros ha sido elogiada repetidamente por los oficiales franceses. Franco aún no ha obtenido el reconocimiento diplomático de parte de De Gaulle. El establecimiento de un comité mixto –francés y español– para resolver asuntos como los pasaportes

de los refugiados españoles en Francia ha sido bien recibido por los españoles. Los guerrilleros mientras, de una manera o de otra, continuarán luchando por la independencia de España.

El número de víctimas ha sido terrible. Solo hace unos días, una noticia de Russell Hill, enviada desde París, nos informaba de que de los quinientos mil españoles refugiados que entraron en Francia en 1939, no menos de ciento cuarenta mil han sucumbido al hambre y las privaciones. Estas cifras son espantosas. De los restantes trescientos sesenta mil, muchos han sido llevados a la fuerza a España y asesinados, otros han muerto en el exilio, y muchos más han muerto en acción en los frentes de batalla de las naciones aliadas.

¡Cuántas vidas prometedoras se han perdido! Pero no es el momento de mirar atrás.

Tenemos mucho que hacer antes de que acabe la lucha. Intento pensar que nuestro pueblo «continúa» en muchos, muchos países. En escuelas y universidades, en hospitales, clínicas y centros de investigación, en estudios y editoriales, en plantas eléctricas, en minas o en granjas, están haciendo lo que es mejor para España y la República.



## CAPÍTULO XX LA LUCHA POR ESPAÑA

Durante nuestra última visita a Estados Unidos, Ceferino y yo pasamos las tardes del domingo en la casa de don Fernando de los Ríos, quien fue embajador de la España republicana en Washington y ahora es catedrático en la New School of Social Research en Nueva York. La señora de los Ríos –Gloria, como le llaman los íntimos– es una anfitriona encantadora.

El atractivo de la casa aumenta con la elegante presencia de doña Fernanda y doña Laura, las respectivas madres de Fernando y Gloria. El peso de sus muchos años no les ha arrebatado un átomo de su encanto natural andaluz. Doña Laura es extremadamente talentosa. Pinta y borda maravillosamente, sus muñecas han sido exhibidas en la Biblioteca Pública de Nueva York, y su interés en los asuntos nacionales e internacionales es entusiasta. Doña Fernanda es la típica mujer española cultivada. Como muchas otras de su clase y educación, es una experta costurera. Su carácter irradia dulzura y tolerancia, y su comprensión y consejo son solicitados

por aquellos que tienen problemas. Ambas son queridas por toda la colonia española y son en verdad uno de los más hermosos vínculos entre los grupos en el exilio. Merecen la consideración y el respeto de todos.

En estas tardes de domingo se discutía detenidamente la situación española. El número de refugiados en la ciudad de Nueva York no es grande, pero siempre hay alguien que está de paso. Amigos de Inglaterra y, ahora, de Francia pueden relatarnos las últimas noticias de Europa.

Entre los más asiduos visitantes de este encantador apartamento de Riverside Drive se encuentran el padre y la madre, el hermano y las hermanas de Federico García Lorca. Nunca he visto al dolor dejar marcas tan indelebles en un rostro como en la de la madre de Federico. Además están Federico de Onís y su esposa, la señora de Zulueta, y su hijo e hija, y muchas parejas jóvenes españolas que han podido establecerse en Estados Unidos.

Otro hogar español en el que siempre somos bienvenidos es el de Julio Álvarez del Vayo y su mujer, Luisa. Me afectó mucho la pérdida de Trudi Araquistáin, la hermana de Luisa. La había conocido hace muchos años, incluso desde que, siendo una niña, llegó por primera vez a España. Era la esposa del brillante escritor y antiguo embajador de la España republicana en Berlín y París, Luís Araquistáin. Trudi y Luisa habían formado parte de nuestro círculo íntimo en España. Me resulta difícil visualizar Madrid sin el encanto de la lúcida mente de Trudi, su elegante presencia y su totalmente excepcional personalidad.

Julio es colaborador de *Free World* y *The Nation*, así como de varios diarios iberoamericanos. Antiguamen-



te fue ministro de Asuntos Exteriores de la República. También en su casa España es siempre tema de conversación, y los problemas a ella asociados se discuten más ampliamente incluso que en la de don Fernando. Ambos son figuras prominentes los dos grupos políticos que difieren en cuanto a los pasos inmediatos que se deberían tomar para el reconocimiento de los derechos de la España republicana. Es estimulante encontrar puntos de vista tan divergentes.

Desde ese momento, la marcha de la guerra dio un giro a mejor. Aunque ningún hombre libre dude nunca de la victoria final de democracia, la cuestión española ha recibido una creciente atención.

Por parte de los propios españoles, durante los dos últimos años se ha producido un cambio indudable en los programas elaborados para el brillante futuro que sienten que se avecina.

La derrota temporal de la República y el tremendo éxodo de los españoles de su tierra natal, así como el terror dentro del país, se sobrellevó con sola idea: que el dolor y el sufrimiento eran el destino común. Lo que le había ocurrido a tantos, lo que les estaba sucediendo y aún les sucedería a miles era el peso de cada corazón, el susurro de cada labio.

Pero a medida que pasaba el tiempo, y se planificaba el futuro de otros países entonces bajo la dominación del nazismo, los republicanos españoles también sentían que no era suficiente creer en un futuro mejor; era necesario prepararse para él.

En los países de exilio, así como en los campos de concentración y cárceles, la idea sobre la nueva España que habría de venir empezó a tomar forma. En México, donde se encuentra, con mucho, el grupo más grande

de refugiados, el antiguo ministro del Gobierno republicano, don Indalecio Prieto, intentó el año pasado formar un comité siguiendo las líneas del Comité de Liberación francés. Fue elogiado por muchos de sus amigos, pero muchos refugiados se opusieron rotundamente. Más tarde esto causó incluso más división de la que ya existía en la opinión republicana, porque excluía a los comunistas y a la Confederación General de Trabajadores. Para que tenga éxito, cualquier comité debe ser una organización multipartidista.

Hubo problemas cuando fue finalmente presentado como el equivalente a un gobierno español en el exilio, con derecho a recibir el reconocimiento internacional. Los comunistas, que durante un año habían clamado por la unidad, naturalmente lo desaprobaban. Los demás partidos políticos, excepto Unión Republicana, liderada por don Diego Martínez Barrio, que había sido portavoz de las Cortes, estaban divididos en grupos antagonistas. El Comité de Liberación, en vez de representar como reivindicaba a todos los republicanos españoles en el exilio, solo pudo contar con la mitad de los grupos catalanes, un tercio de los republicanos de izquierda, y ningún miembro del Partido Nacionalista Vasco, ni del Partido Federal Republicano —la más antigua de las organizaciones republicanas—, solo la mitad del Partido Socialista Obrero Español, del cual don Indalecio Prieto es miembro y que era quizá el mejor partido socialista de Europa, menos de un tercio de los representantes del poderoso movimiento sindical y, por supuesto, ningún comunista.

La junta del comité estaba formada por don Indalecio Prieto, don Diego Martínez Barrio, don Álvaro

Albornoz, un republicano de izquierda, y el señor Esbert, del grupo catalán.

Don Indalecio Prieto también cometió un error fatal al desdeñar a los intelectuales que habían tomado refugio en La Habana. Sus servicios hubieran sido de gran valor en los subcomités para el estudio de problemas después de la liberación de España. Al final el comité adoptó un carácter enteramente político con tan sólo un respaldo político parcial.

Directamente, después de que la constitución del Comité de Liberación hubiera sido anunciada, la prensa de izquierdas en México informó de que una organización multipartidista había surgido en España; documentos recibidos en Orán confirmaron su existencia y, aunque los nombres de los organizadores fueron, por razones obvias, mantenidos en secreto, el movimiento se fue propagando rápidamente. Se dijo que tenía representantes no sólo de la oposición a Franco, sino de los partidos de extrema derecha, como la CEDA, los monárquicos y católicos que una vez le apoyaron.

Esta organización fue denominada Unión Nacional bajo una Junta Suprema y su principal objetivo era el derrocamiento de Franco. A pesar de su ecléctica formación, esta organización ha hecho algunos progresos. Mucha gente sospecha que su origen está en el Partido Comunista y no les importa ponerse bajo su control. Otros se oponen a una alianza con los partidos responsables del fascismo español.

El tercer grupo organizado es el que ve en Juan Negrín y su Gobierno multipartidista al representante constitucional de la República española.

Siguiendo a la muerte de don Manuel Azaña, la presidencia de la República debía haber sido automá-

ticamente asumida por el presidente de las Cortes y vicepresidente de la República, don Diego Martínez Barrio. Su liderazgo se ha convertido en una cuestión bastante controvertida. Después de la caída de Cataluña, don Diego dimitió. Su dimisión no fue, parece, formalmente aceptada pero no asumió la petición de Negrín de que le acompañara en el Gobierno de Madrid. Poco después se fue a Cuba y su puesto como presidente de las Cortes y de la Comisión Permanente fue ocupado, durante reuniones llevadas a cabo en Francia, por uno de los vicepresidentes, don Luís Fernández Clérigo.

Según los partidarios del doctor Negrín –y tiene muchos–, desde que dirigió el último Gobierno de la República, que recibió un voto de confianza en la reunión de las Cortes en Figueras en territorio español –un voto de confianza que nunca ha sido puesto en tela de juicio–, él ha sido el auténtico representante de la España republicana.

Hasta ahora Ceferino y yo no nos hemos afiliado ni al Comité de Liberación, ni a la Junta Suprema. Creemos que unirnos a uno es oponernos al otro y ambos queremos que todas las divisiones terminen. Pero, en lo que se refiere a las cualidades necesarias en el carácter de un hombre de Estado, pienso que el doctor Juan Negrín es el hombre perfecto para asumir el liderazgo de un gobierno en el exilio hasta el momento en que el pueblo español pueda elegir a la persona o personas que crea oportunas.

Cada vez que he hablado con el doctor Negrín, me ha impresionado su visión, su amplitud de miras, y su conocimiento de los temas internacionales. Ha mostrado un valor indomable en momentos de gran peligro,

y estaría dispuesto a sacrificar cualquier cosa por el bien de su país.

Por supuesto, hasta que España sea liberada es casi imposible determinar quién será el hombre. La última palabra cuando regresemos a España pertenecerá a aquellos que más han sufrido las consecuencias del siniestro régimen de Franco.

Nuestro pequeño apartamento, no obstante, ha sido a menudo el escenario de innumerables encuentros entre los principales partidarios de uno u otro grupo. Les conocemos personalmente y reconocemos los logros y los errores de todos. Creo que podemos decir honestamente que ninguno de nosotros ha desaprovechado la menor oportunidad de ayudarles a reconciliarse calmando sentimientos agitados, buscando puntos de acuerdo, y reconociendo los méritos de cada uno.

Desde que salí de Europa, la unidad de los republicanos españoles ha sido una idea constante y el más ferviente deseo de mi corazón. Entonces como ahora, si me preguntaran lo que quiero para España, contestaría sin vacilar: «Quiero que todos los políticos españoles olviden sus peleas personales y piensen en España, en el sacrificio de nuestro pueblo y en sus obligaciones. Quiero que el pueblo español sea libre en todos los sentidos para elegir su propio gobierno. Sé que al menos el noventa por ciento querrá una república. Como yo. Deseo la unidad de la nación, pero dando a todas sus regiones una amplia autonomía. Quiero el mayor avance posible, no obstante radical, en todas las cuestiones sociales. Quiero que la cultura se desarrolle y se eleve al más alto grado y quiero que España sea representada en el mapa del mundo como un país donde la justicia no es un ideal, sino una realidad».

A pesar de todo lo que se ha dicho y escrito, la unidad de España no es un problema. El País Vasco, como Cataluña, quiere solo autonomía local, o autogobierno, y eso está ya plasmado en nuestra Constitución. En caso de que alguna región deseara aumentar aún más su libertad, se hallarían los medios. Estoy segura de que, en esencia, todas las regiones de España consideran un privilegio pertenecer a nuestra gran comunidad. José Antonio de Aguirre, presidente del Gobierno vasco, refugiado en la ciudad de Nueva York, y con el que hemos discutido la cuestión durante nuestra estancia allí, está de acuerdo con nosotros.

La verdad es que en España la auténtica lucha no es la diferencia de opinión entre la gente, que es algo simple que puede ser resuelto amigablemente. Pero en las cancillerías extranjeras otra lucha, que afecta a los españoles muy profundamente, se lleva produciendo desde hace tiempo.

Ni avergonzados ni arrepentidos por haber puesto a España bajo la dominación fascista por sus relaciones diplomáticas con el hombre que había traicionado España y la democracia, algunos países, y especialmente ciertos sectores de la Gran Bretaña oficial, están considerando el apoyo a un régimen monárquico sobre una tierra tan sufrida y manchada de sangre.

El último hijo del rey, don Juan, su candidato, es el pretendiente a un trono del que su padre fue desbancado, no por un movimiento revolucionario sino por la expresión de la opinión pública: ¡a través del método legal y constitucional del sufragio libre! Esto en sí mismo debería bastar. De haber existido signos —durante la República— de un cambio de opinión en el país, debía

haber sido puesto a prueba por medio de un plebiscito libre e independiente.

Hay otras razones para afirmar que el pretendiente debería ser excluido del trono español, si se necesitan. Aunque un elemental sentimiento de patriotismo le debiera haber llevado a protestar contra la intervención nazi-fascista, realmente don Juan se puso de parte de los generales que habían traicionado la confianza que tenían puesta en ellos. Se dice que se presentó él mismo a Franco vistiendo el uniforme de Falange. Desde luego ofreció al general sus servicios para luchar contra su propio pueblo. El general insurgente y el pretendiente al trono se intercambiaron cartas a tal efecto. El pueblo español es perfectamente consciente de ello. ¿Van a aceptar estos planes fraguados en el extranjero?

El pueblo español eligió deliberadamente un sistema de gobierno que estaba más en armonía con su gusto que la monarquía. Forzarles a renunciar a su elección simplemente sería provocar otra guerra civil.

La única solución razonable que se le puede dar al problema español en el ámbito internacional es conceder el reconocimiento al Gobierno en el exilio que los españoles están dispuestos a respaldar, y otorgarle tanta ayuda como sea compatible con el Derecho internacional.

México lo ha hecho, y nunca, estoy segura, lo lamentará. Primero, el presidente Lázaro Cárdenas y, después, el presidente Ávila Camacho, han merecido una profunda y eterna gratitud de la España republicana. Estoy segura de que nunca olvidaremos su digna y justa actitud.

En cuanto al futuro, las democracias deben tener presente que, gracias a su política de avenencia ha-

cia Franco, España es un punto de propagación del nazismo. Mientras el país no esté en las manos de los partidos verdaderamente democráticos de España, el fascismo no será vencido y el país, que ocupa una de las posiciones más estratégicas de Europa, será su herramienta.

Hay aún muchos soldados y expertos alemanes en la península. El informe de *sir* Samuel Hoare para el Parlamento británico lo confirma. El embajador de Gran Bretaña en Madrid, que ha sido destituido recientemente de su puesto, ha dicho abiertamente que España está llena de alemanes y que cuando estaba aquí fue continuamente espiado por agentes de la Gestapo. El nazismo, si no es extirpado de España, se extenderá a toda Iberoamérica y será una constante fuente de peligro y malestar en todo el hemisferio occidental.

El único modo de evitar tal catástrofe es ayudar a España a recuperar su libertad. Por supuesto, con o sin ayuda, tiene la intención de ser libre, pero ¿será a costa de un sufrimiento mayor del que ya ha soportado?

Al darse cuenta del peligro de una intervención por parte de políticos egoístas en los asuntos españoles, recuerdo las palabras del miembro francés de la Cámara de los Lores, *monsieur* Broglie, quien en 1823, cuando se opuso a la Santa Alianza que otorgaba todos los derechos a la realeza y consideraba que la justicia estaba siempre del lado de ella, exclamó:

«El derecho a dar al pueblo sus instituciones políticas, a destruirlas o rechazarlas, debería residir por ello, exclusiva y permanentemente, en las manos de los reyes... El rey de España, volviendo a su país después de cinco años de exilio, asumirá el poder total



y someterá al pueblo que le ha entregado a Europa. Pero un rey debe tener razón, ningún otro soberano alzará su voz para protestar por sus actos; al contrario, será elogiado y felicitado por todas partes. Si por sus propios errores su poder se debilita, enseguida se producirá un gran desorden y Europa se armará para devolvérselo... Si, por otro lado, el pueblo español, viéndose arruinado, perseguido, desesperado, rebelde y, sin atentar contra la persona del rey, intenta establecer un nuevo estado de cosas, ese pueblo será considerado por las demás naciones un grupo de bandidos que merece ser castigado y reducido al cautiverio una vez más.»

*La historia se repite... ¡1823-1936! ¿Nunca aprenderán la lección algunas potencias?*

La solución más satisfactoria para el problema español sería, por supuesto, que Franco voluntariamente abandonara su cargo y evitara un innecesario derramamiento de sangre o una guerra civil. Pero, ¿lo hará? ¿Tiene la necesaria grandeza de espíritu para reconocer sus errores? Incluso si quisiera renunciar, su partido no le dejaría. Sus manos están demasiado llenas de sangre para esperar que pueda escapar del castigo que les espera.

Hacia el final de 1944 –en noviembre o diciembre– se inició un intento de acuerdo pacífico por parte de don Miguel Maura, hijo del gran estadista, don Antonio, quien fue miembro del primer gobierno republicano en 1936. Indudablemente respaldado por algunas potencias extranjeras –probablemente Francia, quizá Gran Bretaña–, Maura informó a los españoles que había llegado a un acuerdo, a través de canales diplomá-

ticos, con agentes determinantes en España. Iba a entrar en el país para restablecer la República y asumir el cargo de presidente de un gobierno provisional hasta que se llevaran a cabo unas elecciones libres.

Muchos de nosotros nos asombramos, otros se mostraron escépticos respecto a sus partidarios, aunque nadie dudó de la buena fe de un hombre honorable como Miguel Maura.

Repentinamente, él mismo anunció que sus planes habían sido aplazados, pero no dio ninguna razón. ¿Qué había ocurrido? Probablemente, la Falange se opuso al proyecto y apretó las clavijas a Franco. Dos días después se anunció que el Generalísimo había presidido la reunión anual de Falange. También es probable que la parte del Ejército que había ofrecido su apoyo a Maura hubiera dado marcha atrás. Sin él no podía llevar a cabo su plan.

Los alemanes en España comenzaron esta nueva ofensiva dentro de Falange y España con la acción militar que siguió inmediatamente por todo el frente de guerra occidental de Europa.

Puede que el plan se esté llevando a cabo. El Ejército puede ser autorizado a tomar parte en el cambio, puesto que muchos de sus miembros se arrepintieron de su lealtad quebrada. Maura verá más tarde que no se les permite entrometerse en política. Esto sería preferible a la continuidad de Franco y Falange y sus métodos terroristas o a un sistema monárquico impuesto.

Las últimas noticias oficiales desde España muestran que Franco, preocupado por salvarse a sí mismo, está intentando cambiar su táctica. Ha empezado declarando que sesenta mil prisioneros políticos van a ser liberados y ha informado al servicio consular en

el extranjero que facilite documentos a todos los españoles que deseen volver. Esto no es nada nuevo. Los prisioneros a los que oficialmente se les informó hace dos años de que su libertad era solo cuestión de horas, aún siguen en la cárcel. Otros, que, como un pariente mío, fueron liberados hace algunos meses, han sido encarcelados otra vez. En cualquier caso, sesenta mil es un número pequeño, pues hay cientos de miles de republicanos en prisión o en pelotones de trabajos forzados. Al anuncio de que la pena de muerte no sería aplicada ahora a prisioneros políticos le siguió inmediatamente la ejecución de ¡dieciséis hombres! Todas estas ofertas han sido, otra vez, como en otros tiempos, condicionales: todas las personas que vuelvan a España o sean liberadas deben tener expedientes limpios, pero a ningún republicano, ni liberal, ni miembro de una organización de trabajadores, se le concederá nunca un «expediente limpio». Estos son automáticamente considerados «rojos» y criminales, y la necesidad no espera misericordia.

La jugada de Franco se propone obtener el apoyo de los monárquicos, pueden estar seguros de ello. Incluso está meditando su colaboración con el pretendiente don Juan. Sueña con establecer un gobierno de coalición bajo su presidencia y atraer así a algunos antiguos miembros del partido del señor Alejandro Lerroux, quien provocó la revuelta asturiana de 1934 colaborando con la extrema derecha y los partidos antirrepublicanos.

Puede que Franco consiga engañar al mundo con estas estratagemas y se las arregle para permanecer en el poder algún tiempo más, pero no podrá engañar a su pueblo.

A pesar de la espantosa represión, los republicanos dentro de España están resistiendo. El 14 de abril de 1945, aniversario del establecimiento de la República en España, y un gran día de fiesta nacional, Madrid se despertó con una gran bandera republicana colgando de la Tumba de Hombres Ilustres y las paredes de cientos de casas adornadas con los colores republicanos.

## CAPÍTULO XXI

### LAS CORTES EN CIUDAD DE MÉXICO

Desde nuestro último viaje a Estados Unidos, se ha producido un nuevo movimiento por parte de los grupos de republicanos españoles en México. En el mes de diciembre de 1944, los amigos de la España republicana alrededor del mundo debieron sentirse felices al oír que una sesión de las Cortes españolas iba a llevarse a cabo en Ciudad de México. Los españoles, en España y en otros lugares de exilio, también deben haberse alegrado al pensar que México va a coronar su larga lista de medidas hospitalarias autorizando tal reunión. Pero, por extraño que parezca, los numerosos refugiados en este país no se sienten tan dichosos.

La convocatoria de las Cortes por parte del señor Martínez Barrio, cuya dimisión después de la caída de Madrid como presidente del mismo parlamento hace que su posición sea cualquier cosa menos clara, provocó una gran discusión y no poco descontento entre los diputados que están en el exilio en México, un número importante de los cuales, en vista de que el último Go-

bierno republicano español encabezado por Juan Negrín nunca había sido consultado en lo que se refiere a la conveniencia de tal medida, boicoteó sin matices la sesión proyectada.

El señor Martínez Barrio, sin embargo, continuó con su plan, y el 10 de enero de 1945 la tan debatida sesión se llevó a cabo. Setenta y dos de los cuatrocientos setenta y cuatro diputados que constituyen las Cortes estaban presentes. Esta reunión resultó ser simplemente una sesión de recuerdo de los ciento veintisiete diputados que habían muerto desde la última reunión de las Cortes llevada a cabo en territorio español, durante el éxodo desde Cataluña.

El encuentro del 10 de enero se abrió con la lectura de las actas de aquella otra sesión mantenida hasta la medianoche en circunstancias dramáticas en el sótano del viejo castillo de Figueras, un fragmento de la cual ha sido reproducida en el prólogo de este libro. Una ola de emoción envolvió el vestíbulo mientras las memorables palabras de aquella noche se oían lejos de nuestra tierra natal; pero era irónico pensar que ni un sólo miembro del Gabinete al que se había otorgado un voto unánime de confianza estuviera presente esa noche.

Al presidente del Gobierno, el doctor Negrín, que estaba en Londres, le fue notificada la sesión ese mismo día –el diez de enero–, e incluso entonces no por parte del señor Martínez, sino por el señor Luís Araquistáin, miembro del Partido Socialista, que le escribió una carta, en papel de la Junta de Liberación presidida por el señor Prieto, y dirigida, no al presidente del Gobierno, sino al diputado por Las Palmas, el distrito de Negrín.

El señor Martínez Barrio había sido cuidadoso al disponer el «banco azul» en el que dijo había espera-

do ver al Gobierno, pero ¿cómo podía estar Negrín allí bajo esas circunstancias? Incluso suponiendo que el doctor Negrín no hubiera estado convencido de que la convocatoria de las Cortes por el señor Martínez Barrio estaba totalmente fuera de lugar, posiblemente no habría podido llegar a Ciudad de México en diez horas desde Londres, aunque –como es improbable– las autoridades británicas le hubieran permitido venir. Encaja perfectamente con la política británica del momento de no perder de vista al presidente español.

Esa primera sesión, a pesar de las diferencias de opinión, transcurrió tranquilamente. No se hizo ningún movimiento para plantear cuestiones políticas, como conceder el reconocimiento a las Cortes y reconocerlas legales y competentes para tomar decisiones respecto al futuro del gobierno de la República española. Lo gracioso es que las actas fueron aprobadas, de modo que se reafirmó el voto de confianza al Gobierno de Negrín.

Evidentemente con la esperanza de que el doctor Negrín, cuyo viaje a México había sido anunciado hace algún tiempo, pueda estar aquí en breve, un grupo de diputados presentó una moción para que la siguiente convocatoria de las Cortes fuese retrasada hasta el momento en que fuera posible la asistencia del presidente del Gobierno español.

La moción, con fuertes protestas de parte del señor Prieto, fue solo parcialmente aprobada, decidiéndose finalmente que el señor Martínez Barrio utilizara su propio criterio en relación a la fechas de la siguiente sesión.

Algunos días después, cuando se rumoreaba que el doctor Negrín iba a recibir finalmente los permisos

para su salida y reentrada en Inglaterra, todos se convencieron de que no sería convocada una sesión de las Cortes hasta su llegada. Un fuerte movimiento para la unidad se estaba desarrollando y la mayoría de refugiados estaban firmemente a favor de no llevar a cabo ninguna acción hasta que el doctor Negrín apareciera.

Las maniobras políticas, sin embargo, estaban en marcha. Don Indalecio Prieto y sus partidarios, temiendo que, a menos que se tomaran medidas para evitarlo, su Junta de Liberación desapareciera por completo como posible sustituta del Gobierno, ejercieron la necesaria presión para que las Cortes fueran convocadas para una segunda sesión, con el objeto de declarar que la Junta de Liberación o alguna otra organización del estilo, fuera oficialmente constituida por el voto de los diputados, a la que después se esperaba que le fuera concedido el reconocimiento como la representante oficial de la España republicana.

La mayoría de los diputados en México, no obstante, era completamente consciente de que la reunión de las Cortes fuera del territorio español y con solo un pequeño número de diputados presentes –esto es, con falta de quórum– posiblemente no pudiera adoptar tal medida. Por tanto, estos diputados le dejaron claro al señor Martínez Barrio que no asistirían a la sesión y las Cortes fueron aplazadas *sine die*.

La aceptación de una Junta como representante de España hubiera restado autoridad a la única representación legal de la República española y hubiera agrandado las diferencias existentes entre don Indalecio Prieto y sus colegas dentro de la Junta y el gran número de republicanos españoles en el exilio. El selecto carácter de la Junta inspirado por don Indalecio Prieto



pone a su organización en una posición absolutamente contraria al deseo de unidad que se evidencia cada día, no solo en México y otros lugares de este hemisferio, sino también en Francia, Inglaterra y en la propia España.

Este deseo es patente en los frecuentes mensajes de distinguidos líderes en el terreno intelectual que llegan de todas partes con peticiones de una acción unitaria multipartidista. Los miembros de la Asociación de Oficiales de Carrera en el Ejército y la Marina tienen la misma opinión. Una carta del general Rojo, comandante en jefe del Ejército republicano al final de la guerra, está completamente a favor de la unidad. El general Rojo, quien fue profesor de la Escuela Militar de Toledo, es un ferviente católico y un leal defensor de la disciplina militar.

Poco después de que la segunda sesión de las Cortes fuera suspendida, se celebró en México una reunión pública de todos los partidos para la unidad. Tres miembros del Gobierno de Negrín, el señor Álvarez del Vayo, el señor Velao y el señor Uribe fueron ponentes; también el secretario mexicano de Interior, el señor Miguel Casas Alemán, que dió un emocionante discurso apelando a la unidad y transmitiendo a la audiencia un conmovedor mensaje del presidente mexicano, el señor Ávila Camacho.

Fueron recibidos representantes de todos los partidos republicanos españoles, así como de los partidos socialistas y comunistas, la Unión General de Trabajadores, la Confederación Nacional del Trabajo y la Unión Nacional, de dentro y de fuera de España, con la excepción de pequeños grupos que se han adherido a la Junta de Liberación.

Cefe y yo, con un numeroso grupo de amigos, estuvimos allí, y salimos convencidos de que la unidad está en marcha y que ya nada la puede parar.

La presencia del embajador de Guatemala, cuyo país ha roto recientemente relaciones diplomáticas con Franco, fue recibida con un gran aplauso.

Fue interesante observar cómo cada vez que el doctor Negrín era mencionado, la gente se levantaba y exclamaba su aprobación. No puede haber ya ninguna duda de que el presidente del Gobierno tiene el apoyo de la mayoría de los republicanos españoles en el exilio, y probablemente de los que están en España también, aunque es difícil confirmarlo.

La sensación es que el Gobierno de Negrín debería ser reconocido como la legítima representación de la España republicana hasta el momento en que el pueblo español pueda libre y abiertamente elegir la forma de gobierno, el gobierno y los representantes que desee.

La llegada a México del doctor Negrín permitiría que las cosas tomaran una forma aún más definitiva, y su deseo de conciliar a la mayor cantidad de personas posible —incluso aquellos que en el pasado han sido contrarios a su política—, su preocupación por crear armonía y entendimiento entre las diferentes facciones de la política española asegurará el avance y sellará la anhelada unidad del pueblo español, unidad que se necesita no sólo para la liberación del pueblo español del dominio fascista, sino para permitir al país recuperarse del terrible martirio que ha sufrido. El presidente del Gobierno español está en Francia mientras escribo, y ha mantenido largas conversaciones con los representantes de todos los grupos republicanos allí instalados.

La declaración hecha pública después de la reunión en Yalta entre el presidente Roosevelt y el primer ministro Churchill ha llevado alguna esperanza a los corazones españoles. Ahora hay —o debería haber— una posibilidad de que España, que ha estado bajo el talón del Eje —*sir* Samuel Hoare no escondió el hecho en su discurso en la Cámara de los Lores—, reciba apoyo algún día para recuperar su libertad, y de que los traidores que vendieron su país a los intereses alemanes e italianos, sigan el mismo camino que otros traidores han seguido.

Hasta ahora, sin embargo, no hay muchas razones para el optimismo. Franco es todavía el gobernante de España. Aún está ayudando a Alemania y se está preparando para proteger y promover el resurgimiento del fascismo cuando, acabada la guerra, las democracias se duerman en los laureles. Uno de los mayores y más peligrosos errores entre los muchos que podríamos atribuir a los países democráticos podría ser la idea de que una vez Alemania e Italia se hayan sometido, no hay nada que temer de Franco.

Los españoles saben que hay mucho que temer; que España, en las manos del Generalísimo y la Falange, puede ser y será un caldo de cultivo para un nuevo ejército de enemigos de la democracia, un ejército más poderoso, experimentado y equipado que el que tenían antes; que España, en las manos de Franco, podría ser el canal a través del cual el virulento veneno fascista podría inundar las repúblicas hispanohablantes de América.

¿Cómo evitarlo? Dejando a los demócratas españoles tomar el poder. Hasta ahora cualquier concesión oficial ha sido otorgada al dictador español en bandeja

de plata. Excepto México, Rusia, China, y ahora Guatemala, todos los países han hecho reverencias al fascismo en España, mientras los primeros defensores de la democracia en esta terrible guerra, los republicanos españoles, han sido sometidos a las más graves humillaciones.

Una actitud diferente por parte de los países democráticos podría no sólo acelerar la liberación de España, sino provocar el cambio de un modo ordenado y pacífico. Su falta de comprensión y respeto por los derechos del pueblo español, el mantenimiento de sus relaciones con el dictador español, solo puede acarrear agitaciones y violencia para nuestra sufrida tierra, pues los españoles están determinados a recuperar su país y su libertad pase lo que pase.

## IN MEMORIAM AQUELLOS QUE NUNCA VOLVERÁN

La parte más triste de nuestra vida en el exilio es el modo en que la muerte merma las filas de los refugiados. Mientras que, aun en las más precarias y difíciles condiciones, el precioso regalo de la vida continúe, y con él la esperanza de ver otra vez la tierra en que nacimos, con nuestros amigos, nos basta; pero el número de aquellos que nunca volverán aumenta día a día.

Los terribles años de la guerra y las privaciones físicas y espirituales sufridas antes de alcanzar este refugio seguro son sin duda responsables. Casi una cuarta parte ha cerrado sus ojos para siempre y descansa en la cálida tierra mexicana que les acogió. No quisiera terminar este libro sobre España sin dedicar unas palabras a aquellos de sus hijos e hijas a quienes nosotros conocíamos personalmente o a aquellos otros que se han distinguido por su servicio hacia ella, y sin un cariñoso recuerdo para los más humildes y desconocidos de nuestros hermanos y hermanas en el exilio. Por el

mero hecho de ser refugiados demostraron que eran verdaderos demócratas españoles.

Una de las pérdidas que más profundamente nos conmovió fue la de Josie Valentine Vilches, esposa de un distinguido actor español, pero ciudadana de estadounidense. Fuimos vecinos en Madrid y gozamos inmensamente de su compañía. Nuestra admiración hacia ella creció rápidamente durante y después de la guerra, cuando su amor por España igualaba al del español más patriota y su ilimitada generosidad salvó a muchísimos refugiados del peligro. La extrañamos más a medida que se acerca nuestro regreso.

Otros dos amigos, muy buenos artistas, Aurelio Arteta y Aurelio García Lesmes fueron, extrañamente, víctimas de muy parecidos accidentes, y casi al mismo tiempo, ambos murieron. Es una pena que la colorista belleza de México no pueda ser representada con sus firmes pinceles nunca más.

Destacados líderes de la política española, como José Lluhi, miembro del partido de la izquierda republicana de Cataluña, y el señor Franchy Roca, presidente del Partido Republicano Federal, también han fallecido lejos de su tierra natal. La suya es una gran pérdida para los movimientos en pos la unidad española y para los intereses generales de España.

Muchos magníficos escritores han desaparecido de entre nosotros. Por ejemplo, ese magnífico periodista republicano, Roberto Castrovido, cuya pluma nunca cesó de luchar por la democracia española, y otro viejo miembro de la prensa española, don Antonio Zozaya. Otro amigo muy querido, cuyos escritos son conocidos no sólo en España sino en toda Iberoamérica, y cuya muerte se sintió profundamente, es don Enrique Díaz

Canedo, miembro de la Real Academia Española y antiguo embajador de la España republicana en Uruguay y Argentina. Sus hijas fueron compañeras de colegio de Marissa, y su esposa Teresa, una de mis amigas en los viejos tiempos de Madrid.

Don Enrique padecía problemas de corazón desde hacía algún tiempo. Hace dos años le habían ofrecido ser uno de los profesores de la Escuela de verano en el Middlebury Collage, en Vermont. Después, fue invitado a dar clases en una universidad de Estados Unidos, oferta que rechazó. No quería separarse de sus nietos, a los que adoraba. Don Enrique volvió a México, cuya elevada altitud, muy saludable para algunos, resultó letal para él.

Otras dos muertes que nos han conmovido profundamente fueron las del excelente vasco, quien fue alcalde de Irún, don León Iruretagoyena y su esposa. Fueron los padres de una de mis más antiguas y cercanas amigas, la señora Julia Meabe, que ya había pasado por la agonía de perder a su único hijo, León, durante los primeros días de la guerra civil. La señora Meabe –Julita, como la llamamos– es la viuda de otro gran vasco, perteneciente a una distinguida familia de Bilbao que nunca le perdonó haber sostenido ideas adelantadas y –a sus ojos un terrible crimen– que fundase las Juventudes Socialistas de España. Tomás Meabe murió de tuberculosis cuando era aún muy joven, pero su recuerdo, sus escritos y el ejemplo de una vida dedicada al prójimo es y será siempre apreciados por la España democrática. Al enviudar, Julita dedicó su vida a su hijo, y tras su muerte acompañó a sus ancianos padres al exilio. Personaje solitario, aunque resignado, continúa intentando ayudar a todo el

que lo necesita; sin embargo, ya apenas se le escucha hablar del futuro.

Estos días los refugiados encienden sus radios incluso más a menudo de lo habitual, pues los programas incluyen marchas y canciones españolas compuestas por el maestro Oropesa, el director de una pequeña y magnífica banda de músicos llamada «Madrid». Sus miembros lucharon con el famoso Quinto Regimiento durante nuestra guerra. Más tarde, en México, se ganaron la vida interpretando música para pequeñas audiencias hasta que alcanzaron tal popularidad que ninguna fiesta ni concierto popular se consideraba completo sin ellos. El maestro Oropesa era querido no sólo por su pequeño grupo de músicos, sino por todos los españoles en México. Ya no está entre nosotros, pero su música le hace sentir a uno que aún está presente. Es, al fin y al cabo, *su voz* y con ella un mensaje para la España que amó y a la que esperaba volver algún día.

El distinguido miembro de nuestra comunidad que más recientemente nos ha dejado es el famoso entomólogo, don Ignacio Bolívar, catedrático de Entomología de la Universidad de Madrid y director del Museo de Ciencia Natural de esa ciudad.

Me pregunto si Franco y la Falange tienen sensibilidad para sufrir –como españoles, si no es por otras razones– el remordimiento de que los restos de estos grandes hombres reposen en una tierra que, aunque hospitalaria, no es la suya.

La muerte no solo nos ha quitado a los más ancianos de nuestra comunidad de exiliados; de todas formas, para mí sus muertes son incluso más conmovedoras que las de los más jóvenes. Siempre me parece ver en los cansados ojos de los refugiados ancianos



una mirada melancólica, indagadora, como si siempre estuvieran preguntándose si volverán a ver España. Ninguno de nosotros puede saberlo. Nuestro deber es creer, pase lo que pase, que hay cosas por hacer, y una cosa es segura: muchos de nosotros viviremos para verlo.

En cualquier caso, el recuerdo de los refugiados españoles que descansan bajo el cielo mexicano será un lazo que mantendrá unidos a los dos países. Nos han pasado la antorcha que debemos mantener encendida para conseguir la felicidad de nuestro pueblo. Aquellos que sobreviven deben responder con convicción a esa llamada, y de esta forma pagar su deuda con los que han muerto. Así, después de su larga y agotadora lucha, descansarán en paz.



## ÍNDICE

<b>Prólogo, por Jordi Soler.....</b>	<b>11</b>
<b>Introducción. Sumario de la guerra.....</b>	<b>17</b>
<b>Capítulo I. Éxodo.....</b>	<b>63</b>
<b>Capítulo II. Francia: un coto de caza .....</b>	<b>73</b>
<b>Capítulo III. ¿Es éste nuestro refugio? .....</b>	<b>85</b>
<b>Capítulo IV. De camino al nuevo mundo .....</b>	<b>97</b>
<b>Capítulo V. El dominio fascista en España .....</b>	<b>107</b>
<b>Capítulo VI. La vida en un campo de concentración francés .....</b>	<b>119</b>
<b>Capítulo VII. Guerra para otros.....</b>	<b>133</b>
<b>Capítulo VIII. Asturias, la valiente.....</b>	<b>143</b>
<b>Capítulo IX. Manos a la obra .....</b>	<b>155</b>
<b>Capítulo X. La derrota de Francia .....</b>	<b>167</b>
<b>Capítulo XI. Mártires de la libertad .....</b>	<b>177</b>
<b>Capítulo XII. Gran Bretaña resiste .....</b>	<b>195</b>
<b>Capítulo XIII. Otras tierras de exilio .....</b>	<b>207</b>
<b>Capítulo XIV. La vida en las prisiones españolas.....</b>	<b>225</b>

<b>Capítulo XV. Desde dentro y desde fuera.....</b>	<b>239</b>
<b>Capítulo XVI. Los guerrilleros españoles .....</b>	<b>251</b>
<b>Capítulo XVII. El hambre acecha España .....</b>	<b>261</b>
<b>Capítulo XVIII. La batalla de Europa .....</b>	<b>271</b>
<b>Capítulo XIX. Los maquis españoles .....</b>	<b>285</b>
<b>Capítulo XX. La lucha por España .....</b>	<b>295</b>
<b>Capítulo XXI. Las Cortes en Ciudad de México .....</b>	<b>309</b>
<b>Capítulo XXII. Aquellos que nunca volverán..</b>	<b>317</b>



Este libro se terminó de imprimir en  
Gráficas San Pancracio (Málaga)  
en el mes de marzo de 2009

















De la misma colección:

SIR NEVILLE HENDERSON  
*El fracaso de una misión.*  
*Berlín 1937–1939*

G. JONATHAN GREENWALD  
*Testigo en Berlín.*  
*Crónica de la revolución*  
*en Alemania del Este*

VICTOR GROSSMAN  
*Cruzar la frontera*

***Rescaldos de libertad*** está escrito como un descargo a favor de la República, en contra del alzamiento militar de Franco, y como testimonio de uno de los movimientos migratorios más fecundos: los exiliados españoles en Latinoamérica, y en el caso de este libro, en México. Alternando las actividades de los españoles emigrados con los relatos propios de cómo consiguieron escapar o de las vejaciones que sufrieron en los campos de concentración franceses, este libro, segundo de memorias de la diplomática malagueña Isabel Oyarzábal Smith, es un testimonio de primer orden de lo que significó, en vidas y en frustraciones, la caída de uno de los movimientos políticos más progresistas de la Europa de su tiempo, la II República Española.